

Autora de best sellers de *The New York Times*

PENELOPE DOUGLAS

Rival

NEW ADULT

Letras da
sedã

FALL AWAY

TABLE OF CONTENTS

[Biografía de la autora](#)

[Resumen](#)

[Créditos](#)

[Título](#)

[Prologo](#)

[Capitulo 1](#)

[Capitulo 2](#)

[Capitulo 3](#)

[Capitulo 4](#)

[Capitulo 5](#)

[Capitulo 6](#)

[Capitulo 7](#)

[Capitulo 8](#)

[Capitulo 9](#)

[Capitulo 10](#)

[Capitulo 11](#)

[Capitulo 12](#)

[Capitulo 13](#)

[Capitulo 14](#)

[Capitulo 15](#)

[Capitulo 16](#)

[Capitulo 17](#)

[Capitulo 18](#)

[Capitulo 19](#)

[Capitulo 20](#)

[Capitulo 21](#)

[Capitulo 22](#)

[Capitulo 23](#)

[Capitulo 24](#)

[Capitulo 25](#)

[Capitulo 26](#)

[Capitulo 27](#)

[Capitulo 28](#)

[Capitulo 29](#)

[Capitulo 30](#)

[Capitulo 31](#)

[Capitulo 32](#)

[Capitulo 33](#)

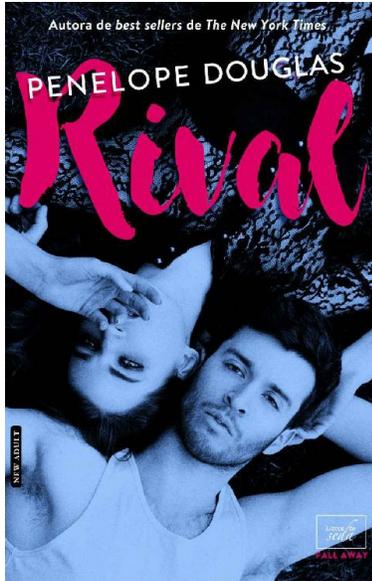
[BULLY](#)

[TÚ](#)



© Privado

Penelope Douglas es autora de best sellers de *The New York Times*. Ha escrito la serie *Fall Away* (*Bully*, *Tú* y *Rival*, entre otros) y la novela *Misconduct*. Nacida en Dubuque, Iowa, es graduada en Administración Pública y máster en Ciencias de la Educación por la Universidad de Loyola en Nueva Orleans. Vive en Las Vegas con su marido y su hija.



Madoc y Fallon. Dos adolescentes que no se conocen y que juegan al límite entre el amor y la guerra.

Ella ha vuelto.

Durante los dos años que estuvo en el internado, no supe nada de ella. Cuando volvió, de día ni me hablaba y de noche dejaba la puerta de su habitación abierta.

Entonces era un tontorrón, pero ahora estoy listo para pagarle con la misma moneda...

He vuelto.

Después de dos años, sigue queriéndome aunque se comporte como si fuera mejor que yo.

Pero ya no me asusta. Ni me presiona. Si se tira un farol, se lo devuelvo. Es lo que quiere, ¿no? Mientras me mantenga en guardia, no se dará cuenta de lo mucho que me importa...

Rival

Rival. Libro 2 de la serie *Fall Away*.

Título original: *Rival*

Copyright © Penelope Douglas, 2014

© de la traducción: Natalia Navarro Díaz

© de esta edición: Libros de Seda, S. L.
Estación de Chamartín s/n, 1ª planta
28036 Madrid

www.librosdeseda.com

www.facebook.com/librosdeseda

@librosdeseda

info@librosdeseda.com

Diseño de cubierta: Mario Arturo

Maquetación: Marta Ruescas

Imagen de la cubierta: © Patricio Mercado

Conversión en epub: Books and Chips

Primera edición digital: mayo de 2018

ISBN: 978-84-16973-19-4

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos. Si necesita fotocopiar o reproducir algún fragmento de esta obra, dirijase al editor o a CEDRO (www.cedro.org).

Rival

PENELOPE DOUGLAS

Libros de
seda

PROLOGO

Fallon

Había gente que me gustaba y gente que no. Gente a la que quería y gente a la que odiaba. Pero solo había una persona a la que me gustaba odiar.

—¿Por qué haces esto? —oí que preguntaba una voz femenina y aguda cuando giré en el pasillo para dirigirme a la clase de Educación Física de segundo curso.

Me detuve de inmediato y me fijé en Tatum Brandt, que tenía la cara roja y se enfrentaba al idiota de mi hermanastro, Madoc Caruthers, y a su amigo Jared Trent. Ellos estaban parados en el pasillo, junto a las taquillas, con cara impávida, aburridos, mientras que ella se aferraba a las correas de la mochila como si buscara seguridad en ellas.

—Ayer me gritaste —continuó Tatum, mirando con el ceño fruncido a Jared y a Madoc, que sonreía con suficiencia detrás de él—. Y después empezaron a hacerlo todos vuestros amigos. Llevas mucho tiempo con esto, Jared, ¿cuándo vas a parar? ¿Y por qué lo haces?

Inspiré profundamente e hice mi típico gesto de poner los ojos en blanco y negar con la cabeza al mismo tiempo.

Odiaba doblar esquinas en los pasillos y odiaba las puertas cerradas. Odiaba no ver el camino que tenía delante.

Esquina 1: Tu padre y yo nos vamos a divorciar.

Esquina 2: Nos mudamos. Otra vez.

Esquina 3: Me caso. Otra vez.

Esquina 952: No me gustas ni tú, ni mi marido, ni su hijo, ¡así que voy a tomarme unas quince vacaciones al año para estar sola!

De acuerdo, mi madre no había dicho nunca eso, pero se me daba muy bien interpretar las situaciones. Y las esquinas eran un asco.

Me quedé atrás y metí las manos en los bolsillos de los *jeans* ajustados, esperando a ver qué hacía esa chica. ¿Le echaría al fin huevos o al menos les daría una patada a los que tenían dos de esos, tan pequeños?

Conservaba la esperanza de que se defendiera, pero siempre me decepcionaba.

Tatum Brandt era una llorica.

No sabía mucho de ella, solo que todo el mundo la llamaba Tate, menos Madoc y Jared. Era toda una roquera por fuera, pero por dentro siempre iba sobre seguro. Y era guapa, tenía una belleza propia de animadoras.

¿Pelo largo y rubio? Exacto.

¿Ojos azules y grandes? Totalmente.

¿Piernas largas, labios carnosos y pecho generoso? Sí, incluso con dieciséis años.

Era perfecta y, si yo fuera mi hermanastro, no tendría ningún problema en meterle la lengua en la boca. Tal vez lo hiciera de todos modos.

Me mordí la comisura del labio mientras pensaba en ello. Sí, podría ser lesbiana. Tal vez. Si es que me apetecía.

Daba igual.

Que Madoc y Jared la atormentaran en lugar de intentar salir con ella era todo un misterio para mí. Pero, por alguna razón, me intrigaba. Llevaban acosándola desde principios del primer curso. Difundían rumores, la molestaban y hacían todo lo que estaba en sus manos para hacerla infeliz. Ellos la presionaban y ella retrocedía una y otra vez. Me estaba empezando a cabrear tanto que me daban ganas de partirlas la cara para defenderla.

Pero apenas la conocía. Y Tatum no me conocía a mí. Me mantenía tan lejos del radar que el sónar no me captaba.

—¿Por qué? —Jared respondió a su pregunta con otra pregunta e invadió su espacio personal con un contoneo altanero—. Porque apestas, Tatum. —Arrugó la nariz con asco—. Hueles... a perro.

Tate se irguió y las lágrimas emergieron por fin.

«¡Dale una patada en los huevos, idiota!».

Furiosa, exhalé un suspiro y me ajusté las gafas en el puente de la nariz. Todo eso antes de rodearme el cuerpo con los brazos.

Tate negó con la cabeza.

—Ni siquiera te acuerdas de qué día es hoy, ¿no? —Frunció los labios temblorosos y miró al suelo.

Y, sin siquiera verle los ojos, me di cuenta de qué era lo que sentía. Desesperación. Pérdida. Soledad.

Sin mirarlo de nuevo, se dio la vuelta y se marchó.

Habría sido sencillo pegarle. Devolverle el insulto. Y, aunque me molestaba lo débil que era, ahora entendía algo que no había comprendido antes. Jared era un capullo, pero podía hacerle daño.

Estaba enamorada de él.

Me crucé de brazos y me dirigí a las taquillas desde las que Jared y Madoc miraban a Tate marcharse.

Madoc habló detrás de su amigo.

—¿A qué se refiere? ¿Qué pasa hoy?

Jared esquivó la pregunta.

—No sé.

—Es catorce de abril —intervine, asomándome por el hombro de Madoc y haciendo que él se diera la vuelta—. ¿Te suena de algo, payaso? —pregunté a Jared.

Madoc enarcó una ceja rubia oscura en mi dirección y noté un atisbo de sonrisa en su mirada. Jared giró la cabeza lo suficiente para que le viera el perfil.

—¿Catorce de abril? —susurró y a continuación parpadeó con fuerza—. Mierda —murmuró.

Madoc se peinó hacia atrás y Jared estampó la palma de la mano en la taquilla más cercana.

—¿Qué pasa? —preguntó Madoc con el ceño fruncido.

Su amigo se pasó las manos por la cara y negó con la cabeza.

—Nada, no importa —bramó—. Me voy a Geometría. —Se metió los puños en los bolsillos y se alejó por el pasillo, dejándonos solos a Madoc y a mí.

Entre mi hermanastro y su amigo, sentía más respeto por Jared. Los dos eran capullos de primera categoría, pero al menos a él no le importaba lo que la gente pensara de su persona. Se paseaba por ahí como si fuera una extraña combinación del típico deportista y un gótico. Popular y siniestro. Oscuro pero muy codiciado.

A Madoc, por otra parte, sí le importaba lo que pensara todo el mundo. Nuestros padres. El director. Y la mayor parte de los estudiantes. Le encantaba que lo adoraran y odiaba estar emparentado conmigo.

Como alumnos de segundo curso, ya empezaban a acumular un poder que se descontrolaría para cuando llegaran al último curso.

—Vaya, tu amigo es un fracasado —bromeé. Me metí las manos en los bolsillos traseros de los *jeans*.

Madoc me dedicó una media sonrisa juguetona y una mirada tranquila.

—Y tus ami... —comenzó a decir, pero entonces se calló—. Ah, es verdad, que no tienes amigos.

—No los necesito —repliqué—. Viajo más rápido yo sola. Ya sabes que voy de un sitio para otro.

—Sí, vas de un sitio para otro. Pues haz una parada en la lavandería de camino, Fallon, necesito que recojas mis camisetas. —Se pasó la mano por la camiseta azul marino de Abercrombie con gesto arrogante. Con los *jeans* rectos y desteñidos, la pulsera negra de cuerda y el pelo rubio

oscuro bien arreglado, Madoc se vestía para impresionar. Las chicas se le acercaban porque vestía bien, hablaba sin parar y le encantaba flirtear. Era un tipo divertido, en todos los sentidos.

Y siempre hacía que me sintiera pequeña.

Yo decía muchas tonterías, pero la verdad sea dicha, las decía más para mí misma que para los demás. Madoc era de lujo. Yo era más bien como unos grandes almacenes. Él era Godiva, la marca elegante de chocolate. Yo era Snickers. Y en lo que a él concernía, era él quien tenía todos los derechos, y yo simplemente la hija aprovechada de la guarra cazafortunas que había atrapado a su padre.

Madoc creía que yo era la tierra que pisaba. «Que le den».

Repasé su atuendo con mirada condescendiente.

—Esas camisetas tuyas tienen mucho estilo. La comunidad gay estaría muy orgullosa.

—Tú también puedes comprarte cosas bonitas. Mi padre paga suficiente dinero a tu madre por sus servicios.

—¿Cosas bonitas? ¿Como las minifaldas de las chicas con las que sales?

—Era hora de educar a este idiota—. A la mayoría de los chicos les gusta lo que es distinto, Madoc. ¿Sabes por qué quieres que me ponga cosas bonitas y cortas? Porque cuanto más muestro, menos escondo. Te doy miedo.

Negó con la cabeza.

—Para nada, hermanita pequeña.

«Pequeña». Solo era dos meses más joven que él. Decía ese tipo de cosas para hacer que me enfadase.

—Yo no soy tu hermanita pequeña. —Di un paso al frente—. Y sí tengo amigos. Y a un montón de chicos interesados en mí. A ellos les gusta mi aspecto. Yo no sigo tus patrones ni los de tus padres presumi...

—Me aburro —me interrumpió con un suspiro—. Tu vida no me interesa, Fallon. En las cenas durante las vacaciones y de vez en cuando por la casa, esas son las únicas veces en las que soporto encontrarme contigo.

Levanté la barbilla para que los sentimientos no me traicionaran. No me dolía. Ni sus palabras ni su opinión sobre mí. No sentía ningún nudo en la garganta que bajara hasta el vientre y me retorciera el estómago. No me importaba lo que había dicho, me gustaba quién era yo. Nadie me decía cómo vestir, cómo comportarme, a qué clubes unirme... Tomaba mis propias decisiones. Madoc era una marioneta, un dron.

«Yo soy libre».

Al ver que no decía nada, se dispuso a retirarse.

—Nuestros padres no están esta noche. Voy a celebrar una fiesta y quiero que te pierdas. Puedes esconderte en los cuartos de los sirvientes, el lugar de donde procedes.

Lo observé marcharse, consciente de que no iba a hacerle ni caso.
Desearía habérselo hecho.

CAPITULO 1

Madoc

Dos años más tarde

—¿En serio? —exclamé—. ¿Puede ir más lento? —le pregunté a Jared, sentado en el asiento trasero del G8 de su novia con las manos en la cabeza.

Tate se dio la vuelta en el asiento del conductor, con la mirada afilada, como si quisiera atravesarme el cráneo con un cuchillo.

—¡Voy por una curva pronunciada a casi ochenta kilómetros por hora por un camino de tierra inestable! —chilló—. Esto ni siquiera es una carrera de verdad. Solo estoy practicando. ¡Ya te lo he dicho! —Tenía todos los músculos de la cara tensos mientras me gritaba.

Eché la cabeza atrás y exhalé un suspiro. Jared estaba sentado delante de mí con el codo apoyado en la puerta y la cabeza, en la mano.

Era sábado por la tarde, una semana antes de la primera carrera de verdad de Tate en nuestra pista local e improvisada, el Loop, y llevábamos tres horas ya en la ruta cinco. Jared se quedaba callado cada vez que la boba bajaba de marcha demasiado pronto o no pisaba lo suficiente el acelerador, pero yo no.

Él no quería herir los sentimientos de su novia, pero a mí me daba igual. ¿Por qué iba a ir con cuidado con ella? Si yo no intentaba meterme entre sus piernas.

Al menos ya no.

Tate y Jared se habían pasado la mayoría del tiempo en el instituto odiándose. Atacándose con palabras y excentricidades en la obra más larga de juegos preliminares que había visto nunca. Ahora estaban acaramelados el uno con el otro como Romeo y Julieta. En la versión porno.

Jared volvió la cabeza, pero no lo suficiente para mirarme a los ojos.

—Fuera —me dijo.

—¿Qué? —repliqué, abriendo mucho los ojos—. Pero... pero... —tartamudeé, y vi la sonrisa triunfante de Tate por el espejo retrovisor.

—Pero nada —bramó Jared—. Vete a tu automóvil. Puede competir contigo.

La chispa de la adrenalina me recorrió todo el cuerpo por la emoción de divertirme un poco al fin. Tate podía competir como una nena que no sabía lo que hacía, pero aún tenía mucho que aprender y tenía que echarle valor.

«Vamos a ello». Me dieron ganas de sonreír, pero no lo hice. En lugar de eso, me limité a poner los ojos en blanco.

—Bien, esto va a ser aburrido.

—Vaya, qué divertido eres —se burló ella, aferrándose con más fuerza al volante—. Pareces una niña de doce años cuando lloriqueas.

Abrí la puerta trasera.

—Hablando de lloriquear... ¿quieres que apostemos quién va a acabar llorando cuando acabe el día?

—Tú —respondió.

—No.

Agarró un paquete de pañuelos de papel y me lo lanzó.

—Toma, por si acaso.

—Oh, ya veo que los tienes siempre a mano —contraataqué—. Porque lloras mucho, ¿eh?

Tate se dio la vuelta.

—*Tais-toi. Je te détest...*

—¿Qué? —la interrumpí—. ¿Qué significa eso? ¿Que estás excitada y me quieres? Jared, ¿sabías que siente...?

—¡Parad ya! —rugió él, haciéndonos callar—. Los dos. —Levantó las manos en el aire, mirándonos a ambos como si fuéramos unos niños traviesos.

Tate y yo nos quedamos en silencio un instante. Y cuando ella se echó a reír, no pude evitarlo y yo también me reí.

—Madoc. —Jared tenía los dientes prácticamente pegados y sentí la tensión en su voz—. Fuera. Venga.

Tomé el teléfono móvil del asiento e hice lo que me pedía, pero solo porque sabía que mi mejor amigo ya había pasado suficiente.

Llevaba todo el día intentando provocar a Tate haciendo bromas y distrayendo a Jared. Al fin iba a competir con un contrincante de verdad y, aunque Jared y yo habíamos estado practicando con ella, sabíamos que en la pista surgían problemas. Todo el tiempo. Pero Tate insistía en que podía con ellos.

Y todo lo que Tate quería, lo conseguía. Y Jared era más pesado que

una vaca en lo que respectaba a esa chica.

Retrocedí por la pista hasta la carretera que accedía a ella. Mi GTO plateado estaba aparcado a un lado de la carretera. Me metí una mano en el bolsillo de los pantalones para sacar las llaves y me pasé la otra por la cabeza.

Estábamos a principios de junio y todo era ya deprimente. No hacía mucho calor, pero la humedad era horrible. Mi madre quería que me hubiera ido a pasar el verano a Nueva Orleans, pero yo le respondí con un no enorme y rotundo.

Sí, me encanta sudar la gota gorda mientras su nuevo marido intentaba enseñarme a pescar camarones en el golfo.

«No».

Quería a mi madre, pero la idea de tener toda la casa para mí mientras mi padre estaba en su apartamento de Chicago era, sin duda, mucho más apetecible.

Sentí que la mano me vibraba y miré el teléfono.

«Hablando del rey de Roma».

—Hola, ¿qué tal? —pregunté a mi padre cuando llegué hasta el vehículo.

—Madoc, me alegro de hablar contigo. ¿Estás en casa? —Parecía preocupado, algo poco habitual.

—No, pero pensaba volver pronto. ¿Por qué?

Mi padre ya apenas pasaba tiempo por aquí, solía estar en su apartamento de Chicago porque los casos en los que trabajaba le ocupaban mucho tiempo. Como estaba tan a menudo ausente, era más fácil tratar con él.

Me gustaba, pero no lo quería.

Mi madrastra había pasado todo un año ausente. Viajando, visitando a amigos.

A ella la odiaba.

Y tenía una hermanastra... en alguna parte.

—Addie ha llamado esta mañana —me explicó—. Fallon ha llegado hoy. —Se me quedó el aire atascado en la garganta y estuvo a punto de caérseme el teléfono.

«¿Fallon?».

Apoyé la palma de la mano en el techo del vehículo, bajé la cabeza y me obligué a dejar de apretar los dientes.

Mi hermanastra estaba en casa. ¿Por qué? ¿Por qué ahora?

—¿Y? —espeté—. ¿Eso que tiene que ver conmigo?

—Addie te ha hecho la maleta. —Hizo caso omiso de mi pregunta—. He hablado con la madre de Jared y te vas a quedar con ellos unas semanas, hasta que yo pueda mejorar mi horario y vuelva a casa para arreglar la situación.

«¿Perdona?». Sentí que se iba a rajar el teléfono entre mis dedos cuando lo apreté.

—¿Qué? ¿Por qué? —grité, respirando con dificultad—. ¿Por qué no puedo quedarme en mi casa?

¿Desde cuándo era ella la que mandaba? Estaba en casa, ¡muy bien! Pues que la echara. ¿Por qué tenía que irme yo?

—Ya sabes por qué —respondió con tono grave y amenazador—. No vayas a casa, Madoc.

Y colgó.

Me quedé allí plantado, observando el reflejo de los árboles en el techo del automóvil. Me había dicho que me fuera a la casa de Jared, donde Addie me llevaría ropa, y que no volviera a la nuestra hasta nuevo aviso.

¿Y por qué?

Cerré los ojos y negué con la cabeza. Sabía por qué.

Mi hermanastra estaba en casa y nuestros padres lo sabían todo. Lo que pasó dos años antes.

Pero no era su casa. Nunca lo había sido. Ha sido mi hogar durante dieciocho años. Ella vivió un tiempo allí cuando nuestros padres se casaron y después desapareció, hace dos años.

Una mañana me desperté y se había marchado. Ni despedidas, ni una nota, ni ningún tipo de comunicación desde entonces. Nuestros padres sabían dónde estaba, pero yo no. A mí no me permitían conocer su ubicación.

Aunque tampoco me importaba.

Pero, joder, quería pasar el verano en mi casa.

Dos horas más tarde estaba sentado en el salón de la casa de Jared con su medio hermano, Jax, pasando el rato hasta que su madre dejó de vigilarnos como un halcón. Cuanto más tiempo pasaba ahí sentado, más ganas me entraban de buscar una distracción. Jared tenía un montón de licores en su habitación que yo me había traído de mi casa, y era hora ya de empezar el precalentamiento del sábado noche. Jax estaba tumbado en el sofá jugando a videojuegos y Jared había salido para hacerse un tatuaje.

—Así no arreglas nada, Jason —oí decir a Katherine Trent en la cocina.

Enarqué las cejas. ¿Jason? Ese era el nombre de mi padre.

Pasó por la puerta, hablando por teléfono.

¿Llamaba Jason a mi padre? Tampoco era tan raro, se llamaba así, simplemente me parecía curioso. No había mucha gente que llamara a mi padre por su nombre de pila. Normalmente era el «señor Caruthers» o «señor».

Me levanté y me acerqué al comedor, que estaba justo al otro lado de

la cocina.

—Es tu hijo —decía—. Tienes que venir a casa y resolver este asunto.

Me metí las manos en los bolsillos y me apoyé en la pared que había justo al lado de la puerta que daba a la cocina. Se quedó un instante callada y solo se oían los platos entrechocando. Seguramente estuviera sacándolos del lavavajillas.

—No —respondió—. Una semana. Como mucho. Quiero a Madoc, pero esta es tu familia y te necesita. No te vas a librar de esta. Yo ya tengo a dos chicos adolescentes, ¿y sabes lo que hacen cuando intento ponerles una hora de llegada? Se ríen de mí.

Estaba entre sonreír por la situación o apretar los puños por la irritación.

—Puedes contar conmigo —continuó—. Quiero ayudar, ¡pero te necesita a ti! —Sus susurros no servían de nada. Era imposible intentar dar órdenes a mi padre y que él se callara.

Miré a Jax y me di cuenta de que había parado el videojuego y me miraba con una ceja enarcada.

Negó con la cabeza e hizo una broma.

—No he obedecido una hora de llegada en toda mi vida. Pero ella es adorable por intentarlo. Quiero a esa mujer.

Jax era el medio hermano de Jared. Tenían el mismo padre, pero madres distintas, y Jax había pasado la mayor parte de su vida o bien con su padre sádico o en hogares de acogida. A finales del pasado otoño, mi padre había ayudado a Katherine a sacar a Jax de un hogar de acogida para llevárselo a casa. El padre de Jared y Jax estaba en la cárcel y todos querían que los hermanos estuvieran juntos.

Sobre todo, ellos.

Ahora que Jared, que había sido mi mejor amigo durante todo el instituto, había encontrado a su alma gemela y al amor de su vida, no pasaba tanto tiempo con nosotros como antes, así que Jax y yo nos habíamos hecho muy amigos.

—Vamos. —Le hice un gesto con la barbilla—. Voy a por una botella a la habitación de Jared y nos vamos de aquí.

—Quiero ver tus bolas más grandes —señalé con tono grave. Tenía los ojos entrecerrados y tuve que apretar los dientes para no echarme a reír.

Tate enderezó la espalda y, lentamente, se dio la vuelta con la barbilla gacha y la mirada al frente. Me recordaba a cómo me miraba mi madre cuando me hacía pis en la piscina de pequeño.

—Vaya, esa no la había oído antes. —Me miró con cara de sorpresa—. Bien, caballero, tenemos unas buenas bolas, pero solo nos hacen falta tres dedos. ¿Estás a la altura? —Estaba poniendo la misma cara que tendría si estuviéramos hablando de los deberes, pero atisé una

sonrisita asomando en la comisura de la boca.

—Estoy muy a la altura —bromeé y sentí de repente como si tuviera la lengua demasiado grande para la boca—. Te pondrías celosa si supieras lo que soy capaz de hacer con esas bolas.

Puso los ojos en blanco y se acercó al mostrador. Llevaba trabajando en la bolera desde el pasado otoño. Casi fue un requerimiento judicial que tuviera que encontrar un empleo. Bueno, tampoco era para tanto. Probablemente hubiera sido así si Jared hubiera presentado cargos. Esta chica de metro setenta y cuatro y cincuenta y cinco kilos había estampado una palanca contra el automóvil de su novio en uno de sus famosos arrebatos más violentos. Fue ruin, pero también bastante asombroso. El vídeo estaba en YouTube y prácticamente había iniciado un movimiento feminista. La gente había preparado versiones propias con él e incluso le había añadido música. Le habían puesto el título *¿Quién es ahora el boss?*, ya que el vehículo de Jared era un Mustang Boss 302.

Sin embargo, había sido todo un malentendido y Tate había pagado los daños. Ella maduró, Jared y yo maduramos, y ahora todos éramos amigos.

Por supuesto, ellos dos se acostaban. Yo no tenía esas ventajas.

—Madoc, ¿has estado bebiendo? —Tate apoyó las manos en el mostrador y me miró como si fuera mi madre.

—Qué pregunta más estúpida.

«Por supuesto que había estado bebiendo». Como si no me conociera.

Levantó la cabeza, miró las pistas que había detrás de mí. Temí que se le cayeran de la cabeza aquellos enormes ojos azules.

—¡Y también has emborrachado a Jax! —me acusó, claramente enfadada.

Me di la vuelta para ver qué estaba mirando. Me tropecé cuando se me quedó el pie enganchado en el banco que había a mi lado y me salió un aullido de la garganta.

—¡Uooo! —grité, alzando en el aire la botella de Jack Daniels cuando vi lo que Tate estaba mirando.

Delante de una pista había un grupo de gente riéndose y mirando a Jax, que corría y se deslizaba por la pista de los bolos.

—¡Sí!

La botella desapareció de entre los dedos y me di la vuelta para ver a Tate guardándola debajo del mostrador, apretando los labios y con el ceño fruncido.

—¿Por qué me has quitado el *whisky*? —pregunté, imitando al capitán Jack Sparrow y estampando el puño contra el mostrador.

Tate recorrió el pasillo hacia la puerta que conducía a las pistas.

—Te vas a meter en un buen lío cuando salga de aquí —me amenazó.

—Me quieres y lo sabes. —Me reí y salí corriendo entre el laberinto de

mesas y sillas que había alrededor del quiosco, en dirección a donde estaba Jax haciendo el tonto. Se le habían unido un par de chicos más, que se tiraban por las pistas para deleite de la multitud que se congregaba allí un sábado por la noche. A esta hora no había muchas familias por aquí y los únicos que no se entretenían con el espectáculo eran los solteros que pasaban la vida lamentándose por las barrigas cerveceras que les habían salido y lo afortunados que eran por haber eludido el matrimonio. Se limitaban a mirar y a sacudir la cabeza.

«Fallon está en casa. No vuelvas a casa».

Tragué el whisky que me subía por la garganta y eché la cabeza hacia atrás.

—¡Uooo! —grité y me lancé al suelo de madera clara, saltando a la pista de barriga y deslizándome por ella.

El corazón me latía acelerado y la emoción me llenó el pecho. «¡Madre mía!». Estas pistas eran muy resbaladizas y yo me estaba partiendo de risa, sin importarme que Tate estuviera enfadada conmigo o que Jared me fuera a dejar el puño marcado en la cara para siempre por haber montado un espectáculo en el trabajo de su novia. Lo único que me importaba era lo que hacía en el momento.

«No puedo volver a casa».

La gente vitoreaba y gritaba detrás de mí, algunos dando saltos. El único motivo por el que lo sabía era porque sentía la vibración debajo de mí. Y cuando me paré y las piernas se metieron en la pista de al lado, me quedé allí, pensando. No en Fallon. Ni siquiera en si estaba demasiado borracho para volver a casa en automóvil.

Pensaba en voz alta:

—¿Cómo narices voy a levantarme?

Estas pistas eran resbaladizas. Vaya, no podía ponerme en pie, iba a caerme. Mierda.

—¡Madoc! ¡Levántate! —oí gritar a Tate desde alguna parte, cerca de mí.

«Madoc. Levántate. Ha salido el sol. Tienes que irte».

—¡Madoc! ¡Que te levantes! —repitió Tate.

—No pasa nada —gruñí—. Lo siento, Tate. Sabes que te quiero, ¿verdad? —Me senté y me dio un ataque de hipo. Cuando levanté la mirada, la vi caminando por la mediana que separaba las pistas.

Como si fuera una *boss*.

Se llevó las manos a las caderas y me miró con semblante adusto.

—Madoc, trabajo aquí.

Puse una mueca; no me gustaba la decepción que oía en su voz. Siempre había deseado que Tate me respetara.

—Lo siento, nena. —Intenté ponerme en pie, pero solo conseguí resbalarme de nuevo y noté un dolor agudo a un lado del trasero—. Ya te

he pedido perdón, ¿no?

Se puso en cuclillas y me agarró de un brazo para tirar hacia arriba.

—¿Qué pasa contigo? Nunca bebes a menos que estés en una fiesta.

Apoyé un pie en la canaleta y me tambaleé hasta que Tate tiró de mí hacia ella y pude afianzar el otro pie en la mediana.

—No pasa nada conmigo. —Esboqué una media sonrisa—. Que soy muy bromista, Tate. Soy... —Moví la mano en el aire—. Soy una broma... un bromista —me apresuré a añadir.

Ella me sujetaba, pero sentí que aflojaba los dedos en el bajo de mi camiseta.

—Madoc, no eres ninguna broma. —Volvía a tener mirada seria, pero esta vez más dulce.

«Tú no sabes qué soy».

Le sostuve la mirada con el deseo de contárselo todo, de que mi amiga, alguien, viera mi yo de verdad. Jared y Jax eran buenos amigos, pero a los chicos no les gustaba escuchar estas tonterías y tampoco éramos muy observadores. Tate sabía que pasaba algo y yo no tenía ni idea de cómo contárselo. Solo quería que supiera que bajo todo aquello no había un buen chico.

—Hago cosas estúpidas, Tate. Eso es lo que hago. Se me da bien. —Me enderecé lentamente y le metí algunos pelos que se le salían de la coleta detrás de la oreja. Bajé la voz hasta convertirla en apenas un suspiro—. Mi padre lo sabe. Ella lo sabe. —Bajé la mirada y enseguida volví a alzarla—. Tú también lo sabes, ¿no?

No respondió. Se quedó mirándome y sentí cómo daban vueltas los engranajes de su cabeza.

Posé la mano en su mejilla y me acordé de todas las ocasiones en las que ella me había recordado a Fallon. Le acaricié el rostro con el pulgar. Quería que me gritara, que no se preocupara por mí. Todo sería mucho más sencillo si supiera que en mi vida no había nada real.

Con la mirada puesta en su rostro dulce y vacilante me incliné hacia delante, inspirando su aroma apenas perceptible mientras acercaba los labios.

—¿Madoc? —Parecía confundida mientras me observaba.

Bajé la cabeza y deposité un suave beso en la frente para después retroceder, despacio.

Tenía el ceño fruncido por la preocupación.

—¿Estás bien?

«No».

«Bueno, a veces».

«De acuerdo, sí. La mayor parte del tiempo, supongo».

«Pero por las noches no».

—Uf. —Inspiré profundamente y sonreí—. Espero que sepas que esto

no ha significado nada —bromeé—. A ver, te quiero, pero no de ese modo. Es más como a una hermana. —Me eché a reír y me encorvé. Apenas terminé la frase, cerré los ojos y me agarré el vientre.

—No entiendo la broma —replicó ella.

Un silbido agudo resonó en el aire y Tate y yo alzamos la mirada.

—¿Qué narices pasa? —La voz severa y furiosa de Jared atravesó la pista de bolos y me provocó dolor de oídos.

Al darme la vuelta para mirarlo, retrocedí sin querer de nuevo a la pista resbaladiza.

—¡Mierda! —Me quedé sin aliento al resbalar, apoyé todo el peso en Tate. Fue demasiado para ella. Caí hacia atrás y ella sobre mi regazo. Aterrizamos en el suelo con fuerza. Seguramente me magullara todo el trasero, pero ella estaba bien, había aterrizado sobre mí, y desde luego me había gustado.

Pero cuando miré a mi mejor amigo, que estaba en el inicio de la pista observándonos con mirada asesina, la aparté con repulsión.

—¡Me ha servido whisky y ha intentado violarme! —Señalé a Tate—. Tiene la botella en el mostrador, ¡ve a comprobarlo!

Ella gruñó y retrocedió gateando hasta la mediana, con la coleta despeinada.

—¡Jax! —gritó Jared hacia la pista que tenía a mi derecha, por la que su hermano reptaba—. Y tú —me fulminó con la mirada—, vete al automóvil. Ya.

—Oooh, me parece que quiere darte unos azotes —canturreé a Tate mientras recorría la mediana en dirección a su novio.

—Cállate, idiota —bramó ella.

CAPITULO 2

Fallon

—¿Ha sido tu primer beso? —pregunta, ladeando la cabeza para mirarme. Mantengo la mirada gacha y me aferro a la encimera de la cocina que tengo detrás. Esto está mal. Él me presiona la espalda contra la encimera y no puedo moverme. Me duele.

«Míralo —me digo a mí misma—. ¡Levanta la mirada, tonta! Dile que se aparte. Él no te ve, está borracho. Hace que te sientas sucia».

—Ven. —Me toca la cara y me encojo—. Voy a enseñarte cómo se usa esa lengua.

Esto está mal.

—¿Fallon? —Una voz suave y dulce se coló en mi sueño—. Fallon, ¿estás despierta?

Llamaban a la puerta.

—Voy a entrar —me avisó.

Abrí los ojos y parpadeé para apartar la neblina del sueño del cerebro. No podía moverme. Sentía la cabeza separada del cuerpo, y tenía brazos y piernas amoldados a la cama, como si llevara un peso de diez toneladas sobre la espalda. El cerebro estaba activo, pero el cuerpo seguía dormido.

—Fallon —me llamó la voz—. He preparado huevos escalfados. Tus preferidos.

Sonreí y flexioné los dedos de los pies y de las manos para despertarlos.

—¿Con pan tostado? —pregunté debajo de la almohada.

—Pan blanco, porque el de cereales es de mariquitas —respondió Addie y me acordé de que hacía cuatro años le había dicho esas mismas palabras, cuando mi madre se casó con Jason Caruthers y vinimos a vivir aquí.

Me aparté las sábanas de las piernas y me senté, riendo.

—Te he echado de menos. Eres una de las pocas personas a las que no

me dan ganas de acuchillar.

Addie, la asistenta, que hacía las veces de madre conmigo, era también una de las pocas personas con las que no sentía complejos.

Entró en la habitación, portando con cuidado una bandeja llena de cosas que llevaba años sin probar: huevos escalfados, cruasanes, zumo de naranja recién exprimido, macedonia con fresas, arándanos y yogur. ¡Y mantequilla de verdad!

Aún no la había probado, ya, pero conocía a Addie, era mantequilla de verdad.

Cuando me puso la bandeja sobre las piernas, me puse el pelo detrás de las orejas y alcancé las gafas, que tenía en la mesita de noche.

—Pensaba que decías que tú no eras de las que llevaban gafas *hipster* —me recordó.

Mojé un pedazo de pan tostado en la yema de huevo.

—Antes tenía muchas opiniones, pero las cosas cambian, Addie. —Le sonreí alegremente y di otro bocado. Empecé a salivar todavía más cuando noté en la lengua el sabor salado de la yema y la mantequilla—. Pero ya veo que tu comida no. Madre mía, chica, he echado de menos esto.

Addie no era ni de lejos una «chica», pero su personalidad sí era la de una joven, más que cualquier otra persona que conociera. No era únicamente una asistenta de hogar excepcional, sino que, además, había demostrado ser la señora del palacete que necesitaba el señor Caruthers. Se encargaba de cosas que mi madre no hacía. Por supuesto, Addie y el señor Caruthers no se acostaban. Ella tenía unos veinte años más que él, pero se encargaba de todo. De la casa, los terrenos, su agenda social aparte del trabajo. Se anticipaba a sus necesidades y era la única persona a la que nunca había despedido. De verdad. Podía llamarlo cabrón, que él se limitaría a poner los ojos en blanco. Se hacía valer y, por ello, era la que llevaba la batuta en esta casa.

También cuidaba de Madoc y por eso la necesitaba.

—Te he echado de menos —respondió ella al tiempo que recogía la ropa del suelo.

Corté un poco de huevo y lo puse en la tostada.

—Venga, no hagas eso. Ya soy una mujer, puedo recoger mis cosas.

Yo no pagaba las facturas, pero a todos los efectos me había cuidado sola durante dos años. Mi madre me había dejado en un internado y mi padre no me había controlado de ninguna forma. Cuando enfermaba, iba sola al médico. Cuando necesitaba ropa, la compraba. Cuando tocaba día de colada, me dedicaba a estudiar junto a las lavadoras. Nadie me decía qué películas ver, cuánta verdura comer o cuándo cortarme el pelo. Lo decidía yo.

—Eres una mujer, y muy bonita. —Sonrió y sentí una oleada de calor en

el pecho—. Con unos cuantos tatuajes más, pero veo que te has quitado los *piercings*. Me gustaban el del tabique nasal y el del labio.

—Ya, en la escuela a la que iba no gustaban. Tienes que saber cuándo parar.

No diría exactamente que estaba atravesando ninguna etapa rara la última vez que Addie me vio, pero sí estaba practicando diferentes formas de expresión personal. Me había hecho un *piercing* en el tabique nasal, un aro pequeño, otro a un lado del labio y uno en la lengua. Pero ya no llevaba ninguno. St. Joseph's, el internado al que iba, no permitía *piercings* poco ortodoxos y los limitaban a dos en cada oreja. Tenía otros cinco en la oreja izquierda, uno transversal que ocupaba dos agujeros, y seis en la oreja derecha: en el trago, dos en el lóbulo y tres en la parte interna de la oreja. También me habían pedido que me quitara esos en la escuela. No obstante, como mi madre no respondía al teléfono para escuchar las quejas, acabé mandándolos a la mierda. Cuando llamaron a mi padre, este les ofreció una donación considerable... y los mandó a la mierda.

—Tú y Madoc habéis crecido tanto... —Se quedó callada y yo dejé de masticar—. Lo siento —terminó y apartó la mirada.

Si alguien hubiera intentado quitarme el corazón en ese momento, habría necesitado ambas manos para sostenerlo. Tragué la masa de comida que tenía en la boca e inspiré profundamente.

—¿Por qué lo sientes? —Me encogí de hombros.

Conocía el motivo y ella también.

Madoc y yo no estábamos solos en esta casa. Todo el mundo sabía lo que había pasado.

—No tienes nada de lo que preocuparte —me aseguró, sentada en el borde de la cama—. Como te dije anoche, no está aquí y no volverá hasta que tú no te vayas.

«No».

—¿Crees que tengo algún problema con Madoc, Addie? —pregunté con una risita—. Estamos bien. Yo estoy bien. Llevamos lo de nuestra estúpida rivalidad demasiado lejos, pero éramos unos niños. Quiero pasar página. —Lo dije con un tono tranquilo y los hombros relajados. No quería que el lenguaje corporal me traicionara.

—Jason considera que no es seguro. Dice que puedes quedarte todo el tiempo que desees. Madoc no estará aquí.

Por esto necesitaba a Addie. Podía convencerla de que trajera a Madoc a casa, pero tenía que hacerlo con disimulo.

—Solo me quedará una semana, más o menos. —Tomé un sorbo del zumo—. En otoño iré a la Universidad Northwestern, pero me quedará con mi padre en la ciudad el resto del verano, hasta que empiecen las clases. Solo quería venir de visita antes de empezar una nueva etapa.

Me miró del mismo modo que las madres que salían en la televisión miraban a sus hijas. Una mirada que te hacía pensar que había un par de cosas que tenías que aprender porque, cariño, aún eres una niña y yo soy más sabia.

—Querías verlo. —Asintió con los ojos azules fijos en los míos—. Para arreglar las cosas.

¿Arreglar las cosas? No. ¿Verlo? Sí.

—Está bien. —Aparté la bandeja de la cama y me bajé—. Voy a correr un poco. ¿Todavía está ese camino que hay alrededor de la cantera?

—Por lo que yo sé, sí.

Recorrí la recién decorada habitación hacia el armario, en el que había metido la maleta el día anterior cuando llegué.

—Fallon. ¿Normalmente duermes en ropa interior y una camiseta tan corta que ni te tapa el trasero? —preguntó Addie con tono divertido.

—Sí, ¿por?

No oí nada durante unos segundos y me agaché para sacar la maleta.

—Menos mal que Madoc no está aquí —murmuró con tono jocoso y me dejó sola.

Me vestí mientras observaba la habitación a la luz del día. Mi vieja habitación con decoración nueva.

Cuando llegué ayer, Addie me acompañó al dormitorio, pero el interior era muy distinto a como yo lo había dejado. Ya no estaban los pósteres de *skate*, habían cambiado los muebles y las paredes rojas ahora eran de color crema.

¿Crema? Puaj.

Yo tenía toda una pared llena de pegatinas, pero ahora la decoraban unas fotografías impersonales hechas a gran escala de la torre Eiffel y calles adoquinadas de Francia.

La ropa de la cama era de color rosa claro y las cómodas y la cama eran ahora blancas.

Ya no estaban la mesa con mis dibujos, las estanterías con los robots de Lego, ni mis DVD y CD. No podía decir que hubiera pensado en todas esas cosas en los dos últimos años, pero ayer me dieron ganas de llorar nada más entrar en la habitación. Tal vez había dado por hecho que seguirían aquí, o puede que me molestara que toda mi vida se pudiera tirar de esa forma.

—Tu madre redecoró poco después de irte —explicó Addie.

Por supuesto.

Me permití dos segundos para lamentarme por todas las horas que había pasado montando en monopatines que ahora estaban en la basura y construyendo Legos que se podrían en algún lugar.

Después me tragué el dolor que notaba en la garganta y me olvidé. A la mierda todo.

Mi dormitorio había madurado e incluso era un tanto sexi. Aún me gustaba la ropa de chico y las formas locas de expresión, pero a mi madre no se le daba mal la decoración. No había motivos florales y la habitación estaba diseñada para un adulto. Los tonos claros de rosa de la ropa de la cama y las cortinas, la inocencia de los muebles románticos y las fotografías en blanco y negro en marcos alegres me hacían sentir como una mujer.

Y me gustaba.

Aunque seguía con ganas de matarla por haber tirado todas mis cosas.

Lo mejor de que mi madre se hubiera casado con Jason Caruthers era que esta casa estaba en Seven Hills Valley, una urbanización enorme y cerrada, si es que se le podía considerar «urbanización» cuando el barrio más cercano estaba a casi un kilómetro de distancia.

A los ricos les gustaban sus casas de campo, tener su espacio y sus esposas florero. Aunque no usaran nada. Cuando pensaba en mi padrastro, siempre me acordaba de Richard Gere en *Pretty Woman*. El tipo que reserva la suite en el ático pero que no soporta las alturas, ¿por qué narices reservaba entonces una suite en un ático?

Ese era Jason Caruthers. Compraba casas en las que no vivía, vehículos que no usaba y se casaba con mujeres con las que no convivía. ¿Por qué?

Me hacía esa pregunta todos los días. A lo mejor estaba cansado, puede que estuviera buscando algo que nunca parecía encontrar.

O tal vez era, sencillamente, un capullo rico.

Siendo justa, mi madre era igual. Patricia Fallon se casó con mi padre, Ciaran Pierce, hace dieciocho años. Dos días después nació yo. Cuatro años más tarde, se divorciaron y mi madre me llevó con ella, su seguro de vida, en todas sus aventuras en busca de dinero. Se casó con un empresario que perdió el negocio y con un capitán de la policía cuyo trabajo resultó no ser lo bastante chic para mi madre.

No obstante, gracias a él conoció a su marido actual y mi madre encontró en él justo lo que buscaba: dinero y prestigio.

Mi padre también lo tenía, claro. En algunos círculos. Yo nunca quise nada de eso. Mi padre vivía al margen de la ley, bastante al margen, y para proteger a su familia nos mantenía ocultas y en silencio. Esa no era la vida chic que mi madre deseaba.

A pesar de sus decisiones egoístas, me gustaba dónde había acabado. Me gustaba esto, siempre me había gustado.

Las viviendas estaban todas separadas por grandes entradas y los pequeños espacios llenos de árboles. Me encantaba correr, incluso andar, por caminos tranquilos y recónditos, pero lo que más me sorprendía ahora era cómo estaba conectada la urbanización con la zona de recreo de las Minas de España, con estrechos senderos silvestres y canteras

profundas. La arenisca, la vegetación y el cielo azul perfecto hacían de este un lugar ideal para perderse.

El sudor me resbalaba por el cuello al tiempo que pisoteaba la arena bajo mis pies. Por los auriculares escuchaba *Schism*, de The Tool, mientras me concentraba en el sendero. Tuve que recordarme que debía mantener la vista alzada. Mi padre detestaba que corriera sola. Odiaba que corriera en lugares solitarios y tranquilos. Casi podía oír su voz en la cabeza: «¡Mantén la cabeza alta y resguárdate!».

Me había comprado un montón de pantalones para correr con pistoleras sujetas a la parte trasera, pero me negaba a llevarlos. Si quería que atrajera menos miradas, esa era la peor forma de hacerlo.

«Si corres en ropa interior, alguien lo va a malinterpretar —me decía—. Y entonces tendré que enfrentarme a ese alguien y hacerle daño. Ya sabes que no me gusta hacerlo».

No salía a correr en ropa interior, pero ¿unos pantalones cortos de licra y un sujetador deportivo qué eran? Pues algo atractivo, maldita sea.

Así que habíamos llegado a un acuerdo. Hizo que le diseñaran un brazalete para guardar un pequeño cuchillo de bolsillo y aerosol de pimienta. Parecía un brazalete con abalorios retorcido y extraño, pero él se sentía mejor al saber que lo llevaba puesto cada vez que salía a correr.

Con la vista fija en el sendero, delante de mí, porque hacía caso a mi padre, vi a una joven, de más o menos mi edad, que estaba entre el camino y el estanque, mirando el agua. Tenía los labios hacia abajo y sorbía por la nariz. Me di cuenta de que le temblaba la barbilla. Reduje el paso y me fijé rápidamente en todo. Estaba vestida como yo, con unos pantalones cortos y un sujetador deportivo, y por lo que atisbaba a ver, no estaba herida. No había más gente corriendo ni haciendo senderismo. Estaba allí parada, con los ojos entornados y mirando las ondas suaves en el agua.

—Bonita canción —grité para hacerme oír por encima del ruido que provenía del iPod que tenía sujeto al brazo.

Volvió la cabeza en mi dirección y se limpió de inmediato la comisura del ojo.

—¿Qué? —Se quitó los auriculares.

—Qué bonita canción —repetí. Oía *Paradise City*, de Guns N'Roses, brotar de los auriculares.

Soltó una carcajada y se sonrojó un poco.

—Me encanta la música antigua. —Me tendió la mano—. Hola, soy Tate.

—Fallon. —Le estreché la mano.

Asintió y apartó la mirada en un intento de limpiarse disimuladamente las demás lágrimas.

«Tate». Un momento... pelo rubio, piernas largas, buenos pechos...

—Tú eres Tatum Brandt —recordé—. ¿Del instituto Shelburne?

—Sí. —Se colocó el cable de los auriculares alrededor del cuello—. Lo siento, no me acuerdo de ti.

—No pasa nada. Me marché al final del segundo curso.

—Oh, ¿dónde fuiste? —Me miraba a los ojos al hablar.

—A un internado del Este.

Enarcó las cejas.

—¿Un internado? ¿Y eso?

—Uno católico. Muy católico.

Sacudió la cabeza y sonrió como si no pudiera creerse lo que estaba diciéndole. O a lo mejor le parecía absurdo. ¿En su mundo la gente no se deshacía de los niños no deseados? ¿De verdad? Qué extraño.

Soplaba viento en el sendero y las hojas crujían; la brisa era más que bienvenida para refrescarme la piel caliente y húmeda.

—¿Y has vuelto para pasar aquí el verano antes de ir a la universidad o de forma definitiva? —preguntó. Se sentó en el suelo, mirándome. Lo entendí como una invitación y yo también me senté.

—Solo me quedará una semana, más o menos. Voy a ir a la universidad a Chicago. ¿Y tú?

Bajó la mirada y perdió la sonrisa.

—Se suponía que iba a ir a Columbia, pero ya no.

—¿Por qué?

Columbia era una universidad fantástica. Yo quería solicitar plaza allí, pero mi padre no quería que estuviera tan cerca de Boston. Cuanto más lejos de él, más seguro, decía.

—Mi padre tiene... algunos problemas. —Vi las pestañas húmedas cuando se echó hacia atrás y se apoyó en las manos para seguir observando el estanque que teníamos delante—. Durante bastante tiempo, al parecer. Creo que es mejor que me quede cerca de casa.

—Debe de ser duro renunciar a Columbia.

Sacó el labio inferior y negó con la cabeza.

—No. De hecho, no me lo he pensado dos veces. Cuando una persona a la que quieres te necesita, haces de tripas corazón. Solo me molesta que no me lo haya contado. Ha sufrido dos ataques al corazón y yo me he enterado porque he visto unas facturas de hospital que se suponía que no debía ver.

Actuaba como si no tuviera elección. Como si fuera sencillo. «Mi padre está enfermo. Me quedo». Sentí celos de su resolución.

—Vaya, lo siento. —Sonrió y se sentó recta, limpiándose el polvo de las manos—. Seguro que te alegras de haberte parado a saludarme.

—No pasa nada. ¿Y ahora dónde va a ir a estudiar? —La miré y me di cuenta de que tenía un tatuaje pequeño en la nuca. En la curva en la que el cuello se encontraba con el hombro. No era muy grande, pero distinguí llamas brotando de un farolillo negro.

—A Northwestern —respondió—. Es una opción buena para mi carrera y está a una hora de aquí, más o menos. Cuanto más pienso en ello, más ilusión me hace.

Asentí.

—Ahí voy yo.

Enarcó las cejas, sorprendida.

—Vaya, vaya... te gusta Guns N'Roses, vas a Northwestern, tienes un tatuaje bonito. —Señaló el tatuaje que tenía detrás de la oreja, junto al nacimiento del pelo, en el que ponía «Fuera de servicio»—. Y corres. Dime que vas a estudiar Ciencias y puede que haya encontrado mi alma gemela heterosexual.

—Me voy a especializar en Ingeniería Mecánica —señalé con la esperanza de que fuera lo bastante parecido.

Extendió el puño para chocarlo conmigo y sonrió.

—Casi lo mismo.

Sonreía con más frecuencia que la última vez que la vi. O bien había conseguido que el Espécimen Uno y el Espécimen Dos la dejaran en paz, o bien los había puesto en su lugar.

—Bueno. —Se levantó y se sacudió la arena del trasero—. Un amigo va a celebrar una fiesta mañana por la noche. Tienes que venir. A él no le importa que vengan chicas guapas. Puede que tengas que dejar la ropa interior en la puerta, pero yo te protegeré.

Yo también me puse en pie.

—Parece un pependenciero.

—Aspira a convertirse en uno. —Se encogió de hombros, pero vi una sonrisita de orgullo. Me quitó el teléfono de las manos y anotó unos números—. Acabo de marcar mi número. Ya lo tienes, así que mándame un mensaje si te interesa y te enviré la dirección y te diré la hora.

—¿De quién es la fiesta? —pregunté al tiempo que recuperaba el teléfono.

—Es en la casa de Madoc Caruthers.

Cerré la boca y tragué saliva al oír su nombre.

—Es fundamental que lleves bikini —continuó—. Pero si le das una patada en los huevos, no protestará. —Entrecerró los ojos en señal de disculpa—. Es uno de mis mejores amigos. Se tarda un poco en acostumbrarse a él —explicó.

«¿Mejores amigos? ¿Perdona?».

Se me entrecortó la respiración. ¿Se suponía que Madoc iba a celebrar una fiesta mañana por la noche?

Tate retrocedió, lista para marcharse.

—Nos vemos mañana, espero.

Y se fue. Yo me quedé allí, mirando a izquierda y derecha, buscando no sabía qué. ¿Madoc era amigo de Tatum Brandt?

¿Cómo narices había sucedido tal cosa?

—Me gusta el metal en tu boca. He oído que un piercing en la lengua puede ser muy divertido para más cosas, además de para besar. —Me agarra del pelo y respira en mi boca—. ¿Eres una chica mala de verdad o tan solo lo finges? Demuéstramelo.

No supe qué me había despertado antes: las náuseas que sentí en el estómago como si fueran truenos o el subidón que me llenaba de emoción.

Náuseas y emoción. Angustia y entusiasmo. ¿Por qué sentía ambas emociones al mismo tiempo?

Sabía que las náuseas se debían al sueño. ¿Pero la emoción? ¿El entusiasmo?

Y entonces me di cuenta de qué había sido lo que me había despertado. La corriente de aire en la habitación había cambiado. Ahora salía al pasillo. El corazón me latía rápido y sentía mariposas en el estómago. Tensé los músculos porque la euforia que fluía por ellos era demasiada.

¡La puerta de la habitación estaba abierta!

Abrí los ojos y me puse rígida en la cama. Sentí el corazón en la garganta al intentar respirar.

En la puerta había una figura oscura, mucho más grande de lo que recordaba. Estuve a punto de gritar, pero cerré la boca y tragué saliva.

Sabía quién era y no tenía miedo de él.

—Madoc. —Echaba chispas—. Vete.

CAPITULO 3

Madoc

Me apoyé en el marco de la puerta y me llevé el botellín de cerveza a los labios.

Tenía razón. Tendría que irme. «Que te quedes es una idea horrible».

Pero, por alguna razón, tenía que comprobarlo por mí mismo.

No sabía por qué no me lo había creído. Me lo había dicho mi padre y Addie lo había confirmado, pero no podía digerir el hecho de que Fallon Pierce estuviera de vuelta después de tanto tiempo.

Esta mañana me había levantado con una buena resaca gracias a ella y había conducido hasta casa, seguro de que estarían en la cama. No había planeado ir a su habitación, ni entrar, pero tenía curiosidad. ¿Cómo era ahora? ¿Había cambiado? Y necesitaba algunas respuestas, me gustase o no.

Estiró el brazo y alcanzó las gafas de montura negra de la mesilla. Esta noche la luna estaba oculta, así que no veía nada. Solo su forma.

—Así que es verdad que has vuelto. —Me aparté del marco de la puerta y me acerqué a los pies de la cama.

—No puedes estar aquí. Addie me aseguró que te quedarías con unos amigos.

«¿Qué diablos?».

Tenían razón. Le daba miedo, pero ¿por qué? ¿Qué narices le había hecho yo?

Apreté el botellín verde que tenía en la mano y traté de distinguirla en la oscuridad. Llevaba una camiseta azul oscuro con una frase con letras arremolinadas que no podía leer, y estaba totalmente despeinada. Solía llevar *piercings*, pero no veía ninguno ahora mismo.

—Esta es la casa de mi padre. —Hablé en voz baja y me erguí—. Y algún día será mía, Fallon. La cama en la que duermes y todo lo que hay bajo este techo.

—Yo no. No te pertenezco.

—Ya —le resté importancia—. Eso ya lo he oído antes. Gracias.

—Vete —me pidió con tono duro.

Le di otro sorbo a la cerveza.

—Resulta que... antes de cerrar la puerta te pregunté si querías que me marchara. Lo extraño es que... —me incliné hacia ella— no lo hiciste.

En un movimiento rápido se apartó las sábanas y se incorporó en la cama. Se acercó al borde y me dio una bofetada en la cara antes de que tuviera tiempo siquiera a darme cuenta de lo que sucedía.

Estuve a punto de echarme a reír.

Me quedé quieto, pero la cabeza se me fue hacia un lado con el golpe y cerré los ojos por instinto. La quemazón comenzó como si fueran pequeñas agujas bajo la superficie, pero estalló y se extendió como si se tratara de electricidad. Dejé los ojos cerrados unos segundos más de lo necesario, saboreando la sensación.

Sobre la cama, estaba como quince centímetros por encima de mí y volví la cabeza hacia ella despacio, preparado para lo que tuviera pensado hacer.

Me miró con el ceño fruncido.

—Tenía dieciséis años y fui una estúpida al no alejarte de mí —espetó—. Lo que no sabía es que había cepillos de dientes más grandes que lo que tienes tú ahí. Y he tenido otros mejores en estos dos últimos años, así que mantén la puerta cerrada de ahora en adelante.

A veces sonreía sin sentirlo. A veces lo sentía y no sonreía. No quería que se diera cuenta de lo mucho que anhelaba esto. Me mordí el labio inferior.

Se dio la vuelta y volvió a la parte alta de la cama. La agarré del tobillo y tiré. Se desplomó en el colchón, aterrizó sobre el vientre y rápidamente me cerní sobre ella.

—¿Crees que ahora querría tocarte? ¿Sabes cómo te llamaba antes? —le susurré—. «Revolcón asegurado». Eras una buena opción para pasar el rato.

Volvió la cabeza para mirarme, pero no pudo volverla del todo con el peso que ejercía sobre su espalda.

—No vayas a pensar que para mí fue algo más que eso, Madoc. Estaba aburrida y estuvo bien ver cómo presumías de tus habilidades. Nunca me había reído tanto. —Casi oía la sonrisa en su voz—. Pero ahora soy más sensata —terminó.

—¿Sí? —pregunté—. ¿Yendo a por todo como tu madre? Tenía razón, Fallon. Está claro que has estado en muchos sitios. —Me levanté de la cama y ella se dio la vuelta y se sentó. Fue entonces cuando me fijé en lo que llevaba puesto: una camiseta y la parte de abajo de un bikini.

«Mierda». Parpadeé con fuerza.

Noté que la entrepierna reaccionaba debajo de los pantalones cortos y apreté un puño para controlarme.

—Pero —continué— no te sobreestimes, nena. No puedes echarme de mi casa. Yo vivo aquí, tú no.

Su pecho subió y bajó con fuerza y la ira que había en su mirada me devolvió todo lo que había vivido hacía dos años. Ya no tenía los *piercings* de la cara y deseé que los siguiera llevando, pero el pelo era un caos precioso. Cómo se veía por la noche. Seguía llevando las gafas sexis y no pude evitar pensar en las piernas que tenía, fuertes.

Yo las había probado.

¿Y su carácter? No había duda de que tenía sangre irlandesa.

—¿Madoc?

Se me entrecortó la respiración y me di la vuelta. Hannah estaba en la puerta con el bikini puesto.

—El *jacuzzi* está listo —me informó con las manos en las caderas.

Miré a Fallon, que seguía sentada en la cama y había puesto los ojos en blanco al ver a la chica.

Sonreí.

—Quédate —le dije con voz calmada—. Come, usa la piscina y después búscate una vida propia cuando te marches.

CAPITULO 4

Fallon

Sabía perfectamente cómo me sentía con respecto a Madoc. Y sabía por qué me sentía así. Odiaba lo que me hizo, pero ¿por qué diablos me odiaba él a mí? Me lavé la cara y me dispuse a realizar la rutina mañanera mientras pensaba en él. Anoche fue grosero. Volátil. Estaba claro que me despreciaba. Eso no formaba parte del plan.

Dejamos las cosas sin terminar, pero ¿qué problema tenía él? Había conseguido lo que quería, ¿no?

¿Por qué estaba tan cabreado?

Me sequé la cara y me puse las gafas para bajar las escaleras mientras reproducía mentalmente sus palabras de anoche.

¿Crees que querría tocarte? ¿Sabes cómo te llamaba antes? «Revolcón asegurado». Eras una buena opción cuando necesitaba pasar un buen rato.

Nunca había sido tan cruel. Ni siquiera antes de que empezáramos...

Oí un chillido en el largo pasillo que conducía a las escaleras y me detuve.

—¡Suéltame, Madoc! —La voz de Addie sonó en algún lugar de la planta de abajo. Me crucé de brazos al darme cuenta de que todavía llevaba puesta la camiseta sin sujetador y Madoc seguía en la casa. Pero enseguida volví a bajarlos.

Seguía aquí. «Bien». Aquí es donde tenía que estar. Ya no tendría que convencer a Addie para que lo trajera.

Bajé la barbilla, cuadré los hombros y descendí. Cuando entré en la cocina vi a Madoc detrás de Addie, estirando el brazo por encima de su hombro para meter la cuchara en la masa que estaba mezclando. La sonrisa fácil que siempre le iluminaba los ojos me dejó clavada en el sitio y entrecerré los ojos.

«Deja de sonreír», le pedí mentalmente. Entorné todavía más los ojos, hasta el punto de que seguramente se me juntaran las cejas.

Madoc le dio la vuelta a la cuchara y se introdujo en la boca el mejunje con aspecto de chocolate mientras Addie intentaba quitársela. El chico se dio la vuelta y ella fue a darle una palmadita en la cabeza, pero los dos estaban riendo.

—¡No vuelvas a hacerlo, maleducado! Yo no te he enseñado eso. —Addie lo señaló con la cuchara de madera, sacudiéndola y haciendo que le cayeran gotas de masa en la camisa blanca a pesar de que llevaba puesto un delantal.

Madoc le guiñó un ojo y se acercó al frigorífico, todavía con la cuchara plateada en la boca, menuda sorpresa, y tomó un Gatorade.

Me quedé mirando el enorme tatuaje que le atravesaba la espalda y se estiraba de hombro a hombro. Y se me paró el corazón. «¿Era mi nombre?». Pero entonces parpadeé y me quité de la cabeza esa idea ridícula. «No». En el tatuaje ponía «Fallen». Habían hecho una «e» rara al ponerle tinta para que pareciera una llama.

Era un tatuaje bonito y tuve que reñirme mentalmente para dejar de babear por lo sexi que estaba con él. Los tatuajes le daban un toque atractivo a cualquiera.

Cuando hablaba con mi madre, ella solía hacer comentarios sobre el aspecto que tendría cuando tuviera ochenta años con todos estos tatuajes.

Estaré estupenda.

Tenía los *jeans* caídos, sin cinturón, y no llevaba camiseta. Parecía que se acabara de despertar y se hubiera olvidado de terminar de vestirse. Aunque yo no era quién para decir nada, con los pantalones cortos del pijama y una camiseta tenía un aspecto mucho más indecente que él. Estaba despeinada, con el pelo por toda la cara y por la espalda lleno de nudos y enredos.

Él estaba como nuevo, despejado; yo estaba marchita.

—¡Fallon! —exclamó Addie, y parpadeó—. Te has despertado. —No iba a engañar a nadie con ese tono nervioso.

Madoc estaba de espaldas a mí, pero noté que paraba el brazo un par de segundos antes de darle un sorbo al Gatorade. Pero se recobró enseguida.

—Sí —respondí con pereza—. Me cuesta dormir con todo el escándalo que hay aquí abajo.

Madoc volvió la cabeza hacia mí y me miró por encima del hombro con una ceja arqueada. Parecía molesto.

Bajó despacio la mirada, fijándose en mi atuendo o tal vez solo para hacerme sentir incómoda. Noté calor en las mejillas. Se deleitó con mi pecho, estómago, y así hasta los pies descalzos para después subir y mirarme a los ojos con el disgusto reflejado en la mirada de un profundo azul.

Noté el mismo fulgor en las fosas nasales que la noche anterior, pero tenía la mirada relajada. Apreté los dientes para obligarme a respirar más despacio. No podía enfadarme por cómo me miraba, había aprendido a no enfadarme.

Madoc siempre estaba muy tranquilo, demasiado cuando éramos más jóvenes. Nunca gritaba ni se mostraba enfadado hasta que ya estaba harto, algo del todo impredecible. Eso era lo más aterrador de él.

—Fallon, Madoc ha aparecido por sorpresa esta mañana —se apresuró a explicar Addie—, pero se va después de desayunar, ¿verdad? —le preguntó a él, presionándolo con las cejas enarcadas.

Él la miró a ella y después a mí, con cara de malicia y placer.

Negó con la cabeza.

—No —dijo, haciendo caso omiso de la preocupación de Addie, como si acabara de decirle simplemente que no quería postre—. Fallon y yo hablamos anoche. No pasa nada. —Me miró con los ojos entornados, sonriendo—. Me espera un asco de verano y esta casa es grande. ¿Verdad, Fallon? Vamos a portarnos bien y a mantenernos alejados el uno del otro.

Asentía al tiempo que hablaba y miró a Addie con la misma mirada despreocupada e inocente que le había visto usar un millón de veces.

Por eso Madoc sería un gran abogado como su padre. Cuando trabajabas con gente lo importante no era únicamente las palabras que usabas. Había que tener en cuenta el lenguaje corporal, el tono y el momento. Utilizar una voz natural, tener el cuerpo relajado y distraer con un cambio de tema lo antes posible.

«Tres, dos, uno...».

—Venga. —Le dio un codazo a Addie—. No pasa nada.

Se acercó a ella en la encimera y la abrazó con fuerza, pero con la mirada fija en mí.

—Tú preocúpate por terminar mis tortitas de chocolate. Estoy muerto de hambre.

—¡Madoc! —exclamó ella, mirándolo con el ceño fruncido, aunque con una sonrisa que no podía contener.

Y eso fue todo. Había ganado él.

O eso era lo que él creía.

Me aclaré la garganta.

—Sí, Madoc tiene razón, Addie. No tengo ningún inconveniente en que esté aquí, ya te lo dije ayer. —Vi que Madoc alzaba las cejas. Seguro que pensaba que iba a quejarme—. Además, me voy en una semana. Solo he venido para comer y para usar la piscina.

Impregné de sarcasmo las palabras y le sostuve la mirada. Echaba de menos estos juegucitos con él, más de lo que me hubiera gustado admitir.

—¿Adónde te vas? —preguntó. Apoyó los codos en la isla de granito.

—A Chicago. En otoño comienzo el curso en Northwestern. ¿Y tú?

—Notre Dame. —Exhaló un suspiro y apretó los labios. Había resignación en su voz.

No era exactamente resignación. Aceptación. Como si hubiera perdido una batalla.

Notre Dame era la escuela de la familia. Su padre, sus tías y tíos y su abuelo habían ido allí. A él no le disgustaba, pero tampoco sabía si le gustaba. Me costaba adivinar si tenía sueños propios aparte de lo que su padre había planeado para él.

—Oh, ¡cierto! —Addie soltó la cuchara en el cuenco y se limpió las manos en el delantal—. Se me había olvidado daros vuestros regalos de graduación.

Caminó por la cocina y sacó dos cosas de un armario.

—No sabía que estarías aquí, Fallon, pero también te he comprado algo. Tomad. —Nos tendió a Madoc y a mí lo que parecían unas lamparitas. Tenían plástico negro abajo y una cápsula de vidrio en la parte de arriba. En la base había varias filas con el alfabeto.

—¡Un *criptex*! —Le dediqué una sonrisa mientras Madoc miraba el suyo como si este fuera un bebé alienígena.

—Pero si... —Frunció el ceño—. Ya sabes que lo que yo quería era verte en bikini —le dijo a Addie.

—Oh, para ya. —La mujer movió la mano.

—¿Qué es esto? —Seguía con el ceño fruncido mientras examinaba el artilugio.

—Es un *criptex*, una cápsula acertijo —explicó Addie—. Tienes que resolver el acertijo que he puesto en la base y poner la respuesta para abrir la cápsula. Dentro encontrarás un regalo.

Madoc leyó el suyo en voz alta.

—Aparecen de noche sin que las llames. Desaparecen de día sin que las roben. ¿Qué son? —Enarcó las cejas mirando a Addie—. ¿En serio?

Echo hacia atrás el brazo y levantó el *criptex* por encima de la cabeza. Addie se apresuró a sujetarlo.

—¡No te atrevas! —gritó y el idiota la miró con el ceño fruncido—. ¡No vayas a romperlo para abrirlo! Usa el cerebro.

—Ya sabes que estas cosas se me dan fatal. —Pero entonces empezó a poner letras para intentar adivinar la respuesta.

Leí el mío para mis adentros. «Cuanto más se moja, más te seca».

«Venga ya». Me reí entre dientes y puse «toalla». El *criptex* se abrió y saqué una tarjeta de regalo de una tienda de *skate* de la ciudad a la que solía ir.

—Gracias, Addie —le dije. No le aclaré que ya no practicaba *skate*.

Miré a Madoc, que seguía entregado a su acertijo con las cejas arqueadas. No dejaba de probar, y cuanto más lo hiciera más estúpido se

iba a sentir. Me acerqué, le quité el objeto de las manos y me quedé un segundo sin aliento cuando nuestros dedos se rozaron.

Miré el acertijo y leí despacio mientras marcaba una respuesta.

—Aparecen de noche sin que las llames. Desaparecen de día sin que las roben. —El artilugio hizo clic y me di cuenta de que Madoc me miraba a mí y no al criptex—. Estrellas —dije, casi en un suspiro.

Él no respiraba. La seriedad en sus ojos cuando se acercó a mí me recordó todas esas veces en las que lo había mirado con el deseo de hacer preguntas que me daba miedo formular.

Pero las cosas habían cambiado. Ahora solo quería que sufriera y, a juzgar por la chica con la que había aparecido anoche en casa, él seguía siendo el mismo. Un mujeriego.

Puse cara de aburrimiento y le devolví el criptex abierto.

Él inspiró profundamente y sonrió. Ya había desaparecido el semblante concentrado.

—Gracias. —Se volvió hacia Addie—. ¿Ves? Ya nos llevamos bien.

Y se marchó por la puerta corredera de cristal que llevaba al enorme patio, donde estaba la piscina, con la tarjeta de regalo para la pista de karts.

Tragué saliva e intenté calmar la tormenta que se desató en mi vientre.

—¿Y? —le pregunté a Addie—. ¿Vas a dejar que se quede sin más?

—Has dicho que te parece bien.

—Sí —me apresuré a añadir—. Es solo que... no quiero que te metas en líos con el jefe.

Esbozó una sonrisa ladeada y se dispuso a verter la masa en la plancha.

—¿Sabes que Madoc ha empezado a tocar el piano otra vez? —Tenía la mirada fija en la tarea que estaba realizando.

—No —respondí sin saber a qué venía el cambio de tema—. Su padre estará encantado.

Madoc recibía clases de música desde que tenía cinco años, de piano en concreto. Jason Caruthers quería que su hijo aprendiera, pero cuando cumplió quince años, más o menos cuando mi madre y yo llegamos, se enteró de que su papá lo que quería era que tocara en público para poder presumir de él. Así que Madoc lo dejó. Se negó a recibir clases y amenazó con destrozar el piano si no lo apartaban de su vista. Lo llevaron al sótano, donde estaba con mi pista de *skate*, mi medio tubo.

Pero siempre me había preguntado si...

A Madoc le encantaba tocar. Para él era una liberación, o al menos eso parecía. Normalmente solo practicaba en las clases obligatorias, pero siempre que estaba enfadado o muy feliz corría hasta el piano.

Cuando lo dejó empezó a hacer estupideces que ya no le ofrecían esa

liberación: salir con el idiota de Jared Trent, molestar a Tatum Brandt, allanar el instituto para robar piezas de vehículos, algo que solo yo sabía.

—Dudo que su padre lo sepa —continuó Addie—. Madoc sigue sin tocar en público y tampoco recibe clases. Lo hace en mitad de la noche, cuando todos duermen en la casa y nadie puede verlo ni oírlo. —Se detuvo y me miró—. Pero yo sí lo oigo. El tintineo suave de las teclas se cuele por las escaleras desde el sótano. Suena muy débil, casi como si fuera un fantasma que no sabe si quedarse o marcharse.

Me imaginé a Madoc tocando abajo, solo en mitad de la noche. ¿Qué tipo de canciones tocaba? ¿Por qué lo hacía?

Y entonces me acordé del Madoc de anoche. El que había insinuado que yo era una guarra vividora. Y el latido acelerado del corazón redujo el ritmo hasta convertirse en un golpe seco y sordo.

—¿Cuándo empezó? —pregunté, mirando hacia el patio, donde estaba hablando por teléfono.

—Hace dos años —respondió en voz baja—. El día que te marchaste.

CAPITULO 5

Madoc

Ahora entendía por qué Jared se ahogaba en fiestas continuas por Tate. Las distracciones venían muy bien. Si tenías demasiadas cosas en la cabeza, podías reprimir los pensamientos con ruido, alcohol y chicas, y seguir avanzando a la velocidad de la luz. Cuando mi amigo redujo el ritmo lo suficiente para pensar fue cuando se metió en problemas. Pero al final las cosas se solucionaron entre ellos. Él la intimidaba y ella empezó a defenderse. Él siguió haciéndolo y ella acabó machacándolo.

Fallon y yo nos parecíamos mucho a ellos, con la diferencia de que yo no la quería y ella no me quería a mí. Me obsesioné con ella, y me encantaba que me dejara desfogar mis necesidades propias de la pubertad con ella, pero no estábamos enamorados.

Éramos dos personas en el seno de una familia de mierda que seguíamos el ejemplo de unos padres de mierda. Ninguno de los dos sabía cómo actuar de otra forma.

Se marchó a su habitación después de las tortitas y yo me preparé para la fiesta que empezaba a media tarde pero que duraría hasta la siguiente mañana si yo no ponía ninguna pega.

Deseaba que se presentara y, al mismo tiempo, quería que se mantuviera alejada de mí.

Fallon ejercía un efecto extraño en mi cuerpo.

«Pero solo porque es diferente», me dije a mí mismo.

La última vez que la vi estaba dormida en el sofá de cuero de la sala de cine de la casa, y solo llevaba mi camiseta. Tenía los labios curvados hacia arriba y se restregaba la nariz en sueños. Pensé en ese momento en lo poco que podía soportarla durante el día y en lo mucho que la deseaba cuando escondía la lengua viperina por la noche.

En el instituto todos pensaban que era una friki. Creían que era lesbiana y ningún chico la encontraba atractiva. ¿Guapa? Seguro que sí.

Incluso con las boinas que llevaba y las gafas que le ocultaban los ojos. Pero atractiva no. Les asustaban los *piercings* y a cualquier chico le daría vergüenza llamarla novia con esa ropa que se ponía.

Yo era el único que conocía la verdad. Yo la había visto sin ropa, por supuesto, y sabía qué era lo que escondía.

Pero eso fue hace dos años. Ya no me parecía atractiva.

Ahora era letal. A pesar de su herencia irlandesa, tenía la piel dorada y la nariz y la parte baja de los ojos salpicada de unas bonitas pecas. Se había teñido el pelo; antes era de un castaño claro aburrido y ahora tenía tres tonos distintos de marrón con unas cuantas mechass rubias.

Los ojos verdes le resaltaban más de lo que recordaba y tuve que tensar todos los músculos del cuerpo esta mañana fingiendo que no la estaba escaneando. Verla entrar en la cocina con el pijama, con aspecto de haberse pasado toda la noche follando, me excitó.

Qué diablos. Ese barco había zarpado hacía mucho tiempo y no había modo de que ella redimiera el daño que había causado.

—Que nadie conduzca. —Addie me señaló con un dedo mientras sacaba el ordenador portátil y los altavoces al patio para dejarlos preparados para la fiesta.

Le hice un saludo militar poco entusiasta y la eché de allí.

—Ve a ver las reposiciones de *The L Word*.

Puso los ojos en blanco y subió a su habitación, en la tercera planta.

No es que fuéramos unos presumidos que mantuvieran a los sirvientes alejados de nosotros. Addie era la única persona que vivía con nosotros y la tercera planta parecía un apartamento; tenía cocina, dos habitaciones, dos baños y una sala de estar. No había sido así siempre, mi padre hizo la remodelación para Addie cuando se dio cuenta de que no pensaba dejar que se marchara nunca.

Fallon se había ido con la bicicleta por la mañana y había regresado sobre la una. Aparte de eso, no la había visto. Sobre las tres y media, la casa estaba abarrotada con casi todos mis compañeros de clase. Jax llegó antes para ayudarme con los preparativos y a colocar la comida que había pedido. Vi el automóvil de Jared aparcado a un lado de la casa, lo que significaba que él y Tate estaban en su habitación, la que les había cedido para que pudieran pasar «tiempo a solass» sin que el padre de ella los molestara.

A la mierda. Estaban enamorados y yo los quería como si fueran mi familia, así que mi casa era su casa.

—Venga, amigo. Date prisa —me insistió Jax, que acarreaba el grifo del barril de cerveza y yo llevaba los vasos. Todo el mundo entraba y salía de la casa y de la piscina, disfrutando de una tarde agradable.

—Jamison —llamé a Ben, que estaba en la piscina tirándole los tejos a Kendra Stevens—. Ni se te ocurra. Lo digo por experiencia —bromeé.

—Cállate, Madoc. Ya te gustaría —replicó ella, moviendo la mano en el agua en un intento de salpicarme.

—Pero si estuviste muy bien, nena. —Me encogí de hombros y seguí a Jax al lugar en el que iba colocado el barril—. Para estar tan gorda no sudaste mucho.

A Ben casi se le salieron los ojos de las órbitas y Kendra chilló.

—¡Madoc! —Se puso a sacudir las delgadísimas piernas en el agua y se le derramó la bebida.

Me volví hacia Jax, que se reía en silencio con tanto ímpetu que se estaba poniendo rojo.

Quitó el sello protector del barril y le puse la boquilla. Jax echó unas cinco bolsas de hielo en el cubo que había al lado del barril y yo empecé a servir los primeros vasos de espuma.

—Hola, Madoc. —Hannah y su amiga Lexi aparecieron a mi lado—. Jax. —Le hicieron un gesto que él les devolvió.

—¿Qué tal, chicas? —pregunté y tomé un sorbo de cerveza.

—¿Estás pasando un buen verano, Madoc? —preguntó Hannah, como si no nos hubiéramos visto la noche anterior.

—Desde luego, ¿y tú?

—Bastante bueno hasta ahora —respondió y se llevó las manos a las caderas para sacar pecho—. ¿Qué tal el tuyo, Jax?

—Inmejorable —murmuró, todavía ocupado con el hielo.

—Tengo la sensación de que va a mejorar aún más. —Deslizó una mano por la espalda de él y noté que se quedaba congelado. Las intenciones de ella estaban muy claras—. Nos vemos por aquí —se despidió y se alejó con Lexi.

Me reí de nuevo y tomé otro sorbo.

Jax estaba acaparando mucha atención en el instituto y con Jared fuera del mercado y mi marcha a la universidad, estaba muy seguro de que iba a tener un montón de trabajo. Aunque todo dependía de su actitud. A veces se ponía en modo predador con mentalidad de buscar y destruir. En otras ocasiones actuaba como si prefiriera arrancarse las uñas de los pies antes de hablar con ciertas chicas.

—Es inútil resistirse, Jax. —Le di una palmada en la espalda—. Que no te asusten, límitate a disfrutar.

—Dame un respiro. —Se irguió y soltó la bolsa vacía—. Llevo mucho más tiempo que tú disfrutando del sexo. Es solo que no me gustan las mujeres así. —Se quedó mirando a la gente—. Para ellas soy un juguete.

Le tendí una cerveza.

—¿Y qué problema hay?

Apretó la mandíbula.

—No me gusta —respondió en voz baja.

A Jax no le daban miedo las mujeres. Sabía que había tenido una vida

dura, pero a menudo me preguntaba si yo era de verdad consciente de lo que significaba tener una vida dura. Después de haber escuchado varios comentarios al respecto, había llegado a la conclusión de que el padre de Jared y Jax, que estaba en la cárcel, había abusado físicamente de ellos. Sobre todo, de Jax, porque se había criado con él mientras que Jared solo había pasado un verano en su casa.

El carácter oscuro de Jared era más notorio e irascible que el de su hermano. Jax también tenía momentos malos, pero yo apenas los había presenciado. Desaparecía varias horas, pasaba la mitad de la noche fuera y siempre estaba en el instituto al día siguiente. Los dos hermanos contenían mucha ira, pero tenían formas distintas de controlarla.

Si te metías en problemas con Jared, recibías un puñetazo en el vientre. Si lo hacías con Jax, este entraba en la base de datos del Estado y expedía una orden de arresto.

Si pegabas a Jared, él te devolvía los golpes hasta que acababas en el suelo.

Nadie pegaba a Jax. Llevaba una navaja.

—¿Y aquella chica? —añadió Jax, haciendo gestos con la cerveza en la mano—. Parece una dependienta de una librería pornográfica. ¿Quién narices es?

Seguí su mirada al otro lado de la piscina, a la puerta del patio, donde acababa de aparecer Fallon.

«Dios mío, ¿qué hacía aquí?».

No mostraba nada de piel, no llevaba maquillaje y no se había peinado. ¿A qué había venido entonces?

Tate se acercó a ella, la tomó de las manos y sonrió. La llevó hasta una de las mesas y me pareció que le estaba presentando a Jared.

Pero Jared conocía a Fallon.

¿De qué la conocía Tate?

CAPITULO 6

Fallon

—Estoy alucinada —solté cuando Tate me presentó a su novio—. ¿Estás saliendo con él? —le pregunté.

Primero me enteraba de que era amiga de mi hermanastro y ahora de que se estaba acostando con el otro miembro del Dúo Indeseable.

Aunque lo entendía. Más o menos.

Madoc tenía una personalidad arrolladora y era guapo. Pero Jared solo era guapo. Al menos Madoc le sacaba cierta ventaja. ¿Acaso Tate estaba en una especie de misión religiosa para reformar a capullos?

—Bueno —respondió ella cuando nos sentamos a la mesa frente a Jared—, está claro que no se ha acostado contigo si no le gustas. Eso me hace sentir mejor.

Jared se encorvó en la silla en una postura que dejaba a las claras que pensaba que todo esto le pertenecía. Con un bañador negro que le llegaba hasta las rodillas, se pasó el índice por los labios mientras me observaba.

No me molesté en ocultar mis sentimientos; me crucé de brazos y me obligué a no gruñir.

—La última vez que os vi juntos, tú la habías hecho llorar —le comenté a Jared.

Oí que Tate resoplaba a mi derecha y la sonrisa de Jared asomaba entre sus dedos.

—He mejorado mi personalidad, Fallon, aunque no estoy tan seguro de que la tuya también lo haya hecho. ¿Y si empezamos de nuevo? —Me tendió la mano y dudé lo suficiente como para que todos nos sintiéramos incómodos.

Pero la acepté.

¿Qué diablos? Si esa chica era feliz, y lo parecía, yo no tenía nada que decir. Y hacían buena pareja. Él seguía igual, solo que más corpulento, y

ella estaba muy guapa con una parte de abajo de un bikini rojo y una camiseta negra de neopreno de manga corta.

—Eh, hola —saludó Jared a alguien que estaba detrás de mí y sentí una presión en la espalda, aunque nadie me tocaba.

—Tate —habló Madoc a mis espaldas—, ¿de qué conoces a Fallon?

—Nos encontramos ayer corriendo y la invité a la fiesta. Espero que no te importe. —La chica me sonrió y continuó—: Aunque no me escribió ningún mensaje, así que no sabía seguro si iba a venir. ¿De qué la conocéis vosotros? ¿Del instituto?

—Fallon vive en mi casa —indicó Madoc para burlarse de mí.

—Nuestros padres están casados —expliqué y me volví para mirarlo a él—. Pero no somos amigos. Nunca lo hemos sido.

Entrecerró los ojos como si intentara descifrar algo.

—Te veo el sujetador, Fallon. —Suspiró y apartó la mirada en un gesto aburrido.

Sabía que me veía el sujetador. Era consciente de que todo el mundo lo veía. Esa era mi intención. No tenía pensado bañarme, así que me había puesto un sujetador negro con unos tirantes complicados que se estiraban desde la parte delantera del torso hasta la espalda, por los hombros y la parte alta del pecho. No estaba hecho para esconderlo así que me lo había puesto con una camiseta suelta con un pronunciado escote en forma de pico que lo dejaba a la vista. Llevaba unos pantalones cortos negros y chancas, y como accesorios solo tenía unos pendientes y las gafas. Ya había recibido algunas miradas de admiración y sabía que eso iba a molestar a Madoc.

Siguiera o no gustándole, estaba segura de que no querría que nadie más me tuviera.

—¿Te molesta? —Retorcí los labios en una sonrisa de desprecio—. Tate, ¿a que es sexi?

—Yo me la follaba —me apoyó ella y oí que Jared se reía detrás de mí.

Madoc mantuvo los ojos fijos en los míos en una especie de desafío. Quería jugar, pero no pensaba admitirlo.

Me crucé de brazos y me incliné para susurrarle:

—¿Te acuerdas de lo que pasó la última vez que aparecí en una de tus fiestas sin ser invitada? Todavía sigues pensando en ello, ¿verdad?

El pausado subir y bajar de su pecho se aceleró, pero mantuvo la boca cerrada por una vez y me taladró con la mirada.

—¡Venga, Madoc! —Me moví a la derecha y retrocedí hasta la piscina—. Es una fiesta, no seas un aguafiestas.

Y me di la vuelta, dándole la espalda y sin querer admitir lo mucho que quería verle la cara en ese momento. Con el corazón en la garganta, me saqué la camiseta por la cabeza y me bajé los pantalones. Me di un momento para respirar cuando las conversaciones se apagaron a mi

alrededor y la gente dejó lo que estaba haciendo para mirarme en ropa interior.

Estaba más tapada que muchas de las chicas que había aquí. Llevaba un sujetador atrevido, pero me cubría el pecho, y el culote que me había puesto era de encaje negro. Sí, estaba más tapada, pero yo era la indecente porque llevaba lencería provocativa.

Me temblaban las manos. «¿Qué estoy haciendo?».

No quería montar un espectáculo. Me había puesto esta ropa para atraer su atención, pero no la de los demás. No obstante, era un paso necesario si quería que reaccionara de la misma manera que había reaccionado dos años atrás, cuando acudí a su fiesta. Quería que se enfadara y que perdiera el control. Quería atraparlo.

—Tate. —Miré detrás de mí, evitando la mirada de Madoc—. Vamos a la piscina a hablar de Northwestern.

La chica enarcó las cejas y después parpadeó, como si no supiera qué responder.

—Eh... de acuerdo. —Se levantó de la silla y me siguió cuando me zambullí en el agua.

No nadamos, simplemente hablamos y reímos. De vez en cuando alguien se tiraba de bomba a la piscina o alguna idiota dejaba que su novio la empujara. No busqué a Madoc, pero sabía que estaba cerca. Atisé sus pantalones de cuadros negros y grises, caros y ridículos, y de inmediato aparté la mirada.

Bueno, no eran tan ridículos. Madoc conseguía lo que otros no podían: que todo le quedara bien. Recordaba lo mucho que odiaba su forma de vestir dos años antes. Común. Conformista. Ropa cara de marca.

Pero descubrí que formaba parte de la fachada que había adoptado. Cuando se quitaba la ropa, también se le caía la máscara. Por la noche, cuando salía con *jeans* y poco más, parecía un chico totalmente distinto.

Fuerte. Poderoso. Mío.

Al parecer también otros habían visto su lado bueno si podía contar con Tatum Brandt como amiga. Hasta donde yo sabía, ella era ambiciosa y sensata.

Aunque en lo que a mí respectaba su novio y mejor amigo de Madoc podía irse a freír espárragos, tenía que admitir que parecía haber madurado. Tenía unos tatuajes bonitos y un impresionante árbol que le ocupaba casi toda la espalda. Los míos eran más pequeños, pero tenía más. Puede que ahora tuviéramos un par de cosas en común.

Aunque estaba deseando conocer la historia de Jared y Tate, conforme la noche avanzaba estaba más y más contenta de que él la mereciera. No le dijo una mala palabra, ni habló con otras chicas, y siempre la tocaba cuando estaban cerca. El brazo por encima del hombro, la mano en la espalda, un beso en la cabeza.

Eran los mejores amigos de Madoc y eran personas que no me hacían avergonzarme ni sentirme incómoda por estar con ellos.

Una vez me sequé con la toalla, volví a ponerme la ropa y me serví cerveza del barril. Jared y Tate se acercaron a Madoc y a una chica rubia, que estaban junto a la hoguera.

Se había puesto el sol y, aunque no hacía frío, corría una suave brisa entre los árboles. La fiesta seguía bullendo de ruido y actividad, pero la gente comenzaba a dispersarse. Algunos entraron en la casa a ver películas o jugar a videojuegos y otros estaban fuera. Seguro que había muchas habitaciones ocupadas.

—¿Y cómo es que Madoc tiene una hermana? —preguntó una voz grave y aterciopelada a mi lado.

Levanté la cabeza del barril y observé a mi acompañante con la boca abierta.

«Madre mía».

El chico, que era joven, era tan guapo que me había dejado sin palabras. ¿Quién narices...?

Tenía unos rasgos suaves, pero una mandíbula fuerte y angular y pómulos afilados. Tenía las cejas rectas, lo que hacía que los ojos azules resaltaran aún más en la piel bronceada. Puede que fuera su tono natural. Llevaba el pelo castaño oscuro largo, pero lo tenía recogido en una coleta.

No tenía ningún tatuaje, pero no los necesitaba. Con el cuerpo alto y tonificado, ¿por qué cubrir nada? No debería de ser legal tener ese aspecto. Maldita sea, probablemente tampoco fuera legal mirarlo como lo estaba haciendo. Endurecí la mirada con la esperanza de que las gafas ocultaran mi asombro.

—Madoc no tiene ninguna hermana. —Fruncí los labios—. ¿Quién eres tú?

—Jaxon Trent —respondió jovialmente—. Y no te preocupes, no estoy intentando ligar contigo. Me da la sensación de que tengo que dejarlo claro después de que le hayas enseñado a todo el mundo la ropa interior. —Sonrió y los ojos le brillaron—. Me gusta tu valor. Solo quería saludarte.

—¿Trent? ¿Como Jared Trent? —Le di un sorbo a la cerveza y lo miré.

—Sí, es mi hermano.

Parecía tan orgulloso de afirmar eso que no tuve el corazón de mostrarme sarcástica.

—Me gustan tus *piercings*. —Me señaló las orejas—. ¿Has sido tú quien ha inspirado a Madoc?

—¿En qué? —Empezamos a caminar en dirección a la hoguera. Iba salpicando en los charcos que empapaban toda la zona que bordeaba la piscina.

—El *piercing* —respondió y se acercó para susurrarme—: Se rumorea que tiene uno en alguna parte, pero no se ve. Tate cree que es un Príncipe

Alberto, pero yo pienso que es una Escalera de Jacob. Madoc es de todo o nada.

¿Madoc con un *piercing*? Con lo que se metía con los míos. Solté una carcajada.

—Pues yo no sé nada.

—Ya, nos está volviendo a todos locos —bromeó. Nos sentamos en el círculo que rodeaba la hoguera.

El espacio para hacer hogueras y el *jacuzzi* eran una excusa para que se pudiera usar la zona exterior todo el año, incluso en los helados inviernos del Medio Oeste. Se trataba de un espacio de cobre de más o menos un metro y cuarto de diámetro en el que se quemaba madera. No solo originaba abundantes llamas, también daba calor.

Como la noche no era demasiado fría, tan solo había un montón pequeño de leña ardiendo. El suave resplandor ofrecía a la zona una suave luz y nuestros ojos brillaban por la danza de las llamas delante de nosotros.

Jared estaba sentado en el suelo, apoyado en una roca con Tate entre las piernas y la espalda de ella reposando en su pecho. Madoc estaba en una postura similar, aunque él estaba sentado en una silla frente a mí con una joven en el suelo entre las piernas.

«Menudos idiotas».

Tenía la mano alrededor del cuello de ella, pero no de un modo amenazante. La acariciaba con suavidad con los dedos y movía el pulgar haciendo movimientos circulares. Ella miraba las llamas y cerraba de vez en cuando los ojos, disfrutando de la atención.

Me quedé mirando los dedos, fascinada por cómo la acariciaba. Lo hacía suave y lentamente, con dulzura y atención. Posesivo. Sentí una presión crecer en el vientre y apreté los muslos al notar la quemazón que ya había olvidado.

Y después levanté la mirada y me dio un vuelco al corazón.

Tenía los ojos fijos en mí, abrasándome con la ausencia de todo lo que solía haber en ellos. Se había esfumado la diversión. Había desaparecido la maldad. Esto era un juego silencioso.

Se había quitado la máscara.

Whore, de *In This Moment*, resonó en los altavoces y me quedé mirando sus ojos gélidos que producían un efecto ardiente y de necesidad en mi piel. Moví la lengua en la boca cerrada intentando sofocar la sequedad de la garganta.

A ella la tocaba con las manos, pero me miraba a mí, y cada vez que le acariciaba la mandíbula o deslizaba los dedos por la mejilla, yo sentía un cosquilleo en la piel.

Cerré los ojos, los abrí y parpadeé con fuerza para interrumpir el contacto visual.

—¿Sigues practicando *skate*?

Volví a parpadear y oí un trueno en la distancia.

—¿Qué has dicho? —pregunté, mirando por encima de Jax. «Respira, Fallon».

—El tatuaje del monopatín que tienes en la parte interna de la muñeca.

—Lo señaló—. ¿El medio tubo es tuyo, el que tiene la inclinación tan pronunciada en la base?

¿El medio tubo? ¿Lo había visto?

—¿Sigue allí? —pregunté con incredulidad. No me lo podía creer.

Asintió.

—Sí, al lado del piano.

Bajé la mirada de inmediato

Qué raro. Si habían tirado todas mis cosas a la basura, ¿por qué habían conservado la pista de medio tubo que tanto espacio ocupaba? Demasiado espacio. Iba a preguntarle a Jax si había algún monopatín también, deseando, contra mi voluntad, que Madoc o uno de sus amigos los hubieran guardado para usarlos ellos, pero él había empezado a hablar con otro chico que estaba junto a la hoguera.

Tate me pasó la mano por el brazo y miré a mi derecha.

—¿Qué pasa contigo y Madoc? —Intentaba hablar en voz baja, pero Jared me miró cuando escuchó la pregunta—. Da la sensación de que no os lleváis bien —añadió.

Le eché una mirada rápida a Jared una vez más. No sabía si Madoc le había hablado de nosotros, pero no estaba prestando atención.

—Nunca hemos congeniado. —Me encogí de hombros y mantuve un tono de voz suave—. Por cómo se comportaban contigo la última vez que estuve en la ciudad —bromeé, señalando a Jared y a Madoc—, estoy segura de que entiendes mi situación.

Sonrió y volvió la cabeza a un lado para mirar a su novio.

—Sí, supongo. —A continuación, me miró con cara seria—. Pero también sé que todas las historias tienen dos partes. Deberíais hablar.

—Apenas soportamos estar en la misma habitación juntos.

Madoc seguía al otro lado del fuego, mirándonos a Tate y a mí alternativamente, y no había lugar a dudas, estaba enfadado. A lo mejor se preguntaba de qué hablábamos, o tal vez no me quisiera aquí y punto.

Sabía que no quería que estuviera aquí, y era precisamente por eso por lo que había venido.

Oí unas voces entrecortadas a mi izquierda y aparté la mirada de Madoc.

—Si no tienes el valor de competir tú, más vale que te calles —bramaba a Jax el chico que estaba junto a Madoc, que seguía sentado a mi lado.

—¿Y competir contra quién? —replicó él—. ¿Contigo? Ya, qué bien. Competiré cuando suponga un reto.

—No sé qué diablos quieres de mí, Jax, pero estoy harto de...

—¿Quieres saber qué es lo que quiero? —lo interrumpió él con voz altanera—. Quiero que tu novia se quite el pintalabios rosa y entre en mi automóvil. Eso es lo que quiero.

Recorrí con la mirada a todos los que se reían alrededor de la hoguera. Madoc lo hacía en silencio, negando con la cabeza, y Jared sacudía el cuerpo al tiempo que ahogaba la risa en el cuello de Tate.

Esta vio la confusión en mi mirada.

—Ese es Liam —explicó en un susurro—, el novio de KC. —Señaló a la guapísima morena que había sentada al lado de Liam, que se miraba el regazo, anonadada—. El año pasado la engañó, pero han vuelto. Jax no ha dicho nada, pero creo que...

«Le gusta», terminé su frase en la mente. ¿Y si le gustaba porque no iba tras ella? Estaba claro que su novio no tenía nada que hacer contra él.

Liam apretó la mandíbula y miró a Jax y a su sorprendida novia, que parecía desear meterse dentro de un caparazón.

—¿Hay algo entre vosotros dos? —le preguntó a ella.

La chica apretó los labios y tragó saliva, esquivando la mirada de todos.

—Por supuesto que no —respondió en voz baja.

Todos estaban pendientes de Jax y Liam, y Jared, Tate y Madoc sonreían, se carcajeaban o se quedaban paralizados cuando Jax soltaba bromas o recibía un insulto. Me di cuenta de que eran un equipo y estaban muy unidos. Madoc tenía una sonrisa de orgullo en la mirada cuando miraba a Jax, como si fuera un hermano para él, y se sentía muy cómodo con Tate. Había encontrado una familia en ellos.

Al margen de lo que pasaba entre Liam y KC. Ella estaba callada, avergonzada, pero me di cuenta de que echaba miraditas rápidas a Jax. Parecía quebradiza, igual que yo en el pasado.

Pero era bonito quebrarse. Dolía, y era el ascenso de una pendiente hacia la cordura, pero te hacías más fuerte, más feroz y más dura de lo que eras antes.

Moví las manos y negué con la cabeza. Ya estaba harta de tanta estupidez.

—Vaya —interrumpí cualquiera que fuera el comentario necio que estaba haciendo Liam—. Así que engañaste a tu novia el año pasado. —Saludé a la chica con la mano—. Hola, KC. Soy Fallon, por cierto. —Y después devolví la atención a su novio—. ¿Y te preocupa que ella te engañe a ti? Me parece que tienes a una chica que no te mereces. —En torno al fuego se oyeron risas y KC se removió en la silla; parecía incómoda.

Con el ceño fruncido, se puso en pie y vaciló, como si no supiera qué hacer a continuación sin nadie que se lo indicara. Bajé la mirada y la fijé

en el dedo pulgar, con el que se rascaba la muñeca de la otra mano.

—Me voy a casa. —Agarró la camiseta y se la puso encima de la parte de arriba del bikini—. Hasta luego.

Bajó los escalones de piedra hacia la piscina y vi que Jax apretaba los puños cuando Liam se levantó y se acercó a él.

Se cernió sobre Jax, que tenía los antebrazos apoyados en las rodillas, y este no hizo otra cosa que ladear la cabeza a la espera de lo que Liam fuera a hacerle.

—Déjalo en paz, Liam. —La orden de KC me sorprendió. Eché un vistazo detrás de su novio y atisbé en la mirada de la chica un fuego que no había visto antes.

Liam no le hizo caso y amenazó a Jax entre dientes.

—Es mía.

—Solo hasta que yo dé el paso —le devolvió Jax.

A todos les costó contener la sonrisa cuando Liam salió del patio, detrás de KC.

En ese momento tuve una cosa clara: puede que odiara a Madoc, pero me encantaban sus amigos.

CAPITULO 7

Madoc

La estrangularía.

No a la chica que tenía a los pies cuyo cuello imaginaba que era el de Fallon mientras me contenía para no estrangularla, sino a Fallon.

Se dedicaba a pasearse por mi fiesta como si esta fuera su casa y tuviera amigos aquí. Ella y Tate actuaban como si fueran las mejores amigas, y Jax sonreía y hablaba con ella. Lo que me faltaba era que Jared se pusiera a hablar con ella de su moto o algo así.

¿A qué estaba jugando? ¿Por qué había venido después de tanto tiempo cuando hace dos años prácticamente salió huyendo? Solo se iba a quedar una semana, ¿qué pensaba hacer?

—¿Quién es esa?

Taylor, la chica que estaba sentada entre mis piernas, se dio la vuelta para hacerme la pregunta. Miró a Fallon y después de nuevo a mí, y caí en la cuenta de que me había quedado mirándola.

«Eso no está bien».

Esboqué una sonrisa en un gesto altivo.

—Alguien a quien le gusta mirar, supongo.

Fallon también se había quedado mirándome. Habíamos intercambiado miradas a saber durante cuánto tiempo y esperaba que nadie se hubiera dado cuenta.

Me fijé rápidamente en la gente. Jared susurraba algo a Tate al oído y ella le acariciaba la piel, y todo el mundo estaba hablando.

—Vete de aquí, cariño —comentó con una risita Taylor en dirección a Fallon.

—Estás en mitad de una fiesta, cariño —imitó Fallon la dulzura falsa de ella—. Busca una habitación.

Taylor hizo ademán de levantarse, pero le puse las manos en los hombros y la empujé con suavidad para que se sentara. Ella no era

ningún florero. Actuaba de forma maliciosa, pero también tenía el valor de defenderse.

—No te preocupes. —Me reí, pero hablé con tono firme—. A Fallon le gusta causar problemas, no le hagas caso.

Los ojos verdes de Fallon chispearon al otro lado del fuego y esperé a su reacción. Siempre respondía.

—Deberías andarte con ojo de a quién invitas a tus fiestas, Madoc. —Taylor apoyó la espalda en la silla y volvió a relajarse.

—Yo no la he invitado —respondí—. Aunque me da pena. No tiene muchos amigos.

Mi acompañante se rio.

—Ya, con esa ropa solo va a conseguir enemigos.

—Madoc, ¿qué narices...? —se quejó Tate.

—No pasa nada, Tate —la interrumpió Fallon, que se irguió y se colocó las gafas encima de la cabeza. La gente que había alrededor de la hoguera se había quedado en silencio.

Fallon continuó.

—En el instituto hemos aprendido que los acosadores abusan de los demás porque se sienten mal consigo mismos. Están sufriendo. —Levantó las rodillas y las rodeó con los brazos. Habló con tono despreocupado, burlón—. No hay que enfadarse. Hay que sentir pena por ellos. Madoc nunca ha tenido que tomar una decisión de verdad en toda su vida, lo que significa que nunca ha tenido nada real. Esta casa, los vehículos, el dinero. Todo es una ilusión. Es como marcarte una victoria cuando pierdes la guerra. —Tomó aliento y susurró despacio—: Madoc no tiene ni idea de quién es.

Noté una presión en el corazón y sentí que se extendía por el pecho y los brazos. La miré sonriente, pero aquello no tenía gracia.

Fallon había sido siempre muy testaruda. Siempre. Hablaba y decía cosas que no pensaba solo para hacerse la dura. Pero ahora era distinto. Sus palabras eran calculadas. Había pensado en mí. Me había evaluado. Y se había anticipado a mis reacciones.

—Tienes razón. —Miré la cerveza que tenía en la mano y removí el líquido marrón en el vaso. Exhalé un suspiro de condescendencia y alcancé el teléfono—. Pero también sé que, si llamo a mis padres justo ahora, responderán. Mi madre volaría hasta aquí enseguida si la necesitara y mi padre no tiene que temer que le pinchen el teléfono o que lo denuncien. También tengo amigos a los que no cambiaría por nada de esto. —Moví la mano para abarcar la casa—. Y tengo otra cosa más a mi favor.

Esbocé una sonrisa tan amplia como me cabía en la cara y me tomé la cerveza. No miré a nadie, aunque sabía que todos estaban mirándome.

«No lo hagas».

Dejé el vaso a un lado, bajé los escalones de piedra y rodeé la piscina en dirección adonde estaba sonando la música, al lado de la puerta del patio.

—Sé cantar. —El cielo se iluminó con un relámpago mientras me preparaba.

Abrí una de mis listas de reproducción y elegí una canción de Offspring perfecta para esta ocasión. Tomé una botella de agua para usarla de micrófono.

La letra comenzaba antes que la música, pero estaba preparado. Haría un par de pequeños cambios, por supuesto. *Why Don't You Get a Job?* solo me concedió un segundo para recuperar el aliento, pues la letra comenzó rápido.

—¡Mi padre se ha casado otra vez! —comencé, y me coloqué en el borde del *jacuzzi*—. ¡Cómo odio a esa zorra!

Todos se volvieron para mirarme. Agarré la botella de agua y cuando comenzó la batería moví la cabeza al ritmo de los palillos, empapando a todo el mundo de mi actitud.

«Mi actitud». Yo también me empapé de ella. Por eso gustaba a la gente.

Seguí la canción, sonriendo cuando todos comenzaron a cantar y a reír. La cerveza salpicaba cuando la gente alzaba los vasos, bailando y vitoreando en señal de aprobación.

Una mano me aferró la muñeca y me apartó del borde de la piscina.

—¿Qué diablos haces? —me preguntó Jared.

No podía controlarme. Todos bailaban y cantaban la letra, más borrachos que yo.

Solté una carcajada.

—¿Qué? —Levanté una mano—. ¿Vas a darme tú lecciones sobre cómo tratar a una mujer? Espera, que tomo nota.

—Es tu familia, idiota. ¡Y acaba de marcharse corriendo muerta de vergüenza!

¿Se había ido?

Rodeé a Jared en un intento de entrar en la casa, pero él me cortó el paso.

—Me parece que ya ha tenido bastante. —Lo dijo con voz más suave, pero firme.

No sé cómo se estaba mostrando tan santurrón. Con la de veces que había molestado a Tate, ¿y ahora me paraba a mí?

—¿Te acuerdas de todas las ocasiones en que quise ayudarte y me dijiste que cerrara el pico? —pregunté con gesto amenazante—. Es hora de que te apliques tu propio consejo.

Me daba igual. Puede que pensara que estaba borracho, o solo intentaba controlar una situación que no comprendía, pero no me

gustaba que de repente saliera en su defensa.

Fallon no se iba a quedar con mis amigos.

Abrí la puerta corredera de cristal y entré. Esquivé a la gente que había en la cocina y recorrí el pasillo hasta el vestíbulo de baldosas de mármol.

Me agarré a la barandilla de la escalera para tomar impulso y empecé a subir los escalones de dos en dos.

—¿Estás buscando a tu hermana? —me preguntó mi amigo Sam y me detuve en seco. Estaba encargado de la puerta, controlando las llaves de la gente al entrar y su nivel de sobriedad al salir.

Me di la vuelta. No me gustaba cómo había formulado la pregunta.

—Mi hermanastra —aclaré—. Sí, la estoy buscando, ¿por?

Señaló la puerta principal con el pulgar.

—Se acaba de llevar tu automóvil.

Abrí los ojos de par en par. «¡Hija de puta!».

—¿Le has dado mis llaves? —grité, y bajé las escaleras.

Sam enderezó la espalda y se apoyó en la pared que había tras el banco en el que estaba sentado.

—Es tu hermana —señaló, como si esa fuera explicación suficiente.

Le tendí la mano.

—Dame las llaves de Jared —bramé.

—Él y Tate guardan las tuyas en su habitación. De todos modos, no pensaban ir a ningún sitio esta noche.

—¡Pues dame las de Jax!

Sam se quedó con la boca abierta y buscó a tientas en el cuenco en el que estaban todas las llaves.

«Déjala en paz».

«Vete a la cama».

«O, mejor, ve a buscar a Taylor e id a la cama».

A veces me preguntaba si me hablaban unos angelitos para que me portara bien o para hacer que se pusiera en acción el diablillo.

Le quité a Sam las llaves de la mano y salí por la puerta como una exhalación.

CAPITULO 8

Fallon

Había robado las llaves de Madoc y había salido de la casa, pero no fue hasta que llegué a la carretera cuando me di cuenta de que no tenía ni puñetera idea de adónde iba. En esta ciudad no tenía amigos, ni familia, y no había ningún lugar al que pudiera escapar para encontrarme con nadie.

Al menos en St. Joseph había hallado soledad en la capilla. No acudía a rezar y apenas iba a las misas, a pesar de que eran obligatorias para los estudiantes. Pero me gustaba la capilla. Era bonita y tranquila. Rezara o no, me parecía un buen lugar para pensar.

Para planear.

Ahora no tenía esa suerte. Estaba demasiado oscuro para ir a la cantera, y enseguida estaría todo mojado como para estar en ningún espacio exterior. Era prácticamente medianoche, por lo que también era tarde para ir a cualquier lugar interior.

Oí un trueno cerca que resonó en el cielo oscuro y presioné el freno cuando la lluvia empezó a caer en el parabrisas. Había reparado en los relámpagos y truenos en la fiesta y por eso había tomado prestado el vehículo de Madoc. No quería empaparme con la lluvia por ir en la bicicleta.

Cuando el principito se enterase, se tiraría una semana despotricando. A los chicos no les gustaba que tontearan con sus vehículos.

Y a mí no me gustaba que tontearan conmigo, así que estábamos empatados. Puse la quinta marcha y pisé el acelerador.

«Decelera y tranquilízate, Fallon».

Ya había conseguido lo que necesitaba de mi madre y del señor Caruthers. Solo me faltaba Madoc. Pero no sabía que iba a ser tan complicado. Verlo. Ser consciente de que lo que decía era verdad. Intentaba actuar como si fuera más fuerte. Después de todo lo que había

pasado, debería de serlo, ¿no?

Las lágrimas me escocían en los ojos, amenazando con caer, pero las reprimí junto al dolor de garganta.

Recorrí la autovía desértica y me concentré en el sonido de los neumáticos sobre el asfalto y en los faros que iluminaban la carretera negra. Más adelante, las luces de la ciudad brillaban con fuerza y vi una señal que me resultaba familiar a un lado.

PARQUE IROQUÉS MENDOZA.

Me acordé de repente de un montón de tardes y fines de semana que había pasado ahí.

Ahí solía pasar el rato con los pocos amigos que tenía cuando iba al instituto. Sacudí la cabeza y me dieron ganas de reír. En el parque había una zona fantástica para practicar *skate*.

Impulsada por la nostalgia, giré a la izquierda y entré en el parque. Me detuve justo delante de una de las muchas pistas. Normalmente había iluminación cuando se hacían eventos aquí, pero esta noche todo estaba oscuro. Dejé el motor y las luces encendidas para iluminar la zona.

Salí del vehículo y parpadeé bajo la lluvia suave pero firme. Las chanclas que llevaba puestas rechinaron cuando me acerqué al borde de la pista desierta y me asomé al hueco poco profundo. Me quité el calzado y, tiritando con la ropa mojada, me senté y me dejé caer por la pendiente, sintiendo el cemento aterciopelado en los dedos de los pies.

Volví a estremecerme, aunque no tenía frío. La noche era cálida y, aunque el aire parecía fresco por la lluvia, la temperatura era agradable. Di un paso, respirando con dificultad, y me sentí encerrada por las empinadas paredes que me rodeaban. Nunca me habían asustado. Solía deslizarme por ellas y deleitarme con lo rápido que me latía el corazón cuando me acercaba a máxima velocidad a la siguiente pendiente.

Aquí es donde podía respirar mejor. Pero ahora...

Me di la vuelta al oír el rugido de un motor en el aire espeso. El ruido de los neumáticos perforó la calma cuando un Mustang negro se detuvo chirriando junto al GTO de Madoc.

Cuadré los hombros, alcé la barbilla y me preparé para lo que sabía que estaba a punto de suceder.

Madoc salió del vehículo sin preocuparse siquiera por cerrar la puerta. —¿Me has robado el automóvil? —gritó, asomándose a la pista.

Con la luz de los faros detrás de él, la zona estaba bien iluminada e intenté respirar para tranquilizar el aleteo que notaba en el pecho.

Había venido. Estábamos solos. Enfadados.

Déjà vu.

Esto es justo lo que quería. Lo que había planeado.

Le di la espalda.

Me había dicho una y otra vez que no me importaba lo que pensara de

mí. No quería su corazón, no era parte de la ecuación. Él no tenía que quererme ni respetarme para que esto funcionara. Conseguiría lo que quería sin preocuparme por lo que él pensara. No me importaba.

¿Por qué entonces no podía acercarme como había planeado? ¿Por qué quería escupirme?

—No te lo he robado. Lo he tomado prestado, princesa —repliqué.

Saltó a la pista. Las chanclas que llevaba resbalaban por el cemento mojado conforme se acercaba a mí.

—¡No toques mis cosas, Fallon!

—Ah, pero ¿tú sí podías entrar anoche en mi habitación y tocarme? No lo puedes tener todo, Madoc.

Se detuvo a unos centímetros de mí y sentí que las paredes de la pista se cernían sobre mí cuando me miró. Esperaba que gritara y me insultara, pero se quedó ahí quieto; parecía que pudiera destruirme sin pronunciar una palabra. Se parecía a todo lo que estuvo a punto de destruirme.

Seguía vestido solo con los pantalones cortos de cuadros y las chanclas. No llevaba camiseta. Supuse que habría salido de la casa corriendo para venir a buscarme. Había cambiado mucho en los años que había pasado fuera. Los hombros y brazos eran obras de arte. Siempre le había gustado hacer ejercicio y este daba sus frutos. Tenía la constitución de un jugador de *rugby* y era alto. Ojalá no sintiera un cordón invisible que me atraía hacia él, deseando tocarlo de nuevo, pero mentiría si dijera que no era así. Siempre quisimos algo que no era bueno para nosotros.

Madoc era guapo. Él lo sabía. Y era consciente de que todo el mundo lo sabía también.

Pero lo que había bajo el pelo rubio, los ojos azules de niño pequeño y el cuerpo suave y tonificado era malo. Él era malo.

Algún día su belleza se disiparía y sería simplemente alguien malo. Tenía que recordarme esas palabras. Madoc no tenía nada que yo deseara.

La lluvia suave caía alrededor de su rostro y se apartó el agua que le caía por las mejillas.

—¿Sabes qué? —comentó. Parecía a punto de darse la vuelta—. Estoy harto de tus tonterías, Fallon. Ojalá supiera qué diablos quieres de mí. —Su voz ganó intensidad—. Te comportas como si todo fuera bien delante de Addie y después llegas a mi fiesta vestida para impresionar, enseñando la ropa interior a todos mis amigos, y sacas el tema de la fiesta de hace dos años. —Se me acercó—. ¿Qué quieres de mí? —rugió desde lo más profundo de su ser.

—¡Nada! —chillé. Me ardían los ojos de rabia—. No quiero nada de ti. ¡Nunca más!

Retrocedió un poco, como si lo hubiera sorprendido.

—¿Más? ¿Es por eso? —preguntó—. ¿Porque follamos hace dos años? «Follamos». Aparté la mirada.

Preferiría meterme el palo de una batería por la nariz antes que dejar que viera lo mucho que me había dolido. Me limpié el agua de la frente y me alisé el pelo de la parte alta de la cabeza.

—¿Sabes qué? —continuó antes de que pudiera decir nada, con los ojos entrecerrados—. Puedes irte al infierno, Fallon. Yo también tenía dieciséis años. Era virgen, como tú. Tú también te abalanzaste sobre mí y lo sabes. ¡Yo no te forcé! No sé por qué fuiste a quejarte a nuestros padres, joder.

«¿Qué?».

Le costaba respirar.

—¡Me trataron como si te hubiera presionado! —gritó, lanzando las manos al aire—. ¿Les contaste que te había forzado?

—Madoc, yo...

«¿De qué diablos estaba hablando?». El aliento, las manos, las rodillas... todo me temblaba.

—Que te jodan, Fallon —me interrumpió, más enfadado aún—. Lo único que tenías que hacer era decir algo. Te habría dejado en paz, pero pensaba...

Se quedó callado, con la vista fija en el suelo. Con los labios apretados parecía demasiado desconsolado para hablar.

Me había quedado sin aire en los pulmones. «¿Qué estaba pasando?».

Todo lo que estaba diciendo era como una bofetada, me había golpeado bien. ¿De qué hablaba?

Me acerqué a él.

—¿Te dijeron que yo me había quejado?

Levantó la cabeza y me fijé en los músculos tensos de la mandíbula.

—Tu madre me dijo que odiabas lo que te estaba haciendo. Que te tuviste que alejar de mí y por eso desapareciste por la noche. —Las palabras sangraban de su boca. La herida era profunda.

«Maldita sea». Cerré los ojos y negué con la cabeza. ¡Esto no estaba sucediendo!

Si mintieron y le contaron a Madoc que yo me había quejado, entonces él había pensado que yo me había querido marchar. Había pensado que les pedí a nuestros padres que me alejaran de aquí.

Succioné el agua que tenía en el labio inferior y abrí los ojos. Me encontré el ceño fruncido de Madoc.

Él no quería que me marchara. Pensaba que había huido de su lado.

Eso no me lo esperaba.

Aunque no tenía por qué cambiar nada. Si nuestros padres nos mintieron a los dos, seguiría teniéndolos en mi punto de mira. A lo mejor Madoc no era tan malo como pensaba, pero seguía sin ser inocente.

Seguía tratándome como a una guarra y no vino nunca a buscarme. No me llamó, no me escribió, no me buscó. Todo lo que pasé, lo pasé sola.

Todos ellos seguían siendo enemigos.

—Apártate de mí.

Pasé por su lado y subí la pendiente, pero antes de llegar al automóvil, me agarró por el codo y me obligó a darme la vuelta.

—No, no. No vas a marcharte hasta que no me des una explicación.

Lo miré y sentí el color de su piel a través de la camiseta mojada.

—¿Una explicación? —Me encogí de hombros—. Supongo que es genética, Madoc. El tamaño del pene es hereditario. No puedes hacer mucho al respecto.

Me di la vuelta una vez más y me dirigí al GTO. Me dolía la mandíbula por la sonrisa que me esforzaba por reprimir.

Abrí la puerta del vehículo y retrocedí cuando se cerró de golpe.

«¡Mierda!».

El corazón me martilleaba en el pecho y por las venas corría fuego líquido. Antes de que pudiera darme la vuelta, Madoc se abalanzó sobre mí por la espalda, presionándome el pecho contra la puerta del automóvil.

El aire entraba y salía de mis pulmones y sentí una oleada de calor ascender por todo el cuerpo hasta la cabeza.

—Dime que no te gustó —me retó, acariciándome la oreja con los labios cálidos—. Quiero oírte decirlo.

Me besa. Tiene la boca húmeda y me la está pasando por todo el cuerpo. Huelo el tabaco por todas partes. Por donde me ha pasado la boca y las manos. Desliza los dedos por mi trasero y aprieta.

—¿Quieres subir? —me pregunta—. Quiero ver lo mala que eres en realidad.

Niego con la cabeza. No.

—Quiero volver a la fiesta.

¿Por qué he dejado que me bese? Me aparto a su izquierda, pero él mueve el cuerpo y se coloca delante de mí, bloqueándome el paso.

—Me tienes excitado. Venga, vamos a divertirnos un poco. —Me acaricia con el pulgar el pezón.

Pongo una mueca y aprieto los puños con ganas de golpearle.

—Apártate de ella —oigo la voz de Madoc detrás del chico que se cierne sobre mí.

—Búscate a otra, Madoc.

—Es mi hermana —replica con voz afilada—. Apártate de ella o fuera de mi casa, Nate.

El chico se aparta de mí.

—De acuerdo. No sabía que era tu hermana. Lo siento.

Se marcha, pero sigo avergonzada.

—Madoc, yo...

—Calla —brama, y me toma de la mano—. Sabía que vendrías para intentar ser el centro de atención, como siempre. Buscando pasar un buen rato como tu madre, ¿eh?

—No estaba haciendo eso, capullo. —Intento apartar la mano cuando tira de mí escaleras arriba.

—¿En serio? ¿Hay amigos tuyos aquí? Ya, no lo había pensado. —Nos detenemos en la puerta de mi habitación y me suelta—. Vuelve a tu cuarto, Fallon. Ponte a jugar con los Legos.

—Tú no mandas en mí, Madoc. Y no soy ninguna puta. —Me llevo las manos a las caderas—. Pero si vas a seguir llamándome así, puede que empiece a actuar como tal. Tu amigo Jared está fuera, ¿no? Es muy guapo, a lo mejor él es el primero.

Rodeo a Madoc y vuelvo a dirigirme a las escaleras, pero él me agarra y entra en mi habitación tirando de mí.

—¡Suéltame!

—¡Mantente alejada de mis amigos! —Me suelta, pero se acerca a mí, inundando todo mi espacio. Está enfadado, pero yo no estoy asustada.

—¡Como si quisiera formar parte de tu grupo! —espeto—. Un puñado de Kens y de Barbies que se enteran de todo por Facebook.

Avanza y yo retrocedo hasta la pared.

—Actúas como si fueras superior —me acusa—. Pero ¿quién estaba ahí abajo flirteando con uno de mis amigos? Para alguien a quien no le importa esta gente, ¡parecías muy dispuesta a abrirte de piernas con uno de ellos!

Me acerco a él.

—Yo hago lo que quiero cuando quiero. Nadie decide por mí, Madoc. Ni tú, ni tus padres, ni mis amigos. Yo tengo el control, ¡soy libre!

—¿Libre? —Suelta una carcajada malévola—. ¿Hablas en serio? ¿Solo porque te perforas la cara y tienes unos cuantos tatuajes? No te hiciste los tatuajes porque los quisieras. Te los hiciste para demostrar que podías. Solo intentas demostrar algo, Fallon. ¡No eres libre!

Le golpeo fuerte con las dos manos, pero me las agarra antes de que pueda darle una tercera vez. Me aferra las muñecas y nos miramos el uno al otro. Algo le atraviesa la mirada y, antes de que me dé cuenta, tengo sus labios sobre los míos.

Ambos nos sujetamos al otro. Me atrae con fuerza hacia él y me devora con la boca. No es como cuando Nate me ha besado abajo. Madoc me parece real, como si no hubiera nada planeado. Todo proviene de él.

Me parece correcto.

Se aparta, respirando con dificultad y con los ojos muy abiertos.

—Dios mío. —Tiene el ceño fruncido en un gesto de miedo—. Lo siento, Fallon. No sé en qué estaba pensando. No quería...

Me acerco de nuevo a él, incapaz de mirarlo a los ojos.

—No pares —le pido. Despacio, estiro un brazo tembloroso y le rodeo el cuello con él para atraerlo a mí.

Se sacude cuando acerco los labios a los suyos, pero unos segundos después me rodea la cintura con los brazos.

—Me gusta pelearme contigo —murmura. Me tumba en la cama y se coloca encima de mí—. Esto lo va a cambiar todo.

Le quito la camiseta por la cabeza.

—Esto no cambia nada —respondo.

—Dilo, Fallon. —Presionó el cuerpo contra el mío poniéndome los labios en el pelo—. Dime lo mucho que odiaste que te tocara, que te besara.

Posé las manos en la puerta y me acordé de cómo había tocado cada parte de su cuerpo con ellas.

Madoc se había convertido en todo mi mundo dos años antes. Lo esperaba por las noches, con el corazón a mil, a sabiendas de que vendría. Sabía que me tocaría y me encantaba. Nunca deseaba que saliera el sol.

Presioné el cuerpo contra el suyo y el calor húmedo que sentía entre las piernas casi me hizo gemir.

Apenas podía respirar cuando volví la cara a un lado.

—¿Quieres escuchar lo mucho que lo deseaba? —Sentí una presión en la garganta al pronunciar las palabras.

Colocó las manos encima de las mías, contra la puerta, y me presionó con más fuerza desde atrás.

Tenía los labios en mi cuello.

—A la mierda el pasado —musitó—. Quiero que me digas que lo has echado de menos.

CAPITULO 9

Madoc

Me lancé y empecé a lamerle el cuello antes de que pudiera responder.

—Madoc —gimoteó y le cedieron las rodillas.

Le rodeé la cintura con un brazo, devorándole aún el cuello con los labios, y la metí en el vehículo.

«Maldita sea».

Se suponía que las cosas no deberían de haber acabado así.

Le pasé los dedos por debajo del pelo mientras succionaba el cuello; después capturé el lóbulo de la oreja y besé la mandíbula antes de que volviera la cabeza en mi dirección y la besara. La sensación cálida y dulce que sentí fue más de lo que podía soportar. Noté una sacudida en la entrepierna y, cuando Fallon presionó su precioso trasero contra mí, prácticamente rugí.

—Joder, Fallon —resoplé. Le quité la camiseta mojada por la cabeza y la lancé al suelo.

Volvió a apoyar la cabeza en mi hombro, su pecho subía y bajaba con rapidez por la respiración entrecortada. Me suplicó con ojos desesperados antes de cerrarlos. Le dolía el cuerpo, igual que a mí.

Coloqué suavemente la mano en la parte delantera del cuello y deslicé la otra por el estómago en un gesto posesivo.

—Quiero estar dentro de ti. —Le tiré del cuello, alzándole la barbilla para que me mirara a los ojos—. Pero más te vale no volver a mentir.

Tenía la cara mojada y parpadeó para apartar la lluvia de las pestañas. Parecía tan desesperada que me dieron ganas de follar duro. Toda la noche. Me conformé con besarla, con enredar la punta de la lengua con la suya y metérsela en la boca.

«Dios, sabe tan bien».

Metí la mano dentro de los pantalones cortos.

—Madre mía —murmuró.

Froté el sexo húmedo con el índice y el pulgar; estaba a punto de estallar.

Fallon se retorció, subió y bajó la espalda por mi pecho, gimiendo. Le acaricié el clítoris con dos dedos y presioné la ingle contra su trasero.

Su cuerpo, cubierto de lluvia, brillaba con el resplandor de los faros y sentía el latido entre sus piernas contra la punta de los dedos. Estaba necesitada y lista.

Le desabroché el sujetador, se lo bajé por los hombros y desabotoné los pantalones desde atrás. Los bajé junto a las bragas por las piernas y retrocedí para mirarla.

Se erguía sobre piernas temblorosas, apoyada contra la puerta del vehículo, con los dedos todavía en la ventanilla. Le caían cascadas de agua por la espalda larga y esbelta, sobre las nalgas redondeadas y los muslos.

—Siéntate en el automóvil, nena. —Hablé con voz tranquila, a pesar de que todo mi cuerpo gritaba. Apenas podía respirar.

Pensé por un breve instante que a lo mejor deberíamos guarecernos de la lluvia, pero aún hacía calor y, ¿a quién estaba engañando? Estaba preciosa.

Los brazos le caían a los lados y se dio la vuelta, con la barbilla baja y los ojos fijos en mí. Se adelantó a su derecha y se sentó en el capó con las piernas colgando.

Yo también me acerqué. Me mantuve frente a ella, pero guardando las distancias.

Tenía los pechos más grandes de lo que recordaba y me dieron ganas de ir más lento. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que la toqué y quería volver a descubrirlo todo.

Pero no había tiempo. Tenía el pene como una barra de acero ahora mismo.

—Abre las piernas —le pedí con voz ronca y una sonrisa en los labios.

Se le entrecortó la respiración y me fijé en el pecho, que subía y bajaba por la excitación. O los nervios. Endureció la mandíbula y aceptó el desafío. Se retrepó, apoyándose en las manos, y abrió las piernas para mostrarme lo que tanto anhelaba.

Buena chica.

Recorrí con la mirada el cuerpo sonrojado y mojado, me desabroché los pantalones y estos cayeron al suelo.

Fallon puso cara de sorpresa en cuanto atisbó el destello plateado en la punta.

Me coloqué entre sus piernas, la tumbé con suavidad, lentamente, deleitándome con *Sail*, de Awolnation, que sonaba en el equipo de música del vehículo. La agarré por las caderas y hundí los labios en el estómago cálido y húmedo, devoré la suave piel y ascendí hasta el pezón, que chupé

con fuerza.

—Ah —gimió y resolló, pero no hice caso de sus movimientos.

Me coloqué encima de ella, tomé el otro pezón en la boca, chupé y mordí, tomé la dureza entre los dientes y, maldita sea, me encantó lo dulce que estaba.

Dos años antes no sabía nada. Claro que follar con Fallon me había enseñado algo, pero por entonces era aún muy inmaduro e inseguro.

Ahora sabía algo más, y sabía qué quería. No me daba miedo tomarlo y aprovechar las oportunidades.

Aumenté el ritmo y besé el vientre; a cada centímetro me acercaba más a lo que quería de verdad. En un movimiento rápido, tomé el clítoris entre los labios y succioné como si fuera un melocotón.

—¡Dios mío! —Se removió, echó la cabeza hacia atrás y el techo se curvó con los movimientos. No le veía los ojos, tenía la cara empapada de placer.

Giré la lengua y lamí con fuerza.

«La odio —me dije—. No confío en ella. Va a volver a jugármela».

No me importaba darle placer.

No me importaba que disfrutara de esto. Solo quería que se corriera en mi boca para que supiera quién mandaba.

Pero cuanto más me agarraba del pelo y se ponía como loca debajo de mí, más caía en la cuenta de que deseaba que pronunciara mi nombre. Quería que esto le gustara.

—Madoc. —Le temblaba la voz—. ¡Madoc, venga!

Levanté la mirada y la vi mirándome. Me acarició la mejilla con la mano.

—Venga —me pidió—. Por favor.

Y eso era lo que tanto estaba esperando. Aunque no lo sabía.

Me puse en pie, apreté los dientes y observé su bonito cuerpo. A la chica preciosa que me odiaba, y yo la odiaba a ella, pero... maldita sea, me encantaba cómo nos odiábamos, porque era crudo y real. No tenía ningún sentido, pero sí, era real.

Tiré de ella hasta el borde del vehículo, le sostuve la mirada y entré en ella.

—Ahhh... —Cerró los ojos y apretó los dientes.

—Joder, Fallon. —Me detuve, cerré los ojos y saboreé la sensación.

Cálida y estrecha a mi alrededor, el calor que manaba de ella se extendió por mis muslos y subió hasta el pecho. La lluvia poco podía refrescarme.

No sabía con cuántos chicos había estado después de mí y no quería saberlo, pero a lo mejor necesitaba un instante para adaptarse al *piercing*. Colocado encima de ella, con la polla en su interior, me limité a mirarla, a esperar a que abriera los ojos. Cuando lo hizo, me miró y

acercó la mano a mi cuello para que nos uniéramos en un beso. Mientras le lamía la lengua y mordisqueaba los labios mojados, empecé a moverme en su interior, despacio al principio, sintiendo cada palmo de su sexo y saboreando cada pequeño gemido que exhalaba en mi boca.

Interrumpí el beso, aferré un pecho con la mano y posé la otra en el techo del vehículo en busca de apoyo. Tenía cada músculo de la espalda tenso y los hombros me ardían. El aire entraba y salía de los pulmones y no podía aguantarme más. Empujé. Tenía un volcán entre las piernas, cálido y necesitado, y me sentía bien.

Los pechos se movían adelante y atrás mientras yo entraba y salía de ella, más y más rápido. Hundió las uñas en mi torso.

—Más, Madoc. Me está gustando.

Enderecé la espalda, tiré de nuevo de ella hasta el borde del capó y coloqué las rodillas de ella por encima de mis brazos.

—Dime que has echado esto de menos.

Parpadeó y tragó saliva.

—Sí—confirmó y el susurro sonó tembloroso—. Lo he echado de menos.

«Yo también».

Volví a entrar y empujé como si no hubiera un mañana.

Arqueó la espalda, los pechos se volvieron salvajes y gimió con fuerza.

—Sí... ah, ¡madre mía!

Se tensó en torno a mi pene, el vientre tembloroso con la respiración entrecortada, y cerró los ojos al llegar al orgasmo.

El fuego en la polla se extendió por los muslos y la punta ardió. Salí de su interior, resollando y acariciándome hasta que me corrí en su vientre.

Tenía la garganta seca y el corazón intentaba abrir un agujero en el pecho. Apoyé la cabeza entre sus senos y cerré los ojos; sentía el pecho subir y bajar debajo de la cabeza.

Era incapaz de formar pensamientos coherentes. Solo palabras.

«Increíble».

«Sexi».

«Joder».

«Uf».

No tenía ni idea de qué se suponía que tenía que hacer ahora y, por su silencio, imaginé que ella estaba tan confundida como yo. Me disponía a apartarme de encima de ella cuando comenzó a acariciarme el pelo mojado.

Me quedé quieto, congelado, y se lo permití.

Y entonces hice una mueca al darme cuenta de que no había usado preservativo.

«Mierda, ¿en serio? Si tienes en la guantera del automóvil». ¿Por qué no se me había ocurrido siquiera? Siempre los usaba, excepto una o dos

veces con Fallon, cuando éramos más jóvenes.

—Yo nunca le conté nada de esto a nuestros padres —dijo, sacándome de mis pensamientos.

¿Nuestros padres? ¿Se le ocurría hablar de ellos ahora?

—¿No les contaste qué? —Dejé la barbilla apoyada en el pecho, pero alcé la mirada.

—Te mintieron. —Seguía acariciándome el pelo, con la vista puesta en el cielo—. Yo nunca me quejé de lo que estábamos haciendo, Madoc. Se enteraron y me echaron de casa.

Entrecerré los ojos. Me recompuse y posé ambas manos a cada lado de su cabeza.

—¿Me estás diciendo que no querías dejarme?

CAPITULO 10

Fallon

«¿Qué estaba haciendo?».

¿Qué narices hacía?

Nuestros padres le mintieron. Le dijeron que yo quería marcharme. Eso le dolió. ¡Bien! Me valía. Madoc merecía eso y más, y aunque él no estaba en un puesto tan alto de mi lista negra como nuestros padres, también estaba en ella.

Pero en mitad de la dicha posorgásmica, tuve deseos de proteger su corazón. Quería mantener los recuerdos a salvo. Quería creer que nunca me había usado.

Pero sí lo había hecho. Me había usado y se había olvidado de mí.

Acostarme con él ahora formaba parte del plan. «Todo esto iba según lo planeado», me dije. Había pasado antes de lo que esperaba y con más deseo por mi parte, pero es que hacía mucho que no disfrutaba del sexo. Había sido más difícil resistirse a él de lo que esperaba.

Madoc y yo estábamos locos con dieciséis años. Éramos demasiado jóvenes para hacer lo que hacíamos, pero aprendimos a hacerlo juntos.

Ahora él era un hombre y ambos teníamos más seguridad en nosotros mismos. Madoc era bueno. Muy bueno. Me sentí culpable por desear más.

¿Y el *piercing*? Madre mía.

Miré para otro lado y me senté, apartándolo de mí.

—No, Madoc. Yo no quería irme.

Retrocedió, pero aún notaba su mirada. Me arrodillé para recuperar la ropa mojada y me di la vuelta. Me limpié el vientre con la camiseta.

—¿Cómo se enteraron?

—¿Qué más da? —señalé en voz baja—. Éramos demasiado jóvenes. Lo que hacíamos estaba mal. Ellos lo sabían. Me echaron de casa por nuestro bien.

Me moví para ponerme las bragas y los pantalones, pero las prendas

estaban muy frías por la lluvia que seguía cayendo sobre nosotros. Me dio un escalofrío.

—Pero me mintieron. —Él seguía quieto, desnudo—. Todos estos años he pensado...

—Sobrevivimos, Madoc —le interrumpí. Evité sus ojos mientras me ponía el sujetador—. Yo pasé página y tú también, ¿no?

Estaba segura de que iba a tardar millones de años en quedarme dormida esa noche, pero lo hice en segundos. Ni siquiera recordaba haberme tumbado en la cama, haber intentado relajarme. Después de haber tenido que enfrentarme a Madoc, a Addie, la fiesta y después la «lluvia», cerré los ojos y me desperté en prácticamente la misma postura en la que me había quedado dormida.

Pero en cuanto abrí los ojos, los pensamientos me bombardearon, las preocupaciones; todo cargó contra mi cabeza como si fuera una estampida de elefantes.

Me quedé sin aliento. «Mierda. ¡Me he acostado con Madoc!».

Bueno, no pasaba nada. Era parte del plan.

Pero te gustó. No, me encantó.

Tranquila, llevabas dos años sin practicar sexo. Estabas excitada.

¿Le dijiste a Madoc que nuestros padres habían mentido?

Bueno, no quería que pensara que yo había contado algo así. No debería haberme importado. Un pequeño inconveniente que no interfería en nada en el plan general. Tranquila.

¡Pero va a enfadarse con su padre! Su padre vendrá a casa.

¿Y? Quiero que el señor Caruthers venga a casa. De todos modos, mi plan daría sus frutos en unos días.

Todo iba según lo acordado.

Tomé una bocanada de aire frío y exhalé temblorosa.

¿Por qué no estaba contenta entonces?

El primer año que pasé fuera estaba demasiado confundida y aturdida para entender qué era lo que había pasado, mucho menos para organizarlo todo. Pero el año pasado había empezado a fantasear con vengarme, con hacerles daño. A cada uno de ellos. Ver sus mundos del revés como había pasado con el mío.

Pero ahora mi mente solo se empeñaba en retroceder a la noche anterior.

La sensación de los labios de Madoc en el cuello. Cómo miraba cada palmo de mi cuerpo como si me estuviera viendo por primera vez. Cómo sus ojos ardientes y sus manos posesivas me habían hecho sentir que me deseaba.

Puede que fuera un niño consentido y un capullo arrogante, pero me había impresionado.

Tenía que recordarme que el hecho de que alguien fuera bueno en la cama no significaba nada más que eso, y punto.

Esto era un juego para él, pero una guerra para mí.

Me di la vuelta y me senté en la cama, con las piernas colgando del borde, pero enseguida eché atrás la cabeza y exhalé un suspiro.

«Mierda».

Notaba el interior del cuerpo estirado y los músculos de debajo del vientre doloridos. Me dolía todo.

Me puse en pie, recorrí la habitación de puntillas, con piernas temblorosas, y abrí la puerta. Oí la aspiradora en alguna parte de la casa y supe que Addie estaba despierta. Salí del dormitorio y corrí por el pasillo hasta el baño.

La habitación de Madoc tenía baño propio, pero la mía no. Sin embargo, no corrí lo suficientemente rápido.

—¡Estás despierta! —gritó una voz—. Qué bien.

Me volví hacia la izquierda y vi a Madoc, que cerraba la puerta de su habitación y se acercaba a mí.

Sentí un nudo en la garganta. ¿Qué...?

Cargó contra mí como si fuera un jugador de *rugby*, me alzó por la cintura y me colocó sobre el hombro.

—¡Madoc! ¡Suéltame!

—Shhh... —Entró al baño, cerró la puerta y me dejó en la encimera.

—Madoc...

Pero me interrumpió. Tomó mis labios, me envolvió con unos brazos fuertes y casi me ahogó con la presión que ejerció en mi boca. Cada vez que respiraba, yo hacía lo mismo, porque volvía a abalanzarse sobre mí enseguida. Movié los labios sobre los míos, rápido y con ansias, con necesidad, listo. Introdujo ambas manos por debajo de mi camiseta, me agarró los pechos y no pude resistirme. Metí las manos dentro de los pantalones negros del pijama y le aferré el trasero, perfecto y suave, para atraerlo y colocármelo entre las piernas.

—Voy a tener que disculparme por mi falta de medida —resolló mientras trataba de quitarme la camiseta por la cabeza, pero yo tiraba de ella hacia abajo—. Estoy más caliente que el palo de un churrero.

—Oh, ¿uno mañanero? —Me crucé de brazos para mantener la camiseta en su sitio.

—¿Mañanero? —Empezó a acariciarme el vientre, a hacerme cosquillas para que apartara los brazos de la camiseta—. Me he pasado toda la dichosa noche torturándome. No debería de haberte dicho que cerraras la puerta con pestillo anoche.

La noche anterior me había acompañado a mi habitación y me había pedido que cerrara la puerta. Al parecer, no siempre conocía a todos los que iban a las fiestas de su casa y no sabía quiénes se habían quedado

dormidos aquí. Yo solo había visto tres cuerpos cuando entré en casa, pero podía haber más.

—Querías protegerme de violadores —puntalicé. Me mordí el labio para reprimir una carcajada.

—Sí, menuda idea. —Sonrió sin dejar de tocarme el vientre—. Yo tampoco pude entrar.

Me agarró la cara con ambas manos y me metió la lengua en la boca, devorándome una vez más. Sentí pequeñas agujas por toda la piel y me estremecí cuando el calor se instaló entre mis piernas como si fuera un horno. Yo también le tomé el rostro y le devolví el beso.

Aprovechó la oportunidad para quitarme la camiseta con un movimiento rápido, como un mago que retira un mantel de una mesa puesta.

—Madoc, no —señalé. Me crucé de brazos—. Estoy dolorida de anoche.

Él frunció el ceño y alzó la comisura del labio.

—¿Dolorida? ¿Por mí? Eso es estupendo.

«Idiota». No tendría que haberle dicho eso, ahora se sentía como un machito.

—Bueno... —Suspiró y me bajó de la encimera—. Estás a salvo entonces. Por ahora.

«Lo que tú digas. —Parpadeé fuerte—. Yo tengo el control. Yo tengo el control. Yo tengo el control».

Todo se movía en la dirección errónea. Él me hacía sonreír. Me hacía olvidar. Teníamos que ir más despacio.

«Tenemos que parar».

Me alzó la barbilla y unió la boca con la mía. Le permití besarme sin hacer ningún esfuerzo por devolverle el beso, pero no pude evitar deleitarme con su olor rico, fresco. Me encantaba cómo olía.

Se apartó, sonriéndome.

—Me alegro de tenerte de vuelta, Fallon. —Y se marchó como si tuviera en la palma de la mano todo lo que quería.

«Maldita sea».

«¡Maldita sea!».

Cerré la puerta cuando salió y musité un puñado de palabras que tan solo había oído decir a los trabajadores de mi padre. No salí del baño en una media hora, necesitaba aclararme las ideas.

La vida de Madoc era demasiado sencilla. Me ponía las cosas muy fáciles para volver a caer en la diversión. Su sonrisa relajada, su despreocupación por todo, y cómo era, simplemente... ¡él!

Existían problemas en el mundo. En las familias. En mi familia y la de él. Nuestra historia era un problema. ¿Por qué siempre hacía que pareciera que no le importaba?

Anoche disfrutamos de una sesión de sexo alucinante, furioso,

después de insultarnos y fastidiarnos el uno al otro. A él no parecía importarle adónde nos llevaba esto, había obtenido la recompensa y punto.

«Mierda». Me rasqué la cabeza y cerré los ojos delante del espejo de cuerpo entero. Necesitaba un rato a solas.

Tiempo para pensar.

Un paseo tranquilo. Tal vez correr un poco.

Pero Madoc era un torbellino de actividad. Casi se me había olvidado.

Cuando me vestí con unos pantalones cortos blancos y una camiseta de Hurley, me dijo que volviera a la habitación a cambiarme. Le hice una peineta y me serví unos cereales, y después me explicó que íbamos al lago con sus amigos y que tenía que ponerme un bañador. Le dije que me dejara en paz, que él no tomaba decisiones por mí, y se acercó a la encimera, donde estaba yo comiendo, y me metió la mano por la parte trasera de los pantalones mientras seguía sonriendo y hablando con Addie sin que ella se diera cuenta.

Con el corazón acelerado y la frente sudada, cedí al darme cuenta de que no iba a parar hasta que le dijera que sí.

Al menos estaría Tate, así que eso era una ventaja. Y estaríamos en público, por lo que no intentaría nada.

O eso pensaba.

—¿Dónde estamos? —pregunté cuando paró en una pequeña casa de ladrillo de una planta. Estaba en un vecindario pobre con patios con la hierba descuidada y vallas metálicas feas. Aunque la casa tenía buen aspecto, con el porche ordenado y las ventanas limpias, el ladrillo estaba descolorido por el tiempo y la puerta con tela metálica estaba en mal estado.

—Ven. —Hizo caso omiso de mi pregunta y salió del GTO.

Me dispuse a seguirlo. Cerré la puerta del vehículo y caminé a un paso por detrás de él por el porche de losas de cemento.

—Madoc. ¡Madoc!

Alcé la cabeza y vi a un niño con los ojos muy abiertos, de unos siete años, que venía corriendo hasta Madoc y se echaba a sus brazos. Madoc lo abrazó.

Sentí una sacudida en el pecho y me quedé sin aliento.

Pelo rubio, ojos azules y piernas largas. El niño era como él.

«No». Negué con la cabeza. Esto era ridículo. Madoc tendría unos diez años cuando este niño nació.

—Mi madre me dijo que, si no era bueno, no podía irme contigo, pero he sido bueno —gritó el pequeño, sonriendo.

Madoc se apartó un poco y lo miró con disgusto.

—¿Bueno? —repitió—. Oh, venga, no digas eso. ¿Qué pasa con lo de ser

bueno?

Tanto él como el niño se metieron los dedos en la boca al mismo tiempo y fingieron vomitar. Esboqué una sonrisa y tuve que ocultarla con la mano.

«No». Madoc no era bueno con los niños. Me negaba a creerlo.

—Está bien. —Le dio una palmada en la espalda y se dio la vuelta para mirarme—. Fallon, él es mi semilla.

Ladeé la cabeza y lo miré con incredulidad, todavía intentando quitarme de la cabeza la imagen de los dos metiéndose los dedos en la garganta.

—No, no es mi semilla de verdad. —Sabía por dónde estaba yendo mi mente—. Pero tiene potencial, ¿eh?

Me llevé las manos a las caderas y usé un tono de voz agradable, por el niño.

—Madoc, ¿qué pasa?

Abrió la boca para hablar, pero de la puerta salió una mujer con una mochila pequeña.

—Hola, Madoc —lo saludó.

—Hola, Grace.

Grace parecía joven, definitivamente menor de treinta años, y tenía un cabello precioso, largo y castaño, recogido en una coleta. Llevaba unos zuecos, por lo que imaginé que era enfermera... y probablemente madre soltera, según parecía.

—Toma una muda para después del baño. —Le pasó a Madoc la mochila—. Hay crema solar, algo de comer y agua. ¿Lo traerás para la hora de la cena?

El aludido asintió.

—Puede que paremos en un bar, pero después.

—Estupendo. —La chica sonrió y negó con la cabeza, como si estuviera acostumbrada a sus bromas—. Está muy emocionado —continuó—. Llámame si tienes algún problema.

Madoc se agachó y rodeó al niño con un brazo.

—Mamáááááá —se quejaron los dos, como si sus preocupaciones fueran infundadas.

Ella puso los ojos en blanco y me tendió la mano.

—Hola, soy Grace. ¿Y tú? —Buena madre, asegurándose de que su hijo estaba a salvo.

—Hola. —Le estreché la mano—. Yo soy Fallon. La... eh, hermanastra de Madoc —tartamudeé. Esperaba que no hubiera oído la risotada de Madoc.

Técnicamente, no estaba mintiendo.

—Encantada. Que os divirtáis. —Se despidió con la mano y volvió a subir los escalones.

Madoc se dio la vuelta y no pude creerme no solo lo bien que se

llevaban él y el niño, sino también lo mucho que se parecían. Los dos llevaban unos pantalones largos negros y una camiseta, aunque Madoc iba con chancas de piel negras y el niño, con zapatillas.

—Fallon, él es Lucas —me presentó al fin—. Es mi hermano pequeño. Como en el programa de televisión, yo soy su hermano mayor.

Exhalé un suspiro. «De acuerdo, bien». Menos mal que se había explicado, porque durante un momento todo estaba siendo muy raro.

—Vaya, ¿confían en ti como para dejarte niños? —pregunté, medio en serio.

—¿Qué? —Se llevó la mano al pecho, fingiendo sentirse herido—. Soy fabuloso con los niños. Algún día seré un gran padre. Díselo, Lucas.

El niño me miró y apenas parpadeó.

—Me ha enseñado a averiguar si una mujer lleva tanga.

Me eché a reír y me llevé la mano a la boca.

Madoc tiró del niño por el cuello mientras nos dirigíamos al vehículo.

—Ya te lo he dicho, las mujeres son el enemigo. Ellas no comprenden esas técnicas.

CAPITULO 11

Madoc

—¿Estarán Jared y Tate? —preguntó Lucas desde el asiento trasero.

—Eh, no le des patadas al cuero —le pedí y estiré el brazo para pararle los pies, con los que empujaba mi asiento—. Y sí, sí estarán.

—Qué bien.

Nos quedamos callados, moviendo la cabeza al ritmo de la música, y no pude evitar echar una mirada a Fallon, sentada a mi lado. ¿En qué estaba pensando? Parecía encantada con Lucas, pero también sorprendida de conocerlo.

¿Tan raro era que pasara tiempo con un niño que no tenía padre? Fallon siempre me había acusado de ser pretencioso, egocéntrico y cualquier otra cosa que se le ocurriera, pero ahora me daba cuenta de que lo pensaba de verdad.

Estaba mirando por la ventanilla, totalmente sobrepasada por la situación.

O a lo mejor estaba pensando en lo que habíamos hecho la noche anterior a la luz del día. A ella solía gustarle la oscuridad. Solos en su habitación, sin luz... como si lo que hacíamos no fuera real para ella.

Aunque siempre participaba en el acto, por la mañana las cosas cambiaban. Actuaba como si no hubiera pasado nada. Seguía sin mirarme, apenas pronunciaba mi nombre. Lo olvidaba muy rápido.

Yo tenía dieciséis años y una vida sexual de mierda. No pensaba quejarme de que no me dejara tocarla a otra hora. Me limitaba a ser feliz por lo que tenía en esa época.

Pero ahora tocarla, oírla jadear... lo que hicimos anoche bajo la lluvia era todavía mejor de lo que recordaba. Antes solía esperar en mi habitación a que Addie cerrara la casa por la noche y sabía que era seguro ir a la habitación de Fallon. Era feliz y me sentía vivo cuando estaba con ella. Llevaba mucho tiempo sin sentir eso.

Cuando Fallon se marchó, me vine abajo. Como Jared cuando Tate se fue un año a Francia. Yo no perdí el control como él, pero me porté mal.

Su madre me contó que ella y mi padre sabían lo que estaba pasando porque Fallon nos había delatado. Patricia me dijo que Fallon se sentía incómoda y presionada por mí. Toda la seguridad de la que me había provisto se desmoronó.

No lo llevé muy bien.

Puede que viviéramos en la misma casa, pero nunca nos habíamos considerado hermanastros. Nunca habíamos pasado mucho tiempo juntos, así que no tuve la sensación de que lo que estábamos haciendo estaba mal. Me encantaba y quería más. Pero en los dos últimos años el odio que sentía hacia ella había aumentado.

Todas las chicas eran mediocres en comparación y la única vez que me había sentido bien había sido con Fallon. Y, entonces, anoche me dijo que ella no había mentido a nuestros padres. Que no les había contado nada. Me sentí contento y enfadado al mismo tiempo. Mi corazón bombeaba fuego una vez más al saber que me deseaba, pero pasé toda la noche pensando en todo el tiempo que habíamos perdido, que ellos nos habían quitado, y me dieron ganas de causar problemas.

Y lo haría. Pronto.

Si hablaba ahora con mi padre vendría a casa y Fallon tendría que irse. Si no podía convencerla de que se quedara más tiempo, solo contaba con unos días para pasar con ella antes de que se marchara a Chicago. Después me encargaría de mi padre.

Aparqué en un espacio al lado del automóvil de Jared. Tomé la mochila de Lucas y se la pasé, junto a unas toallas que saqué del maletero, a Fallon mientras yo sacaba el refrigerador y una manta de pícnic.

—Tate, ¡para!

Levanté la mirada del maletero al oír la voz de Jared.

—¡Tate! —Corría detrás de su novia enfadada.

«Estupendo».

Estaba empezando a pensar que mis mejores amigos buscaban razones para discutir. En serio. Después de todo, las discusiones siempre acababan con sexo de reconciliación.

—Déjame en paz. ¡Lo digo en serio, Jared! —le gritó por encima del hombro. Me quedé sorprendido y me hizo bastante gracia que se quitara una chancla y se la lanzara.

Él levantó las manos para taparse la cabeza y la miró con el ceño fruncido y los labios apretados.

—Te lo iba a contar —bramó—. Pero estás reaccionado de forma exagerada, como siempre.

—Uf. —Tate se detuvo en medio de la zona de aparcamiento, se quitó la

otra chancla y se la lanzó, moviendo todo el cuerpo en el gesto.

—¿Qué pasa? —susurró Fallon.

Suspiré y me pasé la mano por el pelo.

—Juegos preliminares.

Cerré el maletero y me dirigí a la playa, dejando a mis amigos con lo suyo.

—¿No deberíamos ayudar? —Fallon tropezó con unas rocas mientras miraba atrás, al aparcamiento, donde aún se oían los gritos ahogados de Jared y Tate.

—No, si no quieres meterte en medio. En diez minutos estarán besándose —le aseguré. Y eso era justo lo que quería hacer ahora con ella.

Quería a Lucas, pero ojalá hubiera sabido que iba a regresar Fallon. Habría preferido estar solo con ella ahora mismo. Para pelearnos. Para atormentarnos. Para lo que fuera.

Dios, iniciaría una pelea si eso significara tenerla desnuda de nuevo.

Al menos hasta que me saciara de ella.

Pero ya no podía cambiar los planes del día, así que solté el refrigerador y extendí una manta en la pequeña playa. Me quité el calzado y seguí a Lucas con la mirada cuando corrió hacia el agua.

—Un momento, ¿no le vas a poner un chaleco salvavidas? —me preguntó Fallon, que se detuvo antes de quitarse la camiseta.

Sonreí. Sabía exactamente por qué lo decía. Siempre sentía una punzada de miedo al verlo hacer cosas que podían hacerle daño. Los lagos eran peligrosos y había intentado convencerlo de que se pusiera un chaleco salvavidas la primera vez que vinimos el verano pasado. Sí, la primera vez lo había intentado, y nunca más lo hice. Se había resistido y me di cuenta enseguida de que él sabía lo que hacía.

Me quité la camiseta.

—Su padre trabajaba en la Guardia Costera cuando vivían en Washington y se aseguró de que Lucas aprendiera a nadar. Cuando murió, su madre vino aquí para estar cerca de la familia, pero Lucas no tiene a muchos hombres en su vida ni la oportunidad de seguir nadando. Le encanta e intento traerlo todas las veces que puedo en los meses de calor.

Entrecerró los ojos y parecía perdida en sus pensamientos mientras miraba el agua.

—Venga. —Le di un codazo al pasar por su lado.

Entré en agua helada caminando y me adelanté hasta que me cubría los pies, después los tobillos y los muslos, y a continuación el vientre. Salté y me zambullí de cabeza en las profundidades.

Odiaba el lago. Estaba sucio y limoso. ¡Y helado! Tenías que nadar sin poder ver lo que pasaba por debajo de ti.

Me sacaba de quicio.

Pero era una de las pocas cosas que podías hacer en esta ciudad aburridísima y había venido aquí en numerosas ocasiones con muchas bebidas y muchas chicas. Hubo una época en la que me parecía divertido. Salir, emborracharme... cuando no tenía nada mejor que hacer. Pero ahora solo venía por Lucas y, por alguna razón, quería que Fallon me acompañara hoy. Probablemente nos enzarzáramos en alguna discusión delante del pobre niño. Y con Jared y Tate peleándose de nuevo, menuda sorpresa, no había ninguna zona neutral si Fallon sacaba las garras.

«Supongo que debería haberla dejado en casa».

Levanté la mirada del agua y miré hacia la playa, donde estaba con el traje de baño puesto.

«O tal vez no».

Dios, maldita sea. Noté una sacudida en la entrepierna, que se me puso dura de inmediato, incluso en el agua fría. ¿En serio?

El bikini blanco que llevaba no era más que eso: un bikini por definición, pero era maléfico y tentador en toda su forma.

La parte de abajo cubría todo lo importante, pero la de arriba tenía unas tiras que se ataban en la parte de delante, y no detrás. Lo único que había que hacer era tirar. No había que alcanzar la parte de atrás. Ni hurgar con torpeza en un intento de encontrar la tira correcta a ciegas. No. Solo había que tirar y todo quedaría al descubierto.

Se soltó el pelo y, de repente, sentí las manos demasiado vacías.

Me salpicaron agua desde atrás e hice una mueca.

—Tú, pequeño... —Pero me reprimí y me limité a salpicar a Lucas.

—Me ha parecido que necesitabas enfriarte. —Se rio, echó los brazos hacia atrás y se alejó nadando.

¿Enfriarme? ¿Sabía acaso de qué hablaba? «La televisión, de ahí sacaban los niños esos comentarios».

Fallon seguía en la playa, con las manos en las caderas, paseando por la orilla y metiendo los dedos de los pies de vez en cuando. Parecía dudar entre lanzarse al agua o darse la vuelta y marcharse corriendo al aparcamiento.

Levanté la barbilla y grité.

—Deja de darle al niño una clase de anatomía femenina y entra ya en el agua.

Me miró un segundo, pero atisbé el calor de la rabia que sentía incluso dentro del agua helada. Después de titubear un minuto más, solo para molestarme, entró en el lago y caminó hasta que pudo zambullirse.

Pasamos más o menos una hora jugando y nadando en el lago. Lucas se lo pasó bien y Fallon tardó un buen rato en recuperarse. Al principio se quedó atrás, tumbada en una colchoneta, salpicando agua y manteniendo las distancias, pero cuando me acerqué a la colchoneta y

Lucas la tiró, terminó relajándose.

Hicieron carreras y ella no lo dejó ganar.

Lucas y yo nos empapamos el uno al otro y ella empezó a sonreír más.

Jared y Tate volvieron con unas sonrisas que no podían ocultar.

Y Fallon se mantuvo todo lo alejada de mí que pudo. Me parecía bien. De todos modos, no quería nada de ella en ese momento.

Bueno, ¿a quién iba a engañar? Me daban ganas de estampar la cabeza contra una boya por haber traído a Lucas cuando lo único en lo que podía pensar era en tirar de esas cintas blancas y desatarlas.

—¡Lucas! —lo llamé—. Ve a sentarte en la manta con Jared y Tate. Hidrátate y come algo.

—Oh, venga ya —se quejó.

Sonreí al ver que se alejaba nadando y me acerqué a Fallon. Estaba sentada en la colchoneta con los brazos apoyados en los lados. Le colgaba un pie por el borde, que caía en la suave superficie del agua.

La miré y me apoyé en la colchoneta.

—¿Por qué has venido a casa, Fallon?

Alzó la comisura del labio. Parecía guardar un secreto que estuviera a punto de escapársele.

—Esta no es mi casa.

Me sentía tan impactado por el hecho de que estuviera aquí que no había pensado en los motivos hasta la noche anterior. Su madre estaba en el extranjero. En Italia, España o algún lugar por ahí. Gastándose el dinero de mi padre en Gucci y en prostitutas. Fallon no mantenía contacto con ningún amigo de aquí que yo supiera. Apenas se relacionaba con mi padre, que tampoco estaba en casa, así que quería una respuesta a la pregunta.

—¿Entonces por qué has venido a la casa del marido de tu madre, donde no quieres estar?

La sonrisa se ensanchó.

—¿Y donde no me quieren?

Metí de nuevo la cabeza en el agua y cerré los ojos cuando las imágenes de la noche anterior me invadieron.

—Oh, sí que te quieren —bromeé.

Soltó una risita.

—No me dio esa sensación cuando viniste la otra noche a mi habitación.

Cerré la boca.

Sí, eso me dejó sin palabras. Esa noche fui un poco capullo.

De acuerdo, fui un capullo integral.

Me eché el pelo atrás y me apoyé en el extremo de la colchoneta. La observé.

—Siendo justos, pensaba que habías mentido sobre mí. Tenía derecho

a estar enfadado, Fallon. Nunca llamaste ni regresaste a casa. ¿Qué se suponía que iba a pensar?

No respondió. Se quedó allí quieta, escondida tras las gafas de sol. Sus ojos siempre me habían parecido oscuros y perdidos, como si buscara algo sin saber si lo iba a encontrar.

Repetí la pregunta.

—¿Por qué has venido?

Inspiró con fuerza y por fin me miró a los ojos.

—Para cerrar una etapa —respondió—. Me fui sin despedirme de este lugar. Necesitaba hacerlo antes de empezar una nueva vida en Chicago.

Cerrar una etapa. ¿Yo también necesitaba eso?

—Te encontraron en la sala de cine, ¿no? —pregunté.

Esbozó una sonrisa poco entusiasta.

—Con tu camiseta, y tú te habías dejado los pantalones en el suelo —terminó. Me miró con las cejas arqueadas, expectante.

—Estabas dormida —expliqué—. No quería despertarte.

Sus ojos seguían esperando más.

—Te tapé.

Todo eso lo había supuesto. Después de la primera vez juntos, lo habíamos repetido cada par de días y muy rápido pasó a ser cada noche durante más o menos una semana. Fallon nunca quería salir de su habitación cuando estábamos juntos. En su terreno, en la oscuridad, y no hablábamos del tema fuera de esos límites. Eran las reglas no verbales que habíamos establecido después de pasar dos noches juntos.

Pero yo tenía mis formas. Conseguí convencerla de que saliera de la habitación y bajáramos a la sala de cine. Vimos una película, pero terminamos el uno encima del otro, como sabía que pasaría. Se puso mi camiseta y se quedó dormida.

Mirando atrás ahora, caí en la cuenta de que fuimos unos bobos al pensar que no nos descubrirían. Si no la hubieran encontrado a ella, Addie u otra persona se habría dado cuenta antes o después de que siempre estábamos cansados. Desde que pasábamos las noches juntos, dormíamos muy poco.

La voz débil de Fallon sonó triste e indulgente.

—Se acabó. Es pasado, Madoc.

La miré con los ojos entornados.

—No se ha acabado y lo sabes.

—Lo de anoche fue un error. Estábamos enfadados.

Antes de que pudiera moverse, la agarré por el tobillo y tiré de ella para que cayera al agua conmigo.

—¡Madoc! —gritó antes de sumergirse por completo. Agitó los brazos y emergió, escupiendo agua—. Capullo. —Se puso a toser.

Coloqué la colchoneta delante de nosotros para que nos tapara la

playa, ocultándonos.

—¿Conque un error? —susurré, acercándome a ella.

Se agarró a la colchoneta y vi cómo unas salpicaduras doradas bailaban en su rostro y su pelo por el reflejo del sol en el agua. Esperé a que me mirara. O a que se apartara. O, simplemente, a que suspirara.

Pero no lo hizo. Se quedó mirándome el pecho, esperando, aunque no sabía a qué esperaba.

Le pasé el dorso de la mano por el vientre y le agarré la cintura para acercarla a mí. Se apartó y de repente se le entrecortó la respiración.

—Tu... hermano pequeño está aquí.

—¿Y si no estuviera? —Ladeé la cabeza e inspiré su olor.

Al fin alzó la mirada; los ojos se habían vuelto acero. Me acerqué a ella.

—Cierra la puerta de tu habitación esta noche, Fallon —le susurré al oído.

Y me alejé nadando hacia la orilla, internándome en el agua helada, que el sol no calentaba.

No había motivo alguno para dar una lección de anatomía masculina a un niño de siete años.

CAPITULO 12

Fallon

Ya era suficiente. No podía dejar que siguiera afectándome tanto. Era cierto que Madoc había madurado. No había duda. Era inteligente, divertido y estaba más guapo que nunca. Parecía preocuparse por sus amigos y, algún día, tal vez fuera un buen marido y un buen padre.

Pero yo no era la chica adecuada para él y estaba claro que él no era idóneo para mí. Me tuvo una vez y me olvidó. Ahora quería abandonar esta casa por voluntad propia con la cabeza bien alta. No sería un animal enjaulado, no me vestiría para obtener la aprobación de mi madre ni me convertiría en un juguete para que Madoc se divirtiera cuando le apeteciese. Nunca querría ser como ella y acabar viviendo su vida. Jason Caruthers engañaba a su esposa, constantemente. Aunque mi madre también le engañaba. No tenía duda alguna, lo había descubierto cuando estaba preparando mi plan.

Tenían un matrimonio vacío y superficial, y Madoc había crecido con privilegios innatos. Sabía que podía hacer lo que quisiera cuando quisiera, y si a alguna chica no le gustaba, vendría otra a remplazarla.

Yo no sería una de ellas.

Salí del agua con dificultad, tiritando cuando el aire me acarició la piel mojada. Tate estaba reclinada, apoyada en las manos y con las piernas dobladas; tenía un bikini un poco más modesto que el mío. Si hubiera sabido que iba a venir un niño me habría puesto un bañador de una pieza. Jared estaba tumbado al lado de ella con una mano apoyada en su muslo y los ojos cerrados. Lucas comía una manzana y galletas saladas de crema de cacahuete.

—¿Qué pasa ahora? —les preguntó Madoc a Jared y a Tate tras tomar una toalla y lanzármela. La alcancé justo a tiempo, antes de que me cayera en la cara.

Jared exhaló un suspiro.

—Le he pedido que se venga a vivir conmigo —admitió y enarqué las cejas.

Madoc se echó a reír.

—¿Y te ha tirado las chanclas? Parecéis un matrimonio.

—En Chicago —aclaró Tate con tono de reprimenda—. Me ha pedido que me mude con él a Chicago. Le he dicho que quiero pasar más tiempo aquí, con mi padre, así que voy a ir a Northwestern en lugar de a Columbia. Me ha dicho que entonces no quiere ir a Nueva York y que quiere quedarse para estar cerca de Jax.

Madoc se entretuvo sacando el agua del refrigerador.

—Suena bien. Los dos ganáis, ¿qué problema hay?

—El problema es —me metí en la conversación en favor de Tate y me volví hacia Madoc— que él no ha hablado con ella. Ya tenía sus planes y no la ha tenido en cuenta.

—Y ella también —respondió él.

—Pero da la sensación de que él nunca ha querido ir a Nueva York. —Hablé con voz más alta y noté que Tate y Jared me miraban—. Ahora ella siente que lo ha presionado o que lo ha obligado a hacer algo que él no quería hacer.

Madoc puso los ojos en blanco.

—Tápate las orejas, Lucas.

El niño obedeció y Madoc miró a su alrededor, haciendo contacto visual con todos.

—Mira, Tate, lo siento, pero si pensabas que Jared iba a mudarse a Nueva York es que has estado viviendo en la maldita tierra de los arcoíris. Allí la gente no conduce, ¿cómo iba a estirar las piernas? ¿Sabes siquiera cuánto cuesta aparcar un vehículo en esa ciudad?

Jared seguía con los ojos cerrados, pero le vibró el pecho con una risa silenciosa que fue lo bastante inteligente para guardarse para él.

Tate se quedó con la boca abierta, y no en el sentido de vaya-tienes-razón. Más bien en el sentido de menudo-capullo-voy-a-darle-una-patada-en-los-huevos. No estaba segura, pero probablemente Madoc sintiera el calor del fuego detrás de las gafas de sol de la chica.

Levanté la mano.

—¿Estás diciendo que su automóvil es más importante que ella? —le grité.

Él suspiró, se colocó detrás de mí y me tapó la boca con la mano.

Casi oía la sonrisa en su voz cuando se dirigió a Jared y a Tate.

—Los dos estaréis en Chicago. A solo hora y media de Notre Dame. Todos ganamos.

Sobre las cuatro de la tarde, Jared y Tate se fueron a contar las noticias del cambio de planes en cuanto a la universidad al padre de ella y Madoc

y yo llevamos a Lucas a su casa a la hora de la cena.

Madoc condujo por la carretera tranquila llena de curvas que llevaba a nuestra —su— casa y ninguno de los dos rompió el silencio. Se mascaba la tensión entre los dos y no tenía ni idea de qué estaba pensando. Normalmente no paraba de hablar y ahora parecía casi estoico, concentrado en el camino, a toda velocidad por la oscura carretera. Los árboles se alzaban a ambos lados y me hacían sentir como si estuviéramos en una cueva.

—Fallon —comenzó y lo miré—, ya no tenemos dieciséis años.

Me quedé mirándolo, sin saber a qué se refería.

—Ya.

Tiró de la palanca de cambio de marcha y puso la sexta. Miraba por la ventanilla y hacia adelante, pero no a mí, y parecía incómodo.

—Creo que, si somos maduros, podemos llevarnos bien. Puedes quedarte todo el verano si quieres.

¿Qué? ¿Hablaban en serio? Como no añadió más, aparté la mirada hacia la ventanilla.

«No quiere que me quede», pensé para mis adentros. O a lo mejor sí.

—Ya, Revolcón asegurado, ¿no? —Sentí un aleteo en el estómago al caer en la cuenta de cuál era probablemente el motivo de que quisiera que me quedara.

Negó con la cabeza.

—No lo decía por eso.

Sí, claro. ¿Por qué si no iba a querer que me quedara? Habíamos aclarado algunos malentendidos, pero seguía considerándome un daño colateral. No era lo suficientemente buena, como decía mi madre.

Y él tampoco me gustaba tanto. Aunque quisiera de verdad que me quedara, ¿quería sufrir su compañía todo el verano?

—Si quisiera una vagina, la tendría, Fallon —replicó—. ¿Qué te puedo decir? Me gusta tenerte cerca, supongo. Y sé que yo también te gusto. Por mucho que intentes ocultarlo, te excito, así que deja de actuar como si no fuera así.

Apreté los dientes cuando él pulsó el botón del mando para abrir la puerta de entrada a la urbanización.

¿Hablaban en serio? ¿No se daba cuenta de que el hecho de que dos personas se divirtieran en la cama no tenía que significar nada más? La gente iba a los bares, pasaba una hora conociéndose ¡y se iban juntos! Una cosa no tenía nada que ver con la otra.

—¿Sabes qué es lo que no me gusta? —señalé. Salí del GTO cuando aparcó delante de la casa—. ¡Odio tu automóvil! Es muy bajo, tiene muchos puntos ciegos y parece un Chevy Cavalier, que te habría costado la mitad que esta chatarra de metal.

Salí corriendo hacia la casa y oí la risa detrás de mí.

—¡Anoche parecía que te gustaba mucho cuando gritabas mi nombre!

¿A quién estaba engañando? Habría tenido más éxito si me hubiera intentado meter la rama de un árbol por el trasero en lugar de pretender convencerme de que no deseaba a Madoc. Pero ¿qué más daba? Sí, lo deseaba. Por supuesto, ¿y quién no? Podía disfrutar de esto. «Solo una vez más». Solo tenía que ser la que tuviera el control, nada más.

Tardé menos de dos minutos en entrar en el baño, ducharme y salir. Me temblaban un poco las manos y no paraba de parpadear, algo que hacía cuando intentaba no pensar en nada. Llevaba unas bragas de encaje negras y un sujetador de satén rosa palo *vintage*. En realidad, solo era un sujetador en el sentido de que cubría el pecho, pero no lo sujetaba. Quedaba suelto, como una tela cortada justo por debajo del pecho.

A Madoc le encantaría. No solo era sexi, era fácil de usar. No tendría que quitármelo para introducir las manos donde quisiera.

Me solté el pelo de la coleta, lo atusé y lo dejé un poco despeinado; a Madoc parecía gustarle así. Me puse un poco de máscara de pestañas y me pinté los labios. Antes de salir, tomé las gafas de pasta negras de la mesita de noche. El pasillo estaba a oscuras cuando recorrí los pocos pasos que me separaban del dormitorio de Madoc. Al entrar oí el sonido de la ducha y sonreí de camino a su cama.

Bien, quería estar ahí cuando él saliera. Por una vez, deseaba sorprenderlo.

Me senté en el borde y apreté los dientes para reprimir una sonrisa. El calor me corría por las venas y me embargó la emoción cuando coloqué ambas palmas sobre la cama, junto a las caderas.

«¿Cómo lo hago?». Flexioné las rodillas de muchas formas distintas, probé un montón de poses diferentes, pero todo me parecía poco natural. Las piernas extendidas y sin extender. Retrepada y apoyada en las manos, tumbada de lado. Todo esto era una idiotez y Madoc se iba a partir de risa.

De acuerdo, a lo mejor no, pero bueno...

Esta noche todo se haría a mi manera, me recordé. No quería permitir que él me dominara.

Decidí dejar los pies planos sobre el suelo, con las piernas juntas y las manos en el regazo.

Dejé de oír el agua y traté de tranquilizarme.

Madoc salió con una toalla negra alrededor de la cintura y me miró enseguida. Abrió mucho los ojos y cerró la boca. Parecía serio y un poco enfadado.

Por un momento sentí temor, miedo de haber sobrepasado los límites al venir aquí en su busca a pesar de que él había invadido mi espacio muchas veces, pero entonces bajé la mirada. El bulto que había bajo la

toalla creció. Apreté los puños en un intento de no sentirme orgullosa, pero fue imposible.

La seguridad en mí misma aumentó considerablemente.

—Te has enfadado —bromeé, y me apoyé en las manos—. El juego ha cambiado.

Se acercó a mí como si acechara a una presa.

—No estoy enfadado, solo sorprendido.

—Pero habrás traído a otras chicas a esta cama, ¿no? —pregunté—. ¿Por qué a mí no?

No había pensado en ello hasta el momento en que formulé la pregunta, pero era cierto. Madoc se había acostado en esta cama con otras chicas, en esta habitación. Seguramente.

Pero nunca conmigo.

—¿Eso es lo que quieres? —Su voz, sensual y sexi, sonaba también juguetona.

Entonces titubeé.

¿Lo quería?

—En esta cama no has hecho el amor con chicas —señalé—. Has follado con ellas.

Entraban y luego salían para ser remplazadas por otras.

Podía pensar que estaba en la cima de la montaña cuando en realidad estaba a los pies. No quería que me usaran, que me olvidaran, que no recordaran mi nombre.

Tenía razón. «¿Qué narices estoy haciendo?». Miré a todas partes, excepto a sus ojos. No sabía dónde estaban las respuestas ni cuáles eran siquiera las preguntas.

Madoc y yo podíamos follar esta noche. Podía salir de aquí antes de que me echara... pero ¿qué iba a perder él? Nada. Acostarme con él y marcharme después no le hacía ningún daño.

Parpadeé con fuerza y entendí lo estúpida que había sido. Así pues, me levanté con lágrimas en los ojos y me tragué el nudo que sentía en la garganta.

—No, supongo que no quiero esto —susurré y pasé por su lado en dirección a la puerta.

—Fallon —oí que me llamaba con tono confundido.

Pero me largué.

Recorrí el pasillo oscuro, entré en mi habitación y cerré con pestillo la puerta. Me derrumbé contra la puerta, con la respiración entrecortada, y cerré los ojos para que las lágrimas no emergieran.

Llevaba años sin llorar. Siempre había podido contenerme, tragarme las lágrimas.

«Puedes hacerlo —me dije a mí misma—. Hazlo. Antes de que cometas una estupidez».

Tenía en teléfono en la mesita de noche y abrí el último mensaje.

Lo publicaré cuando estés lista.

El mensaje era de hacía tres días, del día que llegué. Tecleé una respuesta con dedos temblorosos.

—¿Fallon? —Madoc llamó a la puerta y dejé de escribir.

—Déjame en paz —le pedí, hablando hacia la puerta cerrada.

—No.

«¿Perdona?». Alcé más la voz para responderle.

—Tú me dijiste que cerrara la puerta para que no pudieras entrar, idiota. Eso es lo que estoy haciendo.

—¡Me inventé esa regla cuando tenía dieciséis años y los brazos como palillos! —Su voz ahogada aumentó de intensidad—. Ahora tengo músculos —continuó—. ¡Y convertiré la puerta en leña si no abres en cinco segundos!

Me acerqué corriendo y la abrí.

—¡Ni te atrevas!

—¿Qué te pasa? —Entró al dormitorio y se dio la vuelta para mirarme—. Hemos pasado un día divertido. Y tenía planes todavía mejores para la noche, comenzando por el *jacuzzi*.

«Cómo no».

Cerré la puerta y negué con la cabeza al tiempo que soltaba una carcajada amarga.

—Te he dicho que me dejes en paz, ¿por qué no te limitas a hacerlo? —Hablé con tono monótono, pero tenía los músculos de brazos y piernas rígidos cuando pasé junto a él.

Me agarró del codo para que me volviera y lo mirase.

—Tú has venido a mi habitación vestida así. —Me señaló el cuerpo, de arriba abajo—. Y luego sales corriendo y esperas que no me pregunte qué demonios te está pasando por la cabeza.

—¿Qué importa? Te da igual. Solo te importas tú mismo.

Tiré del brazo y me dirigí a la cama para poner distancia entre los dos.

Tenía el ceño fruncido, como si estuviera confundido y no entendiera qué quería yo. ¿Y por qué iba a entenderlo? La situación había dado un giro de ciento ochenta grados, había cambiado de permitir que él me sedujera a intentar seducirlo yo a él para demostrar que podía hacerlo. Había fracasado estrepitosamente y ahora lo estaba apartando de mi lado. Estaba confundido, era normal. Yo también. Había creído que sabía lo que yo deseaba que pasara cuando regresara a este lugar.

—¿A qué viene todo esto? ¿Es por la pregunta de las otras chicas? —preguntó y se acercó a mí.

Exhalé un suspiro y, con él, se esfumó mi plan.

—No importa.

—Yo también podría preguntarte por los demás chicos, pero no lo hago. —Parecía enfadado—. ¿Quieres saber por qué? Porque me importa. ¿En serio quieres saber a cuántas chicas me he llevado a la cama? ¿Con cuántas me he acostado?

«¿Le importaba?».

—No, no quiero saberlo. No tenemos ninguna relación —repliqué.

Madoc se quedó quieto, endureció el rostro un poco y levantó la barbilla, pero, aparte de eso, parecía que tenía el cuerpo hecho de piedra. No sabía si estaba enfadado, herido, confundido o molesto. Pero sabía que estaba pensando. Me fijé en el cuerpo grande, en los pantalones de pijama negros que llevaba bajos, por las caderas. Recorrió la habitación, tomó el sillón acolchado grande y gris y lo puso delante del espejo de cuerpo entero para sentarse.

—Ven —me pidió. Me quedé donde estaba.

Al ver que no me movía, habló con tono más suave.

—Por favor.

Se sentó en el sillón y me miró a través del espejo, expectante.

Se retrepó, con las piernas separadas. Le resplandecía el pecho en la habitación apenas iluminada y tuve que lamerme los labios, porque de repente me sentía sedienta.

«¡Esto es ridículo!».

Apoyé las manos en las caderas e intenté apartar la mirada, pero no podía evitar mirarlo a los ojos.

«A la mierda».

Bajé los brazos y me acerqué despacio, en un intento de parecer aburrida. Madoc me agarró por la muñeca y me colocó delante del sillón para sentarme en su regazo.

—¡Eh! —me quejé e intenté levantarme de nuevo, pero me sujetó por la cintura.

—Confía en mí.

Resoplé, pero dejé de resistirme, aunque solo fuera para ver qué sucedería.

—¿Qué quieres? —espeté y subí un poco el trasero por su cuerpo porque estar sentada a horcajadas sobre aquellos muslos era... eso.

—Mira. —Alzó la barbilla—. Mira el espejo. ¿Qué ves?

—¿A qué te refieres?

«Maldita sea».

—¡Abre los ojos! —gritó y se me puso la piel de gallina.

¡Joder! Era impredecible, nunca sabías cuándo pasaría de estar bien a ponerse furioso, lo seguro era que siempre lo hacía forma repentina.

Me levanto la barbilla para que mirara el espejo y me quedé sin aliento.

—¿Qué ves? —chilló.

—¡A ti y a mí! —respondí—. ¡A Madoc y a Fallon!

El corazón me latía acelerado.

Lo miré a través del espejo. Estaba sentada a un lado de su regazo, él miraba desde el otro lado, y nos quedamos observándonos. El pecho me subía y bajaba ansioso.

—Yo no veo eso —señaló en voz baja—. Esos nombres no significan nada para mí. Son simples, están vacíos. Cuando estoy contigo, no veo a la hija de una zorra cazafortunas y de un narcotraficante irlandés, ni al hijo de un sucio abogado y una Barbie vegana.

Me dieron ganas de reír. Madoc tenía un modo muy irónico de ver el mundo.

Pero no sonreía. Tenía el ceño fruncido. Estaba muy serio y sabía, por experiencia, que sus momentos genuinos eran pocos.

Me colocó una mano en el pelo y dejó la otra en el sillón.

—Veo todo lo que quiero tener durante el máximo tiempo posible —continuó—. Veo a una mujer con un ceño fruncido adorable, como si tuviera dos años y le acabaran de decir que no le van a dar un caramelo. Veo a un chico que fue a hacerse un *piercing apadravya* solo porque quería vivir en el mundo de ella al menos un tiempo.

Cerré los ojos. «No me hagas esto, Madoc».

—Veo a una mujer preciosa con un cuerpo de infarto y al chico al que vuelve loco de deseo.

Movió la mano, me la puso en el cuello y me lo acarició.

—Veo mil noches en la encimera de la cocina, la ducha, la piscina y el sofá, donde él piensa follarla hasta que grite. —Bajó la voz hasta convertirla en un suspiro—. Veo sus ojos y la mirada que tiene cuando llega al orgasmo.

Se me endurecieron los pezones y se me entrecortó la respiración. Abrí los ojos y vi los suyos, azules, brillantes como cristales, observándome.

—Veo al chico que se volvió tan loco cuando ella se marchó que lo arrancó todo de las paredes al pensar que lo odiaba.

Se me cayó el alma a los pies y noté lágrimas en los ojos. El nudo que tenía en la garganta era ahora demasiado grande como para poder tragármelo.

—Madoc...

—Veo —me interrumpió, deslizando la mano por mi vientre y metiéndola dentro del sujetador— el cuerpo del que sorbió lluvia anoche y que quiere en su boca ahora mismo porque, nena, me estás torturando.

Se inclinó y me besó en el brazo, eran besos suaves y sensuales que descendían hacia la espalda. Me echó el pelo por encima del hombro y enterró los labios en la columna vertebral, ascendiendo cuando apoyé la

cabeza en su hombro.

—Madoc —resollé. Notaba un cosquilleo que me bajaba por la espalda. Sus labios... Dios mío, esos labios.

Tenía ambas manos bajo el sujetador, acariciando y apretando, y empecé a mover las caderas contra él.

—Dios, mírate. —Su voz jadeante hizo que sintiera una sacudida en el sexo.

Abrí los ojos y vi lo que él veía. A una joven con lencería provocativa sentada sobre el regazo de un hombre que tenía las manos por dentro de su camiseta. Nuestras miradas se encontraron y el fuego que sentí me dio ganas de destrozarlo con los dientes. Lo deseaba.

«Joder, lo deseaba».

Apoyé en él la cabeza y le sostuve la mirada en el espejo cuando me metí la mano dentro de las bragas. Su mirada se volvió afilada cuando me vio. Abrí las piernas y, suavemente, me acaricié la entrepierna mientras veía cómo me observaba.

Se echó hacia atrás y siguió tocándome la espalda, concentrado en mí.

Que me mirara así, que se mostrara tan interesado en mí, tenía un efecto en mi cuerpo que no esperaba. Madoc solía ir con prisas y lo de anoche había sido acelerado.

Pero ahora daba la sensación de que se sentía como si este lugar fuera suyo. Como si yo le perteneciera y no tuviera prisas por poseerme antes de que saliera el sol.

Me puse en pie, deslicé las manos por los lados de las bragas y me las bajé. Madoc apretó las manos en el reposabrazos del sillón y noté que se ponía duro bajo los pantalones. Su cuerpo me necesitaba y el clítoris me palpitó. Una, dos, tres veces.

«Joder». Todo lo que tenía que ver con Madoc era intenso y me hacía sentir bien.

—Yo... —Quería decirle que no lo odiaba. Que había pensado en él. Que lo sentía. Pero las palabras no emergieron—. Madoc, yo... —Exhalé un suspiro—. Te quiero aquí.

Me senté en su regazo de espaldas, mirando al espejo.

—Te quiero así.

Una pequeña sonrisa asomó a sus labios y gemí cuando me puso la mano en el cuello y tiró de mí hacia él.

Nuestros labios se unieron, devorándose. Hundí los dedos en su pelo suave y corto y lo besé como si fuera lo único que necesitara para sobrevivir. Bajó las manos por mi vientre y abrí las piernas para apoyarlas en la parte externa de los muslos de él.

—Madoc —susurré con tono de súplica—. Estoy que ardo.

Le tomé la mano y me la puse entre los muslos. Me quedé sin aliento cuando metió los dedos en mi interior.

«Dios, sí».

Movió los dedos, deslizándolos adentro y afuera por la humedad, pero el fuego que notaba en la barriga era tan voraz que empecé a frotarme contra su mano.

—Madoc.

—Me encanta que digas mi nombre. —Eché atrás la cabeza y agitó el pecho con fuerza. Parecía estar disfrutando de esto, a pesar de que yo no lo estaba tocando. ¿Tanto le gustaba tocarme?

Mecí las caderas en su mano y, por primera vez en dos años, quería algo. Quería esto. Lo quería a él. Lo quería todo de nuevo.

Pero sabía que no podía tenerlo. Sabía que esto era todo.

Sería la última vez que me hiciera el amor. La última vez que lo besara.

La última vez que él me deseara.

Y me dieron ganas de enterrar la cara en las manos y gritar que no tenía por qué hacer esto. No tenía que huir, pero entre los dos habían pasado muchas cosas como para olvidarlo.

Me levanté, me di la vuelta y me senté de nuevo en su regazo, mirándolo.

Le pasé los dedos por la mejilla y hablé en voz baja por miedo a no poder reprimir las lágrimas.

—Quiero verte. —Me dolía tanto la garganta que apenas podía susurrar—. Quiero besarte cuando te corras.

Me alcé sobre las rodillas para darle espacio para que se bajara los pantalones. Antes de que pudiera quitárselos, metí la mano en el bolsillo para sacar un preservativo.

Sonrió.

—¿Cómo sabías que estaba ahí?

—Porque eres un capullo muy seguro de ti mismo —murmuré con voz ronca y sin sonar sarcástica.

Le puse el condón en la mano, le rodeé el cuello con los brazos y lo besé con fiereza. Me devolvió el beso y no nos separamos cuando movió las manos, a mis espaldas, para ponerse el preservativo. Mecí las caderas y me froté contra su dureza; noté que la quemazón aumentaba y el latido del clítoris se hacía más intenso.

—Ya, Fallon —indicó y echó hacia atrás la cabeza en el sillón. Dudé al escuchar mi nombre. Siempre solía llamarme «nena».

—Di mi nombre otra vez. —Me senté sobre el pene y los dos cerramos los ojos por la sensación de tenerlo dentro de mí.

Estaba completa.

—Fallon —musitó.

—¿Quién te está besando ahora mismo? —Depositó besos suaves por la mandíbula, lamiendo y mordiendo despacio hasta que gemí.

—Jesús... —jadeó.

—Jesús no.

Se rio.

—Fallon. —Y entonces levantó la cabeza y me miró directamente a los ojos mientras me movía arriba y abajo.

Subí muy despacio, mirando cómo observaba mi cuerpo moviéndose sobre el suyo.

Y bajé, aferrándome a él, fascinada al ver que cerraba los ojos al sentirme. Nunca antes había hecho esto. Nunca había estado encima y me gustaba.

Siempre me gustaba, pero esta postura, con él en el sillón, hacía que entrara más.

Lo sentía acariciándome las paredes del útero. El *piercing* me daba ganas de decelerar y acelerar, y también de no querer detenerme nunca.

—¿Quién te está cabalgando? —Le agarré la cara, con los pulgares en las mejillas y los demás dedos en la nuca.

—Fallon —brotó de su boca como una bala a cámara lenta. Me quedé sin aliento cuando me rodeó la cintura con los brazos, se puso en pie y me colocó las piernas en torno a su cuerpo. Inspiré y espiré por la boca y él se quedó quieto, acariciándome los labios con los suyos—. No vas a ganar este juego, Fallon. Aunque me gusta cómo juegas.

Me presionó contra el espejo y me besó en la boca antes de soltarme las piernas. Dios, ese beso me robó el aliento, pero no me importaba no poder respirar.

En cuanto toqué el suelo con los pies, me dio la vuelta, me agarró los senos y posó la boca en mi cuello.

Lo miré por el espejo y ya no me importó poseerlo ni dominarlo. Quería llevar el control, pero ya tenía claro que lo había perdido cuando de repente habló:

—¿Por qué me vuelves tan loco, Fallon? —Respiraba entrecortadamente y movía las manos y los labios rápido—. ¿Por qué tienes que ser tú?

Y entonces fue cuando me di cuenta de que no intentaba dominarme. Estaba desesperado.

Yo tenía el control.

—Madoc —susurré. Volví la cabeza y lo besé en los labios.

Me aparté, abrí las piernas y me incliné hacia adelante, hacia el espejo.

—Por favor, te necesito. —Sentía el calor en la parte interna de la pierna.

Madoc se colocó y empujó. Me mordí el labio al notar el dolor dulce cuando se adentró.

—Me encanta —apenas susurré cuando sentí que mi interior se acomodaba en torno a su sexo grueso.

Y entonces cerró los ojos y echó la cabeza atrás.

—Vas a destrozarme, Fallon —dijo con voz temblorosa.
«No más de lo que tú me has destrozado a mí».

CAPITULO 13

Fallon

Intento apartar la mano.

—¡No, mamá! ¡Por favor!

El pecho me va a explotar. Quiero gritar y hacerle daño. Las lágrimas me caen de forma constante por el rostro.

—Vas a hacerlo, Fallon —grita, tirando más fuerte—. ¡Deja de lloriquear y haz lo que se te dice!

Doy un traspiés cuando tira de mí hacia la puerta por la que no quiero entrar.

—¡No puedo! Por favor, te lo suplico. ¡Por favor!

Se detiene y me mira.

—¿Qué te crees que va a pasar, Fallon? ¿Que se va a casar contigo? Ni siquiera va a seguir a tu lado. Si no haces lo que te digo, tu vida habrá terminado. Todo por lo que tanto he trabajado se habrá acabado.

Una parte de mí sabe que no hay esperanza. Me llevo las manos al vientre y me entran nauseas.

Seis semanas. Hace seis semanas desde la última vez que lo vi y ocho semanas desde que me quedé embarazada. O eso me dijo el médico.

¿Me echaba de menos Madoc? ¿Pensaba en mí? Ojalá pudiera volver y ser más amable con él. Cuando intentara besarme en el gimnasio, después de clase, no me apartaría. Lo echo de menos, y odio echarlo de menos.

No era mi intención enamorarme.

Niego con la cabeza.

—No voy a hacerlo.

La sombra de la clínica se cierne sobre nosotras y me seco las lágrimas.

—¿Por qué quieres tenerlo? —me pregunta.

El corazón me late con fuerza, pero mantengo los nervios a raya.

—Porque es mío. Es de Madoc y mío. Tengo que hablar con él.

—Él ya está con otra persona. —Saca el teléfono y me enseña la pantalla.

Se me revuelve el estómago cuando la veo y me encojo de dolor al tratar de detener las lágrimas.

Ha publicado fotos en Facebook de una fiesta en su casa. Sale rodeando a otra chica con el brazo.

—¿De verdad pensabas que te quería?

—Tengo que hablar con él.

Vuelve a meter el teléfono móvil en el bolso de Prada y cierra la mano en un puño junto al costado—. ¿Ha hablado de ti a sus amigos alguna vez? ¿Has tenido alguna cita con él, Fallon? ¡Para él no era amor! ¡Te ha usado!

—¡Es mentira! —Me acerco a ella con los músculos tensos y doloridos—. Me quiere. Sé que me quiere.

Me he portado mal con él durante mucho tiempo, pero sé que me quiere. Nunca ha mirado a otras chicas estando conmigo y no puedo soportar estar sin él.

Mi madre hace un aspaviento.

—Muy bien, enhorabuena ¡y bienvenida a la Tierra de Todas las Mujeres son Idiotas! —grita—. Todas hemos pasado por ahí al menos una vez en la vida. «Me ha sonreído. Me quiere de verdad. Ha abierto la puerta para que pase. Me quiere de verdad». —Me mira directamente a los ojos—. Te voy a contar lo que he aprendido de las mujeres y los hombres. Las mujeres lo analizan todo demasiado y los hombres solo piensan en ellos mismos. Madoc nunca ha salido en público contigo. ¡No te quiere!

Me desperté por la vibración del móvil. La habitación estaba a oscuras y eché un vistazo al reloj para comprobar que solo era medianoche. Aún tenía presente el sueño en la mente y la frente empapada en sudor. Me restregué los ojos con el talón de las manos y aparté las imágenes de la cabeza.

Me recliné hacia un lado de la cama y alcancé el teléfono móvil del suelo. Me acordaba de que Madoc lo había tirado antes.

Madoc.

Lo tenía apoyado en la barriga y con la sábana bajada hasta la cintura. Tenía el pelo mojado por la ducha, pero, después de toda la actividad que habíamos tenido, se le había secado y lo tenía despeinado. Se alzaba en veinte direcciones distintas y le hacía parecer más joven. O tal vez más despreocupado de lo que ya era. Abrazaba la almohada que tenía bajo la cabeza y envidié su respiración tranquila, constante.

Me había dado un vuelco al corazón cada vez que había visto el tatuaje de la espalda los dos últimos días. Siempre pensaba de primeras que se trataba de mi nombre. No sabía qué significaría la palabra «Fallen», pero no pensaba preguntarle.

Me vibró el teléfono en la mano y tomé aliento al abrir el mensaje.

Mi padre me había llamado dos veces y también me había escrito. Mi madre también me había llamado y me había dejado mensajes. Los borré

sin siquiera escucharlos. Sabía que era para echarme la bronca por venir aquí o por otras cosas que no quería escuchar.

Abrí y leí los dos mensajes de mi padre.

¿Fallon?

¿Quieres que publique esto?

Miré a Madoc y tuve claro que los planes habían cambiado. Tecleé la respuesta.

No. Envíaselo a Caruthers.

¿Estás segura?, respondió.

No, no lo estaba. No quería seguir adelante, pero era la única forma de poner fin a esto. Madoc y yo no teníamos ningún futuro juntos. Esto no era amor y no quería decepcionarme a mí misma ni un minuto más.

Hazlo.

Abrí un nuevo mensaje y se lo envié al padre de Madoc.

Mira tu correo electrónico. Nos vemos en tu despacho en dos horas.

Los tipos como él dormían con el teléfono móvil, aunque seguramente siguiera despierto, follándose a su amante.

Me contestó unos minutos después.

Voy de camino.

—Katherine Trent.

Dejé una carpeta en la mesa de Jason Caruthers y me senté en la silla, delante de él.

Entrecerró los ojos, vacilante, y abrió la carpeta. Tenía los labios apretados mientras escudriñaba los documentos, recibos y fotografías.

—¿Por qué haces esto? —preguntó. Cerró la carpeta con calma, como si ya me tuviera bajo control.

Miré a Jason, que tenía el aspecto que su hijo tendría en treinta años, y volví a sentir un fuerte odio por ellos. Con el pelo rubio y corto más arreglado que la mayoría de hombres veinte años menores que él y un traje negro, el señor Caruthers seguía siendo guapo. No me extrañaba que mi madre se hubiera abalanzado sobre él incluso antes de divorciarse de su último marido. Era rico, guapo e influyente. El objetivo perfecto para una cazafortunas.

Aunque no podía decir que hubiera sido malo conmigo, su presencia me intimidaba. Igual que la de Madoc. Con los *jeans* ajustados y la

camiseta de Green Day que llevaba yo, no tenía armadura para resistirme.

O eso pensaba él.

—¿Por qué crees? —le devolví la pregunta.

—Dinero.

—No necesito tu dinero —respondí cortante. Me daban ganas de destrozar algo cuando estaba con este hombre—. Preferiría aceptar el dinero sucio de mi padre antes que tomar algo tuyo.

—¿Qué quieres entonces? —preguntó. Se levantó y se acercó a la barra para servirse una bebida de color marrón.

Me erguí y miré por la ventana que había detrás de la mesa. Sabía que me estaba escuchando.

—Levantarse cuando alguien te está hablando es de mala educación.

Noté que se quedó quieto y solo tardó un instante en volver conmigo y sentarse a la mesa.

—He estado a punto de publicar lo que has visto en el correo electrónico. Sobornar a los jueces...

—A un juez —aclaró.

—Y la aventura que tienes desde hace algún tiempo con la señora Trent —continuó—. Has estado con ella durante tus dos matrimonios.

Cuando lo descubrí no podía creérmelo. No me sorprendió enterarme de que se había estado acostando con otras mujeres cuando empecé a indagar en sus asuntos. Tanto él como mi madre empezaron a salir con otros bastante rápido después de casarse. Madoc y yo lo sabíamos. Aunque él y yo no hablábamos mucho por aquel entonces, era consciente de que pensaba que su matrimonio era una farsa, igual que lo creía yo. Los cuatro sabíamos que nunca seríamos una familia, y por ese motivo nunca sentimos ningún vínculo.

Hasta esa semana en la que cambiaron las cosas y empezamos a acostarnos.

—¿Por qué no has publicado la historia? —preguntó.

«Buena pregunta».

Dejé los brazos apoyados en la silla y le sostuve la mirada. Caruthers era capaz de sentir la debilidad enseguida. Era parte de su trabajo.

—Porque resulta que no soy una mala persona. Habría hecho daño a gente que no lo merece y no quiero que eso pase. Aún.

—Gracias. —Parecía sinceramente aliviado. Podía irse a la mierda.

—No lo he hecho por ti.

Entrelazó las manos encima de la mesa.

—¿Dónde está mi hijo?

—Dormido. —Sonreí—. En mi cama.

Los hombres como Jason Caruthers en rara ocasión gritaban, pero sabía que estaba enfadado. Hizo eso de cerrar los ojos y espirar

lentamente.

—¿Qué es lo que quieres de mí, Fallon? —preguntó al fin.

—Quiero que te divorcies de mi madre.

Puso cara de asombro, pero seguí hablando:

—Asegúrate de que esté bien. No la quiero, pero tampoco deseo que acabe en la calle. Que tenga una casa y alguna manutención.

Se rio y sacudió la cabeza.

—¿No crees que ya he intentado divorciarme, Fallon? Tu madre se está resistiendo a lo inevitable. Ella no quiere el divorcio y estaría encantada de recibir la atención mediática que supondría una extensa y desagradable batalla legal. Créeme, puedo divorciarme de ella y no perder mucho en el camino, pero no quiero un circo mediático.

«Pobre hombre».

—Eso no es problema mío. No me importa cómo lo hagas ni lo que te pueda afectar. Si quieres que sea un proceso rápido y sencillo, te sugiero que ofrezcas más dinero.

Apretó los labios y me fijé en que estaba pensando. No estaba preocupada. ¿Un abogado como él no podía ganar a su esposa en un juicio? «Venga ya». A él le importaba su reputación, y nada más. Tenía razón, mi madre haría cualquier cosa para acaparar la atención y lo lanzaría al barro. Pero también tenía un precio.

Todo el mundo lo tenía.

—¿Qué más? —Enarcó las cejas. Estaba claro que no le estaban gustando los términos de la conversación.

—Uno de los socios de mi padre, Ted O'Rourke, tiene prevista la concesión de la libertad condicional en septiembre. Asegúrate de que se la aprueban.

—Fallon. —Negó con la cabeza una vez más—. Yo defiendo a los malos. Yo no tengo ninguna influencia en las concesiones de la libertad condicional.

«¿A quién quería engañar?».

Me incliné y apoyé una mano en la mesa.

—Ya está bien de fingir que no puedes hacer nada. No me hagas pedírtelo dos veces.

—Lo estudiaré. —Ladeó la cabeza—. ¿Qué más?

—Nada. —Esbocé una sonrisa con la boca cerrada.

—Eso es todo. Tu madre y Ted O'Rourke. ¿Nada para ti?

Me levanté, me metí un mechón de pelo detrás de la oreja y relajé los brazos. Meterme las manos en los bolsillos era un signo de debilidad.

—Esto no tenía nada que ver conmigo, Jason, pero tú lo cambiaste, ¿verdad? Por eso te volviste loco cuando nos descubriste juntos a Madoc y a mí. Sabías quién era mi padre y cómo era mi madre y pensaste lo peor de mí. No querías que tu único hijo se relacionara con la escoria.

Se pellizcó el puente de la nariz.

—Fallon, erais unos niños. Era algo grave y sucedió muy rápido. Siempre me has gustado.

—Tú no me gustas a mí —repliqué—. Nunca debí sentir la culpa, la tristeza y el abandono de los adultos que supuestamente tenían que estar a mi lado, ni vivir todo lo que vino después. Y mucho menos sola.

Puso una mueca, confundido.

—¿Qué pasó después?

Relajé el semblante. «¿Es que no lo sabía?».

Claro. ¿Por qué había dado por hecho que mi madre se lo había contado?

Negué con la cabeza e hice caso omiso de la pregunta. ¿Qué más daba? De todos modos, no habría hecho nada para protegerme.

—Esas son las fotografías que tengo de Katherine Trent. No tengo nada digital.

Parpadeó.

—¿Vas a dejar que me las quede sin más? Así no funciona la extorsión.

—Esto no es extorsión —respondí con desprecio—. Yo no soy como tú. Pero conozco a mucha gente mala y por eso sé que vas a hacer lo que te he pedido. Si cumples tu palabra no diré nada.

El sabía bien quién era mi padre y a qué tipo de personas conocía gracias a él. Nunca las habría usado para hacer daño a nadie, pero eso no lo sabía.

Alzó la mirada.

—¿Cómo sé que puedo confiar en ti? No quiero que se desvirtúe el nombre de Katherine.

—Nunca te he mentado —señalé y me di la vuelta para marcharme.

—Fallon —me llamó, y me volví hacia él—. Conozco mis virtudes desde hace mucho tiempo. Y también mis faltas. —Se metió las manos en los bolsillos—. He descuidado a mis esposas, a mi hijo y nunca he sentido mucho interés por nada fuera de la sala de juicios. —Parecía agotado—. Pero, pienses lo que pienses, quiero a mi hijo.

—Te creo.

—¿Tan mal lo has pasado? —Me observó con los ojos entrecerrados—. Estando separada de él. Después de todo este tiempo, ¿no te das cuenta de que fue por una buena razón? ¿Tanto daño te hizo?

«Daño. —Apreté la mandíbula y me ardieron los ojos—. ¿Ha querido alguna vez a alguien lo suficiente como para que le hagan daño?».

Respondí con apenas un suspiro.

—Pensaba que sí. Al principio. Me dolió que me apartarais de él sin despedirme. Me dolía no poder verlo ni hablar con él. Me dolía que mi madre no me llamara ni me invitara a pasar las vacaciones en casa. Y me dolió volver unos meses después y ver a Madoc con otra persona.

—Cuadré los hombros y lo miré a los ojos—. Pero lo que más me dolió es que mi madre me llevara obligada a aquella clínica, a aquella sala, y permanecer sola mientras aquella máquina me sacaba del cuerpo al bebé.

Abrió mucho los ojos y supe, sin lugar a dudas, que no tenía ni idea. Asentí.

—Sí —continué con voz ronca—. Eso fue lo peor.

Me volví y salí. Intenté no pensar en la mirada desolada de Jason Caruthers antes de llevarse las manos a la cara.

CAPITULO 14

Madoc

—¡Madoc!

Abrí los ojos y me enderecé en la cama cuando vi a Addie mirándome.

—Addie, ¿qué haces? —Me aseguré de que las sábanas me tapaban.

Aquello era muy incómodo.

Aunque... como si no supiera ya lo que estaba pasando. Estaba desnudo en la cama de Fallon, por Dios. Addie no me había visto desnudo desde... bueno, desde la pasada Nochevieja cuando me emborraché y salté a la piscina congelada después de que Tate me retara a hacerlo.

—¿Dónde está Fallon? —pregunté y miré a mi alrededor.

—Cariño, no sé qué es lo que pasa, pero Fallon se ha ido y tu padre está abajo. Quiere hablar contigo. —Asintió y me dedicó una mirada ansiosa que significaba que tenía que levantarme ya.

«Mierda». Aparté las sábanas y oí un chasquido detrás de mí; estaba seguro de que a Addie no le hacía gracia que me paseara por la habitación sin ropa.

—¿Adónde ha ido Fallon? —grité mientras recorría el pasillo en dirección a mi habitación.

—No tengo ni idea. Ya se había ido cuando me levanté.

«No. No. No». Cerré los ojos y sacudí la cabeza. Me puse unos calzoncillos, unos *jeans* y una camiseta. Alcancé unos calcetines y las llaves, no tenía intención de aguantar mucho rato a mi padre.

Pensaba encontrarla y traerla de vuelta por el pelo si era necesario. ¿Qué estaba haciendo?

Bajé corriendo las escaleras, tomé las zapatillas de donde las había dejado, junto a las escaleras, y entré en el despacho de mi padre.

—¿Dónde está Fallon? —pregunté y me dejé caer en la silla que había frente a su mesa. Me puse los calcetines y las zapatillas.

Mi padre estaba sentado al borde de la mesa con una bebida en la

mano y tuve que mirarlo dos veces. Ahora me estaba empezando a preocupar. Él era un hombre responsable y con control. Si bebía por la mañana era que... no tenía ni idea. Nunca lo había visto beber por la mañana. Sabía que era raro, mi padre seguía una rutina.

—Se ha marchado —respondió.

—¿Adónde?

—No lo sé. Se ha ido por decisión propia, Madoc. Y tú no vas a ir a ninguna parte. Tenemos que hablar.

Me reí y terminé de atarme los cordones de las zapatillas.

—Di lo que tengas que decir y hazlo rápido.

—No puedes tener una relación con Fallon. Sencillamente no es posible.

Su franqueza me dejó atónito. Supuse que sabría que nos habíamos acercado de nuevo. ¿Quería yo tener una relación con ella?

Me levanté con la intención de irme.

—Tú has fracasado en dos matrimonios. No eres el más indicado para darme consejos sobre este tipo de asuntos.

Alcanzó una carpeta que había en la mesa, detrás de él, y me la lanzó al pecho.

—Échale un vistazo.

Suspiré, pero abrí la carpeta de todos modos.

«Madre mía».

El corazón me retumbaba en los oídos al ver foto tras foto de mi padre y la madre de Jared, Katherine. Imágenes de ellos entrando juntos en el apartamento de él, abrazándose y besándose delante de la ventana, él ayudándola a salir del automóvil...

—¿Tienes una aventura con la madre de Jared?

Asintió y se sentó en la silla.

—De forma intermitente desde hace ya dieciocho años. No puedes contarme nada sobre querer algo que no puedes tener que yo no entienda, Madoc. Katherine y yo hemos pasado por muchas cosas, muchas dificultades y malos momentos. Pero nos queremos y voy a casarme con ella en cuanto pueda.

—¿Hablas en serio? —resollé y me reí al mismo tiempo—. ¿De verdad?

No me creía lo que estaba escuchando. Oye, que tengo una aventura con la madre de tu mejor amigo. Eh, que nos vamos a casar. Y hablaba de ello como si estuviera haciendo comentarios sobre el tiempo. Este era mi padre. Hacía lo que quería y tenías que aceptarlo o no. Era...

—Un momento. —Noté un nudo en la garganta—. ¿Dieciocho años? No serás el padre de Jared, ¿no?

Me miró como si estuviera loco.

—Por supuesto que no. Acababa de tener a Jared cuando nos conocimos. —Se frotó las manos por encima de la cabeza y cambió de

tema—. Esto me lo ha dado Fallon. Esto y otra carpeta sobre uno de mis tratos del trabajo, porque, a todos los efectos, me está extorsionando.

Arrugué la carpeta.

—Eso es mentira.

—No —respondió con voz monótona—. Todo esto es más complicado de lo que crees, pero quiero que sepas que, aunque Fallon ha vuelto con intenciones ocultas, no creo que quisiera hacerte daño. Podría haber acudido a la prensa con toda la información que tiene de mí. Habría destrozado a esta familia.

Me quedé mirando las fotografías y la respiración se me volvió entrecortada, rápida. Me ardía la cara de ira.

—Está muy enfadada —continuó tranquilamente, como si pensara en voz alta—. Pero no ha acudido a la prensa, Madoc. No quería hacerte ningún daño.

—Deja de intentar protegerme —bramé, y me volví a sentar en la silla.

Si había vuelto para extorsionar a mi padre, todo lo demás era también una mentira.

—¿Qué es lo que ha averiguado de ti? —pregunté—. Aparte de esto. —Levanté la carpeta.

Entrecerró los ojos y habló con voz vacilante.

—Un soborno que negocié. Era ilegal y podría perder la licencia, como mínimo. Pero no fue una decisión que tomase a la ligera y volvería a hacerlo. —Me miró a los ojos—. Fallon no me ha pedido mucho y no te cuento esto para hacerte daño. Te lo cuento para que puedas pasar página. Yo no la he obligado a que se vaya. Me envió un mensaje anoche.

Me lanzó el teléfono para que pudiera ver los mensajes. Por supuesto, el primero era de Fallon.

—No es buena para ti. —Su voz me parecía un eco distante mientras miraba las palabras en la pantalla—. Su padre, para empezar... —Se quedó callado.

Y entonces lo perdí. Se me revolvió el estómago, tiré el teléfono al suelo, apoyé los codos sobre las rodillas y enterré la cabeza en las manos.

Recordaba ese sentimiento. Lo había experimentado años antes, cuando me contaron que se había marchado de repente. Cuando vi su cama vacía, donde habíamos perdido juntos la virginidad. Y cuando no podía dormir y me iba al sótano a tocar el piano.

No quería esto. Nunca quise volver a sentirlo. Inspiré profundamente hasta que me dolieron tanto los pulmones que pensé que me estallarían.

—Deja de hablar —lo interrumpí en lo que fuera que estuviera diciendo—. Para. ¿Dieciocho años? —pregunté—. Eso significa que te veías con Katherine Trent cuando estabas casado con mi madre.

Bajó la mirada a la mesa y de nuevo volvió a mirarme a mí. No dijo nada, pero atisbé la culpa en sus ojos.

«Por Dios. ¿Qué diablos le pasaba a este hombre?».

—Madoc —dijo en voz baja—, vas a ir a Notre Dame antes de tiempo —me indicó con resignación.

«¿Qué?».

Debió de ver la cara de confusión que estaba poniendo, porque se explicó:

—Las cosas se van a poner feas por aquí. Con el divorcio, Patricia tendrá que venir a casa. Te quedarás en la casa de South Bend hasta que abran la residencia.

—¡No! —Negué con la cabeza y me puse en pie.

Como de costumbre, mi padre permaneció en calma y no se movió.

—Bien, entonces vete a pasar el resto del verano con tu madre en Nueva Orleans. Aquí no te vas a quedar. Quiero que tomes cierta perspectiva y necesitas espacio.

Me pasé la mano por el pelo. «¿Qué narices estaba sucediendo?». No quería irme a pasar el resto del verano en Indiana. Apenas conocía a nadie, a algunos profesores que me había presentado mi padre en nuestros viajes para asistir a eventos deportivos y de alumnos.

No iba a ir. ¡Ni hablar!

Y tampoco pensaba marcharme a Nueva Orleans. Mis amigos estaban aquí.

—Madoc. —Mi padre sacudió la cabeza, como si me leyera la mente y estuviera diciéndome que no—. Sí vas a ir, encontrarás un empleo o un trabajo de voluntariado para pasar el rato, porque ahora mismo intento protegerte de ti mismo. Yo te ofreceré apoyo, dinero y el automóvil hasta que vuelvas a ver la luz. Ahora mismo necesitas distancia. Hazlo o me obligarás a imponerme.

En un lapso de unas pocas horas, había pasado de estar extremadamente feliz y emocionado por la vida a querer buscar pelea. Fallon no se había llevado nada de lo que había traído, solo la ropa.

Todo era una mentira, pero ¿qué esperaba? Nos habíamos acostado. No habíamos tenido ninguna conversación ni una cita, y no teníamos nada en común. Había otras mujeres que me daban lo que ella me había ofrecido.

Pero de nuevo todo estaba mal. Como antes. Las nubes planeaban muy bajas, la casa estaba demasiado vacía y no tenía hambre. Ni de comida, ni de diversión, ni de nada que no fuera una pelea.

No me importaba el motivo por el que estaba enfadado. Ni siquiera sabía si lo estaba. Solo sabía que tenía que desahogarme con alguien.

Me subí al vehículo y conduje hasta la casa de Jared a toda velocidad a sabiendas de que nadie me iba a parar. La policía nunca me paraba. Una de las ventajas de ser hijo de mi padre. Estrangulé el volante con las

manos sudadas, subí el volumen de *Numb*, de Linkin Park, y pisé el acelerador. Los neumáticos chirriaron cuando paré frente a la casa. Salí del automóvil, sin importarme que Tate y su padre estuvieran con él, bajo el capó del vehículo.

—¿Tu madre se está acostando con mi padre? —grité.

Los tres se dieron la vuelta y me miraron.

—¿Qué? —Jared parecía confundido. Se limpió las manos con un trapo.

Crucé el patio, me metí las llaves en el bolsillo y me encontré con mi amigo a medio camino.

—La guarra de tu madre lleva años acostándose con mi padre —bramé—. Le da dinero y ¡quieren casarse!

A Jared le brillaron los ojos y se dio cuenta de que estaba buscando pelea. El señor Brandt y Tate me miraron con la boca y los ojos muy abiertos.

Tate bajó la mirada y habló más para ella misma.

—Tiene sentido. Está viéndose con alguien y lo mantiene en secreto. —Soltó una risita nerviosa—. Vaya.

—Sí, es increíble —le reproché con sarcasmo—. Mi madre llorando cuando mi padre no venía a casa por la noche. Yo intentando averiguar por qué trabajaba tanto en lugar de venir a mis partidos de fútbol. —Levanté las manos y me acerqué a la cara de Jared—. Y ahora aparece delante de mis narices otra guarra cazafortunas en busca de construirse una vida.

Jared no aguardó un segundo más. Me dio un puñetazo en la mandíbula. Me reí y me tambaleé.

—¡Venga! —lo animé. Tenía la mirada llena de fuego.

Me empujó y caímos al suelo, uno encima del otro. Se colocó sobre mí y falló al ir a pegarme en la mandíbula. Gruñí y me lo quité de encima, le estampé el puño en la cara y el otro en la mandíbula.

—¡Parad! —oí que gritaba Tate—. ¡Jax! ¡Haz algo!

«¿Jax?». Ah, claro, que vivía aquí.

—¿Por qué? —preguntó él.

Jared me rodeó el cuello con las manos y me retuvo con los brazos, que parecían barras de acero, todo lo alejado de él que pudo.

—¡Capullo! —grité.

—Maldito cabrón —replicó con los dientes apretados.

Me cayó agua helada en la espalda, que me salpicó en los brazos y a Jared en la cara.

—¿Qué...? —ladré.

El chorro de agua me dio de lleno en la cara y Jared me soltó el cuello para cubrirse la cabeza del ataque helado. Yo me aparté de él. Nos limpiamos el agua de los ojos y nos sentamos. Miré con odio al hombre de la manguera, hasta que me di cuenta de que se trataba del señor

Brandt. Y parecía enfadado. Tenía los pantalones cortos de color caqui empapados y manchas de grasa en la camiseta de los White Sox.

—Vuestros padres salen juntos. —Habló en voz baja, como si cada palabra pesara cien kilos—. Lo peor que puede pasar es que rompan. Lo mejor, que seáis hermanastros.

—¿Y? —pregunté. No tuve el sentido común para callarme.

Soltó la manguera y gritó.

—¿Por qué estáis peleándoos entonces?

Tragué saliva. Tenía la boca seca.

«Sí, esa parte se me había olvidado». Jared y Jax eran ya mis hermanos en lo que a mí respectaba, pero que nuestras familias estuvieran relacionadas de ese modo podía estar muy bien.

A menos que el matrimonio no funcionara, lo que, visto el historial de mi padre, era muy posible.

Pero, por otra parte, probablemente sus matrimonios habían fracasado debido a su aventura con la madre de Jared. Ahora que podían estar juntos, tal vez fuera para siempre.

—No lo sé —musité.

Me levanté sin poder mirar a ninguno de ellos, pero con la certeza de que ellos me miraban a mí. ¿Por qué narices acababa de atacar a mi mejor amigo? Había llamado guarra a su madre, ¡por el amor de Dios!

Me acordé de todo por lo que pasó Jared cuando Tate se fue a Francia. La echó de menos. La quería, a pesar de que por entonces no lo sabía. Y se fue marchitando sin ella. Se peleaba, bebía, se acostaba con chicas. Y nada de eso hacía que se sintiera mejor.

¿Por qué entonces estaba yo echando a perder mi vida por una chica a la que ni siquiera quería? ¿Que no merecía mi atención?

Entendía que Jared hubiera perdido el control por Tate. Ella era una buena chica y luchó por él. Y, cuando no funcionaba, luchaba contra él. Nunca dejó de demostrarle que estaba a su lado.

Pero Fallon no era Tate. Ni siquiera jugaba en la misma liga.

Todo esto era una tontería. No había razón para que me echara a perder porque ella hubiera aparecido en la ciudad y se hubiera acostado de nuevo conmigo.

Tendí la mano y me sentí aliviado al ver que Jared me la agarraba. Lo ayudé a levantarse con la esperanza de que lo aceptara como disculpa. Jared y yo no teníamos que ponernos sentimentales. Él sabía que la había cagado y sabía que yo lo sabía.

—Vaya. —Me reí—. ¿Otra vez arreglando el automóvil? Ahí tienes un Ford.

Y me encaminé a mi GTO con la risa de Tate de fondo.

CAPITULO 15

Fallon

La casa de mi padre estaba más o menos vacía cuando llegué hace dos semanas. Eso era exactamente lo que iba buscando. Aunque algunas personas querían distracciones y ruido, yo prefería las carreteras de campo tranquilas y que nadie me hablara. La casa de setecientos metros cuadrados se encontraba en una calle sin salida privada y era otro ejemplo de cómo una persona rica gastaba el dinero en algo a lo que daba poco uso.

De acuerdo, mi padre no era rico de verdad. Bueno, más o menos, pero lo quería.

La casa le costó tres millones de dólares y, cuando le pregunté por qué había comprado una casa cuando podría haber encontrado un apartamento en la ciudad, me dio una lección de geografía de por qué Estados Unidos estaba tan bien posicionada en comparación con el resto del mundo.

—Antes de que se inventaran los cohetes y las armas nucleares que podían volar grandes distancias —me dijo— resultaba muy difícil para cualquier nación atacar este país. Estábamos estratégicamente posicionados entre dos océanos, con aliados amables al norte y al sur. Además —bajó la voz hasta convertirla en un susurro—, aunque no fueran amables, en realidad no tememos a Canadá ni a México. En cualquier otro lugar, tienes posibles enemigos rodeándote. Europa es la pesadilla de cualquier estratega. Pueden invadirte enemigos en cualquier momento, o amenazar al estado. Para atacar Estados Unidos, tenían que atravesar el océano o volar grandes distancias. Por eso Japón atacó Pearl Harbor. No tenían suficiente combustible para llegar al continente. Así que... —Me puso delante el cóctel que me había preparado—. Yo coloco una buena porción de tierra en torno a mi familia y a mí para ver a mis enemigos antes de que lleguen a la puerta de mi casa.

En esa época ya sabía a qué se dedicaba mi padre y, aunque era consciente de que estaba mal, nunca lo odié por ello. Lo que no me gustaba era que me obligara a quedarme con mi madre mucho tiempo y pasar largos periodos de tiempo sin verlo, pero él confiaba en mí y me hablaba como si fuera una adulta. Siempre usaba palabras difíciles y nunca me tomaba de la mano para cruzar la calle. Me enseñaba cosas y esperaba lo mejor de mí.

En mi opinión, cuando alguien apenas hacía cumplidos ni expresaba valoraciones buenas, estas tenían más valor. Mi padre era la única persona del planeta cuyo respecto y consideración me importaba.

—¿Has conseguido lo que querías? —Entró en la cocina. Yo estaba sentada junto a la encimera de granito de la isla, trabajando con el ordenador portátil.

Ni «hola», ni «¿qué tal?», pero ya estaba acostumbrada. Llevaba un mes sin verlo; había llegado hoy a la ciudad.

—Sí —respondí sin apartar la mirada de la pantalla mientras él se acercaba al frigorífico.

—¿Y tu madre? —Sacó un vaso helado del congelador y se acercó al grifo de Guinness.

—No estaba, pero volverá pronto para quejarse por el divorcio, seguro.

No sabía por qué me preguntaba. Le había enviado un correo electrónico contándole todo. Él nunca se mostró totalmente de acuerdo con mi plan de vengarme de los que me habían traicionado, pero me permitía tomar mis decisiones y hacía todo lo que podía para ayudarme.

—Vas a acabar en medio de un fuego cruzado —indicó.

Me puse a jugar con las llaves y me olvidé de lo que estaba escribiendo.

—Por supuesto.

—¿Y Madoc? —Dejé escapar un suspiro silencioso, exasperada porque hiciera tantas preguntas.

Sabía qué era lo que quería saber.

—He cambiado de opinión —expliqué—. No quiero que esto le salpique.

—Bien. —Me sentí sorprendida y alcé la vista para mirarlo a los ojos—. Él solo era un niño, supongo —comentó.

Había regresado a Shelburne Falls con la intención de publicar la información que tenía una vez que hubiera demostrado que había pasado página con Madoc, que él ya no era dueño de mi corazón ni de mi cabeza. Sin embargo, nada había salido según lo planeado. En lugar de humillar a Madoc, a su padre y a mi madre, había elegido la vía fácil.

No quería hacer daño a Madoc porque no se lo merecía. A los dieciséis años lo pasé mal porque le robé a mi padre uno de sus vehículos para regresar a Shelburne Falls y vi que estaba con otra chica. Pero, por muy

propias de adultos que fueran nuestras acciones por entonces, solo éramos unos niños. No podía odiar a Madoc por cometer errores y no podía culpar a nuestro hijo no nacido por haber sido creado.

Madoc nunca me había querido, pero sabía que tampoco quiso hacerme daño.

Así pues, cambié de planes. Conseguí lo que quería, pero lo hice en silencio, sin que supusiera una vergüenza para él o para su padre.

Me llevé las manos al regazo y me entretuve con las cutículas. Una manía nerviosa que tenía. Sabía que a mi padre no le gustaba. Él y el señor Caruthers se parecían en muchos aspectos.

—Ted conseguirá la libertad condicional —dije con voz tranquila.

—Fallon. —Mi padre sacudió la cabeza, molesto—. Te dije que no te involucraras en eso.

—Es tu tío. Y eso significa que es mi familia.

—No...

—Cuando una persona a la que quieres te necesita —lo interrumpí—, haces de tripas corazón.

Sonreí al escuchar las palabras de Tate salir de mi boca. Ojalá la hubiera podido conocer más.

Devolví la mirada al ordenador y empecé a escribir de nuevo, dejando claro que se había terminado la conversación. Se quedó parado unos segundos, dándole sorbos a la cerveza y mirándome. Me negué a devolverle la mirada y a permitir que me viera los dedos nerviosos. Había cosas que nunca le contaría a mi padre por mucho que lo quisiera.

Él no sabía que había perdido dos kilos en las últimas dos semanas ni que todas las noches tenía sueños que me hacían desear no despertar nunca.

Apreté los dientes y parpadeé para contener las lágrimas, tecleando sinsentidos solo para dar la impresión de que lo tenía todo bajo control delante de mi padre.

«Nada de lo que ocurra en la superficie del mar puede alterar la calma de sus profundidades», diría él, citando a Andrew Harvey.

Pero las profundidades no estaban en calma. En mi estómago se había abierto un agujero negro al ver de nuevo a Madoc y me estaba succionando poco a poco. El cielo era cada día más oscuro y el ritmo de mi corazón, más lento.

«Vas a destrozarme, Fallon».

Aporreé con más fuerza las teclas. No tenía ni idea de qué iba a escribir para el curso de verano al que me había apuntado para mantenerme ocupada.

Mi padre se dirigió a la puerta, pero se detuvo y me miró antes de marcharse.

—¿Te sientes mejor ya?

Me tragué el dolor. Al menos lo había intentado. Levanté la barbilla y lo miré.

—No esperaba sentirme mejor. Solo quería que ellos se sintieran peor. Se quedó un momento callado y después salió.

Una semana más tarde, al salir de la ducha me encontré unas llamadas perdidas de mi madre y de Tate.

Apreté el teléfono móvil en la mano. Quería hablar con una de ellas a pesar de saber que no debería, y sabía que tenía que hablar con la otra, pero no quería. Ninguna había dejado mensaje de voz, pero Tate me había enviado uno después de llamarme.

¿Necesitas compañera de habitación en Northwestern?

Entorné los ojos, pero sonreí un poco, a pesar de todo. Le devolví la llamada sin dudarlo.

—Eh, hola —respondió con voz jovial.

—¿Qué es eso de una compañera de habitación? —Me tumbé en la cama y extendí el cabello mojado sobre las sábanas.

—Pues... —comenzó— mi padre ha aceptado por fin que quiero ir de verdad a Northwestern... y así es, quiero ir. Lo que no le he dicho es que he cambiado de idea por él. No va a dejar que viva con Jared, no para de insistir en que tengo que vivir la experiencia completa de ir a la universidad y quiere que el primer año me quede en la residencia.

—Haces caso a tu padre, qué adorable —bromeé, a pesar de que la envidiaba por tener a un padre que se preocupaba tanto por ella.

Se echó a reír.

—La gente no hace enfadar a mi padre porque sí, y menos Jared.

Sentí una gran pena al escuchar el nombre de su novio. Había amenazado a Jason Caruthers con divulgar lo de la madre de Jared. Me preguntaba si él sabía algo, daba la impresión de que Tate no. No creía que pudiera perdonarme fácilmente por eso... y me sorprendí al sentir una punzada de culpa por haber traicionado nuestra amistad.

—¿Vas a quedarte tú en la residencia este año? —continuó con tono travieso.

—Sí, y resulta que tengo una habitación doble que voy a usar como individual.

Y me parecía perfecto. Tate y yo nos llevábamos bien y, por alguna razón, deseaba que empezaran las clases ya.

—¿Individual? Seguro que no quieres una individual. Vas a sentirte taaaaaan sola —señaló arrastrando las palabras de forma exagerada.

Me eché a reír.

No obstante, no lo tenía claro. Tate significaba Jared. Y Jared

significaba Madoc. No quería estar a su lado. Él no querría estar a mi lado.

—No sé, Tate. Me encantaría tenerte de compañera... pero, si te soy sincera, Madoc y yo no nos llevamos bien. Me parece que no es lo mejor que nos estemos encontrando.

—¿Madoc? —Parecía confundida—. Madoc solo irá al apartamento de Jared si es que viene a Chicago de visita, lo que no estoy segura que vaya a pasar. Está perdido estos días.

Me enderecé.

—¿Por qué lo dices?

—Se ha ido a Notre Dame antes de tiempo. Su padre tiene allí una casa y supongo que se quedará hasta que empiecen las clases y abran la residencia el mes que viene. —Se quedó pensativa y otra oleada de culpa me asoló.

«Se había ido».

Probablemente lo hubieran echado de casa por mi culpa.

—Puede que sea lo mejor —continuó—. Madoc se ha enfadado al enterarse de que su padre y la madre de Jared están juntos. Él y Jared se pelearon y nadie ha hablado con él en semanas. Le estamos dejando espacio.

«Mierda. ¿Y Lucas? ¿No había ido Madoc a visitar a su hermano pequeño?».

Puse una mueca y de nuevo me sentí fatal. Esto era por mi culpa. Tal vez tuviera que pensar que se trataba de algún tipo de justicia poética que echaran a Madoc de casa, como habían hecho conmigo, pero no quería que estuviera solo. Y odiaba que hubiera tenido que abandonar a su hermano pequeño.

—¿Y bien? —preguntó—. ¿Qué te parece?

¿Qué me parecía? Quería decirle que sí, pero sabía que lo mejor era distanciarme de cualquier persona que estuviera relacionada con Madoc.

Suspiré y traté de ocultar los nervios en la voz.

—Me parece que vamos a pasar un año de escándalo, compañera.

—¡Sí! —gritó y de repente subió el volumen de la música metal que se oía de fondo.

Me aparté el teléfono de la oreja y fruncí el ceño.

«Uf».

CAPITULO 16

Madoc

Hundí las manos en su trasero y apreté los glúteos firmes al tiempo que enterraba la cara en el cuello. No la miré. Si no lo hacía, casi podía imaginar que...

—Señor Caruthers, para. Aquí no. —Se removió contra mi cuerpo y soltó una risita al intentar apartarme.

—Ya te he dicho que no me llames así —susurré.

—Bien —aceptó—. Madoc, entonces. Vamos a tu dormitorio.

—Pero así es más divertido.

Brianna, ¿o era Brenna?, me rodeaba la cintura con las piernas y la tenía presionada contra la pared que había junto a mi habitación en la casa de mi padre de South Bend. Venía una vez a la semana, limpiaba y se encargaba de la colada, y no tuve que esperar demasiado para atacar. No sabía cuántos años tenía, al menos veinticuatro o veinticinco, y era guapísima.

Tenía el pelo rubio, ojos azules y siempre llevaba ropa de niña buena, pantalones piratas y polos. Estaba lejos de parecerse a lo que había probado antes.

—Necesitamos preservativos —indicó.

Exhalé un suspiro, la solté y tiré de ella en dirección a la habitación.

Aparte de Brenna, mi vida era más aburrida que una carrera de tractores. Las clases no habían empezado aún, no había hecho ningún amigo puesto que no habían llegado los alumnos al campus y la ciudad estaba muerta sin los universitarios. Me gustara o no, esta chica era lo mejor de la semana. Tenía los pechos más grandes que mi cabeza y, cuando se iba, volvía a sonreír.

Al menos un rato.

Me desabotoné los pantalones y la observé mientras se quitaba la ropa y sacaba un preservativo de la mesita de noche. Se acercó a mí,

contoneándose con un conjunto de ropa interior blanco de encaje, me metió la mano en los calzoncillos negros y me agarró la erección.

Me miró, lamiéndose los labios y sonriendo. Me quedé sin aliento y aparté la mirada. No sabía por qué, pero no podía mirarla. Nunca podía. Ni siquiera me acordaba de su nombre la mitad del tiempo.

No quería que fuera real.

La agarré del pelo por la nuca y tiré de ella para besarla. Entrechocamos los dientes y la oí gemir. No sabía si era por el beso salvaje o por placer y no me importaba.

—Quiero esto ya —resolló, acariciándome con más fuerza.

Me quedé helado e interrumpí el beso. La agarré por el codo y tiré de ella hacia la cama.

—Tú no me das órdenes. No soy tuyo. ¿Lo entiendes? —dejé claro.

Una ráfaga de emoción le atravesó la mirada.

—Sí, señor.

Me metí los dedos por el borde de los calzoncillos y me los bajé para apartarlos a un lado. La agarré por la nuca y me tumbé con ella.

—Baja.

Llené los pulmones de oxígeno puro y el corazón se me aceleró.

«Rápido, rápido».

«Rápido, rápido».

«Rápido, rápido».

Me pasó la boca entre las piernas y cerré los ojos para disfrutar del placer de lo entusiasmada que estaba. Lamió y chupó, y se la metió entera en la boca mientras me acariciaba los muslos con el pelo.

«Quiero verte. Quiero besarte cuando te corras».

Intenté apartar de la mente esa voz. Agarré a Brenna por la cabeza y la empujé más hondo en mi polla.

—Sigue, nena —rugí, animándola—. Me gusta mucho.

Subía y bajaba la cabeza, chupando con fuerza, y arqueé las caderas en su boca.

«¿Quién te está besando ahora mismo? ¿Quién te está cabalgando?».

—Más. Más rápido —le pedí, pero, a pesar de mis buenas intenciones, el pelo rubio que agarré se volvió castaño claro y unos ojos verdes me miraron—. Dios, cómo me gusta, nena.

Me gustara o no, me retiré a mi cabeza, donde vivía Fallon, y disfruté de la fantasía. No quería pensar en esa zorra, no quería deseársela, pero así era.

Fallon estaba aquí, chupándomela, y la odiaba. La odiaba a rabiar y me la follaría con furia hasta que llegara al orgasmo.

Una sensación ardiente me recorrió las piernas hasta la ingle y me encharcó la entrepierna. Moví las caderas hacia ella, para entrar con más fuerza y más profundamente, y ella me acarició con la lengua la parte de

abajo del pene.

Se lo sacó de la boca y me lamió de arriba abajo, después agarró el tronco con la mano y lo frotó mientras me chupaba la cabeza.

«Madoc, por favor».

—Joder. —Me sacudí, arqueé la espalda y levanté la cabeza de la cama.

Me corrí en su boca, agarrándola por el pelo y respirando entrecortadamente. Ella continuó hasta que había terminado y me derrumbé en la cama, apartándome de ella.

Sentía el cuerpo más relajado. Después de esto. Pero seguía con la cabeza hecha un lío.

Fallon. Siempre volvía a Fallon. Ya era incapaz de tener un orgasmo si no pensaba en ella.

Quería mirar abajo y ver unas orejas llenas de *piercings* y los tatuajes pequeños que tenía por todo el cuerpo. Quería ver los ojos verdes tan sexis delineados de negro mirándome y matándome con todo lo que sentía y no podía ocultar.

¿Por qué? ¿Por qué seguía deseándola tanto cuando ella no dejaba de marcharse?

—¿Quién es Fallon? —oí una voz en mi cabeza, proveniente de alguna otra parte.

Parpadeé.

—¿Qué? —pregunté.

—Fallon. Has dicho ese nombre mientras estaba... —Se quedó callada.

«Mierda».

—No es nadie. Probablemente hayas oído mal.

«¡Mierda! ¿En serio?».

Brenna se sentó.

—Lo has gritado cuando te estabas corriendo. ¿Te gustan los chicos? Fallon es nombre de chico, ¿no? —Me miró de reojo, con una sonrisita.

—No es un maldito chico —gruñí y luego la miré a los ojos—. De hecho, es mi hermana.

Se rio hasta que se dio cuenta de que yo no me estaba riendo. Entonces se calló.

—Ah, de acuerdo. —Se apartó de la cama y parecía con ganas de salir corriendo—. Eso no es nada raro, para nada.

Se vistió rápido y en silencio, sin decir una sola palabra y luego se marchó. El murmullo que notaba en el pecho emergió y me reí al tiempo que me cubría con las sábanas.

—¡Eh! —Me incorporé en la cama—. ¿Qué pasa? —No tenía ni idea de por qué me picaba el trasero.

—¡Levanta!

Me restregué los ojos y miré a mi madre, que estaba a los pies de la

cama. Agarró la sábana y me la apartó. Menos mal que tenía puestos unos pantalones cortos.

Tenía los labios rosas apretados en un gesto de desaprobación y las manos en las caderas.

—¿Me acabas de pegar en el trasero? —me quejé. Me tiré de nuevo en la cama y me puse el brazo sobre los ojos.

—¡Levanta! —repitió.

Normalmente me gustaba ver a mi madre. Era divertida y una madre bastante buena. Ella y mi padre se habían casado tras su divorcio relativamente pronto y odiaba que se hubiera mudado. Su nuevo marido vivía en Nueva Orleans. No obstante, pedirle a un niño que deje su hogar y todo lo que conoce era demasiado. Me quedé con mi padre y su nueva mujer.

Menuda idea tan brillante.

Exhalé un suspiro.

—Estaba dormido. ¿Qué haces aquí?

Mi tono de exasperación lo decía todo: quería que me dejara en paz.

—Tu padre me ha llamado y me ha contado lo que ha pasado.

—No ha pasado nada —mentí. Me quedé mirando el techo con cara aburrida. Los faros de un vehículo resplandecieron en el techo de la habitación apenas iluminada y supe que me había pasado todo el día durmiendo.

Oí los tacones de mi madre en el suelo de madera: clic, clic, clic.

—¡Levanta! —repitió una vez más y lo siguiente que hizo fue golpearme con una revista.

Levanté los brazos y las piernas para protegerme.

—¡Maldita sea!

Tiró la revista al suelo, se colocó el pelo rubio detrás de la oreja y se dirigió al armario.

—Y he despedido a Brittany —señaló, mirándome por encima del hombro.

—¿Quién es Brittany?

—La limpiadora con la que te estás acostando. Ahora levántate y ve a darte una ducha. —Me lanzó unos *jeans* limpios y una camiseta y salió del dormitorio.

Sacudí la cabeza, asombrado por las mujeres que había en mi vida.

Eran todas unas mandonas.

Me di la vuelta y enterré la cara en la almohada.

—¡Vamos! —bramó desde las escaleras y le di un puñetazo a la almohada, exasperado.

Pero me levanté. Si no lo hacía, seguro que aparecía con un cubo lleno de agua helada.

Cuando me duché y vestí, me llevó a un restaurante italiano tranquilo

que tenía un montón de velas y música de Frank Sinatra. Pedí una *pizza* y mi madre pasta con aceite de oliva.

—¿Por qué te ha llamado papá? —pregunté. Me retrepé en la silla, con las manos entrelazadas en la nuca.

—Porque no ha visto ninguna transacción en la tarjeta de crédito aparte de las de la gasolinera. Seguro que llevas cuatro semanas comiendo nada más que Doritos y bebiendo Fanta. Y sabe que prefieres verme a mí en lugar de a él, así que...

Era cierto. No me gustaba comer solo, así que malcomía, y estaba demasiado enfadado como para socializar. Así que compraba comida en la gasolinera.

Y estaba claro que no quería ver a nadie, pero prefería a mi madre antes que a mi padre.

—¿Te ha contado... —bajé la voz— que se va a casar?

No quería molestar a mi madre por si acaso no lo sabía, así que usé un tono amable. Me había enterado de que su actual esposa quería nuestra casa, mi casa, y eso me ponía enfermo.

—Sí, me lo ha contado. —Asintió y le dio un sorbo al vino blanco—. Y me alegro por él, Madoc.

—¿Te alegras? —espeté—. ¿Cómo puedes alegrarte? Te engañó con ella. Llevan años juntos.

Apartó un segundo la mirada y se puso las manos en el regazo, encima de la falda blanca de tubo. Tomé aliento, pero me quedé sin argumentos. Era un capullo.

—Yo soy feliz, Madoc. —Cuadró los hombros y me miró—. Aún me duele pensar que me hizo eso, pero tengo un marido maravilloso, un hijo sano e inteligente y una vida que me encanta. ¿Por qué habría de perder el tiempo enfadándome con tu padre cuando eso no cambiaría nada? —Esbozó una leve sonrisa, aunque sincera—. Y, lo creas o no, tu padre quiere a Katherine. Ella y yo nunca saldremos juntas de tiendas —bromeó—, pero la quiere, y me parece bien. Es hora de pasar página.

¿Creía que yo no lo estaba haciendo? Puede que ahora mismo no estuviera en mi mejor momento y que echara de menos a mis amigos, pero mi padre tenía razón. Distancia y perspectiva. Estaba esforzándome.

Tomó el tenedor y pinchó la comida.

—También me ha contado lo de Fallon.

—No quiero hablar de ella. —Tomé un trozo de pizza y le di un bocado.

—Has eliminado tus cuentas de Facebook y Twitter —comentó— y estás encerrado en una casa vacía. ¿Por qué no pasas las seis semanas que quedan de verano conmigo?

—Porque estoy bien —respondí con la boca llena—. Lo estoy. Voy a empezar los estudios, a hacer amigos y tengo pensado echarle un ojo al equipo de fútbol de Notre Dame.

—Madoc... —intentó, pero la interrumpí.

—Estoy bien —repetí, con voz firme—. Todo va bien.

Y seguí asegurándoselo cada vez que me escribía un mensaje para comprobar cómo estaba, cada vez que me llamaba y cada vez que le pedía a Addie que viniera a verme.

Estuve bien el resto del verano.

OCTUBRE

CAPITULO 17

Fallon

Se activó la alarma y empezó a sonar *What I Got*, de Sublime, en la radio. Me volví a tapar con la manta después de haberla apartado durante la noche. El frío de la mañana era peor cada día y no podía creerme que fuera ya octubre. Tate y yo nos habíamos mudado a la residencia hacía poco más de un mes y el tiempo había volado mientras nos instalábamos y empezábamos las clases.

Ninguna de las dos tenía un trabajo, pero la facultad nos mantenía ocupadas todo el día. Cuando no estaba en la habitación o en clase, estaba en la biblioteca. Cuando Tate no estaba en el dormitorio o en la biblioteca, estaba en el apartamento de Jared, en la ciudad.

Al principio probó a quedarse allí solo los fines de semana para respetar los deseos de su padre, pero ahora lo hacía más a menudo. No podían estar separados. La mayoría de los fines de semana volvían a Shelburne Falls a ver al padre de ella y a competir en el Loop, fuera lo que fuese eso. Yo nunca iba, por supuesto.

Aunque me sentía sola en la habitación cuando ella volvía a casa —aún no había hecho amigos—, no podía enfadarme por el tiempo que pasaban juntos. Estaban enamorados. Además, en los últimos dos meses Jared me había empezado a gustar bastante. Tenía una actitud de machito, pero era solo eso, una pose.

Tate y yo estudiábamos juntas y salíamos de vez en cuando. Como Jared iba a la Universidad de Chicago, no pasaba mucho por nuestro campus. Solían invitarme a que los acompañara cuando salían, pero no quería ser la que sobraba.

La pesada puerta de madera de la habitación se abrió.

—Fallon, ¿estás despierta? —oí que me llamaba Tate.

Me senté y me apoyé en los codos.

—Sí —respondí, aunque sonó más a pregunta, y parpadeé por la luz del

día—. ¿Qué hora es?

Giré el despertador y vi que solo eran las seis de la mañana. Tate dejó la mochila en la cama y empezó a sacar cosas de los cajones. Seguía con la misma ropa de la noche anterior. Normalmente, cuando pasaba la noche en el apartamento de Jared, volvía duchada y con otra ropa, preparada para ir a clase. Ahora parecía acelerada.

—¿Qué clases tienes hoy? —preguntó sin mirarme y mientras daba vueltas por la habitación.

Tragué saliva. Tenía la boca seca.

—Eh... Cálculo III y Sexo y escándalos en la Inglaterra de la Edad Moderna.

—Qué bien —bromeó con voz grave.

—La segunda es una asignatura de enseñanza general —expliqué, avergonzada—. ¿Por qué? ¿Qué pasa?

—¿Quieres saltártelas? —Metió ropa en la mochila y a continuación se volvió para mirarme—. Jax ha aparecido en el apartamento de Jared esta mañana. Nadie sabe nada de Madoc. No devuelve las llamadas ni los mensajes... —Se quedó callada con las manos en las caderas.

—¿No habéis hablado con él últimamente? —Aparté la mirada. No quería que viera la preocupación que seguro que tenía pintada en el rostro.

—Jared y yo no le dimos importancia porque pensábamos que necesitaba espacio y hemos estado muy ocupados. Pero si Jax está preocupado, tenemos que ir a echar un vistazo.

Se acercó, me dio un golpecito en la pierna y sonrió.

—¡Nos vamos de excursión! —dijo antes de ir al lavabo para guardar sus artículos de aseo personal.

«¿Ir a Notre Dame?». El corazón empezó a latirme acelerado. Pum, pum, pam.

Negué con la cabeza y me volví a tumbar.

—No, yo no voy, Tate —respondí con tono tranquilo—. Que os divirtáis.

—¿Qué? ¿Qué piensas hacer todo el fin de semana? —Asomó la cabeza por la esquina—. Deberías de venir con nosotros, Fallon. Es un miembro de tu familia.

Me hablaba como si fuera mi madre al decirme que tenía que preocuparme por Madoc porque pensaba que no era así. La verdad era que me preocupaba por él a pesar de que no debería de hacerlo.

Y no había por qué recordar que nuestros padres seguían casados. Mi madre se había resistido al divorcio y, para dificultar las cosas, estaba intentando quedarse con la casa de Madoc. La aventura de Caruthers apareció en los medios de comunicación y, en un momento de debilidad, me sentí mal por él. Le envié por correo electrónico las fotos, los recibos de los hoteles y la información de contacto que le confería las pruebas

que necesitaba para demostrar que mi madre tampoco había sido una esposa fiel. No obstante, no usó nada.

Tal vez no quisiera mi ayuda, o puede que la prueba de la infidelidad de mi madre solo le trajera más atención que no deseaba. No pude evitar sentir algo de respeto por él por no ensuciar el nombre de su esposa.

—No somos familia de verdad, Tate. Entre nosotros nunca ha habido ese vínculo. —Empecé a darle vueltas a la bola de la lengua que había puesto entre los dientes, pensando—. Y está bien. Si estuviera muerto las transacciones con la tarjeta de crédito habrían cesado. En ese caso su padre estaría al tanto. Está bien.

Volvió con el ceño fruncido, resuelto, y lanzó los artículos de baño en la cama.

Se acercó a mí.

—Podría pasarse veinticuatro horas al día, siete días a la semana borracho, o drogado. —Usó un tono tranquilo, pero amenazante—. Podría estar deprimido o tener ideas suicidas. Venga, haz la maleta, no quiero volver a tener que hablar de esto. Salimos en una hora.

Tate y yo fuimos en su G8, y Jax y Jared iban delante en el Boss, dirección a Indiana por la I-90. El trayecto era corto, de una hora y media, pero por cómo conducía esta gente, tardamos poco más de una hora. Como apenas pasamos tiempo en la carretera, no tuve autovía suficiente para conseguir que me dejaran de temblar las manos o que la boca no se me quedara seca.

«¿Qué narices estoy haciendo?». Me llevé las manos a la cara.

Madoc no querría verme. Conociéndolo, probablemente estuviera muy ocupado con chicas de hermandades y asistiendo a fiestas con mucha cerveza. Seguro que me insultaba, que montaba un numerito o, peor, lo vería destrozado y perder el control. ¿Tanto poder ejercía sobre él?

Por supuesto que no.

Dejé escapar una bocanada de aire, me bajé la punta de la gorra por encima de los ojos y me retrepé en el asiento.

Estaba loca por el simple hecho de pensar que Madoc estaría molesto porque me hubiera marchado sin despedirme. No teníamos ninguna relación. No, si estaba fuera de cobertura era porque se habían echado a perder sus planes para el verano. Y, sí, me echaría la culpa. Debería.

Tiré la gorra al asiento trasero y me atusé el pelo.

«A la mierda».

No tendría que estar en este automóvil, pero ya era demasiado tarde. Podía comportarme como si me estuviera escondiendo y me sintiera avergonzada o haciendo que pareciera que lo tenía todo bajo control. Él se sentía engañado. Pues yo también.

Saqué el cepillo, me atusé el pelo para alborotarlo más y me retoqué el maquillaje en el espejo. La sombra de ojos negra seguía bien, pero necesitaba más máscara de pestañas y pintalabios.

Addie me dio una vez un consejo de maquillaje estupendo. No sirve para ponerte guapa. Sirve para ponerte todavía más guapa. Traducción: menos es más. Me maquillaba los ojos para que me resaltaran porque eran mi mejor rasgo, pero, normalmente, me dejaba el resto de la cara al desnudo.

Tenía el esmalte de uñas azul descascarillado y los *jeans* llenos de agujeros. Pero de cintura para arriba, con la camiseta de manga corta, estaba bien.

—Addie nos ha dado la dirección —me informó Tate cuando paramos delante de una casa de dos plantas que había cerca del campus—. Supongo que ha preferido no ir a la residencia y mudarse con unos amigos.

Miré por la ventanilla de Tate cuando aparcó en la calle. Esta no era la casa del padre de Madoc. Yo había ido en una ocasión. Esta casa, aunque era grande, era más pequeña que la suya y estaba recién pintada, mientras que la propiedad de los Caruthers era de ladrillo. Seguramente fuera una vivienda de alquiler para universitarios.

Jared y Jax salieron del vehículo y yo seguí a Tate, aferrándome a la puerta y preguntándome si era mejor que me quedara en el automóvil.

«Mierda, mierda, ¡mierda!». Empecé a mecarme sobre los dedos de los pies y cerré la puerta con demasiada fuerza.

—¿Qué le decimos? ¿Sorpresa? —le preguntó Tate a Jared, agarrándolo de la mano.

—Me da igual lo que vayamos a decir, voy a romperle la nariz. —Jared se metió la otra mano en el bolsillo de la sudadera. Casi le salía humo de la nariz—. Es ridículo que nos tenga así de preocupados —murmuró.

El chico subió los escalones de la entrada y llamó a la puerta de madera verde con el puño y también con la aldaba. Jax y Tate estaban a su lado, y yo me había quedado atrás. Muy atrás.

Con las manos metidas en los bolsillos.

La mirada perdida.

Y una sensación de culpa.

—¿Os puedo ayudar?

Me di la vuelta y vi a una joven de más o menos mi edad que venía en nuestra dirección.

Llevaba puesta una bonita falda corta y una camiseta del equipo de Notre Dame, los Fighting Irish. Le brillaba la cara al sol con la pintura dorada y azul de las enormes «N» y «D» que llevaba pintadas en las mejillas.

—Sí —respondió Tate—. Hemos venido a ver a Madoc. ¿Lo conoces?

Esbozó una sonrisa blanca y brillante.

—Seguro que ya está en el partido.

—¿El partido? —preguntó Jax.

Fui incapaz de tragarme el nudo que notaba en la garganta. ¿Quién era esta chica?

—Sí, de fútbol —señaló y subió los escalones—. El equipo salió por la mañana temprano. Yo he vuelto a buscar sillas para la fiesta de después. Es mejor prepararlas ahora, después estarán todos demasiado borrachos. —Se rio.

Tomó tres sillas plegables que había en el porche y se las colgó de los hombros.

—¿Madoc está en un equipo de fútbol?

Estuve a punto de reírme por la pregunta de Jared. Parecía a punto de vomitar.

La chica se detuvo y ladeó la cabeza, mirándolo como si no supiera qué decir. Al fin y al cabo, si éramos sus amigos, tendríamos que saber que jugaba al fútbol, ¿no?

—Llama a Madoc. —Jax se acercó a ella y usó una voz dulce. Se encogió de hombros—. Nosotros nos hemos quedado sin batería.

La chica frunció el ceño, sabía que estaba mintiendo.

—De acuerdo.

Se sacó el teléfono del bolsillo trasero de la falda, marcó y ladeó la cabeza para ponerse el teléfono entre el pelo rubio y la oreja.

—Hola, cielo —saludó y sentí como si alguien me hubiera hecho un agujero en la base del corazón y me estuviera desangrando.

«Mierda. Mierda. Mierda».

—Busca a Madoc —le pidió y parpadeé—. Hay unos amigos suyos en la casa que quieren hablar un momento con él.

Suspiré, aunque no sabía qué diablos me estaba pasando. No era su novia, pero ¿por qué narices me importaba que tuviera novia? No había pensado siquiera en ello. No se me había ocurrido la idea de que hubiera pasado página. Por supuesto que lo haría, pero supongo que imaginaba que nunca lo vería ni me enteraría.

Me quedé mirando su sonrisa cuando negó con la cabeza.

—Pues dile a su novia que se aparte de él entonces —dijo y me ardieron los ojos—. Sus amigos parecen... serios. —Sonrió a Jared, claramente de broma.

Se me volvió a venir el mundo encima.

«¿Por qué?».

Jax se acercó a la chica y tomó el teléfono que le tendía ella.

—Madoc, soy Jax —indicó con tono serio—. Estoy en tu casa. Tate y yo queremos que nos confirmes que no estás borracho, drogado o tienes instintos suicidas. Jared también está aquí, pero a él le importa menos.

Nos vemos después del partido o tendré que darle una palanca a Tate para que se entretenga con tu automóvil.

Colgó y le devolvió el teléfono a la chica con las cejas enarcadas.

Me di la vuelta, bajé los escalones del porche y giré a la derecha.

«A la mierda».

Menuda idea más estúpida. ¿Por qué había venido?

—¡Espera, Fallon! —me gritó Tate, pero pisé el suelo con más fuerza, andando más rápido.

Me agarró del brazo e intentó tirar para darme la vuelta, pero yo seguí andando.

—¿Adónde vas? —preguntó.

—¡Vuelvo a Chicago! Está bien, haciendo el tonto, como de costumbre.

La brisa de la última hora de la mañana hacía crujir las hojas que teníamos encima y me movía el pelo por la cara mientras caminaba.

«Qué le jodan». No podía creerme todo esto, había llegado a pensar que estaba herido o tenía problemas.

—Fallon. —Tate se puso justo delante de mí y me bloqueó el paso—. Estoy confundida, ¿qué pasa?

—¡Que está bien! —señalé, haciendo un aspaviento—. ¡Por supuesto! Habéis sido tontos por haberos preocupado, ya te lo dije.

Juega en un equipo de fútbol. No. Juega en el equipo de Notre Dame. ¡Y tiene novia! Que ahora mismo tenía su bonito cuerpo pegado al de él.

«Soy una idiota».

Rodeé a Tate y seguí andando.

—¡Para! —gritó con voz grave—. ¿Cómo vas a volver a casa?

Reduje el ritmo y miré a mi alrededor, en busca de mi cerebro.

«Ya, he pasado por alto ese detalle». No iba a volver andando.

—Fallon, ¿qué pasa entre Madoc y tú? —Volvió a ponerse delante de mí para mirarme con los brazos cruzados—. ¿Hay algo entre los dos?

—Por favor. —Quise reírme, pero salió más bien como un graznido.

«Tranquila, Fallon».

—¿Hay algo o no? —Sonrió con complicidad—. Por eso pasó todo lo que pasó cuando te fuiste aquella noche con su automóvil. Y tú eres la razón por la que se ha marchado tan pronto.

Aparté la mirada y me fijé en interesantísimas grietas que había en la acera. Tate era mi amiga. Una buena amiga. No podía mentirle.

Pero tampoco podía hablar de ello.

—¡Dios mío! —exclamó. Había tomado mi silencio como una confirmación—. ¿En serio?

—Cállate.

Se cruzó de brazos y frunció los labios.

—¿Y es bueno? —preguntó.

Puse los ojos en blanco y no respondí.

La voz de mis sueños volvió a mi cabeza. «Siéntate en el automóvil...
Abre las piernas».

Tate debió de atisbar el anhelo en mi mirada.

—¡Lo sabía! —chilló.

—Sí, ya —rezongué—. No es amor verdadero, Tate.

Al menos para él.

CAPITULO 18

Madoc

—Venga, vamos a acabar con esto. —Les indiqué a Jared y a Jax que entraran para aceptar el puñetazo que querían propinarme.

Acababa de salir del vestuario tras darme una ducha y vestirme después del partido y los vi esperando con Tate. Me aferré a la mochila que tenía colgada del hombro y esperé. Sinceramente, pensaba que vendrían antes, hace un mes.

Tate se acercó despacio a mí y me incliné para abrazarla.

Mala idea.

Lanzó el puño y me acertó en el brazo. Me tambaleé hacia atrás.

—Joder, Tate. —Hice una mueca y oí que Jax se reía.

Al menos esta vez había evitado pegarme en la nariz.

—Eres un idiota —me regañó—. Nosotros pensando que te pasaba algo, ¡y resulta que estás estupendamente! Jugando al fútbol y saliendo de fiesta. ¿Qué pasa contigo?

Me froté el brazo y solté la mochila.

—Nada. Ya sé que he estado desconectado, pero no teníais por qué preocuparos. Estáis enfadados porque echabais de menos mi bonito trasero, ¿eh?

Resopló y me reí. Les importaba. Lo suficiente como para aparecer en mi facultad y tenderme una emboscada después del partido de fútbol. Por muy enfadados que parecieran, me alegraba de que hubieran venido.

La verdad era que sabía que vendrían. No me había apetecido hablar con ellos. No quería escuchar lo bien que se lo estaban pasando en casa este verano. No quería correr el riesgo de escuchar ningún rumor ni noticia sobre el divorcio de mi padre.

Echaba de menos a mis amigos y sabía que los echaría aún más de menos si mantenía el contacto.

Así tendría que haber sido. Hasta ahora.

Jared se adelantó y Tate le rodeó la cintura con una mano y le agarró la camiseta gris.

—Cierto, no tendríamos que habernos preocupado, capullo —gruñó con voz ronca—. Fallon tenía razón.

Me erguí y sentí una quemazón en el cuello.

—¿De qué hablas?

Llevaba meses sin pronunciar su nombre en voz alta. Había pensado en ella, a pesar de que no quería hacerlo.

—Ha venido con nosotros. —Tate parecía encantada de decirlo, pero entonces apretó los labios—. Pero se ha marchado cuando nos hemos enterado de que estabas bien.

«Un momento, ¿qué?».

—¿Por qué está con vosotros? —Negué con la cabeza, escéptico.

—Porque ella y Tate son compañeras de habitación —explicó Jared, que estaba perdiendo la paciencia—. ¿Algún problema?

—¿Qué? —exclamé—. ¿Vive contigo?

—Sí. —Tate rompió a reír—. No habláis mucho vosotros dos, ¿no?

Asentí con ironía y me agaché para recoger la mochila.

—Qué bien. Vive con una de mis mejores amigas y sale con los otros dos.

—Últimamente ella ha sido mejor amiga que tú —señaló Jared—. No puedo creerme que hayamos tenido que venir a buscarte.

—Sí, más te vale que lo pasemos bien esta noche —intervino Jax, que se metió las manos en el bolsillo delantero de la sudadera.

Apenas podía oírlos debido a la rabia, que me entraba y salía de los pulmones cada vez más rápido.

Miré a Tate.

—¿Dónde está Fallon? —le pregunté.

—Dijo que iba a dar una vuelta hasta que estuviéramos listos para irnos. —Sacó el teléfono y empezó a escribir un mensaje—. Pensábamos quedarnos esta noche, pero tengo una carrera en Shelburne Falls mañana por la noche, así que no nos vamos a quedar todo el fin de semana. Pero... —Alzó la mirada—. Pareces muy feliz aquí sin nosotros, así que supongo que entonces nos volveremos esta noche.

«No».

—No os vais a ir. He sido un idiota y ahora mismo no puedo explicártelo, pero... —Asentí—. Quiero que os quedéis aquí.

Tate suspiró y miró el teléfono.

—Está en la Gruta.

Solté un suspiro prolongado y le lancé a Jared la llave de la casa de mi padre.

—Te acuerdas de dónde está la casa de mi padre, ¿no? —Se quedó un fin de semana cuando Tate se fue a Francia hace dos años—. Id allí

—indicué y me encaminé a mi vehículo—. Yo voy a buscar a Fallon.

La Gruta era un lugar famoso de Notre Dame y una reproducción de un santuario francés en donde se había aparecido la virgen María a Santa Bernardette¹ en la década de 1800. Para creyentes y no creyentes, era un lugar bonito en el campus al que la gente acudía a rezar, meditar, pensar o simplemente a pasar un rato tranquilo.

Yo no era muy de ir a la iglesia, pero sí acudía allí para encender velas antes de los partidos y los exámenes.

Solo por si acaso.

También fue el lugar en el que mi padre le pidió matrimonio a mi madre hace más de veinte años. Y fíjate cómo habían acabado las cosas.

No sabía qué le iba a decir a Fallon y ni siquiera tenía claro qué quería. ¿Deseaba que se marchara? No. ¿Debería de querer que se marchara? Sí.

Merecía más que nadie mis desaires. Menudo valor el suyo al venir aquí. Al chantajear a mi padre; estar a punto de desprestigiar el nombre de la madre de Jared; y utilizarme para su disfrute.

Había estado dando tumbos unas cuantas semanas después de venir a South Bend, pero después me había centrado en el fútbol y en mis amigos. Estaba bien

Y, sí, había desaparecido para mis mejores amigos. Apenas me había reído desde que estaba aquí, pero seguía siendo el más guapo.

Con eso me bastaba.

Caminé por la hierba cuidada, me desvié por el sendero bajo las copas de los árboles casi desnudos y divisé la Gruta dentro de una pared de roca.

Y allí estaba Fallon.

No estaba sentada ni enojada como pensaba que la encontraría. O como quería que estuviera. No, estaba de pie, delante del santuario, con las manos en los bolsillos traseros, mirando el mar de velas titilando bajo la brisa suave. La virgen María yacía elevada en su hueco, en la parte superior derecha. Negué con la cabeza y sonreí ante la ironía.

La gente venía a este lugar a rezar. Había ahora mismo varios individuos arrodillados ante la verja que los separaba del santuario.

Aquí no podía gritarle. Maldita sea.

Me senté en el banco que había detrás de ella, alcé los brazos por encima de la espalda y esperé a que se diera la vuelta.

El pelo castaño claro le revoloteaba por los hombros y tenía las manos en el trasero, en los bolsillos de los *jeans*. Cerré la maldita boca y tragué saliva.

—¿Sabes? —comenzó, volviendo la cabeza a un lado—. Es inapropiado que te quedes mirándome el trasero en este lugar.

La pareja que rezaba la miró, después a mí y a continuación bajó la

mirada a las manos.

«Sí, rezad por nosotros».

—Es lo único bonito que tienes, hermanita.

El gemido que profirieron las personas me dio ganas de reír. Se levantaron y la mujer me lanzó una mirada asesina cuando se alejaron. Tensé la mandíbula sin querer admitir que esta era la primera vez que me reía de verdad en un tiempo.

Fallon enderezó la espalda y se dio la vuelta despacio. Me miró con ojos pacientes, pero habló antes de que se me adelantara.

—¿Qué te creías? —pregunté—. ¿Que me estaba colando por el desagüe de la desesperación sin ti?

Entornó los ojos y la vergüenza le tiñó las mejillas.

—No debería de haber venido. Tate estaba segura de que estabas esnifando cocaína del trasero de una prostituta. Me acosó para que los acompañara.

Era toda una experta. Me reí para mis adentros, pero después me tensé. Hablaba de Tate como si fueran amigas. Como si tuvieran una relación estupenda, y yo no estaba al tanto.

No lo estaba. Yo la había fastidiado y Fallon había recogido lo que yo había abandonado.

Me estaba mirando y me di cuenta de que no llevaba puestas las gafas. Normalmente las llevaba en público y solo se las quitaba en la habitación. Eran unas gafas de lectura, así que no las necesitaba todo el tiempo, pero parecía usarlas por moda o algo por el estilo.

Ahora no las llevaba. Tenía los ojos sin escudo y estaba preciosa. Siempre lo estaba, pero ahora de una forma distinta.

—¿Por qué echarme a perder? —señalé cuando se acercó a mí—. Soy muy feliz. Estoy en un equipo estupendo, voy a clases interesantes, tengo a una buena chica con quien pasar las noches...

Era más o menos verdad. Me encantaba jugar en el equipo, aunque las clases eran un asco. Me aburría mucho y la mitad del tiempo ni siquiera sabía qué estaba haciendo. Y no tenía novia. No quería. Ashtyn y yo teníamos un acuerdo de amistad con derecho a roce. Ella iba a primer curso, como yo, y jugaba al tenis en la facultad.

—Ya, te va bien, Madoc. Me alegro. —Asintió—. De verdad que sí.

—Sí, claro.

—Lo creas o no —se acercó y se sentó a mi lado, guardando todavía las distancias—, quiero que seas feliz.

Me quedé mirándole la boca y vi un destello plateado en la lengua. Se había vuelto a poner el *piercing*.

Noté que se me tensaban los músculos en la parte interna de las piernas de las ganas que me entraron de tocarla. Quería sentir esa lengua. Quería sentir la bola que tenía en ella acariciándome la piel.

«Mierda».

Aparté la mirada antes de responder.

—Pues lo soy. Aquí las cosas son sencillas, no hay problemas ni dramas.

—Bien —respondió enseguida—. Siento que se hayan preocupado.

La señal de que se había acabado la conversación. Se había terminado el tema y yo estaba enfadadísimo. Estaba cabreado y eufórico al mismo tiempo.

Había cosas que no estábamos hablando y batallas que no estábamos luchando. Ella creía que era mejor cortar esto de raíz con un golpe limpio y suave para después marcharse, pero yo no había terminado.

«¿Quién narices era Fallon?».

Quería atacarla. Una y otra vez hasta que perdiera la cordura. Quería que gritara y llorara. Quería arrancarle esa actitud suya hasta que estuviera roja de la rabia y sollozando de forma miserable.

La quería rota.

Y de repente la quería temblando y aferrándose a mí, necesitada.

Me puse en pie y estiré los brazos por detrás del cuerpo.

—Les he ofrecido a todos la casa de mi padre para pasar la noche. Vamos a ir a unos bares con el equipo y quiero pasar algo de tiempo con Jared, Tate y Jax...

—Muy bien, que os divirtáis —me interrumpió.

Se me llenó el estómago de nudos.

—¿No vas a quedarte?

—No, hemos venido en dos automóviles. Me vuelvo esta noche con el de Tate. Solo quería esperar a ver qué hacían todos antes de volver.

Me rasqué la mandíbula mientras pensaba de qué manera podía retenerla aquí sin que pareciera que quería que se quedara.

—Qué testaruda —murmuré.

Me lanzó una mirada asesina.

—¿Por qué lo dices?

Eso, ¿por qué lo decía?

Me saqué las llaves del bolsillo y hablé sin mirarla siquiera.

—Adiós, Fallon —me despedí con tono cortante.

Pasé junto a ella, tomé el teléfono móvil del otro bolsillo y llamé a Jax.

—¿Qué? —respondió.

—Desconecta la mariposa del automóvil de Tate —le pedí.

—¿Por qué?

—Porque si no lo haces, le voy a contar a todo el mundo adónde vas por las noches tanto tiempo. —No era una amenaza vacía. Tal vez debería de haberle contado a Jared lo que descubrí la primavera pasada.

—Sabía que no te lo debería de haber contado —se quejó.

Puse una mueca. Sabía que no la veía, pero sí la oía.

—No me lo contaste. Me lo enseñaste. Y ahora tengo que lidiar con las pesadillas. Creo que necesito hablar del asunto con alguien —señalé—. Creo que necesito hablarlo con mucha gente.

—¡De acuerdo! —bufó—. ¡Joder! Aunque no vayas a creer que Tate no va a saber arreglarlo en dos segundos.

—Bueno, pues entonces asegúrate de que no mire debajo del capó.

¹ N. de la Ed.: Hace referencia al santuario de Lourdes, un centro religioso situado al sur de Francia en la localidad del mismo nombre. En esta pequeña aldea se le apareció la Virgen a Bernadette Soubirous en 1858, según la creencia católica.

CAPITULO 19

Fallon

En St. Joe's leí *Infierno*, de Dante. Decía que el séptimo círculo del infierno estaba reservado para las personas violentas. El anillo interior del círculo era para los que ejercían la violencia contra Dios, el del medio albergaba a los suicidas y el exterior era el de los que ejercían la violencia con la gente y las propiedades.

Ese era mi anillo.

No solo me daban ganas de ponerme violenta con un bate de béisbol y esta estúpida máquina de karaoke, además pensaba destrozar a alguien.

Cuando me enteré de que el vehículo de Tate estaría fuera de servicio hasta que encontráramos un taller abierto mañana, me resigné a tener que pasar la noche en South Bend.

Y, para empeorar las cosas, Tate y Jax parecían tener la misión de obligarme a acompañarlos al bar.

Madoc no quería que me quedara. Había bromeado acerca de que una fiesta de un centro de estudios superiores era mejor lugar para mí. Así que le hice una peineta, subí a mi habitación, rasgué la parte de atrás de mi camiseta de DC y me apliqué mucho más maquillaje del que me hubiera gustado.

«Que se vaya a la mierda. —Él no pensaba que yo encajara—. Cielo, yo siempre encajo».

Llevaba unos *jeans* ajustados, la camiseta dejaba la espalda al descubierto con las veinte o más rajadas que le había hecho y el pelo y el maquillaje dejaban a las claras que estaba bastante guapa y dispuesta a pasármelo bien.

Tate también me veía bien. Me pidió que hiciera lo mismo con su camiseta y después Jared la empujó a la habitación a que se cambiara. No volvieron hasta media hora después y Tate llevaba la misma camiseta.

—¿Estás en esta facultad? —me gritó un chico al oído cuando estaba

esperando en el bar. Puse una mueca y lo repasé con la mirada.

El pelo oscuro le llegaba un poco más allá de las orejas y le caía en la frente. Le resaltaban los ojos azules bajo unas cejas oscuras. Era guapo. Muy guapo.

Iba vestido informal: unos *jeans* oscuros y una camiseta de alguna cerveza, y no era feo. Definitivamente, vestía mejor que Madoc, que parecía sacado de un anuncio de Abercrombie. Este muchacho no tenía tan buen cuerpo —era delgado, aunque tonificado—, pero tenía una sonrisa enorme que llamaba la atención.

—No —grité para hacerme oír por encima de la música—. Voy a Northwestern. ¿Y tú?

—Sí, estudio el último curso aquí. ¿Qué te trae por Notre Dame?

—Vengo de visita —respondí. Le di al camarero unos cuantos dólares y tomé la Coca-Cola—. ¿Y a ti?

—Una Budweiser —le pidió al camarero y luego me miró—. Ingeniería Ambiental.

Un ingeniero que pedía cerveza sin aditivos especiales. Era definitivamente mi tipo. Aunque yo no solía beber Budweiser ni bebidas con alcohol. Si quisiera, podría hacerlo, en la barra no pedían identificación puesto que la comprobaban en la puerta de entrada, y Madoc había obrado su magia para que pudiéramos entrar. No obstante, prefería mantenerme sobria.

—Qué bien. —Le choqué el puño y sonreí—. Bueno, vuelvo con mis amigos. Que lo pases bien.

Asintió y me dio la sensación de que quería añadir algo, pero se quedó en la barra esperando la bebida.

Me abrí paso entre el grupo denso de gente que esperaba para pedir las bebidas y volví a las dos mesas que habíamos unido junto a la pared llena de ventanas. Me senté.

Me fijé en la persona de más que había en nuestra mesa. Una chica estaba sentada al lado de Madoc y entrecerré los ojos al ver la mano de él en la pierna de ella.

El pelo largo y oscuro le caía en gruesos rizos encima del pecho y tenía unos brazos morenos y atléticos que se veían estupendos con una camiseta verde suelta que mostraba el sujetador negro de encaje que llevaba debajo. Iba vestida muy sugerente con ropa sexi, aunque cara y con estilo.

Probablemente yo solo fuera sugerente.

Bebía Amstel Light, cómo no.

Madoc me miró un segundo y le devolvió la atención a Jared, que estaba sentado a mi lado.

—¿Qué tal? ¿Te gusta el Cuerpo de Capacitación de Oficiales de la Reserva? —le preguntó.

—Está bien —respondió su amigo—. Tengo que ir a dos campus distintos a las clases, pero así me mantengo alejado de los problemas.

Tate, que estaba a su otro lado, apoyada en él, le dio una palmada en la pierna.

—Sí. Dilo, cariño: «Tate, tu padre tenía razón».

Jared le metió los dedos en las costillas y ella empezó a reírse y a empujarlo.

—Para.

—¿Sabes que vais a tener que separaros? Y mucho tiempo. —El tono de Madoc distaba mucho de ser amigable y tenía una expresión seria—. Y ese trasero sexi suyo tendrá que pasar seis meses al año en la selva o en un barco, lejos de ti. ¿Te parece bien? —le preguntó a Tate.

«¿Qué diablos hace?». ¿Por qué les estaba aguando la fiesta? Nunca me ha gustado mucho Jared, pero en el último par de meses se había ganado mi confianza. Él y Tate estaban muy bien juntos.

Tate se puso seria y relajó la sonrisa.

—Por supuesto —respondió—. Voy a echarlo de menos, pero confío en él. —A continuación, sonrió a Jared—. No vas a tocar a nadie allí, ¿verdad?

—No, a menos que esté muy excitado —bromeó Jax.

—Te voy a regalar un vibrador, Tate —señaló Madoc—. O puedo pasar a verte. Ya sabes, para comprobar que estás bien cuando él no esté.

Sentí una punzada de celos en el corazón, pero después vi por el rabillo del ojo a Jared hacerle un corte de mangas. Me dio la sensación de que Madoc solía hacer ese tipo de bromas de forma regular.

—Sí, gracias —murmuró Tate—. Te acepto el vibrador, creo.

Solté la bebida y miré detrás de mí, donde había un idiota entreteniendo a la gente con música disco de la mala en el karaoke.

Un momento, toda la música disco era mala. ¿Por qué todos los que cantaban elegían música disco o *country*?

Debería de levantarte y... no. «No importa». Me aparté de la cabeza esa idea estúpida y me volví hacia la mesa.

Y me di cuenta de que Madoc me estaba mirando. Seguía con la mano en la pierna de la chica, pero había dejado de acariciársela. No sabía si estaba borracho o no. Normalmente no solía mostrar ese lado tan serio, pero no se había acercado a la barra más de una vez.

La chica que tenía a la izquierda estaba hablando con Jax, aunque no sabía si Madoc la había presentado. Yo no había oído ningún nombre, pero seguramente fuera esa de la que había hablado, con la que pasaba las noches.

Un segundo después se volvió hacia él y le susurró algo al oído. Me encogí un poco en el asiento y evité su mirada.

—Eh, Madoc, ¿qué tal estás? —Apareció una silla a mi otro lado. Levanté la mirada y vi que el chico del bar se sentaba junto a mí

Le dedicó una media sonrisa y le sostuvo la mirada un poco más de tiempo que a mí. Le contestó con voz grave.

—Aidan —lo saludó, aunque no pareció un saludo. Más bien una amenaza.

—Cuéntame todo lo que puedas sobre esta chica tan guapa —le dijo Aidan a Madoc, pero se movió hacia mí.

«¿En serio?».

Puse los ojos en blanco y me enderecé.

—Madoc no me conoce. No de verdad. —Le tendí la mano a Aidan.

—Aidan, Fallon. Fallon, Aidan —nos presentó Madoc, que no hizo caso de mi insulto.

Me estrechó la mano y le sonreí. Seguía sin estar interesada, pero no quería que Madoc se diera cuenta.

—Encantado de conocerte oficialmente —me dijo el chico, mirándome con esos penetrantes ojos azules.

—A su madre le gustan jóvenes —comentó Madoc—. Y su padre se dedica a matar a gente.

Cerré los ojos y exhalé una bocanada de aire caliente por la nariz.

«Idiota».

Curvé la comisura de los labios hacia arriba por la información exagerada que Madoc estaba dando. De acuerdo, no era exagerada del todo. A mi madre le gustaban los hombres jóvenes, pero mi padre no tenía intención de matar a nadie. Si te interponías en su camino, sabías a qué atenerte.

Aun así...

Aidan soltó una carcajada.

—Qué bien.

Por supuesto, creía que su amigo estaba de broma.

—Fallon es también una chica bastante fácil —continuó Madoc con voz ronca. Le lancé una mirada asesina y Aidan se aclaró la garganta.

«¡Lo voy a matar!».

—Fácil de mirar, claro —especificó.

Me puse en pie y agarré uno de los vasos de chupito que no estaban vacíos.

—No le has contado lo mejor, Madoc. Que sé cantar.

Apuré el chupito. No me había dado cuenta de que se trataba de tequila hasta que me abrasó la garganta. Dejé el vaso en la mesa con un golpe seco, me di la vuelta y me dirigí hacia la multitud que bailaba. Esperé a estar fuera de la vista antes de toser por el ardor que sentía a causa del líquido nocivo que acababa de ingerir.

—¿Quieres cantar? —me preguntó el chico fornido que dirigía el espectáculo del karaoke cuando subí a un lado del escenario.

—Sí. ¿Tienes *La La*, de Ashlee Simpson? —Tragué saliva una y otra vez

para deshacerme del sabor del licor, pero no pude quitármelo de la lengua. La parte buena era que ya lo sentía extenderse por las extremidades y provocarme unos escalofríos deliciosos por todo el cuerpo.

—Claro. —El chico asintió sin mirarme y empezó a buscar en la máquina—. A por ello.

Alcé la barbilla, agarré el micrófono con una mano y me metí la otra en el bolsillo trasero de los *jeans*. La sala se llenó de silbidos y me volví hacia la mesa en la que estaban mis amigos y mi enemigo. Vi que Jared y Tate se daban la vuelta en las sillas, sonriendo. Jax también me observaba, a pesar de que había una camarera que trataba desesperadamente de captar su atención agachándose a su lado para hablar con él. Le veía el escote desde aquí.

Aidan seguía en la mesa, pero se levantó para verme mejor, y Madoc... bueno, Madoc me puso al rojo vivo. Tenía la maldita boca en la chica que estaba junto a él, con los ojos cerrados. Para él yo no existía.

Apreté los dientes y tensé los músculos de las piernas, enfadada. Vi que Tate nos miraba a Madoc y a mí y, cuando la música empezó, se levantó.

—¡Vamos! —gritó el chico del karaoke.

Moví el talón derecho arriba y abajo, siguiendo el ritmo de la acelerada canción pop. Cerré los ojos, sonreí y me deleité en la sensación de perderme. Flexioné las rodillas, moví el cuerpo hacia abajo y volví a subir, meciendo la cabeza al ritmo de la música.

—«Puedes vestirme de diamantes» —canté, incapaz de contener el delicioso fuego que me recorría el cuerpo. De mí brotó la letra y ni siquiera tuve que mirar los monitores. Había cantado a voz en grito esta canción demasiadas veces en mi adolescencia.

Con voz grave y la barbilla gacha mientras cantaba la letra, recorriendo a la gente con la mirada, sonreí ante la sorpresa de ver a Tate subiendo al escenario con otro micrófono.

Alzó el puño en el aire y las dos gritamos.

—«¡Me haces desear la la!».

Tanto chicos como chicas se volvieron locos, saltando y cantando con nosotras, y yo reía y cantaba al mismo tiempo.

Perdí de vista nuestra mesa cuando la gente se vino arriba, y probablemente fuera algo bueno. Ya no estaba enfadada y me sentía agradecida de que Tate hubiera subido conmigo. Era estupendo tener a alguien de mi lado.

Aunque no veía a Madoc, esperaba que él sí me estuviera viendo. Si tenía la vista fija en mí, no tenía los labios en ella.

«Veo todo lo que quiero tener durante el máximo tiempo posible».

Parecía ahora tan distinto comparado con el hombre que me había

dicho esas palabras en junio. Su comportamiento frío era distante y silencioso y no estaba segura de si yo había venido hasta aquí para demostrar algo o para que me dijera lo que sentía.

—«La la la, la la la» —seguimos cantando Tate y yo para acabar la canción.

Incliné la cabeza y luego la eché hacia atrás, apartándome todo el pelo de la cara. Tate me echó un brazo por el cuello.

—No te ha quitado los ojos de encima en ningún momento —me susurró.

El corazón empezó a latirme con más fuerza y no sabía si era por los vítores del público, cuya vibración sentía por brazos y piernas.

Era consciente de que se refería a Madoc, pero me hice la tonta igualmente.

—¿Aidan? —pregunté.

Me sonrió con suficiencia.

—No, idiota. Sabes a quién me refiero.

Me negué a mirar hacia la mesa. Bajé del escenario y me pasé los dedos por la frente sudada.

Aidan apareció entre la multitud en la pista de baile y me puso una mano en la cadera. Me tensé cuando se acercó para hablarme al oído.

—¡Has estado estupenda! Cantas muy bien.

Esboqué una sonrisa y levanté la mirada cuando sonó música por los altavoces. El *DJ* anunció un descanso y las parejas se abrazaron y empezaron a bailar la canción lenta.

—¿Quieres bailar? —me gritó Aidan al oído.

Miré a mi alrededor, buscando a Tate, que parecía haber desaparecido, pero no veía nada entre la gente. Decidí que sería un buen final. No tenía ningún problema con Aidan, pero ya estaba cansada.

—Claro —le respondí—. Una canción antes de que me vaya.

Me agarró de la mano y me llevó al centro de la pista. Se dio la vuelta y me puso las manos en la cintura. Me acercó a él y yo lo agarré por los hombros mientras nos mecíamos al ritmo de *21 Guns*, de Green Day.

—¿De qué conoces a Madoc? —le pregunté.

—Estamos juntos en el equipo. —Me acarició la espalda con el pulgar—. Va a muy buen ritmo. Seguramente sea el capitán el año que viene. —No parecía especialmente encantado.

«¿Capitán en segundo curso?».

—¿Tan bueno es? —pregunté. Nunca lo había visto jugar al fútbol.

—No, pero tiene contactos —señaló—. Madoc no tiene que ganar muchas cosas por sí mismo.

Suavicé la mirada y me enfadé un poco. Sabía que era un principito a quien le habían allanado el camino, pero, por alguna razón, sentí la necesidad de defenderlo.

Yo estuve presente cuando dejó el piano y empezó a estudiar los automóviles. Trabajaba duro, leía mucho y se pasaba horas trasteando en el garaje para aprender. Madoc se esforzaba cuando algo le importaba y abandonaba cuando no.

Puede que hubiera entrado en el equipo por su apellido, pero no jugaría en él si no quisiera. Y no lo haría si no supiera que era bueno.

Aidan metía y sacaba los dedos de las ranuras de mi camiseta, acariciándome la piel y acercándose más a él.

—Debería irme... —empecé a decir, pero de repente sentí que me empujaban contra una pared.

Aidan miró detrás de mí.

—Vete a la mierda, Aidan. —Parpadeé al oír la voz de Madoc, que se acercó a nosotros.

Me di la vuelta, lo miré y comprobé que disparaba balas a Aidan con la mirada.

«No». Este era uno de esos momentos de cero a cien de Madoc, pero nos habíamos saltado la parte de cero.

Aidan apartó las manos de mi cintura.

—Eh, amigo...

Pero Madoc se metió en medio.

—Tócala de nuevo y te corto la mano —dijo como si nada.

Se me entrecortó la respiración, pero me enfadé todavía más.

«No, no, no...».

Aidan puso los ojos en blanco y retrocedió. Probablemente pensara que no merecía la pena pelearse. Madoc parecía listo para atacar.

Sacudí la cabeza y sentí como si el cerebro se expandiera y se presionara contra el cráneo. Estaba a punto de explotar.

—Madoc. —Apreté los dientes.

—Cállate —me ordenó, sin aliento—. Cállate y baila conmigo.

«¿Qué? ¿Que bailara con él?».

¿No me iba a sacar de aquí para gritarme por cualquier motivo? ¿No me iba a ladrar en la cara y a enviarme a casa?

Me quedé quieta, intentando descubrir qué diablos estaba pasando, y apenas me di cuenta cuando tiró de mí. Me agarró la cintura con aquellas manos fuertes y me sujetó con ímpetu, pero, al mismo tiempo, sin apenas tocarme. Tenía el pecho justo delante de mis ojos y, despacio, alcé la mirada.

«Mierda».

Cuando me la devolvió, todo se detuvo excepto nuestros pies, que se movían al son de la música. Era como si me buscara la mirada por alguna razón.

Todo él... el tono de los ojos, los músculos que sentía bajo la camiseta, el modo en que sabía cómo movía el cuerpo cuando hacía el amor. Todo

él me atraía.

Me quedé sin aliento y deseé que dejara de tocarme, poder apartarme. En un minuto lo haría. En un minuto me daría por satisfecha con la calidez que llevaba meses sin sentir o el latido que volvía a notar.

En un minuto me apartaría de él.

Cerré los ojos. Solo. Un. Minuto. Más.

Hundí los dedos en sus hombros cuando metió las manos posesivas por la parte de atrás de la camiseta y me tocó la piel.

No se parecía a las caricias suaves de Aidan. Madoc extendió toda la mano y me tocó con todo lo que tenía.

Apoyé la frente en su pecho e inspiré la colonia. Noté mariposas en el estómago y sonreí cuando el cosquilleo se trasladó más abajo. Me gustaba.

Lo miré y me esforcé para que no me temblara la voz.

—Has venido con otra persona, Madoc —declaré en voz baja—. ¿Por qué bailas conmigo?

Levantó una mano, me tocó la cara con firmeza y presionó los dedos que me había puesto en la nuca.

—Haces demasiadas preguntas —se quejó con tono iracundo.

Y entonces atrajo mi cuerpo hacia él y se lanzó a mi boca.

«¿Madoc?». No pronuncié su nombre en voz alta. Tal vez lo resollé, pero me quedé totalmente quieta.

Y después fui suya.

Me estremecí y sentí humedad entre las piernas. Notar su calidez en los labios me dio hambre.

Inspiró.

—Porque me gusta cómo sabes, ¿de acuerdo? —me susurró.

Volvió a tomar mi boca con la suya, cubriéndola de calor y control, como si supiera exactamente cómo funcionaba mi cuerpo y qué necesitaba.

«Sí, sí».

Me presioné contra él y le devolví el beso. Él me rodeó la cintura con el brazo y me alzó hacia su boca.

Con fuerza.

Deslicé los dedos por la nuca y moví la lengua en su boca, masajeando y saboreándolo. Solo estábamos nosotros. Solo existía esto.

Movía los labios sobre los míos, profundizando el beso, uniendo la lengua a la mía y retorciéndola una y otra vez para acariciar el *piercing*. Me estaba devorando. Tomó el labio inferior entre los dientes y se me escapó un gemido al tiempo que cerraba los ojos por la sensación dulce.

No dolía en absoluto. Pero besarlo, tocarlo, inspirarlo era demasiado. Era como si se me sobrecargara el cuerpo y el placer me dio ganas de gritar. Me hundió los dedos en la espalda y sentí la erección debajo de los

pantalones.

«Dios, ¿qué estamos haciendo?». Estábamos en una pista de baile con mucha gente. ¡Él estaba con una chica! Jared, Tate y Jax seguramente estuvieran evitando mirarnos o se habrían ido ya. Abrí un segundo los ojos y me fijé en que nadie nos miraba. Las parejas que nos rodeaban estaban concentradas en sus acompañantes.

—Madoc —dije y apenas me salió la voz.

Apartó la cara, me puso las manos en las mejillas y nos quedamos frente a frente. Los dos respirábamos con dificultad.

—Quiero estar dentro de ti —gruñó y me acordé de la noche que pasamos en la pista de *skate* bajo la lluvia—. Pero —se irguió y bajó las manos— no voy a hacerlo.

La voz sonaba monótona, vacía de todo el calor que la impregnaba tan solo un minuto antes.

Y entonces se marchó.

CAPITULO 20

Madoc

Estuve a punto de abandonar todo el plan en el minuto en que la abracé, en el segundo en que toqué sus labios, en el instante en que jadeó mi nombre.

Pero no pensaba ni por asomo volver a verla marchar. Esta vez no. Ahora sería yo quien se fuera.

Alcé la comisura del labio mientras caminaba entre la multitud. Estaba rígida como un cubito de hielo cuando la aparté de Aidan, y luego se derritió como agua entre mis brazos. Ahora era un charco en mitad de la pista de baile.

«Yo soy el hombre».

¿Qué más daba que estuviera tan sexi sobre el escenario? ¿O que hubiera sentido celos cuando Aidan se había puesto a bailar con ella? ¿O que estuviera dispuesto a matarlo cuando le vi la mano dentro de la camiseta de ella?

«Que le dieran a él y que le dieran a ella».

—¡Que te den! —me gritó Ashtyn cuando volví a la mesa. Vi que echaba la mano hacia atrás y me aparté justo en el momento en que habría colisionado contra mi mejilla.

—¿En serio? —Alcé las manos, riendo—. Tranquila, solo ha sido una broma.

Me imaginé que había visto el beso.

—¡Eres un capullo! —gritó y se largó.

La gente que me rodeaba empezó a reír, también Jax. Jared negaba con la cabeza y Tate tenía el ceño fruncido.

—Venga ya —señalé con tono sarcástico—. Me habéis echado de menos y lo sabéis.

Tate puso los ojos en blanco, se levantó y se alisó la camiseta.

—Eso pensaba. —Miró a su alrededor y suspiró—. Portaos bien, chicos,

yo voy a sacar a Fallon del baño.

No sabía cómo la había visto Tate marcharse a la parte trasera del bar entre tanta gente, pero no tardó nada en desaparecer, abriéndose paso entre las personas que bailaban, en busca de su amiga. Tomé asiento, apuré lo que me quedaba de cerveza y me vencí hacia delante cuando Jax me dio una palmada en la espalda.

—¿No vas a ir detrás de ninguna de las dos? —me preguntó. Entrelazó los dedos en la nuca y se apoyó en las patas traseras de la silla.

—¿De Tate y Fallon? —Lo miré—. Me parece que pueden cuidarse solas.

—No, me refiero a Fallon y a Ashtyn. ¿Ashtyn no es tu novia?

«Novia». La palabra me daba ganas de enterrar la cabeza en el barro y no sacarla para respirar hasta que estuviera muerto.

—No. —Volví a mirar la pista de baile—. ¿Cuándo he tenido yo novias?

Miré a Jared al otro lado de la mesa, pero no dijo nada. No obstante, habló lo suficiente con la mirada.

Él sabía que pasaba algo y que yo estaba mal. Pero, como buen amigo que era, no sintió la necesidad de decir lo que era obvio.

Tan solo saber que estaba aquí y que lo entendía me bastaba.

Vi la camiseta roja de Tate acercándose entre la gente y me erguí cuando me di cuenta de que estaba sola.

—Bueno. —Suspiró y se llevó las manos a las caderas—. Supongo que podemos irnos ya. Me he cansado de noche.

Sonrió a Jared y compartieron una mirada que significaba que ellos no estaban cansados. Por mi parte, yo estaba confundido.

—¿Y Fallon? —pregunté.

Tate se cruzó el bolso en el pecho y apenas me miró a los ojos.

—Ah, ¿Fallon? Pues... supongo que... se va a otro bar con el chico ese que se ha sentado aquí antes. ¿Cómo se llama? ¿Aidan?

La rabia manó de todos los poros de mi piel y fruncí tanto el ceño que me dolió.

—¿Qué? —«¿Pero qué diablos?».

Tate me miró al fin y apretó los labios formando una delgada línea, como si no hubiera ningún problema.

—Sí. —Se encogió de hombros—. He ido a por ella al baño y me la he encontrado hablando con él en el pasillo. Se han ido por la puerta de atrás.

Me levanté de la silla y miré con furia a Tate.

«¿Se ha ido con él?». Mierda, no.

Sin despedirme, salí del bar. En la calle me detuve y miré a derecha e izquierda. ¿Dónde narices estaba?

El oxígeno me entraba y me salía de los pulmones con dificultad.

A la izquierda no había más que oscuridad. A la derecha había una fila de bares universitarios a los que podría haberla llevado.

Giré a la izquierda primero. Aidan no era peligroso, no había razón para sospechar que se la había llevado a un lugar tranquilo para intentar nada, pero me parecía que era mejor asegurarse antes de buscar en otros lugares públicos más seguros y con más gente.

Pisé con fuerza el asfalto y la ciudad se volvió más silenciosa conforme me alejaba.

«Maldita sea».

Iba a encontrarla, a darle un puñetazo a él y después a arreglar el automóvil de Tate para que Fallon pudiera salir de la ciudad. Esta noche.

Había tonteado con ella en el bar, la había besado hasta casi perder el control, ¿y pensaba que después permanecería invisible y callada? ¿Por qué no había dejado que se fuera esta tarde como quería?

En los tres meses que habían pasado desde la última vez que la vi me había ido bien. No era feliz, pero, como ya pasó con anterioridad, había superado la separación y continuado con mi vida. Por muy aburrida que fuera.

Ahora me encontraba buscándola y con el estómago revuelto.

Era Madoc Caruthers, yo no me enfadaba y no buscaba a las mujeres que no querían que las buscasen.

Pero no podía permitir que ella se fuera con él. Eso no sucedería.

El brillo de las farolas iluminaba toda la zona y no había visto a nadie que se pareciera a Fallon. A unas cuantas parejas por aquí y por allí, algunos estudiantes borrachos dando tumbos.

Paré en una esquina, miré de nuevo a la izquierda y exhalé un suspiro al verla por fin. Movía rápido las piernas y desapareció bajo la sombra de los árboles que tapaban la luz de la luna. Pero sabía que era ella. Esa maldita camiseta rasgada.

Pisando fuerte, el fuego y la ira me impulsaron a caminar hacia delante. Quería correr. Salir tras ella, echármela sobre el hombro y llevarla a casa.

La voz salió grave y amarga cuando grité.

—¿Adónde vas?

Se dio la vuelta y se detuvo con el ceño fruncido.

—¿Me has seguido? —me acusó.

Hice caso omiso de la pregunta.

—¿Adónde vas? —repetí.

Alzó la comisura de los labios lo suficiente para que me diera cuenta de que estaba harta de mí y no pensaba cooperar.

Pero entonces... esbozó una sonrisa siniestra y me miró de arriba abajo.

—Para odiarme tanto —comenzó mientras me miraba con fuego en los ojos—, te preocupas demasiado por mis idas y venidas. —Se pasó una mano delicada por el cuello, el pecho y continuó hacia abajo hasta la

parte interna del muslo.

«Dios mío».

Mis ojos tenían vida propia y se limitaron a seguir la mano.

Sonrió como si acabara de vencer y yo parpadeé en un intento de apartar la vista de donde tenía la mano. Se volvió y caminó aún más deprisa por la acera en dirección adonde fuera.

Fue en ese momento en el que caí en la cuenta de que estaba sola.

—¿Dónde está Aidan? —grité, pero no me hizo caso y se dirigió al parque sombrío.

En esta ocasión corrí tras ella. Me quité la camiseta azul claro y se la puse en el brazo.

—Por Dios, Fallon, hace frío y está oscuro. Toma la camiseta. —La sacudí delante de ella, pero la aparté al ver que seguía sin hacerme caso.

Puse la lengua entre los dientes para no apretarlos.

—No puedes pasear sola por el parque —bramé—. ¿Dónde está Aidan?

—¿Por qué iba a saber dónde está?

—Porque... —Me quedé callado y parpadeé con fuerza.

«Maldita Tate».

Cuando me di cuenta de que me había engañado y todavía más enfadado porque Tate hubiera permitido que Fallon anduviera por la ciudad sola y de noche, exhalé una bocanada de aire por la nariz.

Seguramente Tate había dado por hecho que saldría corriendo detrás de Fallon.

—Me parece que me han engañado. Creía que te habías largado del bar con un completo desconocido.

—Ya, muy propio de mí, ¿verdad? —El resentimiento relucía en su respuesta.

—Bueno, parecías cómoda con él en el bar. —Intenté mantener un ritmo constante y que pareciera que estaba bien. Iba prácticamente corriendo.

—¿Como tú y la morena? —comentó por encima del hombro—. ¿Me has oído quejarme, Madoc? No, porque no me importa.

«Guarra».

—Eh... —Obvié las palabras con una sonrisa relajada—. Yo he pasado página. No ha sido difícil. Igual que tú en Chicago, seguro. —Me interpuse en su camino y le corté el paso. La miré y ella tensó todos los músculos de la cara—. Después de ver lo rápido que te abriste de piernas conmigo —continué—, seguro que te lo estás pasando muy bien en la universidad.

Le brillaron los ojos y me estampó las manos en el pecho, pero apenas me tambaleé.

—Uf —gruñó. Los ojos verdes le fulguraban de rabia y el pelo parecía una tormenta en su cara.

—Venga. —Me eché a reír—. Ya sabes que me gusta que te enfades

conmigo. Te pones muy sexi y eso me excita.

Flexionó los dedos y vi la mano venir probablemente antes de que ella supiera siquiera lo que estaba haciendo. El puño aterrizó en mi mandíbula y me golpeó en la comisura de la boca. Ni siquiera traté de detenerla. Me gustaba que Fallon peleara. Siempre me había gustado.

El dolor agudo de la cara se extendió por la barbilla y apreté los labios. Aspiré y me tragué la sangre del corte que me había hecho en el interior de la boca.

Pero no paró. Me dio dos puñetazos fuertes en el pecho y le agarré las muñecas en un intento de detenerla.

—¡Te odio! —gritó. El revoloteo que sentía en el estómago se tornó carcajada y no pude contenerla.

Me eché a reír y ella perdió los estribos.

Sacudió los brazos, intentó apartarse y pegarme, y al final dejé que su cuerpo colisionara contra el mío y caímos al suelo. Ella aterrizó encima de mí, pero rápidamente cambié posiciones y me coloqué yo arriba.

No gritó, gracias al cielo, solo se contoneó y me lanzó dardos con la mirada. Estaría en un buen aprieto si aparecía la policía en ese momento. La gente no iba a entender este tipo de «conversación». No pensaba hacerle daño, solo quería acaparar su atención.

Le inmovilicé los brazos en el suelo, a ambos lados de la cabeza, y me agaché para susurrarle al oído.

—¿Qué he dicho? —bromeé, y sentí su pecho subir y bajar contra el mío—. ¿No te lo estás pasando bien en la universidad o es que te cabrea que te lo diga? No te avergüences de ir con unos y con otros por ahí, Fallon. Es genética. Al fin y al cabo, eres hija de tu madre.

—¡Aaaah! —rugió. Intentó apartarme, pero la empujé con fuerza.

—¡Venga! —continué al ver las lágrimas en los ojos que tanto ansiaba—. Venga, ¡admítelo!

Su rostro, al rojo vivo por la resistencia fiera que estaba oponiendo, parecía a punto de estallar.

Y entonces gritó.

—¡Yo nunca he estado con nadie más que tú, capullo!

Y me detuve. Todo se detuvo.

Me quedé sin aire. Se me revolvió el estómago. No me importaba que el corazón me martilleara como si fuera un bate de béisbol en el pecho.

«¿Qué acababa de decir?».

La estudié con los ojos entrecerrados. Respiraba entre dientes y me miraba como si quisiera destrozarme.

—Con nadie —bramó—. Y ahora suéltame antes de que chille.

No podía creérmelo.

—En los dos años que hemos estado separados ¿no ha habido nadie más? —pregunté, todavía encima de ella.

—Los habrá. —El susurro amenazante sonó más aterrador que los gritos—. Pienso convertirte en un recuerdo lejano.

La observé con mirada desafiante y, sin saber por qué, también se me empezó a hinchar el pene. A lo mejor era por la posición en la que nos encontrábamos, por el ardor de la batalla o la necesidad de que se viniera abajo, pero de repente quería tocarla.

Vi el brillo plateado del *piercing* de la lengua a través de los dientes y me pasé, involuntariamente, la lengua por la parte trasera de los dientes de abajo al recordar cómo la sentía en la boca en el bar.

Su respiración se estaba tranquilizando y se lamió los labios sin vacilar ante mi mirada.

Hablé con voz suave y baja, quería acercarme a ella.

—Puedes comportarte como si no tuvieras corazón, como si pudieras tragarte tu conciencia con todo el daño que infliges. Pero yo veo a través de ti, Fallon. La realidad es que me deseas desesperadamente. —Cerró la boca y tragó saliva—. Siempre me has deseado. ¿Y sabes por qué? Porque yo no intento matar tus demonios. Yo los acepto.

Su pecho empezó a subir y bajar con rapidez de nuevo y titubeó.

—Y yo nunca he dejado de desearte —añadí antes de tomar su boca.

Gimió y me sentí como si estuviera en mitad de un festín. No podía besarla lo suficiente. Cuanto más movía los labios, más hambre sentía.

«Más, más, más». Tenía el cuerpo en llamas. ¿Cómo conseguía provocar siempre esto en mí?

Estiré las piernas, pegué el cuerpo al suyo y le solté las muñecas para apoyar las manos en el suelo. Me preparé para hacer una voltereta lateral cuando me pegara, pero en lugar de hacerlo, me agarró la cara con las manos y profundizó el beso.

Su boca caliente y suave conectó con la mía y abrí los labios para que jugara con la lengua. Cada vez que el *piercing* acariciaba una parte de mi boca, se me levantaba la polla.

—Madre mía, Fallon. Esa maldita lengua —resollé y volví a buscar más. La bola que tenía en la boca me excitaba hasta el punto de querer limitarme a besarla únicamente el resto de la noche.

Pero... escuchar que solo había estado conmigo me hacía sentir un montón de cosas distintas que ahora mismo era incapaz de analizar. Lo único que sabía era que ahora quería ser su primera vez en todo. No me preocupaba que me comparase con otros chicos. Solo me preocupaba estar a la altura de sus fantasías.

Lo que, por extraño que pareciese, era una misión ardua. Quería dárselo todo.

Me tumbé a su lado en el suelo y no interrumpí el beso mientras deslizaba la mano por su cuerpo y la introducía en los *jeans*.

—Uf. —Me aparté. Abrí mucho los ojos y la miré.

No llevaba ropa interior. Tan solo los pantalones. Bajé aún más la mano y hallé lo que tanto ansiaba entre las piernas. Esbocé una sonrisa. Encontré el centro con los dedos y sentí que ya estaba húmeda. Echó la cabeza hacia atrás y jadeó.

—¿Sabes lo mucho que me excitas? —La pregunta sonó más a acusación—. Estás tan húmeda y perfecta.

«Mía».

Metí dos dedos y estuve a punto de perder la razón. El calor. La humedad en torno a mis dedos.

—Quiero entrar —le dije, moviendo los dedos más rápido.

—Madoc, por favor —me pidió y me agaché para rozar con la lengua la oreja. Se estremeció y apoyó la cabeza en mí.

—Todavía no. Quiero regalarte otra primera vez.

Me incorporé sobre una rodilla para colocarme una vez más por encima de ella, saqué la mano de los *jeans* y le subí la camiseta hasta debajo del pecho. Posé la boca sobre el vientre y deposité pequeños besos ahí, trazando una línea hacia abajo, hasta el borde de los pantalones.

—Madoc, no. —Me agarró la cabeza y se alzó un poco—. Nos va a ver alguien.

—No me importa.

Le desabotoné los pantalones de tiro bajo, bajé la cremallera y apenas los había bajado hasta las rodillas antes de lanzarme a saborearla.

Estábamos a principios de octubre y ya hacía un frío del demonio, pero yo estaba que ardía.

Fallon tenía el cuerpo cálido y la miré mientras retorció la lengua en el clítoris. Me reí cuando la vi asomándose entre las manos.

Estaba avergonzada y yo estaba eufórico. Puede que yo fuera la única persona que hubiera estado dentro de ella, pero eso no significaba que nadie le hubiera hecho esto. Ahora sabía que, efectivamente, nadie se lo había hecho.

Mi pene, mi boca, mi lengua. Fallon era mía.

Bajé la lengua a la protuberancia hinchada y la moví en círculos. Enseguida apartó las manos del rostro sonrojado y me agarró por el pelo.

Empezó a mover las piernas, la izquierda y luego la derecha, y me di cuenta de que intentaba quitarse por completo los *jeans*.

«Buena chica».

Me incorporé, agarré el bajo de los pantalones y tiré de ellos para lanzarlos no sé adónde.

—Joder —murmuré entre dientes con la vista puesta en ella, con la camiseta subida y el resto del cuerpo desnudo.

Volví entre sus piernas y me agarró del pelo cuando la lamí con suavidad y después retorció la lengua en el clítoris.

—Madoc —resolló, y se presionó ella misma contra mi lengua—. Me encanta. Haz que me corra, por favor.

Se me puso tenso todo el cuerpo, estaba ardiendo de cintura para abajo. Tenía el pene presionado contra los *jeans* y notaba el sudor bajar por mitad de la espalda debajo de la camiseta.

No podía seguir mucho más así.

No se trataba de desearla, sino de necesitarla. Sentí un fuego en el vientre al tenerla de nuevo y me deshice de la idea de que ella no me necesitaba a mí. Podría admitirlo u ocultarlo, pero manaba de ella como si fuera luz.

Posé la boca en ella, la devoré e hice que gimiera aún más. Chupé y mordisqueé, lamí y entré en su interior.

—Dios mío, Madoc. —Eché hacia atrás la cabeza, la respiración le iba a mil por hora y le temblaba el cuerpo. La agarré por las caderas y estuvo a punto de arrancarme el pelo cuando tuvo el orgasmo.

No la ayudé a volver a la Tierra cuando se estaba estremeciendo.

Retrocedí, me senté sobre los talones y saqué un preservativo de la cartera. Antes de que siquiera hubiera abierto los ojos, había rasgado el envoltorio, me había puesto la goma y había coronado la entrada. Quería estar dentro de ella antes de que se acabara el orgasmo. Me incliné y, jadeando igual de fuerte que ella, me agarré la camiseta negra, me la quité y la tiré a un lado. Me apoyé con una mano en el suelo y me llevé la otra a la entrepierna, que tenía dura y lista para ella. Fallon se alzó del suelo, me rodeó el cuello con los brazos y me besó con fiereza.

Restregué la punta del pene contra el clítoris y ella volvió a estremecerse en mis labios.

—Túmbate —dije entre dientes—. Te necesito.

En cuanto cayó al suelo, extendió más las piernas y metí la punta dentro de ella. La agarré por la cadera para sujetarla y entré por completo.

—¡Ah! —gimoteó y yo cerré los ojos y dejé escapar un gruñido grave.

Le rodeé la rodilla con el brazo y le agarré el muslo para tirar de ella hacia mí todo lo que pudiera.

—Madoc —suspiró. Estaba perdida, anhelaba más y más. Me agarró el trasero por dentro de los *jeans* y me estremecí cuando hundió las uñas. Me encantaba.

—Eso es —resollé, entrando y saliendo de ella a un ritmo rápido—. Tócame, Fallon.

Me tocó el trasero y después subió a la espalda y me tiró de la cabeza para que la besara. Estaba como loca. Me lamí el cuello, me chupó la oreja y se lanzó a mi boca con fuerza.

—Más rápido, Madoc —me susurró al oído—. Con fuerza.

Retrocedí y, todavía apoyado con una mano en el suelo y la otra en su

pecho, empujé y apreté con fuerza con cada embestida.

Tenía el pelo disperso por la hierba fría y la miré fascinado mientras movía el cuerpo adelante y atrás en el suelo cada vez que entraba en ella.

Fallon me tenía consumido y, aunque sabía que podría sobrevivir sin ella, no quería. La quería en mi cama, en mi regazo, sentada a la mesa de mi casa a la hora de cenar y bajo mi brazo cada maldito día de ahora en adelante.

Esta era mi chica y por fin entendía por qué Jared necesitaba tanto a Tate. Por qué le había hecho daño cuando pensó que no podría amarla.

Simplemente la deseaba.

Fallon me miró, se mordió el labio inferior y endureció la mirada. Se tensó alrededor de mi pene y supe que estaba a punto de llegar al orgasmo.

—Quédate conmigo —le pedí, con la mirada fija en ella.

Con cada embestida ella gemía y me suplicaba con los ojos de color esmeralda. Me preparé y apreté la mandíbula.

Al fin cerró los ojos y gritó, y yo también me dejé llevar. Tensó los músculos a mi alrededor cuando le sobrevinieron los espasmos y yo empujé dos veces más antes de desbordarme y desplomarme.

Me quedé tumbado, con la cabeza en su hombro, nuestras respiraciones agitadas como único sonido en el parque silencioso.

«Mierda».

Ni siquiera quería mirar a mi alrededor para ver si nos había descubierto alguien. Ella había sido bastante ruidosa y yo sentía que la piel se me templaba y el corazón se me aceleraba.

Volvió la cabeza hacia mí y me enderecé a centímetros de su boca. Separó los labios y me suplicó con los ojos, llenos de dolor y dicha.

Acepté la invitación y la besé, envolviéndola con los brazos y cubriéndola con mi cuerpo.

La fuerza de sus labios colisionó contra la mía y profundizamos el beso.

—Madoc. —Se estremeció entre mis labios—. Yo...

—Shhh. —Volví a besarla.

Teníamos que hablar. Pero esta noche no.

Esa noche me acosté en el sofá de la casa de mi padre. No quería presionar a Fallon demasiado, ni demasiado rápido. Nuestro espectáculo de medianoche en el parque era suficiente para asustarla y me enfadaba la necesidad que sentía de andar con pies de plomo con ella.

Nunca me había importado tanto ninguna otra chica y no sabía si solo me pasaba a mí o si también le sucedía a ella. Habíamos empezado muy jóvenes, tal vez me hubiera echado a perder y ya no pudiera estar con otras mujeres. No lo sabía y no estaba de humor para pensar en si la

quería o no.

Opté por el hecho de que sencillamente no había terminado con ella.

Así pues, retrocedí y no insistí en que compartiéramos cama. Preferí dejar que descansara un poco.

Tate y Jared ya estaban en casa cuando Fallon y yo llegamos. No los vi, pero sí oí algunos ruiditos que provenían de su habitación y me dejaron claro que no estaban dormidos.

Depositó un largo beso en los labios de Fallon antes de desearle buenas noches.

Pero a la mañana siguiente fue Jared quien me despertó.

—Eh, nos vamos ya —me dijo.

Me restregué los ojos con el talón de las manos.

—¿Se ha levantado todo el mundo? —pregunté y me senté.

Jared dejó dos bolsas de lona en el vestíbulo, junto a la puerta.

—Sí, pero Fallon ya se ha ido.

Lancé las piernas por encima del borde del sofá y apoyé los codos en las rodillas.

—¿Qué? —pregunté y lo miré como diciéndole que más le valía estar de broma.

—Creo que ha despertado a Jax temprano para arreglar el automóvil.

—Me lanzó una mirada cómplice—. Por supuesto, no les ha llevado mucho tiempo, ya que solo ha tenido que conectar la mariposa, así que se fue hace una hora. —Se quedó callado y me miró, mascando chicle y esperando a que yo dijera algo.

—¡Increíble, joder! —grité. Tomé un jarrón de la mesa, lo lancé y se estrelló contra la pared.

Me dejé caer en el sofá de cuero marrón y me pasé las manos por la cara, exasperado.

«¿Qué narices?».

—¿Qué pasa? —preguntó Jax, que aparecía en ese momento. Volví a apoyar la cabeza en el sofá, cerré los ojos y entrelacé las manos encima de la cabeza.

—Nada —respondió Jared—. Yo me ocupo.

No oí a Jax marcharse, pero cuando bajé las manos y abrí los ojos, ya no estaba. Jared rodeó la mesa y se sentó en el sillón de cuero a juego con el sofá.

—Ha vuelto a Shelburne Falls a pasar el resto del fin de semana. Le ha escrito su madre para decirle que necesitaba que fuera —comentó. La ira que sentía dentro originó una niebla en mi cabeza demasiado espesa para dejarme pensar.

Jared metió la mano en el bolsillo de la sudadera y me dio la sensación de que estaba sacando una llave.

—Nosotros nos vamos ya —comentó mientras seguía tocando algo—.

Vamos a ir a ver a nuestros padres y Tate tiene una carrera esta noche. Podrías venirte.

Negué con la cabeza, todavía sin mirarlo.

«¿Estaba loco?».

Me tendió una llave.

—De la casa de Tate —explicó—. Fallon se queda esta noche allí. El señor Brandt se va a la ciudad por negocios esta tarde y yo me llevaré a Tate a la habitación de tu casa. Ve y resuelve este asunto.

Sacudí la cabeza.

—Ni hablar. Estoy harto.

¿Qué diablos había hecho Fallon por mí? Esta era la gota que colmaba el vaso. Si no podía sincerarse y comportarse de un modo normal, no merecía la pena.

Jared se puso en pie y me lanzó la llave al pecho, cubierto por la camiseta.

—Ve —replicó— y arregla esta mierda. Quiero a mi amigo de vuelta.

—No —repetí—. No voy a ir otra vez detrás de ella.

—Le conté a todo el instituto lo de mi osito de peluche para recuperar a Tate. —Me miró con el ceño fruncido—. Inténtalo mejor.

Pero no podía. Fallon sabía que la deseaba. Tenía que saber que me importaba. Pero no confiaba en ella. Estaba jugando conmigo y no conocía el motivo.

Cuando estuviera preparada para hablar, me encontraría.

CAPITULO 21

Fallon

—¿Papá? —Levanto la mirada desde la cama del hospital en la que me he quedado dormida. Está junto a mí con un jersey de color crema y un blazer marrón de cuero. Huele a café y a Ralph Lauren.

Me examina el cuerpo con ojos cansados y llenos de dolor.

—Mira lo que te he hecho.

Arrugo la cara y me empiezan a lagrimear los ojos.

—Papá, lo siento. —Se me queda atascado un sollozo en la garganta y espero que él me consuele.

Lo necesito, él es cuanto tengo.

El vacío. La soledad. Ahora estoy sola. No tengo a nadie. Mi madre se ha ido. No me va a llamar. El bebé se ha ido. Me llevo las manos al vientre de forma instintiva y solo siento un latido apagado en lugar de amor.

Me arden los ojos y aparto la mirada. Empiezo a llorar en la habitación silenciosa y oscura.

Esta no es mi vida. No se suponía que tenía que ser así. No se suponía que yo lo fuera a querer. No se suponía que tuviéramos que separarnos.

Pero después del aborto todo se hundió en el barro y no podía seguir caminando. No podía comer. El dolor que sentía en el pecho tan solo aumentaba y estaba agotada todo el tiempo por la preocupación y el dolor de cabeza. ¿Dónde estaba él? ¿Estaba intentando buscarme? ¿Pensaba en mí?

No me había dado cuenta, hasta que me habían separado de él, de lo mucho que lo quería.

Mi madre decía que era un encaprichamiento. Una obsesión. Que lo superaría. Pero la frustración y la pena eran cada día más profundas. En el internado suspendía. No tenía amigos.

Al fin regresé a Shelburne Falls y me enteré de que Madoc había pasado página tal y como había dicho mi madre. Él no estaba preocupado por mí

ni un poquito. Lo único que tenía en mente era la chica que tenía la cabeza entre sus piernas. Retrocedí, salí corriendo de la casa y volví al automóvil de mi padre, que le había robado. Y aquí estaba ahora, tres días después, con laceraciones en los brazos y un dolor profundo en el pecho.

Se me entrecorta la respiración y me quedo rígida cuando mi padre me aparta la manta y la sábana y las lanza al suelo.

—¿Qué haces, papá? —me quejo al ver la fiereza en sus ojos verdes.

Tira de mí para levantarme de la cama y me aprieta tanto el antebrazo que me escuece la piel.

—¡Ah, papá! —lloriqueo, renqueando mientras me lleva al baño. Siento el brazo estirado, como si fuera a arrancármelo en cualquier momento.

¿Qué hace?

Veo que abre el grifo del lavabo y empieza a llenarlo de agua. Hunde los dedos de la otra mano en mi brazo y me pongo a hiperventilar.

Me tira con fuerza del brazo para acercarme más a él.

—¿Quién eres? —me grita.

Las lágrimas caen y sollozo.

—Tu hija.

—Respuesta incorrecta. —Me agarra por la nuca y me mete la cara en el lavabo lleno de agua.

¡No!

Resuello y trago agua sin querer mientras me sujeta la cabeza. Doy golpes con las manos a ambos lados del lavabo para deshacerme de su agarre, pero es demasiado fuerte. Sacudo la cabeza y deslizo las manos resbaladizas debajo de mí en un intento de resistirme.

Tengo agua en la nariz y cierro los ojos al notar el ardor.

De repente, me saca del agua.

—¡Para, papá! —Toso y escupo, me gotea agua del pelo y la barbilla.

Su voz resuena a mi alrededor.

—¿Quieres morir, Fallon? —Me mueve la cabeza, enfadado—. Por eso has hecho esto, ¿no?

—No... —respondo antes de que me meta de nuevo la cabeza en el agua, dejándome sin aire. Apenas me da tiempo a pensar o a prepararme. La mente se me vuelve negra mientras lloriqueo en el lavabo poco profundo.

Mi padre no va a matarme, me digo a mí misma. Pero me duele. Me escuecen los brazos y me parece que me están sangrando de nuevo los cortes.

Me saca otra vez y le agarro la mano, que tiene en mi nuca, llorando.

—¿Quién eres? —vuelve a preguntar.

—¡Tu hija! —Me tiembla el cuerpo de miedo—. ¡Para, papá! ¡Soy tu hija!

Estoy llorando y temblando, me cae agua de la parte delantera del camisón y por las piernas.

—Tú no eres mi hija —ruge junto a mi oreja—. Mi hija no abandona. En

la calle no había marcas de haber derrapado, Fallon. ¡Te estrellaste contra el árbol a propósito!

Niego con la cabeza. No. No, no. Yo no me choqué a propósito.

Se me llena la boca de saliva espesa y cierro los ojos. Recuerdo marcharme de la casa de Madoc y esconderme en la de mi padre, cerca de Chicago. Tomé uno de sus vehículos y... no, yo no me choqué contra el árbol.

Me tiembla el cuerpo y me duele la garganta.

Solo solté el volante.

Dios mío.

Inspiro aire todo lo rápido que puedo y gimoteo. ¿Qué me ha pasado?

Me tambaleo cuando mi padre me estampa contra la pared que hay junto al lavabo. Antes de que me dé tiempo siquiera a enderezarme, me pega en la mejilla y me estremezco cuando noto el dolor bajar por el cuello.

—¡Para! —rujo con la vista borrosa.

Me agarra por los hombros y me lanza de nuevo contra la pared. Profiero un grito.

—Oblígame a parar —me reta.

Le estampo el puño en el pecho y lanzo todo el cuerpo.

—¡Para!

Retrocede para mantener el equilibrio, pero vuelve a acercarse y me agarra la cabeza con ambas manos.

—¿Crees que no me dolió que tu madre te llevara con ella? —pregunta y noto abatimiento en su mirada—. Me puse a darle puñetazos a todas las paredes de la maldita casa, Fallon. Pero me lo tragué todo, porque eso es lo que hacemos. Nos tragamos toda la mierda que nos ofrece este mundo hasta que las paredes que tenemos dentro son tan fuertes que nada es capaz de romperlas. —Baja la voz y suena aún más intenso—. Y eso hice yo. Permití que te llevara con ella porque sabía que esa puta te haría fuerte.

Aprieto los dientes e intento reprimir las lágrimas cuando lo miro. Quiero a mi padre, pero no puedo quererlo por dejar que mi madre se fuera conmigo. Supongo que pensaba que era un modo de esconderme de sus enemigos. ¿Vivir con mi madre me había vuelto fuerte? Por supuesto que no. Aquí estaba, lloriqueando y destrozada. No soy fuerte.

—¡No vas a abandonar! ¡No vas a rendirte! —me grita—. Habrá otros amores y otros bebés —aúlla, sacudiéndome la cabeza entre las manos y taladrándome con una mirada dura—. Ahora, ¡trágate el dolor! —brama—. ¡Trágate!

Sus gritos me rompen por dentro y dejo de llorar. Lo miro con los ojos muy abiertos.

Me sujeta la cabeza con fuerza, obligándome a sostenerle la mirada, y me concentro, busco algo a lo que aferrarme. Nada. Me concentro en el punto más pequeño que encuentro, el centro de sus pupilas negras.

No parpadeo. No me muevo.

Tiene el centro del ojo muy oscuro e intento imaginar que esto es lo que se siente al cruzar el espacio a la velocidad de la luz. No hay nadie en mi mundo aparte de él. El aro dorado que rodea el punto negro centellea y me pregunto por qué no he heredado ese detalle en mis ojos verdes. La parte blanca de los iris parece luz y el anillo de color esmeralda, antes de llegar al blanco de los ojos, parece formar ondas como en el agua.

Antes de que me dé cuenta, nuestra respiración se sincroniza y él marca el ritmo que yo sigo.

Inspirar, espirar.

Inspirar, espirar.

Inspirar, espirar.

La cara de Madoc aparece en mi mente y tenso la mandíbula. Recuerdos del aborto irrumpen en la imagen y aprieto los dientes. La voz de mi madre se cuela en mis oídos y succiono hasta dejar la lengua seca, tomándolo todo, a todos, y me trago el enorme nudo que tengo en la garganta. Noto que todo me sale de la cabeza.

Sigue dentro de mí. Pesado.

Pero ahora es más ligero, lo tengo enterrado en el estómago.

Mi padre me suelta la cabeza y me acaricia la mejilla con el pulgar mientras me sostiene la barbilla.

—¿Quién eres ahora? —repite.

—Fallon Pierce.

—¿Y dónde naciste?

—Boston, Massachusetts —digo con voz tranquila.

Retrocede un paso, dejándome espacio.

—¿Y qué quieres hacer con tu vida? —pregunta.

Lo miro al fin.

—Quiero construir cosas —susurro.

Alcanza una toalla de una estantería que hay a mi lado y me la tiende. Me la llevo al pecho, ya no siento frío. No siento nada.

Se acerca, me da un beso en la frente y me mira a los ojos.

—Nada de lo que ocurra en la superficie del mar puede alterar la calma de sus profundidades. —Cita a Andrew Harvey—. Nadie puede arrebatarte quién eres, Fallon. No le des a nadie ese poder.

No había llorado desde ese día, que de repente me había venido a la memoria. Había estado a punto, pero, en dos años enteros, no había derramado ni una sola lágrima. Mi padre me tuvo en casa durante una semana entera para que se me curaran las heridas de los cortes producidos por los fragmentos de cristal del parabrisas, pero después me mandó de vuelta al internado para que continuara con mi vida.

Y eso había hecho. Eso era algo que todo el mundo tenía que aprender por sí mismo. La vida continúa, las sonrisas volverán y el tiempo sana algunas heridas y suaviza las que no puede sanar.

Mis notas mejoraron, hice unos cuantos amigos y me reí mucho.

Aunque no fui capaz de olvidar. La traición dejaba una herida profunda y eso fue lo que me llevó de vuelta a la ciudad el pasado junio.

No esperaba que Madoc siguiera afectándome.

Me deseaba, eso lo sabía. Lo sentía. Pero ¿por qué? ¿Qué había hecho yo para merecerlo?

Me había sido fiel cuando teníamos dieciséis años, de eso estaba segura. No podía seguir odiándolo por querer pasárselo bien cuando pensaba que yo lo había abandonado por decisión propia.

Debería de contarle demasiadas cosas. Cosas que tenía derecho a saber. Pero luego sentía que le había contado demasiado.

Madoc estaba mejor sin mí. Nuestra relación comenzó en el lugar equivocado. No teníamos nada que construir juntos. No me conocía ni sabía qué me interesaba. No hablábamos de nada.

Una vez que se hubiera sentido satisfecho con el sexo, me habría dejado. Y eso sin tener en cuenta al bebé. Si se hubiera enterado, habría huido, sin duda. Madoc no estaba preparado para algo tan importante. No sabía si lo estaría algún día.

Subí el volumen de *Far from Home*, de Five Finger Death Punch y reprimí la culpa de camino a Shelburne Falls mientras conducía a casa por petición de mi madre. Me había mandado un mensaje esta mañana para decirme que tenía cosas que hacer en casa. Si no iba a recoger lo que había dejado ese verano, acabaría en la basura.

Sacudí la cabeza y me pasé la mano por encima de los ojos agotados.

Tecleé el código de la puerta y entré con el G8 de Tate cuando las barras de metal negras se abrieron.

Era sábado por la mañana y el cielo de octubre estaba ligeramente salpicado de nubes. Fuera hacía frío, pero no me había traído abrigo y había optado por la camiseta de manga larga de rayas negras y grises y unos *jeans*. Seguía con el pelo suelto de la noche anterior, pero me lo había atusado esta mañana, después de ducharme. No sabía por qué, pero quería que el olor de Madoc se me quedara impregnado en el pelo junto a las briznas de hierba que aún tenía. Las ondas largas me caían meciéndose por los pómulos y alcancé las gafas del asiento del copiloto cuando aparqué delante de la casa de los Caruthers, detrás del BMW de mi madre.

Me pusieron las gafas para leer hace años, pero las llevaba prácticamente todo el tiempo. Hacían que me sintiera segura.

Entré en la casa, atravesé el vestíbulo hasta el pasillo que había junto a las escaleras y conducía a la parte de atrás de la casa, donde seguro que encontraba a Addie en la cocina.

La vivienda tranquila parecía ahora distinta. Casi vacía, como si no

estuviera llena de recuerdos, historias y una familia. El frío del suelo de mármol penetró por las deportivas y subió por las pantorrillas, y los techos altos ya no conservaban el calor como por obra de magia.

Miré por la puerta de cristal del patio y vi a Addie barriendo junto a la piscina, que estaba cubierta, preparada para el invierno que se acercaba. Cuando miré más allá, me di cuenta de que también el *jacuzzi* estaba cubierto. Cuando vivía aquí, se seguía usando durante los meses fríos, igual que los muebles del jardín y la barbacoa. Al padre de Madoc le encantaba hacer asados y él y Madoc salían a cocinar filetes en la barbacoa en enero.

Ahora todo el patio parecía vacío. Las hojas secas caían por aquí y por allá y parecía que Addie no progresaba mucho. Ni siquiera parecía estar intentándolo.

En esta casa había problemas, pero también una historia de risas y recuerdos. Ahora todo parecía muerto.

Abrí la puerta corredera de cristal y caminé por el suelo de piedra.

—¿Addie?

No me miró y su voz, baja y grave, no me pareció acogedora como la última vez.

—Fallon.

Me quité las gafas y me las metí en el bolsillo trasero.

—Addie, lo siento mucho.

Se mordió los labios.

—¿Sí?

No tuve que especificar qué era lo que sentía. A ella no se le escapaba nada con respecto a esta casa y estaba segura de que sabía que lo del divorcio era culpa mía. Que habían echado a Madoc por mi culpa.

—Sí —le aseguré—. No quería que esto acabara así.

Y era verdad. Quería ser yo quien dejara a Madoc y quería que Jason y mi madre pasaran apuros, pero no sabía que mi madre se resistiría tanto al divorcio o que Madoc se vería envuelto en el problema.

La verdad era que no había pensado en Addie.

Espiró por la nariz y siguió barriendo con el ceño fruncido.

—Esa bruja se cree que va quedarse con la casa —murmuró—. Se la va a quedar, va a venderlo todo y abandonarla.

Me acerqué más a ella.

—No lo hará.

—Da igual, supongo —me interrumpió con tono resentido—. Jason pasa la mayor parte del tiempo en la ciudad o en la casa de Katherine, y Madoc lleva meses sin venir aquí.

Aparté la mirada, con la culpa pintada en el rostro.

«He sido yo».

Empezaban a escocerme los ojos, así que los cerré y tragué saliva.

«Voy a arreglarlo». Tengo que hacerlo. No debería de haber vuelto nunca. Madoc estaba bien. A todos les iba bien antes de que yo llegara.

Esta casa, que antaño estaba viva, llena de risas y fiestas, ahora estaba vacía, y la familia de Addie, a la que tanto quería ella y de la que había cuidado, estaba separada y rota. Llevaba los últimos tres meses prácticamente sola. Por mi culpa.

Retrocedí. Sabía que no querría oír otra disculpa. Me di la vuelta y me dirigí a la puerta.

—Tus cosas siguen en tu habitación —me informó y me volví de nuevo—. Y tienes algunas cajas en el sótano.

«¿Qué?». Yo no tenía nada en el sótano.

—¿Cajas? —pregunté, confundida.

—Cajas —repitió, todavía sin mirarme.

«¿Cajas?».

Entré en la casa, pero, en lugar de subir a recoger la ropa que había dejado meses antes, fui directa a la puerta del sótano, que estaba al lado de la cocina.

No tenía ningún sentido, yo no tenía nada ahí abajo. Mi madre había tirado todo lo que había en mi dormitorio y, para empezar, tampoco había traído muchas cosas cuando me vine a vivir aquí.

Bajé las escaleras bien iluminadas y apenas hice ruido al descender debido a la moqueta.

Una casa tan grande como esta tenía un sótano igual de grande, con cuatro habitaciones. Una estaba concebida como una habitación extra y otra era la despensa de licores del señor Caruthers. También había una habitación para guardar los adornos de las vacaciones y luego estaba una gran zona abierta que servía de centro de juegos y tenía consolas con videojuegos, una mesa de billar, otra de hockey de aire, un futbolín, una pantalla plana gigante y cualquier entretenimiento para que un adolescente como Madoc pudiera pasar el rato con sus amigos. También había un frigorífico lleno de refrescos y sofás para relajarse.

Pero lo único que me gustaba de bajar aquí era algo que el señor Caruthers había decidido que necesitaba para mí misma.

Mi medio tubo de *skate*.

Pensó que era una forma de que Madoc y yo creáramos un vínculo y, como yo no tenía amigos, me servía para acercarme a los de Madoc. Mientras ellos jugaban, yo también podía entretenerme.

Pero no funcionó.

Me mantenía alejada de aquí cuando estaba Madoc y venía a practicar en otros momentos. No era tanto por él, sino por sus amigos. Jared me parecía una persona muy malhumorada y los demás eran idiotas.

Miré la amplia zona y me di cuenta de que todo estaba immaculado.

Las alfombras de color beis parecían nuevas y la madera olía a brillantador. La luz entraba desde las puertas del patio que daban afuera, al patio del nivel bajo que había a un lado de la casa. Las paredes seguían llenas con un montón de cosas de Notre Dame: banderas, banderines, fotografías enmarcadas y recuerdos.

Una de las paredes tenía fotos familiares, la mayoría de Madoc. Madoc abriendo los regalos de Navidad cuando tenía ocho o nueve años. Madoc colgando del poste de la portería en un campo de fútbol con diez u once años. Madoc y Jared bajo el capó de su GTO mientras Madoc hacía un gesto ridículo con las manos.

Y entonces vi una en la que salíamos él y yo. En medio de la pared, encima del piano. Estábamos fuera, junto a la piscina, y Addie quiso hacernos una fotografía. Tendríamos unos catorce o quince años. Estábamos de espaldas, apoyados el uno en el otro, con los brazos cruzados. Recordaba que Addie había intentado que Madoc me echara un brazo por el hombro en un gesto fraternal, pero esta fue la única forma en la que estábamos dispuestos a posar.

Estudié de cerca la fotografía y me di cuenta de que miraba a la cámara con el ceño fruncido. Sin embargo, había un principio de sonrisa. Intentaba parecer aburrida a pesar de las mariposas que me revoloteaban en el estómago; me acordaba de todo. Mi cuerpo ya había empezado a reaccionar a Madoc y lo odiaba.

La cara que él tenía era...

Tenía la cabeza vuelta hacia la cámara, pero agachada. Esbozaba una sonrisa diminuta que parecía desear salir a la luz.

«Menudo diablillo».

Me di la vuelta y pasé la mano por el piano viejo que Addie aseguraba que Madoc seguía tocando. Aunque ya no, pues se había marchado a la facultad.

Tenía la tapa puesta y había partituras encima. Sin embargo, en el atril tenía a Dvořák. Madoc siempre se había inclinado más por los compositores del Este de Europa y Rusia. Ni siquiera me acordaba de la última vez que lo había oído tocar. Qué curioso, era todo un exhibicionista con cosas que no importaban y al contrario cuando sí eran importantes.

En ese momento me tropecé con algo. Miré debajo del piano y vi unas cajas blancas de cartón. Me arrodillé, saqué una y me fijé en que había otras diez más debajo.

Le quité la tapa y me quedé tan quieta que tan solo el latido del corazón hacía que me moviera.

«Dios mío. ¿Mis cosas?».

Me quedé mirando una caja llena de Legos. Aquí estaban todos los robots, los vehículos de control remoto y cables, revueltos con piezas

sueltas.

Me lamí los labios secos y rebusqué. Saqué un Turbo Quad que hice cuando tenía doce años y un Tracker que acababa de empezar antes de marcharme.

«¡Estas eran las cosas que tenía en mi dormitorio!».

Estaba eufórica, sonreía como una idiota y me daban ganas de echarme a reír. Miré debajo del piano y saqué otras dos cajas.

Les quité las tapas y jadeé, sorprendida, al ver las copias de plano y otra caja de Legos. Revolví los papeles y me sobrevinieron recuerdos de las ocasiones en las que me había sentado en mi habitación con el bloc de dibujo y había diseñado rascacielos y barcos.

Sentí un hormigueo en los dedos y solté una carcajada temblorosa. Me reí como llevaba tiempo sin reír.

¡No podía creérmelo! ¡Eran mis cosas!

Volví a meterme debajo del piano y me di un golpe en la cabeza con el borde.

—Au —me quejé y me froté la frente. Saqué otra caja, más despacio esta vez.

Rebusqué entre las cajas y encontré todo lo que creía perdido y cosas que ni siquiera recordaba que tenía. Monopatines, pósteres, joyas, libros... casi todo lo que había en mi habitación, menos la ropa.

Me senté en el suelo con las piernas cruzadas y me quedé mirando todas las cosas que me rodeaban. Me sentía extrañamente desconectada de la chica que era antes y, al mismo tiempo, feliz de haberla encontrado de nuevo. Todas estas cosas representaban una época en la que dejé de escuchar a los demás y empecé a escucharme a mí misma. Cuando paré de intentar ser quien ella quería y empecé a ser yo.

Estas cajas eran Fallon Pierce y no las había perdido. Cerré los ojos y me aferré a la nutria marina de peluche que me regaló mi padre de SeaWorld cuando tenía siete años.

—Madoc.

Abrí los ojos de golpe y vi a Addie en las escaleras. Tenía los brazos cruzados y exhaló un suspiro.

—¿Madoc? —pregunté—. ¿Él lo guardó todo?

—Se vino abajo cuando te marchaste. —Se apartó de la pared y se acercó a mí—. Se tomaba el licor de su padre, las fiestas, las chicas... estuvo varios meses dando tumbos.

—¿Por qué? —susurré.

Me miró y sonrió antes de continuar.

—Seguro que Jason encontró la vocación por él. Madoc y su amigo Jared sembraron el caos como nadie el verano después del segundo curso. Una noche entró en tu habitación y vio que tu madre lo había quitado todo y la había redecorado. Pero no había guardado nada, lo

había tirado.

Sí, eso ya lo sabía, aunque el dolor del pecho no se extendió. Si ella lo tiró, entonces... Bajé la mirada y cerré los ojos al sentir de nuevo la quemazón.

«No. Por favor, no».

—Madoc salió afuera y lo sacó todo de la basura. —La voz suave de Addie me inundó y noté un temblor en el pecho—. Lo metió en cajas y lo guardó para ti.

Empezó a temblarme la barbilla y sacudí la cabeza. «No, no, no...».

—Esto es lo que convierte a Madoc en un buen chico, Fallon. Intenta que todo se arregle entre vosotros.

Me vine abajo.

Las lágrimas emergieron y gemí al tiempo que me daban convulsiones. No podía abrir los ojos, el dolor era inmenso.

Me doblé sobre mí misma, me aferré con fuerza a la nutria, bajé la cabeza y lloré. Me abordaron la inmensa tristeza y la desesperación, y deseaba retirar todo lo que le había dicho. Cada ocasión en la que había dudado de él. Todo lo que no le había contado.

Madoc me veía.

Madoc me recordaba.

Seis horas más tarde estaba sentada en la habitación de Tate, con las piernas colgando del reposabrazos de la silla que tenía al lado de la ventana y mirando un árbol que había fuera. Los colores del otoño se mecían con la brisa y el fulgor suave de la última luz del día desaparecía lentamente entre las ramas, poco a poco.

No había hablado mucho desde que había llegado y ella había sido muy considerada y no había hecho preguntas. Sabía que estaba preocupada porque evitaba hablar de Madoc tan bien que parecía que el chico era un planeta en mitad de la habitación. Me preguntaba si se habría enfadado esta mañana al enterarse de que me había marchado.

Me restregué los ojos con la mano. No podía deshacerme de él.

¿Y qué más? Que no quería.

—¿Tate? —la llamé.

Asomó la cabeza por la puerta del armario al tiempo que sacaba una sudadera negra.

—Si... traicionaras a Jared —balbuceé—. Pero no engañándolo, sino perdiendo de algún modo su confianza. ¿Qué harías para recuperarlo?

Apretó los labios formando una línea mientras se lo pensaba.

—¿Con Jared? Iría a verlo desnuda.

Me reí y negué con la cabeza. Era lo más parecido a una carcajada que me podía salir ahora.

—O simplemente iría a verlo —continuó—. O le hablaría, o le tocaría. O

simplemente lo miraría. —Se encogió de hombros con una sonrisa y se puso la sudadera.

Dudaba que yo tuviera esa clase de poder sobre Madoc. Jared parecía más visceral y Madoc era más loco.

Se sentó en el borde de la cama y se puso las zapatillas negras.

—Lo siento —dijo—. Ya sé que no soy de ayuda, pero Jared tiene tanto poder sobre mí como yo sobre él. Hemos tenido ya suficientes problemas y no hay muchas cosas que no podamos perdonarnos el uno al otro.

La mitad de lo que decía también podía aplicarse a Madoc y a mí, pero yo no me había ganado su perdón. ¿Qué iba a hacer?

—¿Y con Madoc? —Sonrió. Sabía exactamente qué era lo que estaba buscando—. A él le gustan las travesuras. A lo mejor unos mensajes sexis servirían.

No pude evitar echarme a reír.

—¿*Sexting*? ¿Hablas en serio?

—Eh, tú me has preguntado.

Ya, sí. Y probablemente tuviera razón, parecía algo que pudiera encantarle a Madoc.

¿Pero sexo telefónico? Ni hablar, eso no sucedería. No era mi estilo en absoluto.

Levanté la mirada al darme cuenta de que Tate seguía mirándome. Al ver que no decía nada, enarcó las cejas e inspiró profundamente.

—Muy bien... Mi padre se ha ido al aeropuerto, te lo recuerdo, así que...

—Sí, Tate. No voy a tener sexo telefónico esta noche. ¡Gracias!

Levantó las manos para defenderse.

—Era solo un comentario.

Le señalé la puerta, dándole la oportunidad de que aceptara la indirecta.

—Diviértete y suerte en la carrera.

—¿Seguro que no quieres venir?

Le ofrecí una media sonrisa.

—No, necesito pensar. No te preocupes por mí. Venga, vete.

—De acuerdo —cedió al fin y se levantó—. Jax va a celebrar una fiesta en la casa de al lado después de la carrera. Ven si te apetece.

Asentí, tomé el lector de libros electrónicos que tenía en el regazo y fingí que empezaba a leer cuando se marchó. Me di golpecitos con el dedo en el muslo, como si estuviera tocando el piano, y supe que lo más seguro era que no pudiera leer nada esta noche.

No quería leer. Quería hacer algo. Tenía una bola de nieve en el estómago, diminuta, que daba vueltas y vueltas y se hacía más grande.

«*Sexting*».

Madoc merecía más que eso.

De acuerdo, merecía eso y más.

Un «lo siento» sonaba vacío. Tenía que decir más, contarle más, pero no sabía cómo empezar. ¿Cómo le dices a una persona que te has mantenido alejada, sin cerrar una etapa, has abortado en secreto, luego has pasado un periodo postraumático en el que te has lastimado a ti misma y después has sido la responsable de que pierda su hogar? ¿Qué puedes decir?

¿Qué le haría dejar de huir de la colisión de un tren como yo?

Saqué el teléfono, que tenía entre el cojín y la silla y escribí, intentando que no me temblaran los dedos.

No sé qué decir.

Le di a enviar y cerré los ojos al tiempo que suspiraba. «¿No sé qué decir?, ¿en serio, Fallon?».

Bueno, al menos había dicho algo, aunque fuera una tontería. Que lo considerara un precalentamiento.

Pasaron cinco minutos y después diez. Nada. A lo mejor estaba en la ducha. Puede que se hubiera dejado el teléfono en otra habitación. Tal vez estuviera ya en la cama. Con alguien. Ashtyn, quizá.

Se me revolvió el estómago.

Pasó una hora y seguía sin recibir nada.

No leí una sola línea del libro. El cielo ya estaba negro y no se oían ruidos en la casa de al lado. Seguramente siguiera todo el mundo en la carrera. ¿O había mencionado Tate que iban a comer algo primero?

Solté el Kindle, me levanté de la silla y empecé a dar vueltas por la habitación.

Pasaron veinte minutos más.

Tragué saliva para deshacer el nudo que tenía en la garganta y eché un vistazo al teléfono.

«Estupendo», iba a mandarle otro mensaje sin que me hubiera respondido al anterior. Me había convertido en una de esas chicas espeluznantes y controladoras que daban miedo a los hombres.

Por favor, Madoc. Dime algo...

Me apoyé contra la pared de la habitación y tamborileé con el pie en el suelo y el teléfono móvil en la mano. Veinte minutos más tarde y seguía sin recibir respuesta. Me llevé las manos a la cara y respiré profundamente.

«Tráгатelo».

«Inspira, espira».

«Inspira, espira».

Aparté las manos cuando las lágrimas asomaron a los ojos.

No me iba a escuchar.
No quería hablar conmigo.
Había abandonado.
Le escribí un último mensaje antes de irme a la cama.

Soy una mierda.

Me tembló la barbilla, pero dejé con calma el teléfono en la mesita de noche de Tate y apagué la luz.

Me metí debajo de las mantas, miré por la ventana y vi que la luz de la luna incidía en el arce que había fuera. Sabía que ese árbol había inspirado el tatuaje de Jared, pero Tate nunca me había hablado en serio de su historia. Decía que era larga y dura, pero que era de ellos.

Estaba de acuerdo. Había cosas que no creía que pudiera compartir con nadie que no fuera Madoc.

El teléfono sonó y se me aceleró el corazón. Me incorporé en la cama y lo alcancé de la mesita de noche.

Resoplé, aliviada, y me limpié una lágrima de la mejilla.

Te escucho.

Noté un hormigueo por todo el cuerpo y me sentí mareada. No sabía qué decir, así que puse lo primero que me vino a la mente.

Te echo de menos.

Él respondió:

¿Por qué?

De repente se me quedó la boca seca como un desierto. Supuse que no me lo pondría fácil.

Empecé a teclear. De forma caótica, o poética, no importaba. «Cuéntale la verdad, sin más».

Echo de menos odiarte. Era mejor que querer a nadie más, teclé.

Era la verdad. Mi madre, mi padre, cualquiera de mis amigos... Ninguno de ellos me habían hecho sentir tan viva como él.

Pasaron un par de minutos y no me había respondido. A lo mejor no había entendido lo que quería decirle. O puede que solo estuviera pensando qué decir él.

Estoy deshecha, le conté.

«Sigue, Fallon».

Me acordé de todas las cosas que me dijo aquella noche delante del espejo, así que escribí lo que sentía de corazón.

Echo de menos tus ojos mirándome. Echo de menos tus labios por las mañanas.

Al fin respondió, animándome a continuar.

Te escucho.

Me mordí el labio inferior para reprimir una sonrisa. A lo mejor Tate tenía razón con lo del sexting.

Echo de menos tu hambre. Echo de menos cómo me tocas. Lo haces de verdad y quiero que estés aquí.

Solo tardó diez segundos en contestar.

¿Qué te haría si estuviera ahí ahora mismo?

La sangre del corazón me templó de inmediato el cuerpo. Madre mía, ¡ojalá estuviera aquí!

Nada. Más bien qué te haría yo a ti...

Flexioné las piernas y dejé el teléfono en mi regazo. Me tapé la cara, feliz y avergonzada, con las manos. Estaba segura de que ahora mismo estaba de diez tonos distintos de rojo.

Volvió a sonar el teléfono y estuvo a punto de caérseme dos veces cuando intenté agarrarlo.

¡Eh! ¡No pares!

No pude contener la risa. Esto me gustaba, y a Madoc también. «Puedo hacerlo».

Ojalá estuvieras desnudo en mi cama ahora mismo. Me gustaría tener la cabeza debajo de las sábanas y saborearte, recorrerte con la lengua.

Él preguntó:

¿Qué llevarías puesto?

A Madoc le gustaban mis pijamas, me lo dijo en una ocasión. Hoy le había tomado prestada una camiseta ajustada y unos pantalones cortos a Tate. No estaba precisamente tentadora, pero Madoc no podría apartar las manos de mí.

Puedes verlo si quieres. Estoy a una hora y cincuenta y ocho minutos de distancia.

Su respuesta llegó en unos pocos segundos.

En cincuenta y ocho minutos estoy allí.

Me eché a reír en la habitación vacía. Seguro que arriesgaría la vida conduciendo a toda velocidad solo por tener la oportunidad de acostarse conmigo.

Negué con la cabeza y sonreí. Escribí:

Intentaré no tocarme hasta que no estés aquí.

¡Joder, Fallon!

Me dejé caer en la cama. La felicidad y la alegría brotaban de cada poro de mi piel.

CAPITULO 22

Madoc

Me pasé la mano por la boca y canté *Headstrong*, de Trapt, a voz en grito durante todo el trayecto a casa. Me había pasado todo el día dándole vueltas a la cabeza, preguntándome si era conveniente que volviera para la carrera. Dudando de si Tate se había llevado a Fallon con ella a la fuerza. Preguntándome, deseando y después olvidando.

Fallon no se había molestado en quedarse para comprobar si lo nuestro llegaría a alguna parte y yo tenía demasiado orgullo. A lo mejor Jared tenía razón y debía esforzarme más.

Pero necesitaba algo de su parte, cualquier cosa que me demostrara que valía la pena intentarlo. Cuando me escribió el primer mensaje no respondí. Me quedé en mi casa viendo un combate de pago con unos compañeros del equipo y aguardando.

Si no sabía qué decir; bien, pues tendría que averiguarlo. Cuando empezó a abrirse más, me tuvo. Me echaba de menos, quería que estuviera con ella y Jared tenía razón. No podía dejarla escapar de nuevo. Si intentaba alejarme o salir corriendo, iba a insistir hasta que me contara qué pasaba. Tuviéramos o no una relación, necesitaba saber qué le sucedía.

Para cuando empezó a flirtear, ya había alcanzado las llaves del automóvil.

Una hora y cinco minutos más tarde, estaba aparcando delante de la casa de Tate. La calle estaba ya llena de automóviles por la fiesta que había en la vivienda de Jared y Jax.

Después de aparcar, salí del automóvil y vi que Fallon salía de la puerta de la casa de Tate.

«Madre mía».

Llevaba unos pantalones de pijama cortos y una camiseta blanca y gris ajustada, con la fina tira del bolso pequeño colgándole del pecho. Iba

calzada con unas deportivas sin calcetines y me estaba enseñando sus preciosas piernas desde los tobillos hasta la parte superior de los muslos.

«Maldita ropa provocativa».

Con ese pijama de niña buena y el pelo suelto con unas ondas preciosas, Fallon era lo único que veía y en lo que pensaba.

Me vibraban los brazos por la necesidad de abrazarla y, cuando vi que bajaba corriendo los escalones del porche y recorría la calle, solo me dio tiempo a extender los brazos para sujetarla cuando se lanzó sobre mí. Me rodeó con brazos y piernas, pegó la boca a la mía y gruñí cuando chocamos contra mi automóvil.

—Joder, nena —resollé entre beso y beso. Movía la boca con fuerza sobre la mía, rápido y profundizando el beso. Me rozó la lengua con la suya y me recorrió el labio superior para después volver a meterla en mi boca. Le rodeaba la cintura y prácticamente estaba sobre mí, intentando acercarse aún más con cada beso.

No había leña suficiente para alimentar este fuego. Ya sentía una llama fuerte y dolorosa en los *jeans* y la camiseta azul oscura me raspó el cuello cuando la agarró y tiró de ella.

Pero no me importaba. Le hundí los dedos en la espalda y disfruté de todo esto. De sus gemidos en la boca, de cómo se aferraba a mí...

Me di la vuelta de forma que la espalda le quedara contra la puerta del vehículo y empecé a devolverle el gesto. Me pasó las manos por el pelo y ambos lados de la cara y luego siguió bajando.

Eché la cara atrás y gemí cuando nuestras narices colisionaron. Me metió las manos dentro de la camiseta y me entraron escalofríos cuando me acarició el vientre con la punta de los dedos.

Movió los labios en el aire en un intento de atrapar los míos. Se impulsó hacia arriba y me rodeó el cuello con los brazos para comenzar, a continuación, a depositar una lluvia de besos suaves y breves en la boca, mejillas y cuello.

Sentía una presión en la entrepierna y deseé que estuviéramos en un lugar privado para poder entrar en ella aquí y ahora.

—Madoc —susurró como si estuviera sufriendo.

—Shhh —le pedí y volví a sus labios.

Pero ella se apartó.

—No, tengo que decírtelo. —Me agarró la cara y me miró a los ojos. En ese momento me di cuenta de que no llevaba las gafas puestas.

Me buscó la mirada con aquellos preciosos ojos verdes, con un poco de miedo, y se sonrojó. «Madre mía, estaba preciosa».

—Madoc, te quiero —musitó—. Estoy enamorada de ti.

Apreté los puños en torno a su camiseta y casi la solté allí mismo.

«¿Qué?».

El corazón parecía latirme con más fuerza en el pecho y descender

hasta el estómago. Se me perló la frente de sudor y las piernas se me aflojaron.

Ella me miraba y parecía asustada, pero despierta y alerta. Sabía lo que estaba diciendo y yo no paraba de repetir las palabras en la cabeza una y otra vez.

«Madoc, te quiero. Estoy enamorada de ti».

Bajé la barbilla y entrecerré los ojos.

—¿Lo dices de verdad? —pregunté.

Ella asintió.

—Siempre te he querido. Tengo que contarte muchas cosas.

Tensé los brazos a su alrededor y en mi cara se dibujó la sonrisa más grande que jamás imaginé.

—No importa nada —le dije y me lancé a sus labios en busca de un beso tan intenso que apenas podíamos respirar.

—Eh, chicos.

Oí el grito al otro lado de la calle, procedente de la fiesta. Sin interrumpir el beso, saqué el dedo medio en dirección a la casa de Jared. Oí una risa.

—Por muchas ganas que tenga de veros practicar sexo, no quiero tener que eliminar de Internet otra sesión de Adolescentes Salvajes.

«Jax».

Fallon enterró la boca en mi cuello, me abrazó y rio.

—¿De qué habla? —me preguntó.

Esa era una larga historia. Jax era muy bueno con los ordenadores y tenía razón. Teníamos que irnos de la calle.

—Jared y Tate. —Me incliné, la besé y me excité de inmediato—. Te lo contaré en otro momento. Vamos adentro.

—No. —Negó con la cabeza, pero siguió buscando besos rápidos, acariciándome el pecho y el cuello—. Llévame a casa. A tu cama. Enciérrame en tu habitación y aliméntame hasta que lo único que sepa sea gemir tu nombre.

La empujé contra el vehículo y volví a ahogarme en sus labios. Estampé la mano en la puerta, frustrado. La deseaba desesperadamente.

Oí aullidos y vítores detrás de mí y supe que teníamos público. Oí a Jax reírse y gritarnos mientras los demás solo vociferaban «¡Uuuuu!».

«Menudos idiotas».

—Te quiero —le susurré en la boca—. Vamos a casa.

Todo el trayecto a casa fue una maldita tortura. Fallon no dejaba de tocarme, de mordisquearme la oreja, acariciarme los muslos... Estaba más duro que una tubería de acero y deseando parar el vehículo y follar con ella en el arcén de la carretera.

—Lo siento —me susurró al oído—. ¿Me estoy pasando?

—Joder, no. —Puse la sexta marcha cuando pasamos la entrada a Seven Hills—. Me gusta esta nueva tú, pero me estás matando ahora mismo.

Me exhaló una bocanada de aire caliente en la oreja, cerré los ojos y endurecí la mandíbula. No aguantaría mucho más.

—Madoc, llévame a la cama —me pidió.

Gruñí, entré a toda velocidad en nuestra calle y derrapé hasta detenerme delante de la casa. Fallon salió antes que yo, rodeé el automóvil, la tomé de la mano y tiré de ella en dirección a la casa.

Abrí la puerta, la conduje adentro, atravesamos el vestíbulo y subimos las escaleras.

—¿Madoc? —oí la voz de Addie al otro lado del pasillo—. ¿Fallon?

—¡Hola, Addie! —gritamos los dos, pero no paramos mientras subíamos las escaleras de dos en dos.

Escuché un «Oh, queridos» cuando llegamos a la segunda planta y me eché a reír. Pobre Addie.

Fallon llegó antes a mi dormitorio y abrió la puerta con tanto ímpetu que tembló la pared cuando chocó contra ella. Yo reduje la velocidad y entré con la vista fija en ella, que se dio la vuelta para mirarme. Retrocedió en la habitación, pasito a pasito, como a cámara lenta. Se quitó las zapatillas y tiró el bolso al suelo.

Sin apartar la mirada de ella, cerré la puerta y eché el pestillo.

—Quiero hacer un trato —indicé, caminando lentamente hacia ella.

Me abrasó con una mirada fiera.

—¿Qué trato? —preguntó. Se quitó la camiseta por la cabeza y la tiró al suelo.

Me fijé en el tatuaje del Valknut que tenía a un lado del torso. No era grande, pero nunca había tenido ocasión de mirarlo detenidamente. Tenía que recordar preguntarle qué significaba.

—Si sales de mi cama sin mi permiso en las próximas doce horas —la amenacé—, te tendrás que tatuar mi nombre... —Sonreí.

Enarcó una ceja desafiante.

—En el trasero —terminé.

Una sonrisa apareció en sus labios y seguí avanzando hacia ella lentamente, embebiéndome de su suave piel y del sujetador de encaje blanco.

—¿Trato hecho? —Me eché la mano a la nuca para quitarme la camiseta.

Se metió los dedos dentro de los pantalones, los movió hasta el trasero y los dejó caer al suelo.

—No voy a marcharme sin despedirme. No me iré, Madoc —me prometió.

—¿Tenemos trato? —insistí con voz exigente.

—Sí.

Cuando me coloqué delante de ella, me tensé al notar que me acariciaba el vientre. Me desabrochó el cinturón y lo sacó de las trabillas de los pantalones. Me quitó las zapatillas y después le desabroché el sujetador. Cuando se lo quitó me quedé con la boca abierta al ver los pechos generosos y los pezones oscuros y duros.

Pero cuando empezó a desabotonarme los pantalones, le agarré la mano.

—Aún no —murmuré y le atrapé el labio inferior entre los dientes. Sabía a vainilla y a calidez y a hogar. No recordaba haber estado tan hambriento nunca de nada como lo estaba de ella.

Gimió cuando deslicé los dientes por encima del labio, pero lo solté y metí las manos dentro de las bragas para bajárselas por las piernas.

Me sentía como un niño el 4 de Julio. Había fuegos artificiales por todas partes.

Con ella desnuda y yo todavía con los *jeans* puestos, la dejé ahí y me senté en la silla que había en un rincón.

Abrió mucho los ojos y miró de izquierda a derecha.

—¿Qué haces?

—Siéntate en la cama.

Se quedó unos diez segundos mirándome hasta que por fin se echó sobre el edredón azul marino y se colocó en el medio. Flexionó las piernas, se abrazó las rodillas y me tentó con ojos juguetones. Se estaba esforzando por parecer inocente.

Se me puso el vello de la nuca de punta. Le caía el pelo por todo el cuerpo, por las curvas de la cintura, los músculos de los muslos... Fallon escondía mucho bajo la ropa masculina que se ponía y yo era el chico más afortunado del mundo por haber sido el único en verla así.

Alzó la comisura del labio, retándome.

—¿Y ahora qué?

Me incliné hacia delante, con los codos apoyados en las rodillas.

—¿Cuándo fue la última vez que te subiste a un monopatín?

Fallon parpadeó.

—¿Ahora me preguntas eso? —preguntó con una risa nerviosa.

Tenía razón, estaba destrozando el ambiente, como si fuera un cubo de hielo. Pero esperé de todos modos.

—Bueno —siguió, aunque parecía poco segura—. Supongo que hace dos años. Cuando vivía aquí.

—¿Por qué?

Se encogió de hombros, más bien como si no quisiera contármelo en lugar de no poder.

—No lo sé.

Me puse en pie y di unos cuantos pasos en su dirección.

—¿Perdiste el interés?

—No.

—¿Por qué entonces? —Me detuve y me crucé de brazos.

A Fallon le encantaba practicar *skate*. Se ponía los auriculares y se pasaba horas en el parque Iroqués Mendoza, sola o con amigos. Se evadía.

Se lamió los labios y habló en voz baja.

—Supongo que, al principio, no quería disfrutar de nada. No quería sonreír.

Eso sonaba a culpa. ¿Por qué se sentía culpable?

—¿Estabas enfadada conmigo? —pregunté—. ¿Por no ir en tu busca?

Asintió y habló una vez más en voz muy baja.

—Sí.

—¿Y ahora no?

En ese momento pensé que se había ido porque quería. No se me ocurrió ir tras ella porque creía que era de mí de quien huía.

Me miró a los ojos.

—No, no te culpo de nada. Éramos muy jóvenes. —Apartó la mirada y añadió—: Demasiado jóvenes.

Supuse que tenía razón. A veces sabía que lo que hacíamos era peligroso, pero me tenía consumido. No me importaba. Y cuando ella se tranquilizó y se tomó su tiempo para madurar, yo seguí adelante. No me había acostado con tantas chicas como presumía, aunque siempre tuve la oportunidad, pero no podía decir que me había reservado para ella.

Me acerqué más a los pies de la cama.

—¿Por qué nunca intentaste volver a casa?

—Sí lo hice.

CAPITULO 23

Fallon

Así que Madoc quería hablar.

Esto era nuevo.

No podía bajarme de la cama sin su permiso y estaba totalmente desnuda y vulnerable mientras él planteaba sus preguntas y respuestas.

Suspiré, sabía que le debía todo esto. Y mucho más.

—Volví unos meses después de marcharme —añadí—. Estabas en una fiesta y había alguien contigo.

Por mucho que hubiera superado la sensación de odiarlo por lo que había pasado, nunca pude olvidar el sentimiento de traición. Lo vi sentado en el borde del *jacuzzi* con las piernas en el agua mientras una chica le practicaba sexo oral. Estaba retrepado, apoyado en una mano y con la otra en el pelo de ella, y la cabeza echada hacia atrás. No me vio mirarlos por la puerta del patio.

Su padre y Addie estaban en casa, pero dormidos, sin duda. Pensé que había acertado al llegar tan tarde. Madoc estaría en la cama. Entraría a hurtadillas. Hablaríamos.

No pude elegir un momento peor. O mejor.

Salí corriendo de la casa y me alejé de alguien a quien era demasiado joven para amar.

Madoc apartó la mirada llena de dolor.

—No deberías haberte guardado para mí. No lo merezco.

—No lo hice —musité—. Me guardé para mí. En parte era porque no quería estar con nadie que no fueras tú, pero la verdad era que simplemente no quería estar con nadie. Ni siquiera contigo. Estaba pasando una situación complicada, necesitaba madurar.

Se había quedado paralizado. Había dejado de avanzar y quería que supiera que nada de esto seguía pasando. Había vivido con ello y había tenido mucho tiempo para superarlo. Él estaba aún adaptándose.

Me tumbé en la cama y vi que volvía a observarme cuando me puse bocabajo y lo miré por encima del hombro.

—A la mierda el pasado, ¿recuerdas? —le dije, con mirada y tono serios. La postura que tenía bien podía animarlo a que volviera a concentrarse en mí, pero quería que supiera que, aunque entendía sus preocupaciones, la conversación se había terminado.

Suavizó la mirada y rodeó la cama. Se inclinó sobre mí, apoyado en las manos.

Estaba muy cerca y flaqueé al sentir una chispa recorrerme el cuerpo, desde el pecho hasta la entrepierna.

«Por favor, Madoc, tócame».

Le regalé una sonrisa taimada y entrecerré los ojos en un intento de mostrarme sexi. Flexioné las piernas, crucé los tobillos y balanceé los pies adelante y atrás.

Él volvió la cabeza y me recorrió con la mirada todo el cuerpo de una forma que me hizo sentir como si una manta cálida cubriera cada centímetro que él tocaba con la mirada. Me acarició la espalda con la yema de los dedos y cerré los ojos.

—¿Qué tal las clases? —preguntó, y abrí de nuevo los ojos.

—¡Madoc! ¡Por Dios! —grité.

Odiaba las preguntas, ¡y ahora no era el momento!

Enarcó una ceja.

—Ese temperamento, Fallon.

Apreté los dientes, furiosa.

Pero me olvidé de la rabia cuando me agarró por el muslo y tiró de mí hasta el borde de la cama. Me dio la vuelta para que me colocara bocarriba.

—¡Madoc!

Me separó las piernas, me tomó por debajo de las rodillas y tiró de mí para que me pusiera a su lado, en el borde.

El corazón me martilleaba como si tuviera un enorme peso en el pecho y me empezó a sudar el cuello.

«¿Qué hace? ¿Por qué me sujeta?».

—Las clases —repitió y sonó a advertencia.

—Van... van... bien —tartamudeé—. Estudio Ingeniería Mecánica, ¿y tú?

No me reí porque estaba enfadada, pero supuse que todo aquello tenía gracia.

Deslizó las manos entre mis piernas, masajeando la apertura.

—Derecho —respondió con tono suave y tranquilo—. Sorpresa, sorpresa. —Parecía estar teniendo una conversación de negocios.

—Ya. —Suspiré y traté de averiguar en qué concentrarme ahora mismo, en sus preguntas o en lo que me estaba haciendo sentir con los dedos—. ¿Derecho? ¿Y eso? —pregunté.

—La verdad es que me gusta. —No me estaba mirando. Estaba observando lo que hacía con las manos—. Creo que se me va a dar bien. ¿Y qué significa el tatuaje del Valknut?

Metió un dedo y en el vientre me estallaron fuegos artificiales.

—Eh... ¿qué? —resollé.

«¿Qué me había preguntado?».

El dedo —o los dedos, creía que era uno, pero estaba muy llena— tenía que estar hundido hasta el nudillo porque estaba muy profundo cuando empezó a acariciarme por dentro con movimientos circulares.

«Madre mía». Perdí la noción del tiempo.

—El símbolo del Valknut, Fallon —me recordó.

Apenas dejé de apretar los dientes.

—¿Puedo contártelo en otro momento?

«Por favor, por favor, por favor, ¿por favor?».

Asomó una sonrisa pícara en sus labios mientras movía los dedos dentro de mí. «Capullo».

—Una pregunta más. —Alzó la mirada y la fijó en mí—. ¿Confías en mí, Fallon?

Me quedé quieta. Supe enseguida cuál era la respuesta.

—Eres la única persona en la que confío.

Se incorporó, todavía me sujetaba las piernas con los brazos, y lo miré.

—Y voy a conseguir que tú confíes en mí —susurré.

Cuando se levantara por la mañana yo seguiría aquí con él.

Tiró de mí para que me levantara en la cama y lo rodeé con los brazos. Me rozó el pecho con la mandíbula suave y bajó la cabeza para besarme la clavícula y los senos.

Le pasé los dedos por el pelo corto y rubio y me acerqué a su boca. Noté escalofríos por todo el cuerpo y me estremecí.

Me sujetó un pezón entre los dientes y luego lo cubrió con toda la boca y chupó con fuerza.

—Joder —gimoteé, completamente indefensa.

Eché la cabeza hacia atrás y jadeé. Chupó con la boca cálida y luego lo soltó, mordió y volvió a soltarlo, una y otra vez hasta que sentí una chispa de electricidad salir del corazón y dirigirse disparada a la entrepierna.

Después se centró en el otro pecho: besar, mordisquear... comerme viva.

Me mordí el labio inferior y le hundí las uñas en los hombros mientras él se deleitaba con el festín. La tortura era muy placentera, pero estaba aumentando tanto que me daban ganas de tumbarlo en la cama, subirme encima y cabalgarlo.

Me sacudí y abrí los ojos cuando sentí los dedos de nuevo entre las piernas.

—Joder, estás mojada —gruñó contra mi cuello.

Sí, lo notaba.

Me pegué a su pecho y me dejé caer en la cama. Me moví hacia el cabecero lentamente.

—Deja de jugar, Madoc —lo reté con los ojos entrecerrados—. Ha llegado el momento de tomarlo o dejarlo. Veamos qué haces.

Esbozó una sonrisa radiante que hizo que se me parase el corazón. Riendo y observándome, rodeó la cama y se desabrochó los pantalones.

—Mi pequeña rival. ¿Te crees que no puedo sacarle ventaja a la situación? —replicó.

No pude ocultar la sonrisa. Me apoyé en las manos, flexioné las piernas, pegué las rodillas y separé los tobillos.

Arqueé las cejas y lo miré como diciéndole «demuéstralo».

Pero me cambió la cara cuando volvió a sonreír, de forma más siniestra esta vez.

«Mierda».

Ahugué un grito en la garganta cuando me agarró de los tobillos, tiró de mí y tan solo se detuvo un instante para disfrutar de la cara de sorpresa que ponía antes de darme la vuelta y dejarme bocabajo.

Inspiré y espiré fatigosamente, me contraje y me palpitó el vientre por la fricción de las mantas.

Me quedé sin aliento.

—Mad...

—No hables —me dijo al oído y en ese momento me di cuenta de que estaba atrapada.

Todavía tenía puestos los pantalones, los sentía en el trasero.

Volvió a tocarme entre las piernas y cerré los ojos cuando me acarició la apertura y el clítoris con movimientos circulares, pero sin entrar en mí. Me apoyé en los codos y empecé a moverme contra sus dedos.

La cama se hundió y me di cuenta de que había apoyado una rodilla para inclinarse sobre mí. Noté un cosquilleo húmedo y caliente en la espalda y me estremecí al sentir su lengua lamiéndome. Me mordió a un lado y me aferré a las mantas que tenía debajo.

—Madoc. —Pero no se detuvo. Una y otra vez, me lamió la piel de la espalda y la tomó entre los dientes. Sentía como cristales astillándose. Un beso y el hormigueo se extendía por todo el cuerpo.

—¿Quieres volver a retarme? —Se me echó sobre los glúteos y sentí la erección, que trataba de liberarse.

—¡Joder, Madoc! —Intenté sonar enfadada, pero más bien salió como una mezcla de súplica, lloriqueo y jadeo—. ¡Estoy a punto de follarme la maldita cama! ¡Por favor!

Miré por encima del hombro y disfruté de su pecho bronceado y suave como ninguno y de las abdominales que tantas ganas tenía de lamer.

—Te necesito.

Debió de ver mis ojos suplicantes porque estiró un brazo hacia la mesita de noche y tomó un preservativo. Abrió el envoltorio con los dientes, se bajó los pantalones y los calzoncillos y se los quitó. Le sostuve la mirada mientras se lo colocaba. Le sostuve la mirada cuando se arrodilló en la cama y se acercó a mí.

Pero lo perdí cuando hizo que flexionara una pierna, con la parte interna del muslo sobre la cama, y se colocó entre ellas.

Apoyó los dos brazos en la cama, a ambos lados de mis hombros, se inclinó sobre mí, con la mano debajo de mi barbilla, y me alzó la cabeza para que me encontrara con sus labios.

Me cubrió toda la boca con la suya y entró en mí con un movimiento diestro y rápido.

Gemí en su boca.

—Te quiero —musitó él contra mis labios.

Eché la mano hacia atrás para agarrarlo por la nuca, cerré los ojos y absorbí cada movimiento de su cuerpo y cada embestida.

Apreté los dientes y me quedé sin aliento cuando se movió más fuerte, más rápido, levantando y bajando el cuerpo sobre mi espalda.

Con los brazos musculosos y largos a mi lado flexionados y tensos, cada vez que entraba en mí empezaba a gemir de placer por lo que él podía hacerme que ni yo podía hacerme a mí misma. Creo que la gente lo llamaba punto G y a él se le daba muy bien encontrarlo. Empecé a retorcerme contra la cama, alzándome contra él para aumentar la velocidad. Cuanto más rápido iba, más sentía.

El aliento cálido me acarició la oreja.

—Esta noche no tienes nada de paciencia, ¿eh?

—Lo siento —gimoteé, aunque no reduje ni un poco la velocidad—. Te lo compensaré. Es que la postura...

Empecé a notar el revoloteo de las mariposas en la barriga, como si estuviera en una caída libre, y todo el interior se me tensó y después relajó. Bajé la cabeza a la cama y subí el trasero para encontrarme con él. Lo dejé ahí cuando me embistió.

—Oh —musité al sentir el ardor, y me volví loca, buscándolo cada vez más rápido y con más dureza.

Hasta que se detuvo.

¿Qué?

«¿QUÉ?».

Los ojos me ardían de miedo y rabia y el latido entre las piernas aumentó.

Antes de tener siquiera la ocasión de volverme, me agarró por las caderas, me puso a cuatro patas y entró en mí una vez más.

—¡Dios! —grité. Afiancé los brazos y abrí las piernas cuando colisionó

contra mí tan fuerte y tan rápido como antes.

—Esta postura es aún mejor —remarcó, aferrado a mis caderas.

«Ese maldito tono arrogante».

Y entonces me perdí. Me tensé en torno a su sexo, palpitando y ardiendo cuando el orgasmo se apoderó de mi interior e hizo que se me subiera el corazón a la garganta.

Bajé la frente a la cama, pero Madoc no paró ni tampoco redujo el ritmo, incluso después de que se me pasara el orgasmo.

Y eso también fue alucinante.

Sentirlo después de disfrutar era también muy agradable. Me apretó las caderas, moviéndose cada vez más rápido. «Dios, me encantaba su intensidad».

Gruñó un par de veces, respirando con dificultad y entró todo lo profundo que pudo dos veces más antes de correrse y relajar el ritmo hasta que hubo terminado.

Se dejó caer en la cama y me soltó también a mí.

Tenía la mejilla apoyada en las mantas y el pelo sudado pegado a la cara. O a lo mejor era su pelo el que tenía pegado a mi cara empapada en sudor.

Me daba igual.

CAPITULO 24

Fallon

Siempre me he preguntado si a la gente le gustaba más el pasado porque odiaba el presente o porque era mejor. Expresiones como «los buenos tiempos» insinuaban que la vida solía ser mejor que ahora, pero yo pensaba que todo parecía mejor visto en retrospectiva. Al fin y al cabo, no teníamos la oportunidad de volver atrás y revivirlo sabiendo lo que sabíamos ahora y así demostrar esa teoría.

Excepto en mi caso.

Había vuelto a casa. A un lugar que odiaba. Una vida que no quería. Y un chico al que despreciaba.

Y, aun así, seguía echando de menos a Madoc. Nunca dejé de desearlo y quererlo.

También había estado obsesionada con hacerle daño, a pesar de que en lo más profundo de mi ser todavía ardía de necesidad por él. Estaba segura de que llegaría a una conclusión: «¿Cómo podía pensar que lo quería?», o «¿En qué narices estaba pensando?».

Pero no. En este caso no recordaba con cariño nuestros días juntos porque quisiera hacerlo. Los recordaba con cariño porque fueron buenos.

Yo me acordaba de la verdad. No era una versión difusa ni edulcorada que hubiera imaginado después de ahogar el dolor.

«Fueron días muy buenos».

—Madoc —le advertí con tono juguetón.

Él me soltó una carcajada en la oreja.

—Toda tú estás muy caliente —me dijo, abrazándome por detrás—. Y sigues mojada.

Me echó el brazo sobre la cintura y me acarició la entrepierna.

Anoche nos quedamos dormidos después de una buena sesión, sudorosa y también tranquila, de hacer el amor, y estaba exhausta. Con lo

poco que había dormido la noche anterior, el largo trayecto de vuelta a Shelburne Falls, el haber encontrado las cajas en el sótano y después haber vuelto aquí anoche, necesitaba descanso y comida.

Pero seguía sonriendo porque sabía por qué se había despertado Madoc tan temprano.

Probablemente estuviera alerta, aunque no se diera cuenta. Su subconsciente pensaría que me iba a escapar cuando él estuviera dormido.

—Estaba soñando contigo. —Bostecé y luego enterré la nariz en la almohada. Olía a su colonia y lo único que deseaba era echarme la sábana por encima de la cabeza y embeberme del olor.

Comenzó a obrar la magia con los dedos, acariciándome, y sentí el palpito de la excitación.

—Cuéntame el sueño —me pidió.

Mmm.... Se me ocurrió una idea mejor. Tenía la cabeza pesada y apenas podía abrir los ojos, pero ¿qué más daba?

Alcancé uno de los preservativos que había dejado Madoc en la mesita de noche después de la primera vez de la noche anterior. Debería de haber sabido que tenía planes para la mitad de la noche.

Me volví, lo coloqué bocarriba y me subí encima de él.

Me lamí los labios y deslicé un dedo por su mejilla.

—Creo que te lo voy a enseñar.

—Dios mío. Te acuerdas. —Me tapé la boca con las manos y, sin querer, dejé caer la sábana a la cintura cuando me incorporé en la cama. Me la volví a colocar y miré la caja de rosquillas como si fuera lo mejor que existía. El estómago me rugió de inmediato.

Se dejó caer en la cama, se tumbó de lado y abrió la caja que había entre los dos.

—La verdad es que no —admitió—. Addie las sigue comprando todos los domingos. Pide las que nos gustan. Rellenas de limón para ti, con glaseado de chocolate para mí, y glaseado normal para mi padre.

Y nada para mi madre, recordé. Ella nunca comía rosquillas.

Madoc tomó una de su sabor favorito y le dio un bocado. El glaseado de que tenía en los labios se movía mientras masticaba y estuvo a punto de estallarme el corazón.

Me acerqué a él, le tomé los labios y tuve que reprimir una carcajada cuando se removió, sorprendido. Le lamí el glaseado; no podía creerme lo hambrienta que estaba. Madoc me había hecho prometerle que no saldría de la cama sin su permiso durante doce horas y ahora tenía la sensación de que no le quedaría más remedio que echarme de ella.

No era comida lo que quería en este momento.

Me lancé a su boca.

—Me gustas.

Él retrocedió y me lanzó una mirada de sospecha.

—Creía que me querías.

—Oh, y te quiero. Pero se puede querer a gente que no te gusta, ¿sabes? —Saqué una rosquilla rellena de limón de la caja—. Como a nuestros padres, hermanos... Pero tú me gustas también. Me gusta estar contigo y hablar contigo.

Entrecerró los ojos y se metió un buen pedazo de rosquilla en la boca.

—Solo te gusto porque tengo todas las temporadas de *Crónicas vampíricas* en DVD.

«¡Dios mío!».

Rompí a reír y me cubrí la boca llena con la mano.

—¡No! —grité sin poder creérmelo—. No seguirás viendo eso, ¿verdad?

Me miró con cara enfurruñada y tomó otra rosquilla de la caja.

—Es culpa tuya —me acusó—. La veías todos los jueves y yo me enganché.

—Madoc. —Me tragué lo que tenía en la boca—. Llevo años sin verla.

—Pues deberías. —Asintió—. ¿Damon y Elena? Sí. Y luego está Alaric, que era una mierda. Después llegaron los Originales a la ciudad. Son buenísimos y ahora tienen su propia serie.

Volví a reírme y me miró con el ceño fruncido.

—Hablo en serio.

—Ya lo veo.

Nos quedamos allí sentados una hora, comiendo y hablando, y después Madoc me dejó salir, a regañadientes, de la cama cuando le dije que tenía que ir al baño.

Tenía ganas de ir a correr, pero había tenido cuatro sesiones de sexo en las últimas nueve horas. Estaba sudada, pegajosa y dolorida. Necesitaba desesperadamente una ducha caliente.

También necesitaba pensar para averiguar qué hacer con mi madre y cómo iba a contarle el resto a Madoc. El bebé, que mi madre tratara de quedarse su casa... Nos sentíamos los dos tan bien ahora que no quería destrozar el momento. Pero tenía que contárselo. Se enfadaría mucho con mi madre y a lo mejor un poco conmigo por ocultárselo, pero confiaba en que permaneciera a mi lado.

Abrí su gel de baño y olí el maravilloso aroma que hizo que las hormonas se me volvieran locas.

Como si lo supiera —me daba la sensación de que sabía exactamente en qué momento mi cuerpo lo necesitaba—, abrió la puerta de cristal de la ducha y entró.

Tenía los ojos oscuros, casi rabiosos, cuando me recorrió el cuerpo con la mirada.

—Joder, Fallon —dijo con un gruñido grave. Tiró de mí, movió la

cabeza para mojarse el pelo y se lo echó hacia atrás.

Acercó la boca a la mía y me olvidé de todas las preocupaciones bajo la calidez de la ducha y la seguridad de sus brazos.

—¿Quieres ver una película? —le pregunté cuando me pasó una toalla. Al fin habíamos salido de la ducha una hora más tarde y me parecía que bajar a la sala de cine me ofrecería una buena oportunidad para hablar con él. A solas, lejos de los oídos afectuosos de Addie.

Se envolvió la cintura con la toalla y se puso otra en la cabeza para secarse el pelo.

—Había pensado que podría ser divertido ir a ver a Lucas. Necesito verlo.

No dije nada. Tenía razón. Era culpa mía que Madoc hubiera tenido que marcharse este verano y se hubiera separado de Lucas. Teníamos que ir a verlo.

—Y esperaba que te pudieras quedar aquí un par de días más —continuó—. Yo tengo las vacaciones de otoño, así que no tengo que regresar hasta el fin de semana que viene.

Sentí una enorme decepción.

—En Northwestern no hay vacaciones de otoño.

Asintió y se inclinó sobre el lavabo. Estaba muy seductor con el pelo alborotado.

—Ya lo sé. Lo he comprobado esta mañana. Pero si puedes tomarte libres dos días, estaría muy bien.

—¿Por qué?

No había nada que quisiera más que quedarme aquí y pasar más tiempo con él, pero mis clases eran importantes. Si faltabas un día, te perdías mucho. Ya había faltado el viernes.

—Tu madre está luchando para quedarse con la casa. Quiero ir a hablar con Jax para ver si puede ayudarnos.

—¿Cómo podría hacerlo? —Me acerqué a él, se apartó la toalla del cuello y me envolvió con ella para tirar de mí.

—Se le dan muy bien los ordenadores —explicó—. Es capaz de encontrar en Internet cosas que otros no pueden. Solo quiero ver si da con algo sobre ella.

No hallaría nada. El trabajador de mi padre ya lo había intentado y, aparte de frecuentar a prostitutas, la vida de mi madre consistía únicamente en ir de compras, salir a cenar y socializar. El padre de Madoc tenía toda esa información, que se negaba a usar.

Pero no le dije nada. Él sabía qué papel había desempeñado yo en el divorcio y no pensaba recordárselo.

—Jared, ¡inténtalo!

Madoc y yo volvimos la cabeza hacia la puerta de la habitación al oír los gritos fuera.

—¡Estás mal de la cabeza! —bramó Jared—. Ni hablar.

—Oh, ¡eres un cobarde! Solo es baile de salón —gritó Tate.

Madoc y yo nos miramos con los ojos muy abiertos antes de salir disparados hacia la puerta y abrirla juntos.

Jared y Tate acababan de doblar la esquina y caminaban por el pasillo en la dirección opuesta, hacia el otro lado de la casa. A su habitación, al parecer.

Jared se dio la vuelta y caminó de espaldas.

—Rotundamente no.

Madoc me echó un brazo por el hombro.

—¿Qué quiere que hagas ahora? —gritó.

Tate se dio la vuelta con las manos en las caderas y Jared se detuvo.

—Clases de baile de salón —se quejó—. No sé de dónde ha sacado la idea.

Tate bajó la mirada.

—Me parecía que podría ser una experiencia nueva, Jared —dijo de espaldas a él—. No puedo esperar que Madoc baile conmigo en todas las ocasiones, ¿no crees?

Entrecerré los ojos, estudiándola. «¿En todas las ocasiones?».

Y de repente lo entendí.

«Una boda».

Era eso lo que estaba pensando, pero por el semblante severo de Jared y la risotada de Madoc comprendí que ellos no lo entendían.

Tate estaba enamorada de Jared y hasta yo me daba cuenta de que él tenía la intención de casarse con ella algún día. Quería que bailara con ella en su boda, claro. Y Jared no bailaba.

Puede que no necesitara aprender en unos años, pero ella ya estaba pensando en ello. Se mordió la comisura de la boca y parecía enfadada, pero tenía demasiado orgullo para decir que lo que quería de verdad era que él aprendiese.

—Tengo una idea —señalé, sujetando la toalla con fuerza y asomándome por el marco de la puerta—. Una carrera —sugerí—. Si gana ella, tendrás que asistir a clases hasta que seas capaz de bailar un vals como un profesional. Si ganas tú, no tendrás que hacerlo.

Apartó la mirada con un gesto aburrido.

—¿Por qué iba a harcerlo? ¿Qué gano yo?

Tate frunció los labios y parecía dispuesta a darle una buena paliza.

—De acuerdo, capullo. —Se dio la vuelta y se dirigió a su novio—. Si tú ganas, haré eso que tanto deseas que haga.

Se le iluminaron los ojos con malicia y me di cuenta de que ese era el aspecto que tendría Jared Trent una mañana de Navidad.

—¿Aceptáis el trato? —preguntó Madoc.

Jared se aproximó a su novia y le agarró la barbilla.

—El próximo sábado por la noche. Voy a llamar a Zack para organizarla. —Y se marchó a su habitación al tiempo que se sacaba el teléfono del bolsillo.

—¿Qué quiere que haga?

Casi podía oír la sonrisa en la voz de Madoc.

—¿Anal? Daba por hecho que ya habíais pasado por eso.

A Tate se le meció el pelo en la espalda cuando sacudió la cabeza.

—Da igual, va a perder.

Parecía más confiada que segura.

Madoc se rio.

—Ya, seguro. La última vez que Jared perdió una carrera fue... eh, nunca.

«Tiene razón».

Había tenido una idea absurda y Tate había accedido.

CAPITULO 25

Madoc

Después de otra graciosa discusión, Jared y Tate salieron al fin dirección a Chicago. Él intentaba convencerla de que dejara su automóvil en Shelburne Falls porque, de todos modos, volverían cinco días más tarde, y ella decidió que era mejor viajar separados y no verse en toda la semana. Él se enfadó y ella murmuró algo sobre que la frustración sexual debilitaría sus habilidades, normalmente extraordinarias, en la carrera del siguiente fin de semana.

Yo no tenía prisa por agotar mi tiempo con Fallon esta semana, pero no podía parar de sonreír ante la idea de volver a ir al Loop. Había echado de menos a mis amigos, más de lo que me gustaba reconocer.

Fallon decidió quedarse un día o dos más, así que nos vestimos y nos subimos al automóvil. Después de ir a ver a Jax, iríamos a la casa de Lucas.

—¡Jax! —lo llamé después de abrir la puerta de entrada—. ¿Estás despierto?

Oí unos pasos y esperé a que bajara las escaleras.

Como de costumbre, iba sin camiseta por la casa y llevaba unos pantalones negros de Adidas sin zapatillas ni calcetines. Tenía el pelo recogido en una coleta, como siempre, pero le habían quedado sueltos unos cuantos mechones, como si acabara de despertarse. Y lucía un moratón a un lado del labio. Parecía muy cansado, pero de buen humor.

—Hola. —Lo saludé con una palmada y choque de puños—. Te vas a poner una camiseta, ¿no?

Era una especie de broma. Más o menos. Yo era más guapo que él, no había duda, pero le agarré la mano a Fallon para recordarle que podía mirar, pero no tocar.

Jax había empezado a hacer deporte con Jared y conmigo hacía un año más o menos y, aunque era joven y seguía creciendo, podía con él y con

nosotros dos. Se cuidaba, algo que otros chicos de su edad no hacían. Estaba obsesionado con estar santo y, aunque de vez en cuando bebía alcohol, nunca había tocado el tabaco ni las drogas.

De hecho, tenía un problema enorme con las drogas. Un chico le ofreció marihuana en una ocasión y se puso como loco.

Fallon me apretó la mano y sonrió por mi arranque de celos al pedirle que se pusiera una camiseta.

Jax se cruzó de brazos.

—Tienes suerte de que lleve pantalones. ¿Qué pasa?

Señalé las escaleras.

—Vamos a tu despacho.

Se volvió y lo seguimos escaleras arriba, hacia su madriguera. Siempre bromeaba sobre eso. La madre de Jared, Katherine, y quien pronto se convertiría en mi madrastra, había sacado a Jax de un hogar de acogida y se lo había llevado a casa para que su hijo pudiera estar con su hermano.

Por desgracia, Jax era el sol, la luna y las estrellas para ella, y ella se lo consentía todo. Jared tenía a la madre que pensaba en ella antes que en nadie más y lo descuidaba y Jax tenía a la madre madura que se había vuelto responsable. Jared había permanecido solo y Jax se había ganado comidas caseras y una fan número uno en sus partidos de *lacrosse*.

Pero estaba bien. El chico merecía un respiro después de la infancia que había vivido y Jared era feliz porque su familia al fin estaba unida.

Jax tenía permiso para quedarse con la habitación de Jared cuando este se fue a la universidad y usaba la habitación libre como «despacho». Al entrar parecía que estabas en una furgoneta de vigilancia del FBI. Era oscura y resultaba un poco intimidante con varas, pantallas y cables por las paredes. Tenía seis monitores enormes y táctiles alineados en la pared, tres por fila, y había un séptimo en un trípode que usaba para controlar los demás. Tenía tres mesas grandes con aparatos electrónicos que no tenía ni idea de lo que eran, además de un ordenador y un portátil.

Cuando le pregunté el año pasado por qué necesitaba todo esto, se limitó a responder que jugaba a muchos videojuegos.

«Esto no tenía nada que ver con los juegos. Era demasiado».

Pero dada mi situación y la de Fallon, me alegraba contar con Jax. Él podía expedir documentación que hiciera que me extraditaran a Sudán para asistir a un juicio por traición al rey, o lo que allí hubiera, pero estaba de mi parte, y eso era una ventaja.

—Vaya. —Fallon se detuvo en seco cuando entró en la habitación y me choqué con su espalda.

Recuperé el equilibrio, le rodeé la cintura, cubierta por la camiseta gris, y le di un momento para que observara la sala.

Estaba todo como recordaba, pero seguía habiendo mucho que

digerir. Todas las pantallas estaban encendidas. Un par de ellas mostraban líneas de códigos que no tenían ningún sentido para mí y en otras había cargadas páginas web, documentos y mensajes. Tuve que parpadear varias veces porque se me había sobrecargado el cerebro. ¿Cómo miraba Jax todos los días esto?

—Jax... —comentó Fallon con tono de preocupación.

El chico recorrió la habitación apagando monitores, sin mirarnos.

—No hagas preguntas, Fallon, y no te contestaré con mentiras —dijo, como si le estuviera leyendo la mente.

Fallon me miró a mí.

—De acuerdo —respondió en un susurro.

—Necesito un favor. —Me acerqué a una de las mesas y tomé papel y lápiz—. ¿Puedes buscar este nombre? Patricia Caruthers. —Escribí sus demás apellidos y también el número de teléfono—. Puede que la encuentres como Patricia Pierce y Patricia Fallon. Investiga expedientes policiales, extractos de tarjetas de crédito, amigos en lugares inmundos, calendario social...

Le tendí el papel.

—Patricia Caruthers. Es tu madrastra, ¿no? —Nos miró a Fallon y a mí.

—Mi madre —respondió Fallon, que me miró antes de continuar—: Jax, siento que te involucremos en esto, pero está llevando las cosas demasiado lejos con el asunto del divorcio. Queremos saber si puedes... —se encogió de hombros a modo de disculpa— encontrar algo sobre ella. Para persuadirla de que lo deje.

Jax siguió mirándonos a Fallon y a mí, pero terminó asintiendo.

—Dadme unas horas.

Después de recoger a Lucas, fuimos a almorzar a Chevelle's Diner y más tarde al parque de *skate*. Le había contado a Lucas adónde íbamos a ir cuando lo acompañé al baño, y esperé fuera, por si acaso había mirones. Él nunca había practicado *skate*. También le dije que mantuviera la boca cerrada. Quería sorprender a Fallon y, siendo sincero, no sabía cómo se iba a tomar mi idea. Así que decidí tenderle una trampa.

Mejor pedir perdón que permiso, ¿no? Ese era mi lema.

Me empezó a vibrar el móvil en el bolsillo mientras conducía y busqué a través de los pantalones el botón para apagarlo.

Fallon me miró y entrecerró los ojos, mirándome los pantalones.

Le agarré la mano.

—Deja de vigilarme.

Puso los ojos en blanco.

Mis padres me habían estado mandando mensajes la última hora, y sabía por qué, pero no quería que Fallon se preocupara.

Tenían conocimiento de que estábamos juntos y era consciente de por

qué lo sabían.

No culpaba a Addie por contárselo. Ella nunca habría ofrecido la información de forma voluntaria. Seguro que uno de ellos había hablado con ella y le había preguntado por mi paradero. Addie no sabía mentir, y tampoco debía.

Mi madre estaba lejos, en Nueva Orleans, así que no me preocupaba que se fuera a presentar esta noche.

Mi padre, por otra parte, podría sorprendernos.

Y, a estas alturas, era todo o nada. No iba a abandonar a Fallon.

Me acarició los nudillos con movimientos circulares y eché un vistazo a Lucas por el espejo retrovisor; estaba meciendo la cabeza por la música del iPod. El niño había crecido mucho. Tenía el pelo más largo alrededor de las orejas y había crecido al menos cinco centímetros en los últimos cuatro meses.

Fallon me apretó la mano y la miré por el rabillo del ojo. Se había dado cuenta de que había girado hacia el parque Iroqués Mendoza.

Frunció el ceño mientras le daba vueltas a la situación.

Reprimí una sonrisa y moví la mano hacia su entrepierna para distraerla.

—¿En qué piensas?

Me agarró la mano con las dos suyas.

—¡Para! —susurró. Se removió y echó una mirada nerviosa por encima del hombro a Lucas.

El niño seguía moviendo la cabeza y mirando por la ventanilla.

Empecé a acariciarla con movimientos circulares. Al menos así no pensaba en la posibilidad de enfadarse conmigo por traerla al parque.

Mantuve la vista fija en la carretera y bajé la mano por su muslo, aumentando la presión.

La miré y murmuré, moviendo los labios:

—Esta noche te voy a follar con fuerza. Espera y verás.

Frunció los labios y me apartó la mano.

Volví la cabeza y la sonrisa hacia la luna frontal y paré.

—¡Bien! ¡Hemos llegado! —grité, tirando del freno de mano y apagando el motor.

Lucas salió del vehículo enseguida y nos dirigimos al maletero para sacar los monopatines. Había bajado a hurtadillas al sótano esta mañana para recogerlos de donde estaban escondidos, entre el medio tubo y la pared.

También me había dado cuenta de que las cajas de debajo del piano estaban vacías y que todas las cosas de Fallon estaban desperdigadas por el suelo. No me había dicho nada y yo no tenía prisa por dar explicaciones, así que habíamos evitado el tema de que había mantenido a salvo su vida estos dos últimos años.

—¡Fallon! —la llamé—. ¡Deja de masturbarte y sal aquí fuera!
La puerta se abrió de repente.
—¡Madoc! —chilló—. ¡Que es un niño! Cuida tu lenguaje.
Arqueé una ceja a Lucas con sarcasmo. Él negó con la cabeza.
—Chicas... —murmuró.
Abrí el maletero, lo sujeté con una mano y miré a Fallon.
—Venga, elige.

CAPITULO 26

Fallon

«¿Que elija?».

Preferiría que Lucas me lanzara gomitas elásticas a la cara.

Cerré la puerta del automóvil, me metí las manos en los bolsillos y me quedé allí quieta, bajo el aire frío.

—Por eso has insistido en llevar ropa cómoda —lo acusé.

Cuando fui a ponerme esta mañana los *jeans*, Madoc me dijo que me pusiera algo cómodo y suelto y que no preguntara nada.

Menudo encantador de serpientes.

Así que me había puesto los pantalones negros sueltos y rectos, una camiseta gris y me había recogido el pelo en una coleta. Lista para cualquier aventura que hubiera planeado.

Sentí tensos todos los músculos del cuerpo. Aunque antes era una buena, estaba desentrenada. Tenía aún el cuerpo en forma, pero no contaba con la confianza en mí misma y, con el *skate*, la confianza y la agudeza eran claves para el éxito.

Intenté no hacer caso de Madoc mientras esperaba, darle a entender que no estaba preparada para esto, pero no pude resistirme a echar un vistazo al maletero.

Resollé sin producir sonido alguno y abrí la boca. Me saqué las manos de los bolsillos y me agarré al borde del maletero. Gemí al ver todos mis monopatines.

«¡Mis monopatines!».

—No te pongas a llorar —bromeó Madoc—. No iba a guardar los Legos y no los monopatines.

No pude evitarlo. Las lágrimas me empañaron los ojos cuando miré los cinco monopatines, cada uno de ellos con recuerdos especiales. El primero que tuve, con todos los bordes astillados y posiblemente hasta sangre. El segundo y el tercero, que había adornado con unas ruedas

customizadas y con los que había aprendido a hacer *ollies*, *kick-flips* y *heel-draggers*. El cuarto, que era mi favorito, lo usaba en la pista. Y el quinto, que era nuevo. Nunca lo había usado.

Tenía los pulmones vacíos, pero no sentía dolor.

Miré a Madoc y tragué saliva con una sonrisa.

—Te quiero —le dije con voz temblorosa.

Me guiñó un ojo en un gesto seductor para decirme que lo tomaría como un «gracias».

—Yo usaré este —intervino Lucas, que eligió el nuevo, que nunca había usado.

—Oh, no. —Se lo quité de las manos—. Este es el tuyo. —Le di el que estaba raído y roto, con la tracción prácticamente desgastada.

Sacó el labio superior y aceptó el que le ofrecía.

—Primero tienes que aprender —expliqué—. ¿Lo entiendes?

Asintió y agarró el monopatín. Yo me quedé con el nuevo. Madoc cerró el maletero sin elegir ninguno. Lo miré y enarqué las cejas.

—Yo no voy a hacerlo —murmuró—. Me gusta mirar.

Sujeté el monopatín y me quejé.

—Estupendo.

—Lucas —lo llamó Madoc y los dos nos volvimos—. Ponte esto.

Le pasó una bolsa de malla con protectores y un casco y yo intenté contener la sonrisa. Lucas frunció el ceño, como si pensara que era demasiado bueno para llevar protección, pero yo me quedé impresionada.

A Madoc se le daba bien esto de ser el hermano mayor.

¿Era así hace años? ¿O había madurado después de que yo me fuera? Rebusqué en la memoria y recordé veces en las que se había bebido mi refresco para molestarme, pero después venía a ver la televisión conmigo y me hacía sentir menos sola.

Y todas las veces en las que no me hizo ningún caso en el instituto, pero después me enviaba caramelos y globos para que no me quedara sin nada cuando todos los demás recibían regalos en vacaciones. Escribía alguna obscenidad o un poema asqueroso, por supuesto, pero me gustaba recibir algo.

Addie tenía razón. Madoc intentaba arreglar las cosas.

—Lucas. —Dejé el monopatín en la acera y le revolví el pelo rubio—. ¿Has practicado *skate* antes?

—Aún no, ¡pero quiero hacerlo! —Señaló la pista cuando nos acercamos al borde. Ya tenía el casco y las coderas puestas.

—Puedes meterte ahí —le dije. Tomé su monopatín y lo coloqué junto al mío—, pero necesitas mucha práctica antes de que puedas ir rápido. Deja que te enseñe los primeros pasos. ¿Sabes cuál es tu pie delantero?

Notaba caliente la sangre que fluía por los brazos y el corazón me latía

acelerado. Madre mía, me encantaba que Lucas estuviera aquí. Madoc se sentó con los brazos extendidos y se relajó en el respaldo del asiento mientras nos miraba. O me miraba.

Al menos con Lucas aquí no era yo el centro de atención. Madoc tendría que haberme dicho que viniera aquí sola a practicar sin público delante. Pero me conocía. Sabía que no haría nada si no me presionaba.

—¿El pie delantero? —Lucas pareció confundido cuando levantó un pie, lo bajó y levantó luego el otro.

Sonreí y le toqué el brazo para que me prestara atención.

—Bien, ve y sube esos escalones que hay ahí. —Señalé el camino.

—¿Por qué?

—Tú hazlo —le pedí con más autoridad, pero manteniendo un tono de voz suave.

Lucas dejó el monopatín en el suelo y balanceó los brazos adelante y atrás mientras caminaba.

—¡Para! —le grité en cuanto levantó un pie en el primer peldaño.

Se detuvo con el pie izquierdo levantado y bamboleándose mientras me miraba.

—Ese es tu pie delantero —le indiqué—. Vuelve.

Madoc había vuelto al vehículo y había dejado las puertas abiertas para que oyéramos la música. Sonaba *All I Need*, de Method Man, y la cara me vibró por el regocijo de ver a Lucas mover la cabeza como el adolescente que no era. Esta canción era más vieja que Madoc y que yo, por favor.

—Bien. —Me agaché y le señalé los pies—. El pie delantero va en la parte frontal del monopatín y el otro va en la cola.

Hizo lo que le decía y lo observé subirse, probando la estabilidad del monopatín inclinándose a izquierda y derecha. Noté un zumbido en los pies al sentir mi propio monopatín.

Inspiré profundamente.

—Ahora, cuando te muevas, echa el pie delantero hacia adelante e impúlsate con el de atrás. Cuando pongas los dos pies de nuevo en el monopatín, muévelos a los lados de nuevo.

No perdió el tiempo. Antes de que pudiera erguirme, ya había salido disparado. Había echado el pie delantero hacia delante, al menos eso creía, pues los pantalones negros que llevaba eran tan largos que le cubrían casi por completo las zapatillas. Al menos parecía un *skater*.

Se dio impulso con el pie de atrás y tocó el suelo una y otra vez, dándose más y más velocidad.

Sacudió los brazos y me tensé.

—¡Uoo! —gritó y vi que se caía del monopatín a la hierba.

Solté el aire que estaba conteniendo y miré a Madoc. Él se encogió de hombros y negó con la cabeza.

—Se va a caer, Fallon. Tranquilízate.

Madoc tenía tensos los brazos extendidos y me quedé mirando demasiado tiempo las curvas de los bíceps y tríceps que se marcaban en la camiseta gris de manga corta. Me acordé del pecho amplio y tonificado, que bajo las yemas de los dedos sentía esbelto y rígido. Madoc estaba duro y suave en los lugares correctos y empecé a salivar al pensar en darle un masaje, en recorrer cada centímetro de la piel con los dedos.

Con aceite. Mucho aceite.

—Fallon.

Parpadeé y le devolví la mirada.

—Límpiate las babas, nena —me dijo—. Luego nos iremos a la cama, no te preocupes.

Noté un tirón en la entrepierna y una ráfaga que cayó de la barriga y por las piernas. Aparté la mirada y me pasé las manos por la cara.

Y él se echó a reír.

«Maldito engreído».

Me lo quité de la cabeza, de forma violenta, y me acerqué adonde estaba Lucas, que volvía hasta mí.

—¿Sabes qué? Has aguantado en el monopatín mucho más que yo la primera vez. —Le eché un brazo por el hombro—. Y has hecho lo que tenías que hacer. Cuando sientas peligro, salta.

—No seas tan cobarde —me gritó Madoc—. Enséñale cómo se hace.

Lo miré con los ojos entornados y después miré el monopatín, emocionada.

—¿Qué te pasa? ¿Estás asustada? —Lucas me miró al plantear la pregunta con tono sincero.

¿Cómo iba a animarlo a hacer algo que yo no podía? ¿En qué clase de madre me iba a convertir?

Fruncí los labios y, con la sensación del sudor en el cuello, me subí al monopatín y estiré las piernas para que no me temblaran. Me incliné lentamente hacia atrás sobre los talones y luego hacia delante. Respiraba de forma entrecortada mientras me movía adelante y atrás, inclinando el monopatín y recordando la sensación de cómo se maniobraba y así guiarme.

La gente solía pensar que para manejar un monopatín solo importaban los pies, pero la verdad era que trabajaba todo el cuerpo. Todos los músculos entraban en acción. Te inclinabas con los hombros, dirigías con los talones y añadías o quitabas presión dependiendo de cómo quisieras saltar, voltear o deslizarte.

Eché el pie, calzado con una Van, adelante, me impulsé con el otro y flexioné ligeramente las rodillas. Apreté los puños al sentir la repentina velocidad en el pecho.

«Mierda».

Abrí mucho los ojos y solté una carcajada antes de taparme la boca.

Dios mío. Esperaba que no me hubieran oído. Me había dado un subidón de adrenalina al darme impulso.

Volví a tocar el suelo, me impulsé más y más y el corazón me dio un vuelco en el pecho cuando viré a la izquierda para sortear los escalones. Me quedé en la acera y seguí impulsándome, deslizándome por el suelo alrededor de la pista. Notaba fuegos artificiales en la barriga y en el cerebro.

«Es increíble. Así es como me sentía».

¿Por qué había abandonado esta actividad?

Toqué el suelo, me impulsé con más fuerza y salí disparada hacia delante, en dirección a Lucas. Extendí los brazos, bajé la pierna de atrás, levanté la parte delantera del monopatín del suelo y frené, rodeando a Lucas hasta que me detuve.

Tensé todos y cada uno de los músculos del cuerpo y me dieron ganas de estirar toda la cara en una enorme sonrisa y ponerme a saltar. Pero eso no sería apropiado.

Bajé del monopatín respirando rápido y trabajosamente por el frío de la tarde y me fijé en la cara de sorpresa de Lucas.

—¿Te parezco asustada? —bromeé.

Tenía la boca abierta.

—Yo quiero aprender a hacer eso.

Di un pisotón en la cola del monopatín y agarré la parte frontal.

—Los *heel-draggers* te quedan un poco lejos. Vamos a hacer un poco de tic tac.

En las siguiente dos horas, Lucas y yo nos agotamos virando, retrocediendo, con *ollies* y práctica normal. Le enseñé cómo tenía que usar el cuerpo y cómo caerse con una sonrisa. Porque habría caídas, muchas.

Le prometí que el próximo día trabajaríamos los *kickflips* y luego se dedicó a practicar en las pistas mientras Madoc y yo lo mirábamos.

Apoyé la cabeza en su hombro, cerré los ojos y, por una vez, no quise estar en ningún otro lugar.

—Gracias —le dije con voz ronca—. Por lo de hoy. Lo necesitaba. —Me daba la sensación de que me había reído, había gritado y había jaleado más en las pasadas horas que en los dos últimos años. Aunque mañana tendría agujetas, ahora estaba embriagada de felicidad. El olor de Madoc me envolvió en el automóvil de camino a casa. Esta noche estaría acurrucada a su lado y se me relajarían los músculos por la liberación de estrés.

Me acarició el muslo al tiempo que conducía por las calles de la ciudad. Acabábamos de dejar a Lucas a tiempo para la cena y nos

dirigíamos a casa.

Me senté con la cabeza echada a un lado por el agotamiento y lo miré.

—No te asustes por la pregunta —comencé—, pero ¿tuviste alguna relación en el instituto? ¿Novias?

Resopló y activó los limpiaparabrisas.

—Las mujeres siempre hacen preguntas sobre cosas de las que no quieren conocer la respuesta.

—Pero yo sí quiero. —Mantuve la voz relajada. Sí quería saberlo. Habíamos perdido dos años y quería saberlo todo de él.

—Sí —admitió, asintiendo con la cabeza y sin mirarme a los ojos—. Unas cuantas.

Noté los celos extenderse por el cerebro como si fueran una enfermedad. ¿Quiénes eran? ¿Qué aspecto tenían? ¿Qué había hecho con ellas? ¿Cómo se llamaban, cuál era su número de la seguridad social y su dirección?

Era una locura cómo los pensamientos y la desconfianza podían acabar con tu paz mental.

—¿Y? —pregunté con calma.

—Y nunca le he dicho a ninguna que la quiero —respondió—. Solo a ti.

Luego se volvió hacia mí y me calló con su cara seria y sincera.

Noté el pulso en el cuello y tardé un momento en darme cuenta de que tenía la boca abierta.

Me señaló con la barbilla.

—¿Qué significa el tatuaje del Valknut?

Tomé aire, nerviosa, y me volví para mirar por la ventanilla.

—No pierdas el tiempo preguntando —dije medio en broma.

—Estás evitando responder.

Sí, lo sabía, pero ¿qué otra cosa podía hacer? ¿Cómo le contabas a alguien con quien querías tener un futuro que te deshiciste de su hijo sin que él se enterara? A Madoc le importaría. No podía contarle lo que significaba exactamente el tatuaje. Aún no.

¿Por qué no me preguntaba por el de «Fuera de servicio» o la cita que tenía en el lateral de la espalda?

Entrecerré los ojos y me centré en la lluvia.

—El tatuaje significa muchas cosas para personas distintas. Para mí es un renacimiento. —Era en parte verdad—. Seguir adelante. Sobrevivir.

—Me volví hacia él y me encogí de hombros—. Me gustaba, ¿de acuerdo?

Ya está. Con suerte, la conversación se habría acabado. Al menos por ahora.

Se lo contaría todo. Más adelante, en cuanto pudiera. Por ahora solo necesitaba pasar la noche con él.

En ese momento me acordé de una de las tácticas de un buen conversador.

«Distráelo cambiando de tema».

Me aclaré la garganta.

—No me has preguntado por la cita que tengo en la espalda. —Vi que bajaba la mirada a mis manos cuando me levanté la camiseta por encima de la cabeza.

Madoc me miró el pecho casi desnudo, solo tapado con un sujetador de encaje rosa.

—Mira la carretera —le recordé con mi voz más sensual.

Parpadeó y volvió a mirar por la luna.

—Fallon, estoy conduciendo. Eso no está bien.

Se me dibujó una sonrisa en la comisura de los labios al verlo aferrarse al volante como si se le fuera la vida en ello.

—¿Ves? —Me volví y le enseñé las letras que estaban plasmadas en vertical desde la parte trasera del hombro y que me bajaban por la espalda—. «Nada de lo que ocurra en la superficie del mar puede alterar la calma de sus profundidades». Es la cita preferida de mi padre.

Noté que el cuerpo se me mecía cuando viró y tuve el buen juicio de no echarme a reír. Me gustaba que me mirara y ser capaz de distraerlo.

—Y... —Levanté el trasero, haciendo caso omiso del nudo de emoción que tenía en la garganta cuando me bajé los pantalones rápidamente y me quité zapatillas y calcetines también—. Tengo otro aquí. —Señalé el trébol que tenía en la cadera.

—¡Fallon! —bramó él, con los brazos flexionados y haciendo alarde de la fuerza que tenía en ellos al girar el volante para enderezar la dirección—. Maldita sea.

Sonreí para mis adentros y recliné por completo el asiento. Las ventanillas del lado de Madoc no estaban tintadas y, como seguíamos en la ciudad, cualquiera podría verme en sujetador.

—¿Qué pasa? —susurré, parpadeando de forma inocente.

Habló con los dientes apretados.

—No vamos a llegar a casa hasta dentro de unos diez minutos. ¿En serio me estás haciendo esto justo ahora?

Lo miré con la mano debajo de la cabeza y los ojos entrecerrados. Moví la lengua por los labios y agarré con los dientes la bolita plateada. Noté el fuego que ardía en sus ojos.

Probablemente tuviera ruborizado todo el cuerpo, pero no me importaba. No había nada mejor que ver sus manos en el volante mientras intentaba ir recto por la carretera o la forma en que me recorría con la mirada.

—Madoc —murmuré. Me puse de lado y apoyé la cabeza en la mano—. Quiero que me folles aquí.

Le brillaron los ojos y todo su cuerpo se quedó quieto, como si el vehículo estuviera conduciendo por sí solo. Agarró con fuerza el volante,

puso la sexta marcha y condujo a toda velocidad por la ciudad.

Antes de que me diera cuenta, el cielo estaba oscuro, llovía con fuerza y pasamos aparcados en un camino de grava tranquilo una hora.

CAPITULO 27

Madoc

Durante todo el tiempo en el instituto, he seguido a otra gente. He seguido a mi padre. He seguido a Jared. He seguido las normas.

Cuando sigues, te olvidas de madurar. Pasan los días, los años y te quedas sin mucho que demostrar en la vida. Mi padre era prueba de ello. Trabajaba y se escondía; amaba a una mujer a la que no tenía el valor de reclamar, ¿y para qué? ¿Para poder tener una ciudad llena de gente el día de su funeral y una buena fortuna para dejar a su hijo desconocido?

Mi padre no tenía nada. Todavía no, al menos.

Sabía que me quería y, a ese respecto, era mucho más afortunado que Jared y Jax, pero no aspiraba a ser como mi padre. Tenía recuerdos buenos, pero, con toda sinceridad, no sabía cómo reaccionar si de repente no estuviera.

Con ese pensamiento me desperté en la cama. Noté calor por el cuello y la espalda y no tuve que tocarme para saber que estaba sudando.

Mi padre sabía qué era lo que quería, pero nunca lo había tomado. Yo no quería tener que arrepentirme de eso.

Miré a Fallon aovillada y dormida a mi lado. Llevaba puesta una camiseta y pantalones cortos, y la manta la cubría hasta la cintura. Con las manos debajo de la mejilla y el pelo extendido encima de la cabeza, sobre la almohada, parecía diminuta e indefensa.

Sonreí al pensar en ello, pues Fallon no tenía nada de indefensa.

Pero me gustaba verla así. Se me calmó el latido del corazón al ver cómo respiraba de forma regular.

Tomé el teléfono de la mesita de noche, comprobé la hora y vi que eran solo las nueve de la noche. Después de haber pasado la tarde haciendo *skate* y nuestro pequeño desvío, estábamos agotados. Nos encerramos en mi habitación, sin preocuparnos ni siquiera por comer el delicioso asado que nos había dejado Addie en el horno.

Me vibró el móvil, lo sostuve encima del cuerpo y abrí el mensaje de Jax.

¿Puedes venir a casa? Solo.

¿Solo? Seguramente hubiera averiguado algo sobre la madre de Fallon, pero ¿por qué tenía que ir solo?

Tardo veinte minutos.

Me tumbé de lado y desperté a Fallon.

—Nena —le susurré y dejé un reguero de besos desde la mejilla hasta la oreja—. Voy a ir a correr un rato. Vuelvo pronto.

Gimió y apretó los labios.

—De acuerdo, ¿puedes traerme un refresco cuando vuelvas?

Volvió a quedarse dormida y me eché a reír.

Llegué a la casa de Jax unos quince minutos más tarde. Aún estaba lloviendo, aunque más suave, y me alegré al ver la luz al otro lado de la ventana.

Katherine estaba allí.

Su «madre» —no sabía cómo llamarla— pasaba mucho tiempo con mi padre, pero me había enterado de que insistía en quedarse más tiempo en casa para estar con Jax. Me preguntaba qué pensaría mi padre sobre tener dos hijastros más. Ya lo había pasado bastante mal conmigo.

Las luces de la cocina y el salón estaban encendidas cuando llamé a la puerta y giré el pomo.

Hacía años que había dejado de esperar a que me dejaran pasar y aún vivíamos en una ciudad en la que la gente no se molestaba en cerrar con llave la puerta de casa a todas horas.

Saludé a Katherine, que asomó la cabeza por la puerta de la cocina, subí corriendo a la «sala de ordenadores» de Jax, entré y cerré la puerta.

Alcé la barbilla mientras él paseaba por la pared de los monitores, tocando pantallas distintas.

—¿Qué has encontrado? —pregunté.

—Hola. Siento haberte traído hasta aquí, pero me ha parecido que tenías que verlo en persona.

Retrocedió hasta la impresora, alzó un par de folios y los leyó.

—¿Qué es eso? —Me desabotoné la camisa. Debajo solo llevaba una camiseta gris.

—No he encontrado mucho sobre tu madrastra. —Me dedicó una mirada de disculpa—. Lo siento, pero es bastante superficial. He accedido a su agenda social y, personalmente, el canal público de política me parece más entretenido.

Hundí un poco los hombros y suspiré.

Jax se rio.

—Aparte de sus visitas subidas de tono a prostitutas, cita para la que tiene reserva todos los jueves por la noche en el hotel Four Seasons, está bastante limpia.

—¿Y qué hago yo aquí?

Bajó la mirada y pareció vacilar.

«Estupendo».

Se sentó en la silla y la arrastró hasta mí.

—He encontrado otra cosa. Estaba comprobando los extractos de su tarjeta de crédito y ha aparecido esto.

Me tendió un papel y se alejó.

Lo miré, aunque sin leerlo de verdad. Capté algunas palabras. Palabras como «clínica». «Fallon Pierce». Y «ginecólogo». Se mezclaron mientras recorría el papel fino y blanco con la mirada, que empecé a arrugar en la mano.

Mi examen se volvió más lento cuando leí palabras como «interrupción del embarazo» y «precio total».

Tenía los pulmones hundidos. No se expandían cuando intentaba respirar. Entrecerré los ojos cuando las palabras se condensaron en mi cabeza como la humedad que se amontonaba en el cielo para formar una nube.

Una grande y oscura.

Parpadeé y miré la fecha de la factura. Dos de julio. Un par de meses después de que desapareciera hace dos años.

Bajé la mirada a la parte donde estaba el precio total. Seiscientos cincuenta dólares.

Apreté el papel y los ojos me ardieron con ira... horror... miedo. No sabía nada. Solo sabía que sentía náuseas.

Cerré los ojos. Se había quedado embarazada. De mi hijo.

«Seiscientos cincuenta dólares».

«Seiscientos. Cincuenta. Dólares».

—Madoc, Fallon es mi amiga —comentó Jax—, pero creí que tenías que saber esto. ¿Era tu hijo?

Noté ácido en el estómago y la bilis me quemó la garganta.

Tragué saliva y mi voz sonó como una amenaza.

—Tengo que irme.

—¿Dónde está Fallon? —grité a Addie.

Había subido como una exhalación cuando llegué a casa y me había encontrado la cama vacía. No tenía el automóvil de Tate ni la bicicleta, así que, a menos que se hubiera marchado a pie, tenía que seguir aquí.

—Eh... —Addie alzó la mirada, pensativa—. Creo que en el sótano. La

última vez que la vi fue ahí.

Hundió las manos en la masa, asintió y yo me encaminé a la puerta del sótano.

—No habéis comido —me gritó—. ¡Os estoy preparando la comida! ¿De acuerdo?

Sin hacerle caso, bajé las escaleras y la puerta se cerró tras de mí.

Los peldaños de cemento estaban cubiertos por la moqueta, así que no hice prácticamente ruido al bajar. Estaban las luces encendidas, pero todo permanecía en silencio.

Vi a Fallon enseguida.

Estaba sentada en la pendiente de la pista de *skate*, apoyada en la inclinación con las piernas flexionadas. Llevaba puesto un camisón blanco y largo de algodón y por el pelo mojado adiviné que se acababa de duchar.

—He bajado aquí para que Addie no oyera los gritos —admitió antes de decir nada más. Tenía las manos en el vientre y los ojos fijos en el techo.

—Sabes que lo sé.

La mitad del rostro que veía estaba relajada, como si esperara una tormenta.

—Me ha llamado Jax cuando estaba en la ducha. Quería avisarme. Me ha pedido disculpas, pero pensó que debías saberlo.

Cada paso silencioso que daba en dirección a la pista fue con los músculos tensos. Estaba muy enfadado. ¿Cómo podía estar ella tan tranquila? Debería de sentir lo que sentía yo.

¡O al menos estar asustada!

—Tendrías que habérmelo contado —le eché en cara. La voz profunda me salió de las entrañas—. Merecía saber la verdad, Fallon.

—Lo sé. —Se incorporó—. Tenía pensado contártelo.

«Maldita sea». Seguía tranquila y me miraba con ojos sinceros y seguros. Hablaba con voz firme. Intentaba manipularme y eso me enfadaba todavía más.

Me pasé una mano por el pelo.

—¿Un bebé? ¿Un maldito bebé, Fallon?

—¿Cuándo te lo iba a contar? —Le temblaba la voz y se le llenaron los ojos de lágrimas—. ¿Hace años cuando pensaba que no me querías? ¿Este verano cuando tanto te odiaba? ¿O tal vez los dos últimos días en los que las cosas entre nosotros han sido más perfectas que nunca?

—¡Tenía que saberlo! —bramé—. ¡Jax se ha enterado antes que yo! Te deshiciste de él sin que yo lo supiera. ¡Yo tendría que haberlo sabido!

Apartó la mirada y noté que se le movía la garganta, como si estuviera tragando saliva.

Sacudió la cabeza y mantuvo la voz tranquila.

—No íbamos a ser padres a los dieciséis años, Madoc.

—¿Cuánto tiempo esperaste? —pregunté enfadado—. ¿Pensaste en mí antes de hacerlo? ¿O acudiste corriendo a la clínica en cuanto te enteraste?

Me perforó con unos ojos llenos de dolor.

—¿Correr? —repitió. Las lágrimas emergieron y, aunque trató de reprimirlas, tenía la cara retorcida en un gesto de agonía. Roja, empapada en lágrimas y llena de dolor.

Se levantó y pasó corriendo por mi lado, pero la agarré del brazo y tiré de ella.

—¡No! —grité—. Te vas a quedar aquí y vas a pelear. ¡Me debes esto!

—¡Yo no salí corriendo! —chilló, acercándoseme a la cara—. Yo quería tener al bebé, ¡y te quería a ti! Quería verte. Quería contártelo. Estaba destrozada ¡y te necesitaba!

Bajó la cabeza y le temblaron los hombros por el llanto. Fue entonces cuando lo entendí.

Fallon ya me quería en aquel momento. Ella no deseaba marcharse, ¿por qué entonces había pensado que había querido pasar por esto sin mí?

Apretó los puños y se quedó quieta, temblando y llorando lágrimas silenciosas, pero demasiado fuerte como para desmoronarse por completo.

—El Valknut —resolló. Me miró con desesperación a los ojos—. Renacimiento, embarazo y reencarnación. Siempre ha estado conmigo, Madoc.

Cerró los ojos y una cascada de lágrimas cayó por su precioso rostro.

El peso de todo por lo que había tenido que pasar ella sola me golpeó en la cara y recordé la firma que había en la factura que llevaba metida en el bolsillo.

—Nuestros padres —entendí.

Se quedó callada un momento y luego resopló.

—Tu padre no sabía nada.

Permanecimos allí en silencio, tan cerca y al mismo tiempo tan lejos, y de repente me sentí harto. Harto de que todo el mundo nos manejara. Harto de hacerme preguntas y de esperar.

Posé la mano en su nuca, la acerqué a mí y la abracé con tanta fuerza que nada podría nunca separarnos.

Ahora mismo no sabía qué pensar.

¿Debería haber sido padre a los dieciséis? Rotundamente no.

Pero tampoco me alegraba de que hubiera abortado.

¿Que Fallon hubiera tenido que pasar por todo esto? Me daban ganas de matar a algunas personas.

¿Que me dejaran fuera de la ecuación por completo y sin saber nada? Alguien iba a pagar.

Estaba harto de seguir a la gente. «Ha llegado la hora de liderar».
Llevé a Fallon a la cama y me dirigí a la caja fuerte de mi padre.
Guardaba ahí tres cosas: joyas, dinero y una pistola.

CAPITULO 28

Fallon

—¡Cómo no!

Abrí los ojos al oír la voz maliciosa y salí disparada de la cama.

Mi madre estaba de pie junto a la puerta de la habitación de Madoc con una mano en la cadera y el otro brazo flexionado en el costado, dejando a la vista los diamantes brillantes de los dedos.

Seguía con el camisón puesto y parpadeé para apartar el sueño y asimilar su aparición.

Reprimí una sonrisa cansada al ver la ropa ridícula que llevaba puesta. Tenía unos pantalones negros ajustados, una blusa sin mangas blanca y negra con estampado animal —yo odiaba el estampado animal— y un sombrero de fieltro negro.

¿En serio? ¿Un sombrero de fieltro?

Cada vez que la veía, intentaba parecer más joven. O como si fuera una heredera italiana, no lo tenía claro.

—¿Qué haces aquí? —Me sorprendió el tono brusco que empleé. El episodio de la noche anterior con Madoc me había dejado agotada, pero ahora me sentía fuerte y alerta, de cuello para arriba, al menos.

Sonrió y la piel impecable brilló a la luz del sol que entraba por la ventana.

—Vivo aquí, Fallon. Tú no, ¿recuerdas?

Miré al otro lado de la cama y me di cuenta de que Madoc no estaba.

«¿Dónde estaba?».

Miré a mi madre, que se acercó a los pies de la cama.

—Fuera —le ordené.

Agarró la camiseta de Madoc y empezó a doblarla.

—Abriéndote camino hasta la cima, por lo que veo. No me sorprende encontrarte en su cama. De nuevo.

Aparté las mantas y busqué las gafas en la mesita de noche, pero

entonces me detuve.

«No». No las necesitaba para hablar con ella.

Bajé la mano, salí de la cama y alcé la barbilla.

—Si no sales, te echaré yo misma.

No era una amenaza, estaba buscando un motivo para pegarle.

—Jason me está esperando. —Puso cara de aburrimiento—. Viene de camino. Que lo que hay entre vosotros dos es miserable es lo único en lo que mi marido y yo estamos de acuerdo.

Puse una mueca al escuchar la palabra «marido». Qué curioso, nunca había pensado en ellos como una pareja casada. A lo mejor era porque nunca lo habían parecido.

Se acercó a mí y deslizó las manos frías arriba y abajo por mis brazos desnudos.

—Jason tiene sus formas para ejercer influencia en su hijo. Es mejor que lo aceptes lo antes posible, Fallon. Por tu bien. Madoc no va a quedarse.

—Vete. —Una voz grave nos sobresaltó a las dos.

Me erguí y miré la puerta, desde donde Madoc lanzaba una mirada asesina a mi madre.

Ella también se había vuelto al oír la orden y de repente sentí una ráfaga de poder en brazos y piernas. Me sentía más fuerte con él aquí.

No esperaba que Madoc luchara mis batallas, pero me agradaba no estar sola.

—Voy —aseguró ella y noté la sonrisa en su voz—. Tu padre llegará enseguida, así que vístete. Vestíos los dos.

Nos miró a ambos y se dirigió a la puerta cuando Madoc entró. Él estaba cruzado de brazos y tenía los músculos del pecho desnudo tensos. Nunca pegaría a una mujer, pero ahora mismo tenía aspecto de querer hacerlo.

Mi madre se detuvo en la puerta y nos miró a los dos.

—Madoc, tú vas a volver a Notre Dame. ¿Y tú, Fallon? Hoy te vienes conmigo. A Chicago. Tengo que organizar el evento benéfico de Triumph Charity y tú vas a volver a la facultad.

No pude reprimir una carcajada. Fruncí el ceño, escéptica.

—¿Eres del planeta Ilusión? ¿Qué te hace pensar que puedes ordenarme nada?

—Te voy a llevar de vuelta a Chicago y no vas a volver a ver a Madoc.

—Sus palabras fueron duras y pronunció cada sílaba como si fuera una amenaza—. No voy a tolerar que se me relacione con él o con su padre después del divorcio. Y, de todas formas, ellos no te quieren.

—¡Fuera! —rugió Madoc.

Eso la dejó callada. Tragó saliva, estupefacta. Enarcó una ceja y continuó, dirigiéndose a Madoc.

—Cuando llegue tu padre, te hará entrar en razón. No vas a volver a ver a mi hija, Madoc.

El aludido se acercó a mi madre con pasos lentos y pronunciados hasta que ella se vio obligada a retroceder al pasillo. Los seguí. Madoc se detuvo y la miró, echando chispas por los ojos.

—Vuelve a amenazarme —la retó— y te haré tener que pasar por un muro para llegar hasta ella.

Los ojos me ardían y sonreí para mis adentros.

Él era al menos quince centímetros más alto que mi madre y no sabía si sería capaz de hacerlo, pero me ardió la sangre al verlo así.

Ella frunció los labios, desafiante, y decidió al fin cerrar la boca y marcharse.

«Dios, lo quiero tanto».

—Madoc... —Me acerqué a él y se volvió justo a tiempo para abrazarme. Le susurré al oído—: Eres muy sexi.

Todo su cuerpo se convulsionó con una carcajada y me rodeó la cintura con los brazos para levantarme. Me aferré a su cuello y cerré la puerta cuando entró conmigo en brazos.

—Tenemos problemas —dije.

—Tenemos dieciocho años. Y mi padre no habla en serio.

—Pero...

—Confía en mí —me interrumpió—. ¿Me quieres?

Asentí como una niña que quería un helado.

—Sí.

—¿Tanto como para no poder matarme si me convirtiera en un zombi? —insistió con cara maliciosa.

—Sí. —Me eché a reír.

Me dejó en el suelo, se metió las manos en los pantalones y sacó una caja de cuero redonda y negra. Cuando la abrió, casi me caí al suelo al verlo que había dentro.

Un anillo, una banda preciosa de platino con un enorme diamante redondo en el centro y otros más pequeños a cada lado, refulgía en la habitación.

Cuando alcé la mirada, Madoc estaba de rodillas.

Sonrió.

—Tengo una idea.

—¿Seguro que estás preparado para hacer esto? —Jared se apoyó en el mostrador, al otro lado de Madoc, cuando firmamos los papeles del contrato de matrimonio.

—No te pongas celoso —bromeó él—. Podemos seguir siendo amigos. Aunque no amigos con derecho a roce.

Jared puso los ojos en blanco y volvió a la pared alineada de sillas para

sentarse con los codos apoyados en las rodillas.

No parecía preocupado. Aunque sí afectado. Puede que incluso un poco nervioso.

Yo lo estaba. Tenía náuseas, estaba nerviosa, petrificada, preocupada y tensa.

Y totalmente enamorada.

Había tardado dos segundos enteros en encontrar la voz y susurrar un «sí» cuando Madoc me pidió que me casara con él. Y aunque me arrasó un huracán de preocupaciones y preguntas, estaba completamente segura y tranquila con respecto a una cosa.

Madoc.

No dudaba ni un solo segundo de él y no vacilé cuando me pregunté si era el chico para mí.

Sí, lo era, y siempre lo sería. Eso era todo.

Salimos de casa antes de que llegara su padre y condujimos hasta Chicago. Apenas había llevado ropa, así que pasamos primero por mi habitación de la residencia para que pudiera asearme y vestirme, además de recoger a Tate. Luego escribimos un mensaje a Jared para que se saltara la clase y se reuniera con nosotros en el juzgado.

Necesitábamos testigos y, por supuesto, queríamos que nuestros amigos nos acompañaran.

No tenía el aspecto de una novia en absoluto. Tate y yo usábamos el mismo estilo de ropa, lo que significaba que no tenía vestidos. Aunque probablemente fuera mejor así, me habría sentido incómoda.

Llevaba una blusa blanca y fina con un cuello elegante y manga corta remetida dentro de unos *jeans* ajustados y unas bailarinas negras planas a juego con un abrigo negro militar de Burberry. Iba ajustado a la cintura y se acampanada hasta la mitad del muslo. Madoc me complementaba con unos *jeans* caros, como de costumbre, y un abrigo negro militar de moda que le caía hasta debajo de la cintura. Se había echado gel en el pelo para ponerlo de punta y su forma de mirarme, esbozando una sonrisa resplandeciente, me cautivó.

Tate y yo nos habíamos apresurado con el pelo y maquillaje, pero Madoc no dejaba de mirarme como si quisiera comerme, así que supuse que nos había quedado bien.

Entrelacé los dedos de las manos.

Sentía el enorme diamante como un paraíso en el dedo, y eso significaba algo dicho por una chica que no solía llevar joyas.

Me había comentado que era una reliquia familiar y que su padre se la había regalado a su madre en su pedida de mano. Cuando vacilé, se rio y me explicó que, aunque su matrimonio acabó en divorcio, la abuela y la bisabuela que lo llevaron antes habían vivido largas y felices vidas con sus maridos.

Marido.

Se me llenó la cabeza de preguntas. ¿Dónde íbamos a vivir? ¿Cómo de mal iban a reaccionar nuestros padres? ¿Qué pasaba con las clases? ¿Sería buena con él? ¿Buena para él?

Bajé la mirada y la fijé en el anillo con los detalles intrincados en la banda. Pensé en lo que representaba y en el hombre que me lo había dado. Me quería. Era leal. Era fuerte.

Y nuestros padres tenían que aceptar que nunca nos íbamos a separar.

—Pareces feliz. —Tate se quedó a mi lado mientras Madoc terminaba con el administrativo.

Me llevé la mano al vientre y suspiré.

—Me parece que voy a vomitar.

Madoc se volvió y me miró con las cejas enarcadas.

—Pero es una sensación del tipo estoy-tan-emocionada-que-voy-a-vomitarse —me apresuré añadir.

Se acercó a mí y me dio un beso en los labios.

—Venga, vamos a la sala.

Me tomó de la mano y agarró el contrato matrimonial del mostrador. Yo me mantuve en mi sitio y lo paré.

—Madoc. —Mi voz sonó tímida—. Creo... tal vez... deberíamos buscar a un sacerdote.

Arrugué la cara en un gesto de disculpa.

—¿Un sacerdote? —preguntó, confundido.

A Madoc y a mí nos habían inculcado el catolicismo y habíamos ido a colegios religiosos. Sin embargo, los dos habíamos dejado de practicar, así que entendía por qué le sorprendía mi propuesta.

Tragué saliva.

—Es que creo que mi padre puede matarte como no nos case un cura. —Alcé la comisura del labio y le apreté la mano para tirar de él—. Vamos.

Jared nos siguió con Tate en su vehículo y Madoc yo les guiamos. El *pub* Soberano estaba al norte de Chicago, entre el juzgado del que habíamos salido y Northwestern. Aparcamos en la parte de atrás y me dirigí al bar; sabía adónde iba.

En una habitación de la parte de atrás que podía cerrarse con unas cortinas de terciopelo rojo vi al padre McCaffrey, sentado a una mesa con tres hombres. Dos de ellos eran curas como él, y el otro era un anciano con una americana de cuero.

—Hola, padre —lo saludé, todavía agarrada de la mano de Madoc.

Se apartó la pinta de los labios y me miró con cara de sorpresa.

—Fallon, querida. ¿Qué haces aquí?

Tenía un marcado acento irlandés a pesar de que llevaba viviendo en este país más de veinte años. Creo que se esforzaba por conservarlo. No

solo les encantaba a sus feligreses, sabía que ayudaba a mi padre con los negocios y que tuviera ese acento le venía bien cuando tenía que lidiar con clientes irlandeses. Como fue él quien me bautizó, lo conocía bien. Tenía el pelo rubio oscuro, gris en algunas zonas, los ojos de color azul claro y un poco de barriga cervecera. Aparte de eso, estaba en buena forma. Las pecas le hacían parecer más joven de lo que era. Vestía con unos pantalones negros y una camisa arreglada, y llevaba también un chaleco verde esmeralda que dejaba a la vista el alzacuello.

—Padre, él es Madoc Caruthers. Mi... prometido. —Madoc y yo intercambiamos miradas cómplices y sonreímos.

En parte me resultaba raro decir «prometido» cuando nunca había llamado «novio» a Madoc.

—¿Qué? —El sacerdote se quedó con la boca abierta.

En ese momento sentí que me daba un vuelco al corazón. Seguro que ponía impedimentos.

—Padre, ya sé que esto es poco usual...

—Padre. —Madoc dio un paso adelante y me interrumpió—. Nos gustaría casarnos. ¿Puede ayudarnos o no?

«Menuda forma de convencerlo».

—¿Cuándo? —preguntó.

—Ahora. —Madoc bajó la barbilla, como si fuera un adulto hablando con un niño—. Aquí y ahora.

Al cura parecía que se le iban a salir los ojos de las órbitas.

—¿Aquí? —resolló y me dieron ganas de reír.

En realidad, había pensado que podía convencer al padre McCaffrey para que fuéramos a la iglesia que había a unas cuantas manzanas, pero, al parecer, Madoc quería ponerse manos a la obra de inmediato. Me parecía bien. Si podía elegir entre un juzgadoapestoso, una iglesia fría o un *pub* irlandés que olía a abrillantador y a Guinness, prefería este lugar. La barra de madera y las mesas y sillas brillaban bajo el sol de la tarde que entraba por las ventanas y las cortinas verdes lo convertían en un lugar cómodo y hogareño.

—Padre —comencé—, siempre que no está en la iglesia, está en el bar, y nosotros estamos preparados.

—Fallon, ¿no deberías esperar a que tu padre te diera su bendición, querida? —Se palpaba la preocupación en su rostro.

—Mi padre confía en mi buen juicio —afirmé rotundamente—. Y usted también debería, padre.

Madoc me tomó la mano, me quitó el anillo del dedo y lo puso en la mesa junto al contrato matrimonial y el anillo que había elegido para él por la mañana.

—Cásenos, por favor, o tendremos que acudir al juzgado, con la bendición de la iglesia o sin ella. Eso sí que no le iba a gustar a su padre.

Jared se rio detrás de nosotros y miré atrás. Vi que tanto él como Tate intentaban ocultar la sonrisa.

Qué bien que ellos estuvieran disfrutando de esto, porque yo tenía la frente empapada en sudor.

El padre McCaffrey se quedó en silencio, ahí sentado, como los demás que estaban a la mesa. Ellos nos miraban al sacerdote y a nosotros, yo miraba al cura y a Madoc, y el cura nos miraba a Madoc y a mí.

No tenía claro a quién le tocaba intervenir, pero no pensaba que fuera a nosotros.

El sacerdote se levantó al fin de la mesa, se metió la mano en el bolsillo interior del chaleco, sacó un bolígrafo y se inclinó para firmar el papel.

Bajé la cabeza con una enorme sonrisa en los labios. Madoc se volvió hacia mí, me tomó la cara entre las manos y depositó un beso suave en mis labios.

—¿Estás preparada? —me susurró.

Inspiré por la nariz, inhalando su rico olor, y me dispuse a quitarme el abrigo.

—Los hijos tendrán que esperar a que terminemos la facultad —le dije lo suficientemente bajo para que solo nosotros lo escucháramos—. ¿De acuerdo?

Asintió, frotando la frente contra la mía.

—Por supuesto, siempre y cuando tengamos cinco después.

—¿¡Cinco!?

Jared se aclaró la garganta para que devolviéramos la atención a la gente que nos rodeaba y Madoc se rio entre dientes. Tomé aliento y tragué saliva.

Tendríamos que hablar más tarde del asunto.

El cura nos hizo firmar debajo de «Marido» y «Mujer» y después Jared y Tate se acercaron a firmar como testigos. También tuvieron que escribir sus nombres al final con el padre McCaffrey como el oficiante.

—¡Todo el mundo en silencio! —gritó el sacerdote a las quince personas o así que había en el bar. Todos se callaron y se volvieron hacia nosotros al darse cuenta, al fin, de lo que sucedía. El bar se quedó en silencio cuando apagaron la música. Madoc se volvió hacia mí y me tomó de las manos.

El sacerdote comenzó el breve servicio, pero apenas lo escuché mientras miraba a Madoc. Esos ojos azules siempre traviosos. La mandíbula angulosa y los pómulos afilados que eran aún más increíbles cuando estaban mojados en la piscina o la ducha. Los hombros anchos que me podían abrigar.

Pero en lo que más meditaba mientras el cura nos unía era en lo poco que pensaba ahora mismo en mí. Siempre, desde que podía recordar,

había pensado en lo mucho que odiaba a mi madre o echaba de menos a mi padre. Reflexionaba sobre la decepción y la ira, en las faltas y la soledad.

Vivía en el pasado y no me daba cuenta de que me estaba impidiendo seguir adelante.

Ahora eso había desaparecido. No lo había olvidado, por supuesto. Pero ya no me importaba.

Este era mi futuro y, cuando Madoc me puso el anillo en el dedo, supe que la mejor parte de mi pasado estaba conmigo ahora mismo.

Miré a Tate, que observaba con los ojos llenos de amor, y a Jared, que la rodeaba con un brazo, y derramé lágrimas de felicidad.

Madoc sonrió, me agarró por la nuca y me apoyó la cabeza en su pecho.

—Termine, padre —le pidió—. Necesita que la bese.

La risa en su voz era embriagadora, y necesitaba de verdad que me besara.

—Yo os declaro marido y mujer.

Madoc no perdió el tiempo. Me rodeó la cintura con el brazo, me levantó y me besó con fuerza, disparando un rayo de deseo desde mi boca directo al vientre. Le agarré la cara y, ladeando la cabeza, le devolví el beso con todas mis fuerzas.

Conmigo pegada a él, se volvió y salió del pequeño espacio.

—Gracias. —Le dediqué una sonrisa al padre McCaffrey por encima del hombro de mi chico.

Madoc llamó al camarero.

—¿Tienes algo de música?

—U2 —respondió el hombre de mediana edad.

Madoc frunció el ceño.

—¿Solo eso?

—Es lo único que necesita un hombre.

Al escuchar la respuesta, me reí junto a la oreja de Madoc, que suspiró.

—Algo lento entonces.

Bajó las manos, me agarró por los muslos y me levantó las piernas para que le rodeara la cintura con ellas. Cuando me quise dar cuenta, las sillas empezaron a rechinar en el suelo y, al mirar a mi alrededor, la gente que había en el bar estaba apartando las mesas para improvisar una pista de baile.

All I Want Is You, de U2, comenzó a sonar suavemente por los altavoces, al principio evocadora cuando fluyó hasta nuestros oídos. Madoc empezó a mecerse de un pie a otro, moviéndose a los lados. Apoyé la frente en la suya y lo oí susurrar las palabras de la canción mientras reprimía el escozor que sentía en los ojos. Cuando la canción ganó intensidad y se volvió más ruidosa, nos movimos más, girando despacio,

y de vez en cuando le besé los labios.
«Todo cuanto quiero eres tú».

CAPITULO 29

Madoc

En cuanto dejamos el Soberano, Fallon y yo nos dirigimos al Waldorf Astoria para nuestra noche de bodas. Tate propuso que fuéramos a cenar juntos, pero Jared entendió la situación.

Durante todo el trayecto al hotel, mientras el conserje se hacía cargo del automóvil y nos inscribíamos, no dejé de acariciar con la parte interna del dedo meñique el anillo de bodas de platino. La incomodidad de tener algo nuevo cuando yo nunca me ponía joyas —solo el *piercing*— contrastaba con el hormigueo que sentía en la mano.

Era extraño, pero también intenso.

El anillo me recordaba que era de Fallon. Me recordaba que yo era su protector, su amante y su compañero.

Se me ocurrió que el anillo también significaba que no podía hacer lo que me placiera, que no podía mirar a otras mujeres y que probablemente fuera la única persona de mi clase del instituto que ya tenía esposa, pero ahora mismo no me importaba lo que los demás pensaran.

Me gustaba esto. Era lo correcto.

Cuando llegamos al ascensor, las manos de Fallon empezaron a hacer cosas que, técnicamente, no estaban permitidas en público, y yo me alegré de que Jared y Tate nos hubieran dejado a nuestro aire.

Fallon tenía la mano metida por dentro de mi abrigo y me acariciaba la parte baja de la espalda. Había enterrado la nariz en mi pecho y yo caminaba rodeándola con el brazo. Me miraba diciéndome todo lo que tenía en la cabeza, pero que no podía salir por los labios.

En cuanto se cerraron las puertas del ascensor, la empujé contra la pared y me agaché frente a su cara. Su aliento caliente se entremezcló con el mío.

—Fallon Caruthers. —Me presioné más contra su cuerpo—. ¿Qué crees

que estás haciendo?

Empezó a mover los dedos por los botones de mi camisa, debajo del abrigo abierto.

—Lo siento —gimoteó contra mis labios—. Es que estoy preparada para mi marido.

Y de repente tenía las manos por dentro de mi camisa, por todo el pecho desnudo, y me había tomado el labio inferior entre los dientes. La agarré por la parte trasera de los muslos y la alcé contra la pared. Me zambullí en su boca y probé el calor bruto que hizo que se me endureciera y sacudiera la entrepierna. Necesita quitarle la maldita ropa.

—Y no me voy a cambiar el apellido —señaló entre beso y beso.

Sentí una carcajada en la garganta que habría sido muy mala idea liberar justo ahora.

Era mi noche de bodas, quería hacer el amor.

—Sí lo harás —afirmé al tiempo que metía la mano entre sus piernas y la acariciaba.

El ascensor se detuvo y la solté en el suelo. Menos mal que no había nadie fuera porque estábamos ruborizados y sin aliento.

Tiré de ella por el brazo y saqué la tarjeta del bolsillo del abrigo para entrar en la habitación.

—Entonces lo añadiré con un guion —murmuró Fallon detrás de mí y tardé un segundo en recordar que estaba hablando de los apellidos.

—No. —Introduje la tarjeta, abrí la puerta y empujé—. Añadir tu apellido es como decir «No quiero admitir la derrota» cuando la verdad es que las mujeres que han añadido el apellido ya han perdido. Los hombres no añaden apellidos con guiones —señalé. Cerré la puerta al entrar y planté los pies en la moqueta de lujo, acechándola—. Vas a ser Fallon Caruthers, porque me quieres, quieres hacerme feliz y quieres que todo el mundo sepa que eres mía.

Apenas tuvo tiempo para abrir la boca y que la rabia fulgurara en sus ojos antes de que estuviera encima de ella. La agarré por el pelo, tiré para dejar a la vista el cuello y enterré labios y dientes en él, mordiendo y besando con tanta fuerza y suavidad que no iba a ser capaz de saber dónde estaba el límite entre una y otra.

Era un chico de trato fácil, por lo general. Pero mi mujer iba a llevar mi apellido.²

No se trataba de que quisiera controlarla, ni robarle su identidad o lo que fuera que las mujeres reclamaran últimamente. Era unidad. Nosotros y algún día nuestros hijos tendrían el mismo apellido, y era este.

Con suerte, Fallon entendería que era mejor no librar algunas batallas. Y entonces caí en la cuenta.

Me aparté y cerré los ojos. Me pasé las manos por el pelo.

«Hijos».

—Mierda —gruñí—. Se me han olvidado los preservativos.

Oí un resoplido que sonó más a risa y levanté la mirada con el ceño fruncido. A mí no me parecía divertido. Estaba más duro que una roca ahora mismo.

—Lo siento. —Movié la mano para que borrara el enfado de mi cara—. No pasa nada, Madoc. Llevo mucho tiempo tomando la píldora. Desde...

Bajó la mirada.

El nudo que tenía en el pecho se retorció más y más y, sin dudarlo, la alcé en brazos y la metí en el dormitorio.

«Desde el aborto», iba a decir.

Desde que me enteré, lo había pasado mal al intentar averiguar cómo me sentía al respecto. Me hubiera gustado que hubiésemos tenido al bebé, pero me alegraba que no hubiera sido así. No tenía sentido, pero en parte sí.

Por una parte, odiaba que Fallon hubiera tenido que pasar por esto. Odiaba que no hubiéramos sido más cuidadosos. Odiaba que hubiera estado sola. Odiaba que otra persona, alguien a quien odiaba, hubiera tomado la decisión sobre mi hijo sin consultarme.

Veredicto final: sería un buen padre. Y me alegraba de poder esperar para descubrirlo.

Dejé a Fallon junto a la cama, la besé, prácticamente devorándola por la necesidad que sentía, y me quité el abrigo y la camisa. Me deshice de los zapatos y empecé a desabotonarme y bajarme la cremallera de los *jeans*.

—No —señalé en voz baja cuando ella fue a quitarse la blusa—. Déjate la puesta. Esta noche te desvisto yo.

Introduje las manos por dentro de sus pantalones, en la parte trasera, y no pude evitar deslizarlas arriba y abajo por el trasero suave con el tanga. Cuando le bajé los *jeans* y me agaché para quitarle el calzado, exhalé un suspiro, agradecido de que ahora mismo no estuviera haciendo nada.

No cambiaría las noches que habíamos pasado juntos años atrás, pero necesitaba redimirme. Al menos un poco. Esta noche no iba a buscarla como un adolescente en plena pubertad que no podía contenerse.

«Espacio».

Llevaba puesto un diminuto tanga negro y la blusa blanca le caía justo por debajo de las caderas. Me miró con ojos ardientes y pacientes, y esperó a que efectuara el siguiente movimiento.

Le desabotoné la blusa y sentí el subir y bajar rápido del pecho bajo las manos. Se la quité, y agarré y apreté la prenda cuando sentí un estallido en la ingle.

Llevaba un sujetador a juego, negro transparente, que no esperaba encontrarme. No se apreciaba con la blusa blanca. Tenía los pechos

perfectamente visibles a través del tejido y rocé la mano por el pezón duro.

Le toqué la cara y deslicé el pulgar por el labio inferior.

—Eres un sueño.

Abrió la boca y apresó mi pulgar. Lo chupó entero, lentamente. Sentí un zumbido por todo el cuerpo, como si se hubiera quedado dormido.

Recuperé la mano, estiré el brazo por detrás de su espalda y desabroché el sujetador. Tiré de él y lo dejé caer al suelo. A continuación, con la blusa todavía en las manos, volví a subírsela por los brazos.

Cuando la miré, vi la duda reflejada en sus ojos, pero ¿qué podía decir? Siempre estaba diciéndole tonterías sobre la ropa que usaba y cómo se escondía debajo, pero resultaba que me gustaban las chicas misteriosas.

La dejé en la cama con una mano amable, la tumbé y le bajé el tanga.

Me coloqué encima de ella y atisé un pecho asomar por la blusa abierta.

—Esta noche quiero verte con la blusa, Fallon —le dije con voz nerviosa—. Solo con la blusa. Toda la noche y cada vez que haga que te corras.

Frunció el ceño, pero antes de que pudiera decir nada, introduje un dedo en la hendidura abrasadora. Me encantó el gemido que brotó de ella y se le venció la cabeza hacia atrás.

Todo lo que el dedo tocaba enviaba una señal a mi entrepierna. Ella me cubría el dedo medio con tanta fuerza que sentía como si llevara un guante puesto. Lo metí y lo saqué, totalmente excitado por cómo empujaba ella hacia la mano, pidiendo más. Los gemidos se tornaron exhalaciones y añadí otro dedo. Apenas sentía la presión en el otro brazo, en el que me apoyaba.

Fallon tenía los ojos cerrados y los labios fruncidos, y su respiración era el único sonido de la habitación.

Metí los dedos y los saqué, húmedos y necesitados mientras seguía el ritmo y empezaba a efectuar movimientos circulares en el clítoris con el pulgar. Movié con más rapidez las caderas, introduciéndose mi mano más.

—¿Te estás corriendo, Fallon?

—Sí —resolló, respirando con dificultad—. Más, más rápido. —Se quedó sin aliento y gritó.

Me moví más rápido y con más fuerza, y la vi mecerse a ella, siguiendo el ritmo de mi mano. Cada embestida era una súplica.

«Más».

«Más rápido».

«Más».

«Más fuerte».

—Joder, nena. Mírate. —Tragué saliva a sabiendas de que ya casi había

terminado. Que ya no podía ir más rápido.

Los introduje todo lo dentro que pude, hundí los dedos en ella y los dejé ahí, masajeadando el interior con movimientos circulares.

—¡Dios mío! —gritó. Se arqueó en la cama con espasmos cuando se corrió en mi mano. Echó dos veces la cabeza hacia atrás e inspiró rápido y de forma agitada mientras yo dejaba dentro los dedos y le acariciaba el clítoris con el pulgar.

Todo lo que tenía que ver con ella era maravilloso.

—Fallon —le susurré, cuando estaba justo encima de ella.

Abrió los ojos; los últimos espasmos del orgasmo aún le empañaban la cara y tenía una ligera capa de sudor en la frente.

—Tú fuiste la primera. Y mi único amor.

Quería que lo supiera. A pesar de todos los años, la separación, el dolor, quería que supiera que era la única a la que había querido.

Se sentó y se llevó las manos a la cara.

—Ya nadie puede pararnos. —Sonó más a un grito de guerra que a un hecho. Era como si dijera «Sí, estamos casados, y eso no lo puedes cambiar», aunque también «Inténtalo, adelante».

Me lancé a sus labios y le metí la lengua en la boca. La besé con fiereza, tenía todos los músculos del cuerpo tensos.

Me aparté para levantarme y me quité el resto de la ropa. Ella se fijó en mi erección y yo no podía apartar la vista de la blusa que tenía sobre el pecho desnudo.

Volví a cernirme sobre ella, la tumbé en la cama y no dejé de besarla mientras colocaba el pene en la entrada. Entré, solo un poco, y salí, llevándome su humedad conmigo. Me rocé contra el clítoris. El gemido que profirió me vibró en los labios y volví a entrar, solo la mitad, y salí para restregar la punta por la protuberancia dura una vez más.

—¿Madoc? —se quejó—. No soy un piano. Deja de tocarme.

Sonreí y volví a entrar, ocupando cada centímetro de ella lentamente.

—¿Peso mucho? —pregunté al colocar todo el cuerpo sobre ella.

Cuando practicaba sexo, no solía preferir el misionero. Había otras posturas mejores y que te ofrecían una mejor vista del cuerpo femenino, pero esta vez era distinto. Quería sentirla en todas partes.

Sacudió la cabeza bajo mi beso.

—No, me encanta. —Me acarició la espalda y apretó más las caderas contra mí—. Justo ahí —pidió—. Así.

«Madre mía».

Apoyé la frente en la suya e inspiré el aliento que ella liberaba. El pecho, las partes que asomaban bajo la blusa, estaba mojado y sudoroso, y la fricción de la piel caliente me estaba volviendo loco. Tenía la polla resbaladiza y entraba y salía rápido con sus manos ansiosas aferrándose con fuerza.

Joder, estaba muy excitada, y eso me excitaba a mí. No iba a durar mucho. La agarré por los muslos y di la vuelta de forma que quedara ella arriba. Tenía la blusa bajada por un hombro y uno de los pechos al descubierto. Por mucho que quisiera tocarla, me limité a mirarla mientras se movía. Aferrado tan solo a sus caderas, mantuve los ojos pegados a ella haciéndome el amor, con la comisura de los labios metida entre los dientes y la piel expuesta perlada de sudor.

—¡Dios mío! —gritó, cabalgándome más rápido.

Gruñí y cerré los ojos.

—Venga, nena.

Sentí un hormigueo por todo el cuerpo, no me podía aguantar más. Estaba muy excitado y ella estaba muy caliente.

—Madoc —me susurró al oído y sentí una descarga en el pecho. Me arqueé en la cama, empujando con toda la fuerza que pude—. Ahhh.

Y se volvió loca, resollando y gimiendo, y yo también me dejé llevar y lo eché todo dentro de ella, empujando más y más.

«Dios mío». Seguía con el ceño fruncido y los ojos cerrados. Ahora mismo tenía el cuerpo de todo menos relajado.

Nunca antes me había corrido dentro de una mujer sin preservativo.

Excepto con Fallon. Hace años. No me extrañaba que hubiera tenido consecuencias. Algo tan increíble siempre tenía un precio.

Fallon se derrumbó sobre mi pecho y, durante un instante, nos quedamos en silencio, intentando calmarnos.

Pero entonces me susurró en el cuello.

—Fallon Caruthers entonces.

La coloqué bocarriba en la cama, listo para la ronda dos.

Nos quedamos acurrucados en la habitación del hotel las siguientes veinticuatro horas y al fin nos separamos el uno del trasero del otro —sin dobles sentidos— para mantener una conversación.

—Tengo algo de dinero. Mi padre me paga la matrícula y me ingresa dinero en la cuenta para mis gastos. No es mucho, pero suficiente para que nos mudemos a un apartamento.

Tenía los ojos cerrados, pero estaba prestando atención.

—¿Y la matrícula para el año que viene? ¿No necesitas el dinero para eso?

Durante unos segundos, no dijo nada.

—Ya veremos qué hacemos —respondió luego.

Tuve que morderme el interior de la mejilla para reprimir una sonrisa, pero no funcionó. En mi pecho retumbó un rugido y solté una carcajada.

—¿Qué?

Suspiré, sin mirarla todavía.

—Fallon, nena, estamos bien. No vamos a tener problemas económicos

si nuestros padres nos repudian —le dije.

—¿Por qué lo dices? —Su tono se volvió abrupto.

—Estamos bien. —Me encogí de hombros—. No te preocupes por eso.

Al ver que no decía nada ni insistía, abrí un ojo y vi que me miraba por encima del ordenador portátil. Parecía a punto de estallar.

Exhalé un suspiro y me coloqué de lado, incorporándome con el codo. Le quité el ordenador, introduje los datos de mi cuenta y luego volví el aparato hacia ella para que viera la pantalla. No esperé a ver su cara antes de tumbarme de nuevo y cerrar los ojos.

—Madre mía —exclamó en silencio—. ¿Esta es... tu cuenta de ahorros?

Resoplé.

—¿Todo este dinero es tuyo? —insistió. Parecía no creerme—. ¿Tu padre no tiene acceso a él?

—La mayor parte del dinero que hay ahí no tiene nada que ver con mi padre. La familia de mi madre es rica. Me dio la herencia cuando me gradué en el instituto —expliqué.

En raras ocasiones tocaba el dinero que tenía en la cuenta bancaria. Mi padre se aseguraba de pagarme todos los gastos y tenía una tarjeta de crédito para pagar cuando no tenía efectivo. Le gustaba saber lo que hacía, por lo que los extractos del banco le eran muy prácticos cuando no estaba conmigo para ver en qué ocupaba con mi vida. No es que no confiara en mí, sí lo hacía, pero creo que controlar mis gastos hacía que se sintiera parte de mi vida, como si tuviera el control.

«Oh, mira. Madoc ha echado gasolina a las ocho de la mañana el sábado. Seguro que viene a casa para organizar una fiesta».

«Oh, mira. Madoc ha comprado repuestos para el vehículo. Seguro que participa en una carrera pronto».

«Oh, mira. Madoc ha ido al Subway. Qué bien que esté comiendo».

—¿Tu madre te dio tanto dinero con dieciocho años?

Abrí los ojos y volví al presente.

Miré a Fallon y puse cara de dolor fingido.

—Eh, soy una persona digna de confianza. Lo sabes. —Me reí cuando enarcó las cejas y continué—: Mi padre también me dio un tercio de mi fideicomiso cuando empecé la facultad, así que es también parte del dinero que hay ahí. Recibiré otro tercio cuando me gradúe y el otro cuando cumpla los treinta. Pero, aunque no recibiera esos dos tercios, todo irá bien. —Señalé el ordenador, haciendo referencia al monto que había en la cuenta—. El lunes volverás a la facultad, yo dejaré Notre Dame, me trasladaré y buscaremos un apartamento en Chicago.

Entrelacé las manos detrás de la cabeza y esperé a que dijera algo. Me hacía feliz que estuviera dispuesta a abandonar su zona de confort por mí, pero eso nunca iba a suceder.

Frunció los labios y entornó los ojos.

—Ya lo tenías todo pensado, ¿no?

—Claro que sí. —Le dediqué una sonrisa juguetona—. ¿Crees que me habría casado sin tener un plan?

Me incorporé, le rodeé el cuello con el brazo y la acerqué a mí. Cuando cerró los ojos para el beso que, sin duda, esperaba que le diera, le lamí la nariz y me tumbé de nuevo, cerrando los ojos.

—¡Pero no vayas a intentar divorciarte y llevarte la mitad! —la amenacé.

—Eh, es asqueroso —se quejó, probablemente limpiándose la saliva de la nariz.

Oí que cerraba el ordenador y la cama se movió cuando se subió encima de mí, sobre la cintura. Fui a posar las manos en sus muslos, pero me las agarró y las inmovilizó a los lados de la cabeza.

—No. —Negó con la cabeza—. Estoy agotada. No voy a hacerlo. No puedes obligarme.

Pero ya era demasiado tarde. Sentir el peso de ella encima y su calor en el vientre me animó a mover las caderas hacia ella. Su aliento cálido hizo que se me sacudiera el pene.

Joder.

Estaba completamente duro y necesitaba dormir. No quería dormir, pero lo necesitaba. Acercó la boca a mi cuello y hundió los dientes en él. Me expuse para ella.

—Nena. —Ahogué un gemido—. No quiero salir nunca de esta habitación. Quítate mi camiseta, venga.

Sonaron unos golpeteos en la puerta de la habitación y los dos levantamos la cabeza al oírlos.

—¿Madoc Caruthers? —llamó una voz grave.

Fallon me miró y yo me incorporé, dejándola a un lado de la cama.

Me dirigí a la puerta y sacudí la cabeza al darme cuenta del error. Tenía que haberme registrado con el nombre de Jared. Había sido lo bastante inteligente para no usar la tarjeta de crédito, pero no había pensado que mi padre se tomaría el tiempo de llamar a los hoteles de Chicago, buscándome.

—¿Sí? —pregunté. Abrí la puerta y me quedé con la boca abierta.

«¿La policía? ¿En serio?».

—Nos gustaría hacerte unas preguntas —señaló un oficial delgado y de piel negra con la mano en el bastón. No me lo tomé como una amenaza. ¿Debería? La otra agente era una mujer de mediana edad con el pelo rojo.

—¿A qué viene esto?

La mujer alzó la barbilla en mi dirección.

—¿Está contigo Fallon Pierce?

El corazón se me aceleró. «¿Qué pasa?».

—Sí —respondí.

—Tu hermanastra, ¿no? —confirmó el hombre.

Suspiré, con los ojos entrecerrados.

—Por el momento, sí. Nuestros padres se están divorciando.

—¿Qué pasa? —preguntó Fallon, que se acercó a mi lado. Se había puesto los *jeans* y la blusa del día anterior. La ropa que llevaba veinticuatro horas tirada en el suelo. También llevaba puestas las gafas.

—¿Tú eres Fallon Pierce?

—Sí. —Se cruzó de brazos.

—Tu madre denunció tu desaparición ayer por la mañana —explicó la mujer pelirroja—. Dice que recibió amenazas del señor Caruthers, que este le dijo que iba a... —Miró las notas y continuó—: «hacerla pasar por un muro». Y después tú desapareciste.

Ambos policías me miraban y me dieron ganas de reír. Fallon se volvió hacia mí con una sonrisa en la cara y, por muy serio que fuera que tuviéramos a unos policías en la puerta, empezamos a reírnos.

Los oficiales intercambiaron miradas. El pecho me vibraba y Fallon se tapó la sonrisa con la mano.

—¿Has amenazado a la señora Caruthers?

¿A qué señora Caruthers?, me dieron ganas de preguntar, pero me callé. Nadie tenía que saber por el momento que nos habíamos casado y nuestros padres debían enterarse por nosotros, por nadie más, para tomarnos en serio.

—Agentes, se trata de problemas familiares. No sería capaz de tocar a mi madrastra. Fallon está aquí por voluntad propia y no hay ningún problema.

—Señor Caruthers —comenzó el policía—. Sabemos quién es tu padre...

Y entonces empezó el caos. Una mujer y un hombre con una cámara aparecieron detrás de los agentes de policía y se abrieron paso para acercarme un micrófono. Retrocedí y Fallon me agarró de la mano.

—¿Madoc Caruthers? —gritó la mujer, que se colocó entre los policías—. ¿El hijo de Jason Caruthers? ¿Tienes una aventura con tu hermanastra? ¿Su madre afirma que la has secuestrado?

Se me quedó el corazón atascado en la garganta, como si fuera una pelota de béisbol, y no podía respirar.

«¡Mierda! ¡Joder!».

Tragué saliva y miré a Fallon.

—¡Ya está bien! —bramó uno de los policías. Los dos se dieron la vuelta y levantaron las manos para protegernos de la intrusión.

¿Qué diablos pasaba? Mi padre era un tipo importante, pero no tanto. Alguien tenía que haber enviado a esta gente.

La agente de policía habló con voz tranquila.

—Contrólense. Están interfiriendo en asuntos policiales.

—¿Te está reteniendo contra tu voluntad? —La reportera se apartó los

rizos de los ojos. Parecía muy decidida.

Fui a agarrar la puerta para cerrarla, pero Fallon gritó:

—Parad —les pidió—. Él no es el señor Caruthers. Y no me está reteniendo contra mi voluntad, ¡por Dios! No mantenemos ninguna relación sórdida. Es mi...

«Oh, no».

—... ¡Marido! —terminó.

Cerré los ojos, puse una mueca y gruñí.

«Mierda, no. Maldita sea».

Aparté a Fallon, agarré la puerta y la cerré. Oí que los policías echaban a la reportera y al hombre de la cámara.

Eché el pestillo y me dejé caer por la pared que había al lado de la puerta hasta aterrizar en el suelo. Con las piernas flexionadas, apoyé los antebrazos en las rodillas y me golpeé la cabeza contra la pared una vez.

—Fantástico —exclamé, sin ser apenas consciente de que Fallon seguía donde la había dejado.

Apreté los puños y supe que tenía la cara roja. Me sentía como un idiota. ¿Por qué siempre subestimaba a Patricia?

—Madre mía —intervino Fallon al fin, aturdida—. Es espeluznante. Mi madre está loca.

—No, es inteligente —dije con voz monótona—. Acabamos de dar la noticia y de dejar a mi padre en evidencia.

Agachó la cabeza y se acercó para sentarse a mi lado.

—Lo siento, Madoc. Me ha entrado el pánico.

La rodeé con los brazos.

—No pasa nada. Supongo que ya no tenemos que preocuparnos por ir a contárselo a nuestros padres.

Todo el mundo, y me refería de verdad a todo el mundo, iba a saber que estaba casado para la hora de irse a la cama esta noche. No iban a cesar los mensajes y las llamadas por un tiempo; mi familia y amigos querrían saber qué pasaba.

—¿Cómo sabían dónde estábamos? —preguntó Fallon.

—Me he registrado con mi nombre. —Soné menos avergonzado de lo que me sentía en realidad—. Tu madre no habrá tenido que esforzarse mucho para encontrarnos al enterarse de que no estábamos en la facultad.

Hundió el pecho.

—Saldrá en las noticias de las once.

—Y en cinco minutos estará en Internet. Los medios de comunicación tienen que competir con la velocidad de Facebook. Seguro que lo publican enseguida.

Me quedé quieto y asombrado, intentando averiguar qué hacer a continuación.

—Mírame —me pidió.

Lo hice y volví a caer en la seguridad de sus ojos verdes.

—No podemos quedarnos aquí —señaló—. ¿Adónde vamos?

Eché la cabeza hacia atrás y me lamí los labios, pensando.

Fallon y yo no habíamos hecho nada malo. No huíamos solo para disfrutar de una luna de miel. Y no íbamos a empezar nuestro matrimonio temiendo la ira de nuestros padres. Si queríamos que nos trataran como adultos, tendríamos que enfrentarnos al problema.

Me puse en pie y tiré de ella.

—A casa. Vamos a casa.

Eran más o menos las diez cuando llegamos a mi casa. El cielo negro estaba salpicado de estrellas y las coníferas que Addie había plantado para que tuviéramos todo cubierto de verde todo el año se mecían con el viento.

Los policías habían vuelto a la habitación para hacer unas cuantas preguntas más.

Sí, Fallon y yo estamos casados. Tengan el contrato firmado.

No, no la he secuestrado. Por supuesto que no. ¿Ve? No hay moratones y está sonriendo.

Sí, amenacé a mi madrastra, y estoy usando la influencia de mi padre. No puedes tocarme porque soy Madoc Caruthers.

Ahora, por favor, márchense. Estamos en nuestra luna de miel.

Se fueron, nos duchamos, nos arreglamos y condujimos la hora que tardamos en llegar a Shelburne Falls.

—Un momento —le dije a Fallon cuando fue a abrir la puerta.

Salí, rodeé el vehículo por delante y la ayudé a salir. Le di la mano y caminamos uno junto al otro hasta el porche.

Tomé su cara helada entre las manos.

—No vamos a levantar la voz y no vamos a disculparnos.

Asintió y, juntos, entramos.

Tanto el vestíbulo como el resto de habitaciones estaban a oscuras y el único sonido que había en la casa era el del tictac de los relojes y el aire caliente saliendo del aparato de calefacción. Olía a asado y a cuero, y me sentí enseguida en casa. Siempre olía así.

Me acordé de que Tate dijo una vez que le encantaba el olor a neumáticos. Le traía recuerdos, era un olor familiar. Cuando yo olía la carne asada, siempre pensaba en los veranos junto a la piscina. Mi madre preguntándome si quería otro refresco. Mi padre, cuando estaba en casa, ocupándose de la barbacoa y hablando con sus amigos. Y yo mirando los fuegos artificiales en el cielo lleno de estrellas.

A pesar de los problemas por los que había pasado mi familia —todas las familias los tienen—, fui un niño feliz. Las cosas podrían haber ido

mejor, pero fueron suficientemente bien y nunca quise más. No me faltaron personas que me consintieran.

Esta casa era mi hogar y tenía muchos recuerdos buenos de ella. Cada vez que escapaba, aquí es donde quería venir. Patricia Caruthers podía compartir nuestro apellido, quedarse el dinero, pero tendría que pasar por encima de mi cadáver antes de que se quedara la casa. Tenía que encontrar el modo de vencerla.

No sabía si mi padre estaba en la cama, pero sí que estaba aquí. Había visto el Audi en la entrada.

Agarrados de la mano, Fallon y yo recorrimos el pasillo y giramos a la izquierda, en dirección a su despacho.

—¿Crees que nuestros hijos nos odian? —preguntó una voz femenina y me detuve en seco.

Le hice un gesto a Fallon para que permaneciera callada poniendo un dedo en sus labios y los dos nos inclinamos hacia la puerta para escuchar.

—No lo sé —respondió mi padre, y parecía resignado—. No podría culpar a Madoc si así fuera. ¿Jared te quiere?

«Katherine Trent». Era con ella con quien estaba hablando.

—Creo que sí —dijo con voz suave—. Y, si mañana se casara, me preocuparía mucho, pero sabría que lo hace de corazón. Míranos, Jason, ¿quiénes somos para decirles que no pueden hacerlo con dieciocho años con todo lo que hemos fallado nosotros después de esa edad? ¿Somos acaso expertos?

«Maldita sea». Unas manos invisibles me retorcieron el estómago como si fuera la colada. Mi padre sabía que me había casado.

Oí unos pasos.

—No se trata de eso, sino de prioridades, Katherine. Mi hijo tiene que acabar los estudios. Tiene que vivir la vida. Ha tenido todos los privilegios y oportunidades y ahora ha encontrado una distracción.

Tomé la mano de Fallon y la miré a los ojos.

Se oían ruidos en el despacho y las ruedas de la silla de mi padre rechinaron cuando este exhaló un suspiro. Seguramente estuviera sentado. Entorné los ojos e intenté discernir si estaba enfadado o molesto. No lo sabía. Oí un gruñido y más exhalaciones. Parecía como si estuviera hiperventilando, pero no.

—La he fastidiado. —Se le entrecortó la voz y lo oí sollozar.

—Shh, Jason. No. —También Katherine empezó a llorar.

«Mi padre —pensé—. Mi padre está llorando». Noté presión en el pecho y bajé la mirada. Fallon me estaba acariciando la mano con el pulgar. Cuando alcé la mirada, vi que le temblaba la barbilla.

—Mi casa está vacía, Katherine —señaló con una voz profundamente triste—. Quiero que vuelva.

—No hemos sido buenos padres —dijo ella—. Nuestros hijos han pagado las consecuencias de nuestro estilo de vida y ahora nos toca pagar a nosotros. Ha encontrado a una chica de la que no puede separarse. No hacen esto para lastimarte, Jason. Están enamorados. —Sonreí al escuchar sus palabras—. Si quieres que tu hijo vuelva —continuó—, tienes que abrir más los brazos.

Agarré con más fuerza la mano de Fallon.

—Necesito estar un momento a solas —susurré.

Le brillaban los ojos llorosos. Asintió, comprensiva, y se encaminó a la cocina.

Al abrir la puerta vi a mi padre sentado a la mesa del escritorio, encorvado sobre las rodillas y con la cabeza entre las manos. Katherine estaba arrodillada delante de él, consolándolo, supuse.

—Señora Trent —me dirigí a ella y me metí las manos en los bolsillos del abrigo—. ¿Puedo hablar a solas con mi padre, por favor?

Los dos levantaron la cabeza y Katherine se puso de pie.

Estaba preciosa con un vestido de los años cuarenta de color crema con lunares rojos. El pelo de color chocolate, del mismo tono que el de Jared, le caía sobre los hombros en ondas sueltas, pero tenía algunos mechones apartados con dos horquillas a cada lado de la cabeza.

Mi padre, por otro lado, estaba hecho un desastre. Llevaba el pelo desaliñado, probablemente de pasarse los dedos por él, una camisa blanca arrugada y una corbata de seda azul desanudada. Y sí estaba llorando.

Estaba sentado, inmóvil, y parecía un poco asustado de mí.

Katherine se aclaró la garganta.

—Claro.

Me aparté cuando salió, pero le agarré el brazo para detenerla. Le di un beso en la mejilla y le dediqué una sonrisa de agradecimiento.

—Gracias —murmuré.

Los ojos le brillaron y asintió antes de irse.

Mi padre no se había movido de la silla y yo examiné la habitación. Me acordé de que nunca me dejaba entrar aquí cuando era pequeño. Mi padre no escondía nada, aquí no, al menos, pero en una ocasión mencionó que «toda su vida» estaba en esta habitación y que no era lugar para niños.

Creo que fue la primera vez que me di cuenta de que yo no era su prioridad. Había cosas que le gustaban más que yo.

Pero al verlo ahora... la mirada cansada, el estrés y el silencio que me daba a entender que no sabía qué decir para convencerme de lo contrario.

A lo mejor sí le importaba.

Tomé aliento y me acerqué a él.

—Nunca me has gustado, papá —dije despacio, tomándome mi tiempo—. Trabajabas mucho y nunca venías cuando decías. Hacías llorar a mamá y creías que el dinero podía arreglarlo todo. Y lo peor es que no eres estúpido. Eras consciente del vacío que dejabas en tu familia, pero lo hacías de todos modos.

Entrecerré los ojos, retándolo a que dijera algo. Cualquier cosa para justificarse.

Pero, con mis primeras palabras, bajó la mirada a la mesa y la dejó ahí clavada.

Así pues, cuadré los hombros y continué.

—Quiero a Fallon. Y me encanta esta casa. Quiero tenerte en mi vida, pero si vas a actuar de forma controladora, te puedes ir al infierno. —Me detuve y me coloqué delante del escritorio—. No te necesitamos, pero te quiero, papá.

Tensé la mandíbula y parpadeé para calmar el escozor que sentía en los ojos.

Levantó la cabeza y vi una mirada que nunca antes había visto. Los ojos le brillaban por las lágrimas, pero tenía una mirada dura. Mi padre quería oponer resistencia. Le preocupaba mi educación, que Fallon y yo buscáramos un trabajo, que tuviéramos que lidiar con el matrimonio cuando aún estábamos madurando, pero ahí se equivocaba.

Yo había dejado de madurar cuando Fallon se marchó.

Y había empezado de nuevo cuando volvió a casa.

Había que tener algo que amar. Algo por lo que luchar para convertir la vida en un objetivo y no en un trabajo. Fallon no me iba a arrebatar un futuro, eso lo había hecho mi padre.

Le sostuve la mirada, preparándome para lo que fuera a echarme en cara, pero seguramente se lo pensó mejor. Si no nos apoyaba, haríamos esto sin él.

Por fin se puso en pie, se pasó las manos por el pelo y se ajustó la corbata. Vi que se acercaba a la caja fuerte, tecleaba la combinación y sacaba unos papeles. Volvió al escritorio, firmó un documento y me lo tendió.

Vacilé. Probablemente fuera una voluntad que me dejara desamparado o alguna tontería por el estilo.

—Voy a quedarme con los otros dos tercios de tu fideicomiso y a distribuirlos como ya estaba previsto —explicó—, pero aquí tienes un regalo de boda... si es que podemos luchar lo suficiente para conservarla.

Desdoblé, confundido, los papeles y se me escapó una sonrisa.

—¿La casa? —pregunté, sorprendido.

Me había dado las escrituras de la casa, pero no estaban a mi nombre. Sentí una oleada de emoción y confusión.

¿Quería la casa?

«Sí».

¿Para siempre jamás?

«¡Sí!».

Me encantaba este lugar, y también a Fallon. Si podíamos conservarla en manos de los Caruthers, lo haríamos. ¿Pero cómo afectaba esto a mi padre? No quería que se fuera.

Bueno...

No, no quería.

—Patricia quiere quedarse la casa, seguro que ya lo sabes. —Se le empañaron los ojos en una expresión que sí me resultaba más familiar—. Pero pienso desprestigiarla en el juzgado todo lo que pueda. Puede que tarde un año, pero voy a ganar. La casa está a mi nombre, pero, como mi esposa, tiene derecho a disfrutar de ella hasta que el juez diga lo contrario. Te la traspasaré oficialmente cuando me deshaga de esta amenaza. —Se irguió y me tendió la mano—. Pero la casa es tuya a todos los efectos. Sé que a ti y a Fallon, y también a Addie, os gusta estar aquí y quiero que os quedéis en vuestra casa.

Le estreché la mano y noté que me relajaba. No sabía si mi padre había cedido, si estaba cansado de tanto drama o si estaba engañándome. Pero, cuando lo miré, vi unos ojos relajados y empañados y, sin que me diera cuenta, me abrazó.

—Vaya —gruñí por la fuerza de sus brazos, y estuve a punto de echarme a reír. No sabía si esto era una broma ni si tenía gracia, pero las cosas extrañas y poco usuales siempre me hacían gracia. A mí.

Cuando fui a tomar aliento me di cuenta de que mi padre no me iba a soltar. Me rodeaba con brazos de acero y no recordaba la última vez que me había abrazado.

Y creo que nunca lo hizo así de fuerte.

Moví los brazos lentamente para devolverle el gesto.

—Katherine tiene razón. —Retrocedió y me dio un apretón en los hombros—. No puedes separarte de ella, ¿no?

—Si pudieras retroceder en el tiempo y hacer las cosas de otra forma con Katherine...

Asintió.

—Jared y tú llevaríais siendo hermanos mucho, mucho tiempo —terminó.

—Yo no quiero lamentarme de eso. Voy a conseguirlo, papá. —Recuperé la compostura—. Nos irá bien.

Mi padre había permitido que el miedo por el fracaso de sus anteriores matrimonios lo detuviera, y también los problemas que Katherine había tenido antes con el alcohol. De él había aprendido que se podía hacer frente a los problemas, pero no a la pérdida de tiempo.

Me dio una palmada en la espalda y suspiró.

—¿Dónde está Fallon?

[2](#) N. de la Ed.: En los países anglosajones es habitual que las mujeres, al casarse, tomen el apellido del esposo. Esta costumbre no existe en España ni en la mayoría de países de América Latina, donde la mujer conserva siempre su apellido.

CAPITULO 30

Fallon

Katherine llegó a la cocina poco después que yo y me dieron ganas de desaparecer.

Hasta que se acercó y me abrazó.

Contuve la respiración, confundida.

Hola, soy la chica que estuvo a punto de hacer pública tu aventura y soy la única responsable de todo el problema que se ha originado en torno al divorcio de tu novio. Pero, sí, ¡acepto abrazos!

Cuando se apartó, me senté en el taburete y ella sacó del frigorífico todos los ingredientes para hacer batidos de helado.

Quería hacerle un montón de preguntas. Después de todo, tenía una relación con el marido de mi madre. Debería despreciarla, o al menos desagradarme. No debería sentir ningún respeto por una persona que rompía familias.

Pero, por alguna razón, o por muchas, sentía que mi madre era la que había arruinado esta familia. Y había una cosa que no podía negarse de Katherine. Una relación a los dieciocho años era amor.

Era muy guapa. Y joven. Lo bastante joven como para tener más hijos.

—Me sorprende que estés tan tranquila con esto. —Acepté el batido de vainilla y caramelo.

Se encogió de hombros y siguió preparando otro para Madoc. De chocolate.

—Yo también empecé joven —admitió—. Pero, al contrario que yo, tú y Madoc contáis con un grupo de apoyo estupendo.

Sí, tenía razón. Yo no sabía aún cómo se lo iba a tomar mi padre y quería llamarlo a primera hora de la mañana. Pero Madoc y yo teníamos medios para vivir y contábamos con Addie. Éramos afortunados.

—¿No te asusta que Jared se anime y le pida matrimonio a Tate? —bromeé.

Echó hacia atrás la cabeza al reírse.

—No. —Parecía segura.

—¿No?

—Creo que Madoc y tú habéis vivido... más experiencias que os han hecho madurar, digamos. Entiendo que el matrimonio parezca el siguiente paso natural. ¿Pero Jared y Tate? Lo han pasado tan mal el uno por el otro durante tanto tiempo que creo que solo quieren que los dejen en paz una temporada. Necesitan tranquilidad.

En ese momento oímos las voces de Madoc y su padre en el pasillo, y Katherine y yo nos volvimos y los vimos entrar sonriendo.

Noté una punzada en el estómago, pero relajé un poco los hombros. Vi que Jason se dirigía a mí y me eché el pelo detrás de las orejas al tiempo que pensaba en todo lo que llevaba puesto. Unos *jeans*, una camiseta de manga larga negra y ajustada, pero seguía con el abrigo de Burberry. Aún conservaba las ondas sueltas que me había hecho para la boda y, la última vez que miré, estaban bien, a pesar de las veinticuatro horas que Madoc y yo habíamos pasado en la cama.

La mirada de Jason era tranquila y acogedora, pero daba la sensación de que no respiraba. Parecía alegre, pero precavido.

Me levantó la barbilla y me dio un beso rápido y amable en la frente. A continuación, me agarró la mano y miró el anillo.

—Te queda bien. Enhorabuena.

«¿Cómo?».

¿Eso era todo? No podía ser.

—Gracias —murmuré, buscando mi boca en el suelo de lo abierta que se me había quedado.

—Si aceptáis un consejo de un hombre que está a punto de tener dos divorcios a sus espaldas... —Jason nos miró a Madoc y a mí—. Luchad. Combatidlo todo. No os marchéis de casa enfadados ni os vayáis a la cama peleados. Luchad hasta que arregléis las cosas. Cuando se deja de luchar se empieza a abandonar.

Y entonces me miró a mí.

—No dejes que se salga con la suya, ¿entendido?

Tragué saliva y asentí.

—Señor Caruthers —me dirigí a él.

El aludido enarcó las cejas.

—Jason.

—Jason. Te debo una disculpa. Todo este lío con el divorcio...

—Tenía que pasar, Fallon —terminó, interrumpiéndome—. No pasa nada. Bueno, acabará arreglándose.

Le hizo un gesto a Katherine y salieron por donde habían entrado.

—Katherine y yo vamos a pasar la noche en su casa —nos informó—. Nos vemos el viernes por la noche en la subasta benéfica.

Y desaparecieron.

Madoc se sentó en el taburete. Me colocó entre sus piernas y me acarició el cuello con la nariz, provocándome escalofríos.

—Madoc. —Cerré los ojos y me concentré en los maravillosos besos—. Cariño, lo siento, pero creo que tengo que volver mañana a la facultad.

Se detuvo. Tan de repente que me pareció que hubiera muerto. Apartó la cabeza del cuello y me miró con los ojos azules llenos de enojo.

—¿Por qué? —Pareció más una amenaza que una pregunta.

—He recibido un correo electrónico de un profesor. —Alcancé el teléfono móvil y lo levanté—. No le importa que falte a algunas clases, pero voy a perderme la charla de un invitado mañana y un examen el viernes. Son muy importantes.

Ya había perdido tres días de clases.

Madoc exhaló un suspiro.

—De acuerdo. Pasaré la noche con Jared, así no tendremos que estar separados. Tú vas a las clases, yo me encargo del traslado a Northwestern y empezamos a buscar apartamento. De todas formas, tenemos que estar en Chicago el viernes para la subasta benéfica. Saldremos mañana temprano.

Le eché los brazos por los hombros y entrelacé las manos detrás del cuello.

—Gracias.

Me acerqué a él, embriagándome con su olor, y tomé el labio inferior entre los míos y, él, el inferior entre los suyos. Siempre acabábamos con este beso. Los cuatro labios entremezclados como si fueran uno, los dos quietos y respirándonos el uno al otro.

¿He dicho lo mucho que me gustaba olerlo? Me encantaba que se echara colonia, y siempre lo hacía.

—Ven, vamos a ducharnos —susurró en mi boca.

Negué con la cabeza.

—No, ve tú.

—Quiero ducharme contigo.

Retrocedí y me desabotoné el abrigo.

—Yo tengo otra idea. Ve a ducharte y ven a buscarme en diez minutos.

Arrugó la frente.

—¿A buscarte?

No dije más. Veinte segundos después, entendió que había terminado la conversación y subió las escaleras sonriendo.

Me reí para mis adentros. Pensaba que él era el único que hacía travesuras.

Tomé una hoja de papel del fax que había en la cocina, escribí un acertijo para Madoc a sabiendas de cómo le gustaaaaaaaaban los acertijos, y la dejé en la barandilla de las escaleras.

En aquellos tiempos en los que había una guerra entre los dos, esperaba a que llegara la noche, cuando llamabas a mi puerta. Ahora vas a tener que buscarme en una habitación de esta planta, donde cazan los vampiros y de donde me arrancaron de tus labios.

Me quité el abrigo y lo dejé en el suelo, al lado de las escaleras. Después me aparté unos pasos y empecé a quitarme el resto de la ropa y a soltarla a pequeños intervalos de espacio en el suelo de baldosas blancas y negras. Los zapatos, los *jeans*, la blusa, y a continuación me desabroché el sujetador y lo dejé en la alfombra beis de lujo que conducía al pasillo a la derecha.

Vestida únicamente con el tanga de encaje rojo, recorrí el pasillo apenas iluminado y entré en la sala de cine, agradecida de que el frío me distrajera al notar truenos en el pecho.

Odiaba esta habitación.

Y me encantaba esta habitación.

Giré el interruptor de la pared para iluminar la sala solo lo suficiente para que hubiera una suave luz. Miré a mi alrededor y me di cuenta de que no había cambiado nada. Tampoco lo esperaba.

Apenas se usaba esta sala, pero estaba concebida para que cupiera bastante gente. Había varios sillones reclinables de cuero negros y dos sofás a juego delante de una enorme pantalla plana colgada de la pared y adornada con tres pantallas más pequeñas a cada lado. Las paredes marrones estaban llenas de fotos familiares y otros detalles deportivos y, con la alfombra de color crema, el lugar era acogedor.

Madoc y yo pasábamos mucho tiempo viendo la tele aquí, a pesar de que en raras ocasiones nos decíamos nada agradable. La única vez que venía a esta habitación Jason Caruthers eran los domingos de Super Bowl.

Me acerqué sigilosa y pasé una mano por el cuero negro, suave y frío de nuestro sofá. Era en el que veíamos *Crónicas vampíricas*. En el que no nos hacíamos ni caso, a pesar de la tensión que flotaba entre los dos. En el que nos acostamos antes de que me alejaran de esta casa.

Noté una sacudida en el vientre que salió disparada a la entrepierna e hizo que sonriera.

Este lugar debería de resultarme intimidante. Aquí me habían despertado una madre gritando y el otro tan enfadado que ni siquiera podía hablar. Mi madre me había arrancado del sofá prácticamente desnuda, solo vestida con la camiseta de Madoc. Jason Caruthers había permanecido en el pasillo, negándose a mirarme cuando pasé por su lado. Madoc no estaba y, veinte minutos más tarde, estaba vestida, con la maleta hecha y marchándome sin saber que llevaba un hijo en mi interior.

Esta habitación debería de traerme malos recuerdos, pero no era así.

El sofá era cómodo, y lo sentía suave bajo la piel, y recordaba sentirme agradecida de que Madoc al fin me hubiera sacado de la habitación esa noche.

Me subí al sofá, me arrodillé y apoyé los brazos en la parte de arriba. Quería ver a Madoc cuando me encontrase. Cuando el pomo de la puerta empezara a girar. Me tragué la sonrisa y sentí una enorme emoción.

Cuando Madoc abrió la puerta, me miró directamente a los ojos y le regalé una sonrisita sugerente con la esperanza de que la tomara como juguetona y no de parte de la ninfómana en que me había convertido. Llevaba puestos unos pantalones de pijama negros caídos y la piel dorada parecía tan cálida y suave que empecé a salivar. Tensó las abdominales y subí la mirada hasta los pectorales y más arriba. Me encantaba cómo tenía el pelo despeinado en todas direcciones, como si se lo hubiera puesto así a propósito. Cuando llegué a la cara, sin embargo, todo semblante de diversión había desaparecido.

Tragó saliva y levantó el acertijo que le había dejado.

—La sala de cine.

¿Por qué no me miraba a mí? No paraba de mover los ojos de un lado a otro.

—Me... —tartamudeé. El corazón empezó a latirme demasiado rápido. Mierda. ¿Estaba enfadado?—. Me alegro de que lo hayas adivinado —dije, ladeando la cabeza en un intento de animarlo a que se acercara.

—Ya, bueno... la última línea ha ayudado. —Espiró profundamente—. Mira, Fallon, no quiero estar aquí. ¿Podemos ir a la cama?

«¿Qué? ¿Por qué?».

—Madoc —me apresuré a detenerlo—. Ya sé que este es el último lugar que vimos antes de que me marchara, pero no tenemos que temerle.

Bajé del sofá y me puse en pie junto al reposabrazos, con las manos delante de mí. Sus ojos azules empañados me recorrieron el cuerpo y luego subieron de nuevo, tímidamente, a mi cara.

Se acercó a mí y cada uno de los pasos vibró en mis venas. Me agarró por la nuca, me besó con fuerza, introduciendo la lengua y calentándome todo el cuerpo.

—Madoc —jadeé cuando me alzó del suelo. Me agarró el trasero y le rodeé la cintura con las piernas.

Me encantaba que me tomara en brazos. Pero no me gustó que empezase a caminar, conmigo encima, hacia la puerta.

—Nos marchamos en seis horas —comentó— y puede que sea o no suficiente tiempo para saborear cada parte de tu cuerpo. Pero quiero empezar ahora mismo. Nos vamos a la cama.

—Madoc, ¡no! —Estiré los brazos y me agarré a la puerta, haciendo que se detuviera—. ¡No! Quiero estar aquí.

Tiró un poco, pero yo me agarré con más fuerza. Si quería sacarme de

aquí, tan solo tendría que tirar un poco más. Se lo estaba tomando con calma.

—No —replicó—. Venga, ya no somos unos niños. Vamos a hacerlo en la cama como adultos y no en el sofá como unos adolescentes hormonados.

—No somos unos adolescentes hormonados.

Me miró con el ceño fruncido.

—Suéltate o te hago cosquillas.

Tensé el pecho y estuve a punto de cerrar los brazos ante la amenaza, pero no lo hice.

Me solté de él, bajé al suelo y le estampé las manos en el pecho para apartarlo de mí. Agarré la puerta y la cerré.

Madoc tenía la vista fija en mí cuando recorrí los pocos pasos que me separaban de él, lo hice retroceder hasta el sofá y empecé a atacar. Enterré la mano en su pelo, lo besé con fuerza en la boca y luego en el cuello, llevé la otra mano a la erección gruesa que ya palpitaba.

—Joder, Fallon —maldijo.

Pero echó la cabeza hacia atrás cuando se vio embargado por el placer y me pasó los dedos por el pelo mientras yo le besaba el pecho y el vientre.

Me puse de rodillas, lo liberé de los pantalones y lo agarré con las manos. Efectué movimientos circulares con la lengua en la punta, recorriendo el *piercing*. Se retorció y abrió de golpe los ojos para lanzarme una mirada feroz.

—Fallon —me advirtió.

—Quiero hacerlo. Por favor —le pedí con dulzura.

Cerró los ojos y aflojó las manos en mi pelo.

Volví de nuevo a centrarme en la erección, la recorrí pausadamente, saboreando el olor a gel que tanta hambre me daba. Moví la lengua de un lado a otro por la parte de abajo para sentir la bola. El pene se sacudió en mi boca y me volví más impaciente con su sabor y con la plata. Lo atraje hacia mí despacio, relajé la garganta y lo tragué hasta la base.

—Nena —suspiró, respirando con dificultad—. Espero que no hayas aprendido a hacer eso con otro chico.

Fui saliendo y chupé con fuerza la punta unas diez veces antes de responder.

—Tate y yo compramos un libro el mes pasado.

—En serio. —No era una pregunta—. Qué sexi.

Conociendo a Madoc, probablemente nos estuviera imaginando a Tate y a mí practicando con pepinos.

Ella quería hacer esto por Jared, pero ninguna de las dos teníamos experiencia. Quería sorprenderlo, por supuesto, así que le sugerí ver porno. Me respondió con un no rotundo, diciendo que se negaba a ver vídeos cutres por Internet, así que compró un libro.

Volví a metérmelo entero en la boca, lentamente hasta la base, y retorcí la lengua a su alrededor.

Estiré los brazos para bajarle los pantalones solo hasta debajo del trasero y me agarré a las caderas en busca de apoyo mientras me movía arriba y abajo. Me dolían las raíces en donde me agarraba el pelo. Estaba totalmente duro, o eso esperaba porque no podía meterme más. Saboreé cada centímetro de piel.

Gruñó e inspiró con fuerza, respirando de forma entrecortada. Me encantó verlo tan alterado. Tenía la cara contraída y los ojos cerrados, parecía estar sufriendo y de repente me entraron ganas de lamerle todo el cuerpo.

Madoc me apartó la cabeza; parecía agresivo.

—Para —jadeó—. Quiero hacerlo, pero no en este sofá.

Me lamí los labios y fruncí el ceño, confundida, pero no insistí.

¿A quién diablos le importaba en este punto? El sofá, el sillón, el suelo...

Me agarró de la mano, me subió a otro sofá de cuero, me dio la vuelta y me colocó encima de él, que estaba sentado. La erección me acariciaba entre las piernas y entonces...

¡Vaya!

Metió ambas manos dentro de la tira del tanga que tenía en la cadera y me lo arrancó de cuajo. Me quedé sin bragas y el sexo me latía tan fuerte que tuve que morderme el labio para no gritar.

Estaba incontrolable. Me lancé hacia él, le lamí los labios y me levanté cuando empezó a frotar la punta contra mi apertura.

—Oh, Madoc —resollé.

Joder, me gustaba mucho.

Le agarré la cara con las manos y lo miré a los ojos, sin poder dejar de restregarme contra él.

—¿Por qué me dejaste aquí sola aquella noche? —pregunté. Supuse que esa era la razón por la que estaba incómodo en el otro sofá. A lo mejor era simplemente que odiaba esta habitación.

—No quería. —Me miraba con un gesto de disculpa—. Te tapé. —Exhaló y cerró los ojos del placer que sentía por cómo me movía sobre él—. Fui a darme una ducha. Tenía pensado volver a despertarte, pero cuando bajé, te habías ido.

Todo este tiempo había pensado que había pasado un buen rato y después se había marchado a la cama, abandonándome.

—Odio esta maldita habitación —terminó. Cerró la boca, pero volvió a abrirla. Me pareció que quería contarme más, pero no lo hizo.

Alcancé el mando y encendí el equipo de música, del que brotó *Team*, de Lorde. Me apoyé con ambas manos en el sofá de piel, detrás de él, y bajé sobre su cuerpo lo bastante lento para volverlo loco.

—Voy a conseguir que te vuelva a gustar —prometí.
Me llenó por completo y eché la cabeza hacia atrás al sentirlo dentro de mí. Dejó escapar un gruñido y me miró con los ojos entornados.
—Me gustará verte intentarlo.

CAPITULO 31

Madoc

—Aquí estás —dice una voz detrás de mí y me tenso.

Me doy la vuelta y me encuentro a mi madrastra, Patricia. No oculto la sorpresa al verla con un camisón corto de seda blanco.

Tomo la botella de agua, cierro la puerta del frigorífico e intento mantener la vista apartada. Me siento mareado por el licor que he ingerido en la hoguera, pero eso no me impide darme cuenta de lo rara que es esta situación.

Tiene el pelo largo y rubio suelto, pero parece que se lo acaba de peinar, y también de maquillar, y no tiene una pose modesta. Con una mano en la isla de la cocina, la otra en la cadera, se mece de forma juguetona y sonrío.

—¿Dónde está mi padre? —pregunto.

—Dormido —contesta—. En su habitación. ¿Lo has pasado bien esta noche?

¿Por qué era tan amable últimamente?

—Sí, hasta ahora —respondo con tono monótono.

Acabo de volver de una carrera y he ganado a Liam. También he visto a Tatum Brandt competir por Jared. Teniendo en cuenta eso y la hoguera de después, ha sido una noche entretenida.

Pero estoy cansado y no estoy de humor para lo que sea que Patricia quiera decirme.

Rodeo la isla para salir, pero ella se pone delante de mí.

—Madoc. —Posa una mano en mi pecho y retrocedo—. Te has puesto fuerte con tanto ejercicio. Tienes buen aspecto. —Asiente con aprobación y me mira con ojos inocentes—. ¿Sabías que tu padre tiene una aventura?

Madre mía, ¿qué diablos hace?

Definitivamente no ocultaba mucho con ese camisón. Veo centímetros de la clavícula y la piel bronceada de los brazos, piernas y hombros; parece suave. Patricia hace mucho ejercicio y se cuida bastante bien con el dinero

de mi padre. Con cuarenta años, parece mucho más joven.

Noto un peso enorme en el estómago cuando me acerco los labios al cuello.

¿Qué? ¿Qué hace?

Le aparto la mano.

—¿En serio? —Estoy prácticamente sin aliento por el impacto.

Paso por su lado, recorro el pasillo y entro en la sala de cine. El único lugar donde quiero estar. Cierro la puerta, me acerco al sofá y me desplomo en él; es en el que Fallon y yo lo hicimos por última vez. Apoyo la cabeza en él y cierro los ojos.

El corazón me martillea en el pecho y me arde todo el cuerpo por la rabia.

No puedo creérmelo. Se me acaba de echar encima mi madrastra.

Con la cabeza abotargada, me pellizco el puente de la nariz para intentar centrar la mente y deshacerme del mareo del alcohol. El cuero frío en la nuca me calma la respiración.

No entiendo por qué, después de todo este tiempo, sigo durmiendo en esta habitación tantas noches. Fallon se marchó. Nunca le gusté de verdad, ¿por qué quería entonces recordar su traición?

Y aun así... este es el lugar en el que pasábamos la mayoría de las noches juntos, a veces en silencio y solo una vez en no silencio.

—Mírame —me dice Patricia y abro los ojos.

—¡Vete! —grito. Aprieto los labios al verla de pie delante de mí. ¿Por qué narices no he cerrado con pestillo la puerta?

Me pongo en pie y me acerco a ella.

—Esta es mi habitación. Vete.

Los ojos le brillan de emoción.

—Eres un gruñón. Ya entiendo por qué te tenía miedo Fallon.

Niego con la cabeza.

—No me tenía miedo. No sé qué te contó, pero...

—No te soportaba, Madoc. —Me mira y se muerde el labio inferior—. Está en tu pasado, tienes que pasar página. Ella lo ha hecho.

—¿Por qué lo dices?

—Está saliendo con alguien en el internado —responde y noto un zumbido en los oídos.

Apenas noto sus manos en el pecho, acariciándome encima de la camiseta.

—Ni siquiera habla de ti ni pregunta por ti. Le pedí que viniera de visita. No va a venir. No merece al hombre en que te has convertido. —Cierro los ojos y pienso en todo el tiempo que he pasado aquí, todas las noches pensando en ella, y sé que es una pérdida de tiempo. Lo sé. Yo también he salido con otras, claro. Me he acostado con otras; no con tantas como he alardeado con Jared, pero ha habido más. Sin embargo, mi corazón nunca

ha pertenecido a ninguna de ellas.

Patricia me susurra en el cuello.

—Yo sé qué quieres. Qué te gusta. Y sé guardar secretos.

Acorta la distancia, me envuelve el cuello con los brazos y me besa.

Gime y, de repente, no puedo respirar.

No...

No.

¡No!

La agarro por los hombros y la aparto.

—¡Joder! —grito—. ¡No!

Tiene la piel sonrojada y arquea una ceja.

—¿No? —Se echa a reír—. Creo que no lo dices en serio, Madoc.

Me dan ganas de pegarle. Quiero estamparla contra una pared y borrarla del planeta. Pero, sobre todo, quiero echarla de aquí.

—Fuera —le exijo.

Sonríe, se acerca al sofá y se tumba en él.

—Oblígame —me reta—. Pero tendrás que tocarme para hacerlo.

La miro, tumbada en el mismo lugar que vi por última vez a Fallon.

Tiene la mano por encima de la cabeza y me parece una imagen espantosa. Algo que nunca querría recordar.

Relajo la expresión y hablo en voz baja.

—O te vas mañana o se lo cuento a mi padre.

Debería de contárselo de todos modos.

Pero puede que no me apetezca proteger a mi padre ahora mismo. Igual quiero que sufra con este matrimonio. Tal vez lo odie por traer a estas dos guarras a nuestra casa.

O quizá sea que, si pierdo a Patricia, tema también perder a Fallon para siempre.

No lo sé.

Salgo de la habitación, dejándola en el sofá, y saco el teléfono móvil.

¿Estás despierta?, escribo, pero ya voy camino del vehículo sin esperar una respuesta.

El teléfono móvil vibra.

Estoy en la cama. Ven.

Niego con la cabeza a sabiendas de que no supone ningún problema. Necesito desfogarme. Jess Cullen, la capitana de atletismo, y yo somos amigos con derecho a roce, y me gusta mucho. No es que me guste de verdad, pero la respeto, y es una buena chica.

Escribo una respuesta.

Tardo diez minutos.

Nos vemos.

Me marché y no volví a entrar en la sala de cine. Hasta esta noche. A veces he fantaseado con la idea de encender una hoguera para ese maldito sofá que esa mujer asquerosa arruinó. Pero, después de aquella noche, se tomó unas vacaciones largas y no la vi hasta ayer por la mañana, cuando me amenazó con apartar a Fallon de mí.

Cuando vi esta noche la nota de Fallon, en lugar de emocionarme como estaba seguro de que ella deseaba, refunfuñé. No quería entrar en la sala y ni por asomo quería que ella estuviera allí.

A saber cómo podía reaccionar si le contaba la verdad. No era nada importante, pero no quería arriesgar una vez más nuestra felicidad.

Esa noche la llevé a la cama, la tumbé y le di un beso en el pelo. Fallon, como yo, había visto a sus padres viviendo una vida que ella no quería. Por suerte para nosotros, por la experiencia que habíamos tenido, sentíamos como si nosotros mismos hubiéramos cometido los errores de nuestros padres. Ya sí teníamos claro qué era lo que queríamos.

Aunque era consciente de que era una mujer fuerte, eso no me quitaba la idea de querer protegerla y dárselo todo.

Nadie ni nada nos detendría.

En los dos días siguiente, Fallon y yo empezamos a prepararlo todo en Chicago. Ella iba a clase y yo me ocupaba del papeleo para que me trasladaran de una universidad a la otra. Por la noche, si ella no tenía que hacer deberes, nos conectábamos a Internet para buscar apartamentos.

Fallon había intentado ponerse en contacto con su padre para contarle lo de nuestra boda, pero cuando habló con uno de sus hombres, este le dijo que Ciaran estaba «ilocalizable» por el momento. Lo que significaba que probablemente estuviera retenido en algún interrogatorio. Nadie estaba «ilocalizable» en el siglo XXI, a menos que le hubieran confiscado el teléfono.

—Daniel —se dirigió a otro de los trabajadores de su padre por teléfono—, si mañana no sé nada de mi padre acudiré a la policía. Necesito estar segura al menos de que no está muerto.

Era jueves por la noche y estaba sentada en el sofá del apartamento de Jared cuando Tate y yo llegamos de correr. Fallon normalmente nos acompañaba, pero esta vez se había quedado para hacer algunas llamadas.

Jared seguía en los entrenamientos del Cuerpo de Capacitación de

Oficiales de la Reserva y había sido muy amable al dejar que Fallon y yo tuviéramos nuestro espacio en su apartamento esta semana.

—¿Una ducha? —le sugerí al tiempo que me quitaba la camiseta sudada.

Levantó un dedo para indicarme que esperara, hablando todavía por teléfono.

Tate aún respiraba con dificultad cuando entramos en el salón y sacó el teléfono.

—Ha llamado la madre de Jared —comentó, más bien para ella misma.

Tras darle a la pantalla varias veces, se llevó el aparato a la oreja para devolverle a Katherine la llamada, supuse.

Me dirigí a la cocina y saqué un Gatorade del frigorífico mientras ellas hablaban. Entró Jared cerrando la puerta con fuerza e igual de sudado que Tate y yo.

—Pásame uno de esos —me dijo, señalando el Gatorade que tenía en la mano. Usó el bajo de la camiseta para limpiarse el sudor de la cara.

Le lancé el mío y saqué otro del frigorífico. Nos quedamos unos minutos en silencio, bebiendo y recuperando el aliento.

—Esto es de locos —se quejó y se agarró la camiseta por detrás para sacársela por la cabeza.

«Ya», me vibró la garganta por la risa.

Jared en el ejército, o fuera cual fuese la rama que hubiera escogido, era algo que me seguía pareciendo raro. Jared como miembro de un equipo. Jared siguiendo órdenes. Jared estresado y vestido con un uniforme. ¿Jared como un líder? ¿Por el bien de la humanidad? Todavía sacudía la cabeza cuando lo pensaba.

—Pues déjalo —le dije—. Hay un montón de cosas que podrías hacer con tu vida. Cosas que se te dan bien.

Me miró como si tuviera tres ojos.

—No hablo del Cuerpo de Capacitación de Oficiales de la Reserva. Hablo de Tate. Mírala.

Volví la cabeza y la miré con el teléfono. Era octubre y ella corría con unos pantalones cortos y una camiseta de manga corta. Seguramente para fastidiarlo a él.

Sonreí. Tate me gustaba mucho. En una época incluso quise estar con ella, pero ahora la consideraba mi hermana.

Una hermana que no me follaría, claro.

—¿Qué pasa con ella? —Me encogí de hombros.

Mi amigo frunció el ceño.

—Que me vuelve loco, eso es lo que pasa. Se pone esa ropa para excitarme, y está funcionado. Hasta he buscado información sobre bailes de salón para ver si está tan mal. —Me miró con una mueca—. Estoy cediendo.

Eché la cabeza atrás y me reí.

—Pareces a punto de echarte a llorar.

—¿Tú no lo harías? —Parecía una acusación.

Puse los ojos en blanco.

—¿Desde cuándo me conoces? No hay muchas cosas que yo no fuera capaz de hacer.

Parpadeó con fuerza al darse cuenta de que era cierto y volvió la cabeza para mirar a Tate, probablemente fantaseando con todas las cosas que se estaba perdiendo.

Fallon colgó y se acercó a mí. Sonrió cuando la rodeé con el brazo.

—¿Todo bien? —pregunté.

Asintió.

—Por ahora. —Luego arrugó la nariz—. Necesitas una ducha.

Le lancé una mirada a Jared.

—¿Podemos usar el baño primero?

Apretó el Gatorade con el puño y sentí pena por él. Probablemente quisiera hacer lo mismo con Tate y estuviera dolorido.

—De acuerdo —intervino Tate—. Tenemos que colaborar todos en esto, así que escuchad.

Nos volvimos hacia ella, que se acercaba decidida a la barra de la cocina.

Enarcó una ceja en dirección a Jared, pero evitó el contacto visual y yo tuve que fruncir los labios entre los dientes para ahogar una carcajada.

—Tu padre —me miró a mí— y tu madre —al fin miró a Jared— van a ir al evento benéfico de vuestra familia mañana. —Después nos miró a Fallon y a mí, refiriéndose al evento benéfico de Triumph Charity, la asociación de nuestros padres, por los niños con discapacidades.

Asimilé lo que estaba diciendo, sorprendido, aunque incómodo por la noticia.

Mi padre y Katherine iban a aparecer como pareja en la subasta benéfica de mi padre y su esposa. Eso iba a parecerle muy raro a mucha gente. Aunque a mí no.

—Así que —continuó— Katherine nos ha invitado para que asistamos, aunque creo que se trata más bien de apoyo moral.

—¿Te ha dicho eso ella? —preguntó Jared, que parecía preocupado.

—No, pero me ha dado esa sensación. Es su primera aparición pública con tu padre. —Me miró a mí—. Y su mujer y sus amigos estarán allí. —Miró a Fallon con un gesto de disculpa—. Estoy segura de que la gente va a hablar. Tenemos una mesa familiar para nosotros, así que estaremos sentados juntos en la cena.

Señalé a Tate con la barbilla.

—¿Va a ir Jax?

—Me ha dicho que sí.

—De acuerdo. —Me aclaré la garganta—. Hagámoslo.

—Fallon —Tate levantó el bolso de la barra—. ¿Quedamos mañana después de tu clase de mediodía y vamos de compras?

—Me parece bien.

A continuación, me miró a mí.

—Y vosotros dos compraos un traje. —Se refería también a Jared, pero no lo miró a él.

Se pasó la tira del bolso por la cabeza para que descansara en la cintura, tomó la rebeca y se dirigió a la puerta.

—¿Adónde vas? —preguntó Jared.

—Vuelvo a la residencia —bramó ella camino de la puerta. Fallon y yo no la veíamos, pero Jared le lanzó una mirada asesina—. A menos que hayas cambiado de idea con respecto al baile —canturreó, burlándose de él.

Jared hizo una mueca, pero entonces abrió mucho los ojos y se levantó de la silla.

—¿Me acabas de enseñar los pechos?

Oímos la puerta abrirse y después cerrarse, y él salió detrás de ella.

CAPITULO 32

Fallon

En el trayecto, mantuve las manos en el regazo, apretando los puños hasta que me clavé las uñas en las palmas. Tenía el cuerpo tenso y sentía el pulso latir en el cuello.

«Maldita sea». No quería ver a esa mujer esta noche.

Ni ninguna noche.

—¿Qué haces? —me preguntó Madoc mientras conducía a Lennox House, el lugar donde se celebraba siempre el evento.

Le di a enviar y metí el teléfono de nuevo en el bolso.

—Escribir a mi padre para que sepa dónde estoy por si puede ponerse en contacto conmigo.

—Estás preocupada por él.

Negué con la cabeza.

—Estoy preocupada por ti. —Le sonreí e intenté ocultar la preocupación—. Mi padre todavía puede matarte.

Atisbé una sonrisita en sus labios antes de salir del automóvil. Se acercó a mi lado, me abrió la puerta y luego lanzó las llaves al conserje.

—No va a matarme. —Me dio un beso en la frente y se volvió hacia Jared, que estaba ayudando a Tate a salir del automóvil detrás de nosotros.

—Te veo muy seguro.

Resopló.

—Por supuesto. Todo el mundo me adora.

«Sí, sí, te adoramos».

Coloqué la mano en la parte interna de su codo y nos dirigimos a la sala de baile seguidos por Jared y Tate. Tanto Madoc como Jared llevaban trajes de lana negros con camisas blancas y corbatas negras de seda. Madoc tenía un pañuelo morado oscuro y Jared no llevaba nada. Los zapatos de ambos resplandecían, tenían el pelo despeinado de un modo

adorable y era difícil resistirse a mirarlos.

A juzgar por las señoras que volvieron la cabeza cuando entramos, supuse que a Tate y a mí no nos iban a mirar mucho.

Bueno, tal vez sí. Íbamos bastante guapas también. Las dos habíamos elegido el negro y llevábamos unos vestidos cortos de cóctel preciosos.

El suyo era un vestido negro sin mangas con una capa transparente que caía hasta medio muslo y se acampanaba un poco desde la cintura hasta abajo. Tenía rayas horizontales de seda negra y dejaba a la vista unas piernas y brazos estupendos. Tenía el pelo del color del sol, rizado, y se lo había recogido en una coleta lateral en la parte baja del cuello.

Yo también había elegido un vestido sin mangas, pero drapeado. Las tiras del escote me rodeaban el cuello y se unían en la parte baja de mi espalda, para acabar en el lado izquierdo de la cintura sujetas con un broche. Me había hecho unas ondas gruesas en el pelo, pero me lo había echado por encima del hombro para sentir la mano de Madoc en la espalda.

Y aunque Tate y yo nos habíamos puesto tacones de aguja, las dos éramos unos centímetros más bajas que nuestros chicos.

Inhalé la fragancia de las flores en el aire. A mi madre le encantaban este tipo de eventos, aunque solo asistía por prestigio.

—Vaya, esto va a ser divertido —oí la voz sarcástica de Jared detrás de mí—. ¿Dónde está mi madre? ¿Y mi hermano?

Nadie dijo nada mientras observábamos el enorme salón en busca de Jason, Katherine y Jax.

La sala ya estaba llena. La inundaban sonidos alegres de conversaciones, risas y música. Estaba decorada con cortinas blancas, luces blancas y flores blancas por todas partes. Las ventanas resplandecientes que había por todo el lugar dejaban pasar la luz de la luna, que añadía una luminosidad suave al interior. No estaba demasiado iluminada, pero tampoco demasiado oscura.

El escenario, también decorado de blanco, contaba con un podio y una banda que tocaba algunos temas de música animados. La pista de baile ya tenía a unas tres o cuatro docenas de parejas que iban muy elegantes y sonreían entre joyas llamativas. Por toda la zona había docenas de mesas redondas adornadas con manteles blancos, velas y cristalería fina.

—De acuerdo —comenzó Tate—. Vamos a pasar....

—¡Bienvenidos! —nos saludó una voz que conocía bien.

Me enderecé. Me di la vuelta y enarqué una ceja al ver a mi madre, que se acercaba a nosotros con una copa de champán en una mano y un escolta muy joven en la otra.

Alguien tan joven y guapo, que parecía seguir órdenes, tenía que ser un escolta.

Llevaba un vestido de noche largo y negro con una capa de encaje

negra y mangas. Tenía el pelo rubio recogido en un moño elegante y el maquillaje era espectacular. Parecía ocho años más joven.

Se puso delante de nosotros y nos miró con preocupación fingida.

—Qué curioso, no recuerdo haberos enviado una invitación a ninguno de vosotros. Pero... —Miró detrás de mí, probablemente a Jared, aunque estaba demasiado asqueada como para comprobarlo—. Sois más que bienvenidos.

—No nos tienes que invitar a las subastas de mi familia, Patricia —comentó Madoc con voz grave y amenazante—. Y Fallon tiene más derecho a estar aquí que tú. Tú estás saliendo de la familia, ¿recuerdas?

—Oh, es verdad. —Alzó la barbilla y sonrió—. Me había olvidado de vuestra boda. Enhorabuena.

Bajó la mirada a mi mano. Aquel semblante burlón hizo que me dieran ganas de darle un puñetazo.

—Ya veo que llevas el anillo familiar —observó y dio otro sorbo a la copa de champán—. Será todo un consuelo para ti cuando pases las noches sola y él haya salido a follarse a otra. Probablemente ya lo esté haciendo. Su padre no tardó mucho después de casarnos.

Madoc dio un paso adelante, pero yo lo sujeté.

—No —le advertí—. Está desesperada, deja que diga lo que tenga que decir. —Y después miré a mi madre—. Solo le quedan palabras, al fin y al cabo.

Tensó la cara y enarcó las cejas.

—Ya lo verás. Puede que tarde un año o cinco, pero lo verás.

Se dio la vuelta con su juguete elegantemente vestido y muy silencioso y se alejó.

—Vaya. —A Tate le entró la risa, pero ese tipo de risa cuya otra opción posible era llorar. Entendía la sensación—. ¿Estás bien? —preguntó, a mi lado.

—Sí. —Asentí y me solté del brazo de Madoc. No podía aferrarme a él como si fuera mi tabla salvavidas toda la noche—. Tendría que haberle pegado.

—Yo lo habría hecho —comentó Tate.

Jared y Madoc se echaron a reír al mismo tiempo y Tate bajó la mirada y sonrió. Me dio la impresión de que compartían alguna broma que yo no entendía.

Me sonrió al notar mi confusión.

—La violencia no soluciona nada, pero... —hizo una pausa— puede atraer la atención de la gente. A veces, y subrayo lo de a veces, la violencia es lo único que algunas personas respetan. Mira a Madoc. Le rompí la nariz y le di una patada en los huevos. Al final acabó entendiéndome.

«¿Qué?».

—¿Perdona? —Miré a Madoc y a Tate. Jared puso los ojos en blanco cuando lo miré a él en busca de una explicación.

—¿No le has hablado de nosotros, señor No-Puede-Mantener-Las-Manos-Apartadas? —Sus ojos expectantes hicieron que Madoc se sonrojara.

—Ya, gracias, Tate. —Apartó la mirada, como si tuviera mal sabor de boca—. Ahora tendré que explicárselo.

Tragué saliva. No sabía si me gustaba por dónde estaba yendo la conversación, pero Jared pareció leerme la mente.

—No te preocupes, Fallon —me consoló—. Madoc solo intentaba juntarnos a Tate y a mí. Cree que el fin justifica los medios.

«Estos abogados...», me reí para mis adentros.

Por fin encontramos a Katherine y al padre de Madoc y pasamos la siguiente hora o bien cerca de ellos o bien en la pista de baile. Katherine estaba increíble con un vestido de noche rojo, de un estilo muy parecido al mío, pero el de ella llegaba hasta el suelo. Llevaba el pelo oscuro suelto y tenía un aspecto estupendo con el color vivo del vestido. Estábamos seguros de que necesitaba apoyo moral —con toda esta gente enterándose de que era la querida de Jason—, pero al parecer solo era miedo por su parte. Todo parecía ir bien.

Aunque las amigas de mi madre eran las esposas de los colegas de Jason y tendrían que apoyar mi madre, sabían muy bien de qué lado ponerse. Sus maridos seguían a Jason y ellas seguían a sus maridos.

—¿Has escrito a Jax? —preguntó Jared a Madoc cuando estábamos al lado de la barra—. A mí no me contesta.

Madoc sacó el teléfono y miró los mensajes.

—Sí, le he mandado dos mensajes, pero no me ha respondido.

Jared negó con la cabeza. Empezaba a preocuparse.

Madoc me apartó a un lado.

—Voy al baño, ¿quieres venir? —me preguntó, alzando las cejas.

—Mmm. —Me llevé un dedo a la barbilla, pensativa—. «Madoc Caruthers descubierto con su hermanastra en los aseos. Jason Caruthers puesto en evidencia delante de todo Chicago», leí el falso titular, sonriendo.

Me dio una palmada en el trasero y se marchó caminando de espaldas y murmurando: «Eres muy sexi».

Se volvió y desapareció por el recibidor y, mientras, Jared llevó a Tate a la pista de baile. Sonreí al verlos, agradecida de que Madoc no fuera tan reservado con el asunto del baile. Hicieron eso de agarrarse el uno al otro y mecerse, pero me pareció adorable que él lo intentara.

Me quedé junto a la barra esperando a Madoc, pero pasaron cinco minutos y aún no había vuelto. Tensé los músculos de los muslos e intenté olvidarme de la propuesta que me había hecho de unirme a él.

Saqué el teléfono y me di cuenta de que Jax tampoco me había escrito a mí. Era muy extraño que estuviera desconectado. «¿Dónde estaba?».

Me abrí paso entre los pequeños grupos de gente y pisé con tiento por miedo a tropezarme con los tacones. Cuando llegué al recibidor, mucho más tranquilo, marqué su número y me llevé el teléfono a la oreja.

—¿Cuánto lo deseas? —oí la voz burlona de mi madre procedente del servicio de caballeros y miré hacia la puerta. Hablaba con un tono suave y seductor que solo significaba una cosa.

Me acerqué y la abrí lo suficiente para echar un vistazo. Dentro estaban ella y Madoc y puse una mueca de dolor al verla apoyada en la pared con el vestido subido por los muslos. Él estaba quieto, mirándola.

«¿Por qué narices la estaba mirando?».

Madoc se frotó la frente con la mano.

—No eres lo que parece, ¿eh?

—Tengo una habitación en el Four Seasons, Madoc. Piensa en lo bien que te lo ibas a pasar. Una noche conmigo y conseguirás lo que quieres. Te dejaré la casa. Aquella noche me deseabas, ¿verdad?

«¿Aquella noche?». ¿Qué ha pasado entre ellos? Apenas entendía lo que decían pues notaba un zumbido en los oídos tan fuerte que me estaban lagrimeando los ojos.

—Sí —respondió él al tiempo que se lavaba las manos—. Te deseaba tanto que salí corriendo y follé con otra persona justo después de dejarte en la sala de cine.

«Dios mío». Apreté los puños y se me aceleró la respiración. No podía sentir más tenso el rostro por la ira. Tenía los pies anclados al maldito suelo.

¿Qué diablos pasaba? Estampé el puño en la puerta, haciendo que se abriera con tanta fuerza que chocó contra la pared que había detrás. Los dos se volvieron y me vieron, congelada bajo el marco de la puerta.

—¡Fallon! —Mi madre exageró la tarea de recomponerse. Se llevó la mano al pecho y me miró con ojos compasivos.

—Fallon. —Madoc levantó la mano y sacudió la cabeza, como si tratara de detener mis pensamientos—. Nena, no es nada, ¿de acuerdo? Mírame.

—Ya te lo dije, cielo —señaló mi madre—. A Madoc no le importas. Él y yo...

—¡No hay ningún tú y yo! —gritó, volviendo la cabeza y asesinándola con la mirada.

—Cuéntaselo entonces. —Mi madre se apartó de la pared, con semblante tranquilo y voz suave—. Cuéntale lo de la sala de cine, que me besaste...

—¡Cállate! —Madoc se acercó a mí y parecía sobrecogido por el dolor—. Fallon, mírame a los ojos.

«¿Qué?». Bajé la mirada al suelo, intentando encontrar el sentido a

todo esto.

—Pregúntale. —La voz de mi madre sonó en alguna parte detrás de nosotros—. Ya te dije que no podías confiar en él, Fallon.

Cerré los ojos y noté que los pies se derretían en el suelo.

—Fallon, ¡nunca ha pasado nada! —dijo alguien—. Nunca la he tocado. Me besó ella...

«Odiaba doblar esquinas. Puertas cerradas».

Aún los oía hablar, pero no tenía ni idea de qué estaban diciendo. Los pies habían desaparecido. Las piernas, hasta las rodillas, se habían desintegrado y no sentía nada cuando intentaba tensar los músculos.

«Tu vida no me interesa, Fallon».

«¿Sabes cómo te llamaba antes? Revolcón asegurado».

Tomé varias bocanadas de aire rápidamente y espiré lentamente, como si no tuviera fuerzas para volver a inspirar. Inspirar rápido. Espirar lento. Inspirar rápido. Espirar lento.

¿Cómo podía hacer esto él? ¿Cómo podía ella?

«Eres una puta como tu madre». Las palabras de Madoc no me habían dolido en el pasado porque sabía que no eran ciertas. ¿Por qué ahora me hacían daño?

«¿De verdad pensabas que te quería? ¡Te ha usado!».

Cerré los ojos con más fuerza todavía y tragué saliva.

«Trágate. Trágate».

Oí mi nombre. Madoc. Estaba diciendo mi nombre.

—¡Fallon! ¡Mírame!

«¡Abre los ojos! ¿Qué ves?».

Abrí los ojos y vi a Madoc delante de mí. Tenía los ojos llenos de lágrimas y estaba zarandeándome por los hombros.

«¿Quién eres? —La voz suave con acento irlandés de mi padre me empapó—. ¿Quién eres?».

Volví a apretar los puños, una y otra vez, y parpadeé cuando Madoc me besó la frente.

«Yo no intento matar tus demonios. Los acepto».

«Esto es lo que convierte a Madoc en un buen chico, Fallon. Intenta arreglar las cosas».

Sentí sus manos en la cara, acariciándome las mejillas con los pulgares.

«Intenta arreglar las cosas».

«Vuelve a amenazarme y tendrás que atravesar un muro para llegar hasta ella».

«Termine, padre. Necesita que la bese».

Madoc.

Se me hinchó el pecho. Era mío. Siempre había sido mío.

Madoc. Mi Madoc.

Lo miré a los ojos y encontré amor, preocupación, miedo... Le sostuve la mirada y llené los pulmones de aire.

«Nada de lo que ocurra en la superficie del mar puede alterar la calma de sus profundidades».

—Fallon, por favor — imploró—. Escúchame.

—No —repliqué al fin. Bajé la cabeza y alcé la barbilla—. Deja de hablar —declaré con firmeza.

Lo rodeé y, lentamente, muy lentamente, me acerqué a mi madre con las manos al frente. Mantuve la cara inexpresiva y el tono grave cuando accedí a su espacio vital, inspirando el oxígeno que había a su alrededor.

—Para ya —la amenacé—. Madoc y yo queremos la casa y tú estás sola, sin apoyo de nadie, madre. —Me acerqué a su cara y apreté los dientes—. Ve en contra mía y perderás.

Me volví antes siquiera de darle tiempo a reaccionar y salí del baño, agarrando a Madoc de la mano.

—Fallon, deja que te lo explique. Nunca ha pasado nada. Se acercó a mí y...

Me detuve en el recibidor y me volví para mirarlo.

—No quiero escucharlo. No necesito confirmación en lo que a ti respecta.

Posé las manos en su cara y besé esos labios que me cautivaron por completo en el momento que los toqué. Madoc poseía mi cuerpo y mi alma, y nadie podría detenernos. Mucho menos la bestia de mi madre.

No le había dado la paliza que se merecía, pero eso no habría arreglado nada, habría perdido el tiempo. Lo único que respetaba esa mujer era el dinero y el poder, y acababa de amenazarla con ambos.

Cualquier atención más me saldría cara.

Nunca más. Madoc y yo teníamos una vida que vivir.

—Te quiero —susurré contra sus labios.

Apoyó la frente en la mía y suspiró.

—Gracias a Dios. Me has asustado.

Oí que alguien se aclaraba la garganta y volví la cabeza. Me llevé un buen sobresalto.

—¡Papá! —exclamé y me aparté de Madoc para lanzarme a darle un abrazo a mi padre. Estuve a punto de tirarlo con tanta efusividad.

—Hola, pequeña —me saludó, gruñendo por el impacto.

—¿Estás bien? —le pregunté. Me aparté para mirarlo.

Tenía el pelo castaño claro peinado hacia atrás y la cara, normalmente afeitada, hecha un desastre con algunos pelos grises asomando. Llevaba un traje de Armani y había optado, como Jared y Madoc, por una corbata en lugar de la pajarita que llevaba todo el mundo.

—Bien. —Asintió, acariciándome los brazos—. Siento haberte preocupado.

Quería hacerle preguntas, pero sabía que no era el momento ni el lugar y, de todos modos, normalmente él no solía contar mucho. Confiaba en mí, pero creo que pensaba que era mejor que su hija no supiera demasiado acerca de sus negocios sucios. Como si no me encargara yo de enterarme de las cosas.

—Señor, soy Madoc. —Mi marido le tendió la mano—. Por si no se acuerda.

Solo se habían visto una vez que yo supiera, pero mi padre sí lo recordaba, sobre todo después de todo lo que había pasado.

Dudó solo un instante antes de aceptar la mano de Madoc.

—Me acuerdo, y lo sé todo. —Le lanzó una mirada de advertencia—. Este no es el lugar adecuado para hablar del asunto y hay varias cosas que os quiero decir a los dos, pero, por ahora, solo diré esto. —Entornó los ojos—: Eres consciente de la carga que supone este matrimonio, ¿verdad?

Madoc me miró y sonrió.

—Fallon no es una carga, señor.

—No hablo de ella —replicó él—. Hablo de mí. No quieres a un suegro cabreado. Será mejor para ti que mi hija sea feliz. ¿Entendido?

«Vaya. Qué situación más incómoda».

—Será feliz —le aseguró Madoc, mirándolo a los ojos.

Sonreí a ambos.

—Ya soy feliz.

No sabía si a mi padre le resultaba duro. Apenas me había visto crecer, siempre peleando con mi madre y sus negocios peligrosos. Nada le permitía ser el padre que quería ser, pero habían sido sus elecciones y yo no sentía pena por él. Lo quería, pero elegía a Madoc. Siempre elegiría a Madoc.

—Enhorabuena. —Mi padre me dio un beso en la mejilla—. Pero, por favor, dime que os casó un cura.

Madoc se rio y yo se lo conté todo mientras nos dirigíamos a la mesa.

Cuando llegamos, vimos que todos estaban ya sentados. Jared y Tate juntos, un asiento vacío para Jax al lado de Jared, luego Katherine y Jason, seguidos por tres asientos vacíos para Madoc, mi madre y yo.

No obstante, ella no se iba a sentar a esta mesa, ni hablar, así que senté ahí a mi padre y Madoc y yo nos quedamos con los asientos vacíos.

Presenté a mi padre, Tate, Jared y Katherine. Jason no esperó cuando me dirigí a él.

—Ciaran. —Asintió y se colocó una servilleta en el regazo.

—Jason —respondió mi padre.

Y eso fue todo lo que hablaron. Jason defendía a tipos como mi padre, pero no quería que lo vieran tratando con ninguno. Y, por supuesto, temía que relacionaran a su hijo con los Pierce.

Yo era leal a mi padre, pero entendía a Jason.

Empezaron a acercarse camareros con los entrantes y todo el mundo se relajó. Katherine y Jared hablaban, probablemente preguntándose dónde diablos estaba Jax, y Tate nos contó a mi padre y a mí la historia de cómo Madoc le pidió ir al baile el último año de instituto. Con motivos no románticos, me aseguró.

Si no fuera así, tal vez habría tenido que poner fin a sus salidas para correr juntos.

La banda tocó una canción suave de *jazz* y, mientras circulaban los entrantes y todos hablaban y bailaban, el menú de siete platos comenzó con la sopa. Una crema blanca de espárragos. Estaba buena, pero no podía creerme que la gente pagara diez mil dólares por plato por estar aquí esta noche. Bueno, por plato no, por menú. Pero así eran los eventos benéficos de la alta sociedad, supuse.

—Espero que todos estéis disfrutando de la noche.

Mi madre se acercó a nosotros y me relajé al notar la mano de Madoc en la espalda.

—Ciaran, Katherine —los saludó—. No es precisamente la gente que esperaba. Qué valor habéis tenido.

No veía a mi madre y tampoco la iba a mirar. Pero vi que Katherine abría mucho los ojos y luego bajaba la mirada.

—Ya basta —intervino Jason—. Te avisé de que iba a traer a Katherine.

—Tu puta está sentada en mi silla.

Jared se levantó de la silla y estuvo a punto de tirarla.

—Si no te levantas y controlas a esa zorra —advirtió al padre de Madoc—, me llevo a mi madre de aquí.

Jason se levantó para intentar calmar la situación.

—Nadie se va a ir. Patricia, estás montando un espectáculo. Para.

—¿Que pare? Pero si ya estoy fuera. —Se cruzó de brazos, con el bolsito colgado sobre la cintura—. ¿Por qué me iba a importar montar un espectáculo? De hecho, solo he empezado. Puede que pierda la batalla en el juicio, pero tu puta va a hundirse en el barro delante de todo el mundo. Ni siquiera he empezado.

Justo entonces sonaron dos teléfonos y todo el mundo desvió la atención de Jason y Patricia. Sin saber qué teléfonos eran, todos buscaron los suyos.

Pero entonces empezaron a sonar más y todos recibimos mensajes.

Oí a Tate quejarse.

—Esto no puede ser por nada bueno.

Me pregunté qué estaba pasando.

Jason arqueó una ceja, mirando a mi madre antes de detener la discusión para mirar él también el teléfono.

—Oh —exclamó Madoc, con la vista puesta en el aparato—. ¿Ese es Jax?

Parecía confundido, por lo que me apresuré a abrir los mensajes y estuvieron a punto de salirse los ojos de las órbitas.

Mi padre se acercó para mirar y me llevé el teléfono al pecho, horrorizada. Miré a mi alrededor y vi a todo el mundo quieto, cada uno con una emoción distinta en la cara mientras observaban el vídeo.

Jared. Enfadado.

Tate. Apenada.

Katherine. Herida.

Jason. Abatido.

Patricia. Asustada.

Madoc. Perturbado.

—Fallon —se dirigió a mí—. ¿Este es Jax con tu madre?

Aparté el teléfono del pecho y volví a mirarlo. Jax sentado en una cama. La coleta colgando en la espalda. Mi madre encima de él. El vídeo paraba y continuaba en la parte en la que ella bajaba de encima de él y se iba al baño. Él se envolvía una sábana en la cintura y se acercaba a la cámara.

Ni una sola persona estaba respirando en la mesa.

—Hola. —Nos sonrió—. Soy Jaxon Trent. Y tengo diecisiete años.

Y ahí se acababa. El vídeo se fundía en negro y en la mesa probablemente todos los corazones latían igual de rápido que el mío.

Las miradas se volvieron hacia mi madre, que estaba allí quieta, mirando el teléfono que sostenía con una mano temblorosa.

—Hola.

Todos nos sobresaltamos. Jax se acercó a la mesa y apartó su silla.

Iba vestido igual que Jared, menos por la corbata. Llevaba tres trenzas encima de cada oreja y la coleta de siempre.

—¿Qué es esto? —gimoteó mi madre. Parecía a punto de echarse a llorar o de morir.

—Siéntate —le pidió, agarrando el respaldo de la silla—. Venga.

La mujer puso cara de espanto y casi oía su respiración apresurada. ¿Estaba pensando en salir corriendo?

Jax levantó el teléfono.

—Estoy a punto de enviar este vídeo a todas las personas que hay en este salón. Siéntate. —Su voz era grave. Nunca lo había oído hablar así.

Mi madre se acercó, como mareada, a la silla y se sentó lentamente, sin bajar la mirada, pero sin mirar a nadie tampoco.

—Jason, los papeles. —Jax extendió el brazo.

Jason tenía una mano en el respaldo de la silla de Katherine.

—¿Fuiste tú el del mensaje?

—Te pedí que confiaras en mí —señaló con tono orgulloso.

Jason metió la mano en el bolsillo del abrigo y sacó lo que parecían unos documentos legales.

—Sentaos todos —ordenó Jax—. Estáis atrayendo la atención de la gente.

Solo el padre de Madoc y Jared estaban de pie, pero no apartaron la mirada de él cuando se sentaron en las sillas.

No sabía por qué ninguno de nosotros decía nada. Nadie hacía preguntas. Nadie daba voz a las preocupaciones. Estábamos todos callados, mirando a Jax hacerse con el control de la mesa.

—Jaxon —intervino Katherine. Estaba abrumada por el pánico—. ¿Cómo has podido hacer esto?

El chico la miró con inocencia.

—Yo soy la víctima aquí.

Y entonces curvó la comisura del labio y dejó los papeles en la mesa, delante de mi madre, con un bolígrafo que se sacó del abrigo.

—Aquí está el acuerdo de divorcio revisado —explicó, inclinándose sobre el hombro de mi madre—. Un buen puñado de dinero, ninguna casa y ninguna pensión alimenticia. Firma —le exigió.

—Si crees...

—Oh, no —la interrumpió—. Nada de amenazas vacías ahora. Ella es mi madre, a todos los efectos. —Señaló a Katherine—. Y tú estás jodiendo su felicidad. Esto se va a acabar ahora.

Parpadeé. Me ardían los ojos de observar, con asombro, la escena.

Jax me recordaba a mi padre por su comportamiento. Controlado y tranquilo. Mi padre siempre conocía la jugada cuando entraba en algún sitio, siempre estaba preparado y no dudaba.

Al ver que mi madre no se movía, Jax levantó el teléfono delante de ella.

—No quieres que este vídeo salga de esta mesa. ¿Sabías que el estado puede presentar cargos, aunque no los presente yo?

Frunció los labios, enfadada, y miró de un lado a otro, como si hubiera alguna salida. Pero fue sensata. Tomó el bolígrafo y firmó en los huecos indicados.

—Y aquí. —Jax pasó la página y señaló.

»Y aquí —repitió al pasar otra página.

En dos segundos, recuperó el bolígrafo, dobló los documentos y se levantó.

Miró a Jason.

—¿El cheque?

Miré al padre de Madoc y estuve a punto de echarme a reír al ver que sacudía la cabeza un segundo, como si intentara adivinar si esto acababa de pasar de verdad.

Se sacó un sobre del bolsillo interior y se lo pasó a Jax. Este le tendió lo que supuse que sería el dinero acordado a mi madre y esbozó una sonrisa radiante y relajada.

—Enhorabuena. Estás divorciada. —Miró a Jason—. ¿Y la casa?

Jason le pasó más documentos que Jax nos tendió a nosotros.

—Propietarios. —Asintió—. ¿Está todo el mundo contento?

Madoc y yo abrimos el paquete y me llevé la mano a la boca al ver que eran las escrituras de la casa.

A nuestros nombres.

—Jax —susurré. Tenía la garganta tensa.

—¿Qué pasa con el vídeo? —Nunca había visto a mi madre tan asustada. Estaba prácticamente temblando mientras lo miraba.

Jaxon se acercó a su cara y le habló como si fuera una niña pequeña.

—Tu única preocupación ahora mismo es no volver a hacerme enfadar nunca más. Compórtate y yo también lo haré.

Tomó el cheque del soborno de la mesa, se lo lanzó al pecho y se puso en pie.

—Márchate.

Patricia agarró el sobre y ni siquiera me miró cuando salió del salón de baile. Madoc me dio un apretón en la mano izquierda y mi padre me tomó la derecha.

«Mi marido».

«Mi hogar».

Miré a mi alrededor en la mesa... «Mi familia».

Noté que me vibraba el pecho con una risa histérica.

—Esto es surrealista. —Jason se pasó la mano por la frente cuando los camareros comenzaron a llevarse platos—. No sé cómo sentirme al respecto —murmuró. Se levantó y tendió la mano—. Gracias, Jaxon. No sé qué...

Jax se meció y le dio un puñetazo al padre de Madoc justo en la mandíbula que lo envió al suelo. Todo el mundo se tensó en la silla y Katherine gritó.

La cubertería de plata rechinó y las conversaciones del salón se detuvieron. Todo el que no se había dado cuenta de lo que pasaba en nuestra mesa nos miraba ahora.

Jason yacía bocarriba, alzó la cabeza y se agarró la mandíbula.

—¡Jaxon! —chilló Katherine, que saltó de la silla junto a Jared y Madoc.

Jax estaba al lado de su madre, mirando al padre de Madoc.

—Deberías de haberte casado con ella hace años —le recriminó.

Le dio a Katherine un beso en la mejilla y se volvió para marcharse.

Jared, Tate, Madoc y yo no perdimos el tiempo en abandonar la mesa y correr tras él. Katherine ayudó a Jason a sentarse de nuevo a la mesa y el salón se llenó de conversaciones entrecortadas.

—¡Para, Jax! —le gritó Jared.

El chico se detuvo en el recibidor y se dio la vuelta para mirarnos. Yo no pensaba permitir que su hermano le gritara.

—Gracias, Jax —intervine—. No deberías de haberte puesto en esa situación por nosotros. —Levanté las escrituras con ambas manos y me las llevé al pecho.

—No te preocupes. —Se metió las manos en los bolsillos. Ahora sí parecía el chico que conocía y no el tipo amenazante que había demostrado que podía ser.

Negué con la cabeza y las lágrimas empezaron a caer.

—Nunca querría que tú...

—No pasa nada, Fallon —me interrumpió—. Eres feliz, Katherine es feliz y eso me hace a mí feliz. —Inspiró profundamente y le dio una palmada en el brazo a Madoc—. Nos vemos mañana por la noche en la carrera.

Vi que le hacía un gesto con la barbilla a Jared y él y Tate lo siguieron fuera del salón.

Madoc me rodeó con los grandes brazos y lo miré con ojos llorosos.

—Somos libres —susurré.

Me agarró el trasero y me levantó del suelo para pasarme la lengua por los labios y besarme tan fuerte que tuve que sujetarme a su cuello.

—Nadie nos detendrá —murmuró con voz ronca en mi boca.

«Nadie».

Oí que alguien carraspeaba y abrí los ojos cuando Madoc me dejó en el suelo.

Era mi padre, probablemente deseando no haber visto esto.

—Me voy —me informó.

Madoc me soltó y se aclaró la garganta.

—Yo voy a ver cómo está mi padre.

Sonreí para mis adentros y lo miré marcharse para dar un poco de espacio a mi padre.

—Voy a pasar el fin de semana en Shelburne Falls, pero volveré el lunes. ¿Estarás en Chicago?

—Sí —respondió—. Te llamaré para almorzar. A los dos —añadió.

Le ofrecí una sonrisa de agradecimiento y él se dio la vuelta para irse, pero entonces se detuvo.

—Fallon. —Se volvió hacia mí—. ¿Quién es ese chico exactamente? —Señaló a Jax, que estaba hablando con Jared y Tate fuera.

—Jaxon Trent. Es amigo de Madoc.

—¿Qué sabes de él? —Seguía mirándolo.

«Por desgracia, no mucho».

—Eh, bueno, vive con la madre de su medio hermano. Su padre está en la cárcel y su madre verdadera se marchó hace mucho tiempo. Está en el último curso del instituto. ¿Por qué?

Habló bajo, como si pensara en voz alta.

—Es un joven impresionante.

CAPITULO 33

Madoc

—¿Qué es el Loop exactamente? —Fallon se bajó la gorra para que quedara por encima de los ojos y apoyó la cabeza en el reposacabezas.

—¿No te lo ha contado Tate?

—Sé que es una carrera. —Bostezó—. ¿Pero es un circuito de verdad?

—No tenías por qué venir hoy, sé que estás destrozada. —Me incliné sobre ella y le acaricié la pierna.

—Estoy bien. —Intentó parecer animada incluso con los ojos cerrados.

No había tenido una semana fácil. Aparte de lo que pasó anoche con su madre, su padre y después la aparición de Jax, esta semana se había casado y, entre los estudios y que yo la mantenía despierta la mitad de la noche, tenía el cuerpo deshecho. Había sido duro.

La noche anterior no nos acostamos hasta las tres de la mañana y nos tuvimos que levantar temprano para buscar apartamento antes de volver a Shelburne Falls. Cuando llegamos aquí, empezamos a reorganizar mi dormitorio para hacerle espacio a ella y a sus cosas.

Aunque nos gustaba Chicago nos encantaba estar aquí. Aquí criaríamos a nuestros hijos.

Tampoco habíamos hablado aún de eso, pero la iba a dejar embarazada en cuanto termináramos la universidad.

Y ella estaba de acuerdo, por supuesto. Nadie podía decirme que no.

—Aquí estamos —anuncié al llegar al camino que llevaba al Loop. La pista circular se desplegaba a izquierda y derecha delante de nosotros. Giré a la derecha y retrocedí hasta un espacio libre en la hierba.

La sangre me corría por las venas como si fueran unos ríos rápidos y me llenaba de tanta energía que me sentía por las nubes.

Maldita sea, era estupendo volver a estar aquí.

No pensaba admitirlo, pero me inquietaba un poco la nueva plantilla de conductores que iba al instituto este año. Aunque los universitarios

como Jared, Tate y yo volvíamos de vez en cuando, esto era un escenario sobre todo para estudiantes de instituto.

Pero cuando salí del vehículo vi al menos a diez personas que conocía, así que me sentí en casa. Jared y Tate ya estaban en la pista y tenían a una multitud a su alrededor, incluida KC, que debía de haber vuelto de la facultad en Arizona para pasar aquí el fin de semana.

Miré a mi alrededor y vi también a su novio, Liam, y a algunos amigos de Jared y míos que se habían quedado cerca de casa este año.

Jax también estaba, sentado en el capó de su automóvil con los auriculares puestos y mirando a la gente. Él nunca competía. Aunque venía a las carreras, me daba la impresión de que se aburría. Le había comentado que competir era mucho más divertido que mirar. Él afirmaba que estaba trabajando en algo nuevo para el Loop, pero no nos había contado más. Conociéndolo, me daba miedo preguntar.

Fallon salió del GTO y la tomé de la mano para llevarla hasta la pista. Nos abrimos paso entre la multitud e hicimos caso omiso de las llamadas y las felicitaciones por nuestra boda. Sabía que todos se reían a mis espaldas.

¿Madoc casado? Ya, claro.

Tomé nota de mi padre. No les prestes atención y ellos no te la prestarán a ti. Solo la gente cercana a Fallon y a mí lo entendía y no pensábamos dar explicaciones a los demás. Seguro que la mayoría creía que la había dejado embarazada.

—Hola —saludé a Jared, que se apartó de Sam sonriendo. En el equipo de música de su automóvil resonaba *Inside the Fire*, de Disturbed, y me recordó a los viejos tiempos.

Fallon había ido a hablar con Tate, que estaba apoyada en su vehículo hablando con KC.

—Estás sonriendo —observé como si nada, mirando a mi amigo—. Qué raro.

Se metió las manos en el bolsillo delantero de la sudadera negra y se encogió de hombros.

—¿Por qué no iba a sonreír? Aunque pierda, lo que es muy improbable, Tate parará con tanta tontería y yo dejaré de dormir solo. Mañana es su cumpleaños y nuestro aniversario. Tengo planes.

Me reí para mis adentros y negué con la cabeza.

—Me encantaría verte en clases de baile de salón. —Entrecerré los ojos, pensativo—. De hecho...

Volví la cabeza y vi a Tate, Fallon y KC hablando.

—¡Tate! —la llamé—. Ven.

Me lanzó una mirada de fastidio y se acercó, seguida por las otras dos.

—Voy de copiloto —le dije.

—¿Por quéééé? —alargó la sílaba.

—Por si necesitas consejo. Quiero que ganes.

Sonreí a Jared al ver que había enarcado una ceja.

—Ya he competido antes —señaló Tate como si yo pensara que no tenía experiencia. El pelo le bailaba bajo la brisa y se le iba hacia la cara.

Rodeé a Fallon por la cintura y la atraje a mi lado.

—No has competido con Jared —afirmé—. Voy contigo y ya está. ¿Te apuntas? —Miré a Fallon.

—Oh, no —nos interrumpió Jared—. Si tú vas con mi chica, yo me llevo a la tuya. —Agarró a Fallon por el cuello de la camiseta y tiró de ella para ponerla a su lado—. Pero no para que me ayude. Es una rehén.

—¡Ni hablar! —se quejó Fallon—. Como si quisiera que me mataseis o resultar herida en una carrera ilegal, protegida por un cuerpo policial corrupto y un montón de adolescentes borrachos.

—Sí —coincidí—. Está asustada.

Me lanzó una mirada lacerante.

—Que te den —bramó, cruzándose de brazos—. Vais a morder el polvo.

—¡Fallon! —exclamó Tate, enfadada—. ¡Que eres mi amiga!

—Sin problema. —Miré a Tate y me saqué el iPod del bolsillo del abrigo—. Nosotros tenemos a MC Hammer —alardeé delante de Jared y Fallon, moviendo el reproductor—. Contra esto no podéis competir.

A Tate le dio un ataque de risa. Se dobló sobre sí misma, se agarró el estómago y empezó a reír cuando puse la canción de MC Hammer.

—¡No vas a poner esa porquería en mi equipo de música! —soltó entre carcajadas.

—Oh, sí —amenacé.

Pero entonces todos nos pusimos serios. Zack, el moderador de las carreras, se colocó entre los dos competidores, o más bien equipos, y se aclaró la garganta.

Se puso las manos en la boca y gritó.

—¡Que empiecen las carreras!

Fallon y yo nos sonreímos el uno al otro.

«Y que no terminen nunca».

Un trueno resonó en el cielo oscuro y abrí los ojos cuando retumbó en la casa. Mientras se disipaba, parpadeé al atisbar los fogonazos de luz de los relámpagos al otro lado de la ventana.

Volví la cabeza a un lado y vi a Fallon, que seguía durmiendo tranquila con la camiseta verde y las bragas. Se había apartado las sábanas; eso era algo que teníamos en común. Los dos pasábamos calor cuando dormíamos.

Había descubierto muchas peculiaridades sobre ella y esperaba que las mías no le molestaran mucho.

El cuello le brillaba con una fina capa de sudor y abría y cerraba los

labios muy ligeramente, apenas se notaba. Le veía una pequeña parte del vientre y tenía una cara inocente que me resultaba absolutamente preciosa.

Con solo mirarla me endurecí de deseo. Ya nos habíamos divertido después de la carrera. Jared y Tate, y Fallon y yo habíamos venido aquí justo después de la competición y nos habíamos saltado la hoguera. Ellos fueron a su habitación y nosotros vinimos a la nuestra.

Pero si la despertaba para tener sexo me iba a pegar un puñetazo. No pensaba hacerlo, estaba exhausta.

Inspiré profundamente, me aparté las sábanas y salí de la cama. Me puse los pantalones del pijama y salí lo más rápido que pude. Cuanto más dura se me ponía, menos ganas tenía de ser bueno.

Así que me marché.

Bajé al sótano, frotando el pulgar con los otros dedos todo el camino. Hacía meses que no tocaba y sentía un hormigueo en la mano. Las teclas bajo la punta de los dedos.

Tocar no era una obsesión para mí ni algo que necesitara hacer. Simplemente me gustaba contar con la habilidad de hacerlo. Todo el mundo debería de tener una forma de expresarse, de liberar estrés... aunque en mi caso era frustración sexual ahora mismo.

Saqué la banqueta, me senté al piano Steinway de 1921 completamente restaurado de mi familia y examiné las partituras. Elegí una pieza de Dvořák.

Coloqué los dedos sobre las teclas y empecé a tocar las mismas notas que llevaba años practicando. No había cambiado mucho de gustos, prefería una pieza maestra antes que otra cosa, pero conforme fui sintiéndome más cómodo con la música, había empezado a añadir mi toque personal. Más rápido, más lento, más suave, más fuerte... Una misma composición musical podía tener muchos significados dependiendo de la persona que la tocara.

Me gustaba tener libertad para explorar y correr riesgos.

Podría decirse lo mismo con Fallon y el *skate*. Ella disfrutaba con ello, pero sobre todo cuando estaba sola y lo hacía suyo.

Una piel fría me tocó los hombros desnudos. Me tensé y aparté los dedos de las teclas.

—Addie me dijo que a veces vienes aquí a tocar por las noches.

—Fallon apoyó la barbilla en mi cabeza—. ¿Por qué no subes el piano arriba?

Le agarré las manos.

—Es algo que prefiero hacer a solas.

—Oh —respondió en voz baja—. Lo siento. —Y se apartó.

—No, no me refería a eso. —Me di la vuelta y tiré de ella hacia mí, sentándola en mi regazo—. Me refiero a que no quiero que me vea mi

padre. Me gusta tocar, pero no quiero que me obliguen a hacerlo.

Se apoyó en mí y extendió las piernas, de frente al piano.

—Era una canción triste.

—Las mejores lo son —le dije al oído—. Pero soy feliz.

Deslizó una mano delicada por las teclas y apoyó la cabeza en mi hombro.

—Podríamos ir a clases de baile con Jared y Tate. Sería divertido. —Se alzó un poco y me besó la mandíbula—. No me puedo creer que perdiera él.

Noté una sacudida en el pecho.

—Se dejó ganar, lo sabes, ¿no?

—No es verdad —replicó—. Tate estuvo estupenda. Y...

Hundí los dientes en su cuello y ella gimió. Apagué sus pensamientos antes de que los expresara. Le chupé el cuello y la necesidad me embargó con solo olerla. Le rodeé el vientre con el brazo y aparté más las piernas. Como ella tenía los mulsos encima de los míos, también ella se abrió más. Con la boca en el cuello y rodeándola con el brazo, metí la otra mano por la parte de delante de sus pantalones cortos.

—Siempre lista para mí —murmuré al notar lo húmeda que tenía la entrepierna. Subí la boca por su cara, por encima de la oreja. El calor en los dedos salió disparado directo al pene y empecé a acariciarle el clítoris, notando cómo se endurecía entre los dedos.

Ella echó el brazo atrás y me agarró por la nuca.

—Cuando volvamos mañana de hacer senderismo —empezó, respirando con dificultad—, deberíamos volver a casa e intentar mover este piano a la planta principal de nuevo. Podemos traer a algunos de tus amigos para que nos ayuden.

¿En serio estaba hablando de esto ahora? Mañana íbamos a llevar a Lucas a hacer senderismo y en este momento no me apetecía pensar en nada aparte de ella.

Al ver que no paraba de besarla para responder, siguió.

—¿Por favor?

Metí la mano que tenía en la cintura por debajo de la camiseta.

—Con una condición. —Le devoré los labios con besos cortos—. Tu medio tubo se sube también.

Empezó a mover las caderas contra mi cuerpo y cerré los ojos por la sensación.

—No creo que a Jason y a Katherine les guste ver eso en el salón.

—Parecía desconcentrada y eso me estaba excitando.

—Fantástico —bromeé—, porque no es su salón. Esta es nuestra casa, ¿recuerdas?

—Sí, pero siguen viviendo aquí.

Tenía razón, claro. No había cambiado nada en lo que concernía a vivir

aquí. Katherine se mudaría cuando Jax se graduase la próxima primavera. Pero la casa estaba a nuestro nombre, así que no me importaba.

Fallon seguía moviéndose lentamente sobre mi entrepierna e introduje los dedos dentro de ella.

—De acuerdo —cedió—. La pista también. Les va a encantar a todos —añadió con tono sarcástico.

Saqué la mano de los pantalones y le levanté la camiseta.

—Esto me parecería más divertido si estuvieras sin camiseta —señalé. Se la saqué por la cabeza sin que ella opusiera ninguna resistencia.

La agarré por la parte interna de los muslos y tiré de ella hacia mí, echándole el cuerpo hacia delante para que se apoyara sobre las teclas.

Me incliné, le aparté el pelo a un lado y le recorrí la espalda con la lengua, deteniéndome de vez en cuando para hincar los dientes con suavidad y besarla.

Dios, la amaba. Nunca habría nada ni nadie que quisiera más, y era mía. Cuando teníamos catorce años, llegó a mi vida tras la sombra de una mujer cruel e interesada, pero volvería a vivirlo todo. Cada minuto. Cada momento de dolor. Volvería a pasar por ello con tal de conocerla.

—¿Madoc? —susurró, ladeando la cabeza—. ¿Qué significa «Fallen»? El tatuaje que tienes en la espalda.

«Preguntas».

—No pone «Fallen». —La besé en la espalda, pero ella se incorporó y volvió la cabeza para mirarme, con lágrimas en los ojos.

—¿Fallon? —Frunció el ceño al comprenderlo.

Le agarré la cara y le besé la comisura de los labios.

—Me lo hice hace un par de años —le expliqué—. Nunca te he olvidado. Nunca he dejado de quererte.

Cerró los ojos y me acarició la mejilla. Entonces me miró de nuevo y sonrió.

—Eso es porque somos imparables.

Me lancé y la besé con fuerza. «Joder, sí».

Autora de best sellers de *The New York Times*

Bully

PENELOPE DOUGLAS

SEDA NEW ADULT

Libros de
seña
FALL AWAY

Bully

Me llamo Tate. Pero él no me llama así. Nunca se referiría a mí de una manera tan informal, eso en el caso de que me dirigiera la palabra. No, casi ni me habla.

Pero aún así, nunca me deja sola.

Hubo un tiempo en que fuimos muy amigos. Luego me dio la espalda e hizo de arruinarme la vida su objetivo. Me han humillado, me han gritado y han murmurado sobre mí durante toda la secundaria. Sus burlas y los rumores se volvieron cada vez más sádicos según iba pasando el tiempo, mientras yo me volvía loca tratando de no cruzarme en su camino. Incluso me fui a Francia durante un año, solo por evitarlo.

Pero ya me he cansado de esconderme y no pienso consentir que me arruine también el último año. Puede que él no haya cambiado, pero yo sí. Ha llegado el momento de luchar.

No pienso dejar que vuelva a acosarme nunca más.

Autora de best sellers de *The New York Times*

Tiú

PENELOPE DOUGLAS

NEW ADULT

Libros de
sedu
FALL AWAY

Tú

¿Qué se esconde en la mente de un acosador?

¿Has estado alguna vez tan enfadado que eso de ponerte a golpear las cosas te relajaba? ¿O tan ciego que te creías que eras más cuando no lo eras? En los últimos años yo me he sentido así. Viajando entre la furia y la indiferencia sin paradas intermedias.

Hay quienes me odian por eso y a los demás les doy miedo por el mismo motivo. Ya nadie puede herirme, nada me importa, nadie me importa.

Salvo Tatum. La quiero tanto que la odio. Hubo un tiempo en que éramos amigos, pero me di cuenta de que no podía confiar ni en ella ni en nadie.

Así que le hice daño. La aparté de mí. Pero sigo necesiéndola. Cuando la veo me centro y lanzo todo el odio que siento sobre ella. Me gusta meterme con ella, retarla, acosarla... lo necesito como el comer, como el aire, como si eso fuera la última parte de mí que hace que siga sintiéndome humano.

Hasta que un día se fue. Se fue a Francia durante un año, y cuando volvió ya no era la misma.

No, ahora, si le doy, me la devuelve.